# La sastrería de la Rambla

José Ramón Farré Muntaner

# La sastrería de la Rambla

José Ramón Farré Muntaner

© José Ramón Farré Muntaner, 2021

*Corrección*: Víctor J. Sanz

*Diseño de cubiertas y maquetación*:
Mariana Eguaras - Consultoría editorial

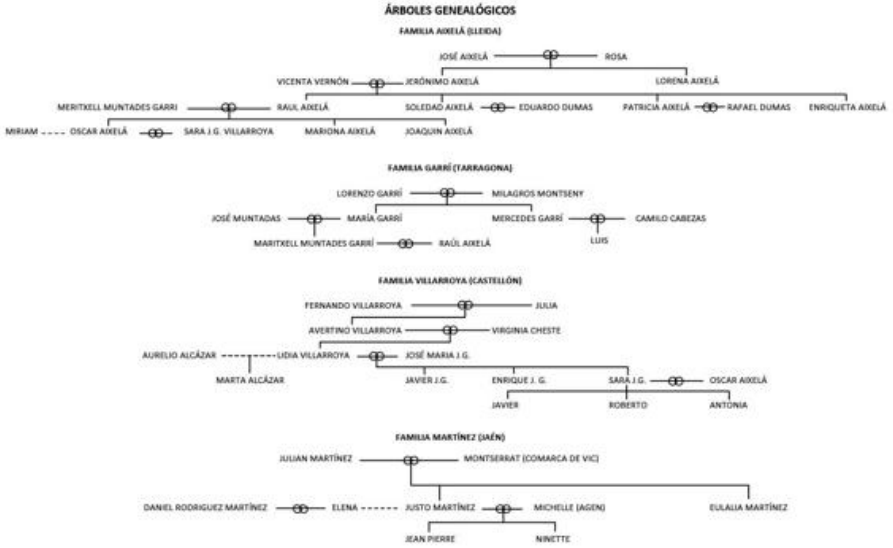
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.A mi mujer, Ada, y a mis hijas por sus sugerencias y aguantar mis cambios de humor.

*A Víctor J. Sanz, por su corrección, que ha mejorado el texto original.*

*A la biblioteca Contravent, de Vilanova del Vallès, a todo su club de lectura y a su responsable, Josep Lluís Ibañez, por el gran apoyo prestado.*

*A todos los que me ignoraron o no creyeron en mí. Fueron un poderoso acicate para seguir adelante.*

# ÁRBOLES GENEALÓGICOS



# NOTA DEL AUTOR

La presente novela envuelve a diferentes personajes dentro de su contexto social, político e histórico, desde el año 1890 al 1990.

He utilizado como substrato narrativo diferentes fuentes de información, incluida una profunda prospección de los hechos acaecidos en estos años. La primera base consiste en la **autobiografía de Jerónimo Aixelá**, la segunda es un cúmulo de pensamientos y apuntes recopilados en las **notas familiares de Óscar Aixelá**, nieto del anterior. Las notas no están fechadas y se han dispuesto según las necesidades del relato. La familia facilitó ambos documentos.

Por extrañas circunstancias, quizás algún día pueda revelarlas, cayó en mis manos parte de un destrozado manuscrito, el ***Diario de Justo Martínez***. Una gran sorpresa me invadió al comprobar la extraordinaria e insólita relación entre su autor y los anteriores personajes. Este diario constituye la tercera y última aportación.

En determinados momentos he incluido directamente los textos elaborados por Jerónimo Aixelá, Óscar Aixelá, o Justo Martínez. Sus opiniones y situaciones refuerzan de forma extraordinaria la narración.

En el escrito coexisten personajes ficticios e históricos. En mi opinión, una novela con referencias al pasado no debe alterar los acontecimientos, sino seguir lo más fielmente posible los avatares de la historia. En solo una ocasión no he cumplido con este precepto, que el lector encontrara fácilmente.

Los personajes novelados no tienen ninguna relación directa con personas que hayan existido durante estas épocas, aunque determinadas situaciones de la novela se corresponden con hechos similares a los reales. He usado la prerrogativa de modelar a los protagonistas según las necesidades literarias. Unos serán buenos, otros malos, algunos feos, santos, malévolos, guapos, atontados, listos o suertudos.

En el manuscrito aparecen multitud de personajes. Bien sea por el transcurso del tiempo o el crecimiento de las familias. Me ha parecido adecuado disponer de unas referencias genealógicas a continuación del índice.

José Ramón Farré Muntaner

# PRÓLOGO

## Notas familiares de Óscar Aixelá

Al morir el inútil de mi padre me entregaron dos libretas antiguas, de cartón barato y gusanillo de alambre oxidado. Contenían una autobiografía de mi abuelo, Jerónimo Aixelá.

Las leí página tras página, hasta el último apunte. Eran las tres de la madrugada cuando me di cuenta de que estaba sin cenar, tan solo había apurado la botella de una bebida isotónica. No encontré ninguna respuesta a todos los misterios y dudas que tenía sobre nuestra historia familiar. Era una descripción sobre la pobreza extrema, el trabajo, la ambición y el éxito.

De mi abuelo tenía que heredar un pequeño imperio: la enorme mansión de Esplugas de Llobregat con su precioso jardín, el negocio familiar de la sastrería y los bienes del domicilio del paseo de Gràcia. Todo por ser el heredero primogénito en el derecho catalán, el *hereu*. Primero pasaría a mi padre y luego a mí.

La frase «Todo esto será un día tuyo» la oí miles de veces de la boca de mi abuelo, mientras su mano recorría sus posesiones con un gesto de orgullo. Tenía que estar muy agradecido de su legado, de haber nacido en un hogar rico, sin pasar hambre ni sufrimientos. Remachaba la exposición con otra de sus sentencias favoritas: «Tú has nacido con una flor en el culo».

Al final solo obtuve una gastada cartera de piel de cocodrilo y unos cuadros del salón de la sastrería de la Rambla.

No me importó demasiado. De pequeño siempre tuve la sensación de obtener futuros beneficios solo en función de mi propio esfuerzo. Quizás esta tendencia estaba inducida por las sagaces observaciones de mi madre, una persona con un gran sentido común y más lista de lo que parecía. Cuando el tema de la herencia surgía en la conversación familiar su comentario siempre era el mismo, aderezado con una sonrisa maliciosa:

—Sí, sí. Tú serás el heredero de la casa quemada.

¡Qué visión de futuro! ¡Qué gran mujer era mi madre!

Mi abuelo, Jerónimo Aixelá, nació en Lleida en 1890. A los cuatro años quedó huérfano de padre, de profesión alpargatero.

La muerte de mi bisabuelo fue uno de los tabús más profundos de la familia. Nadie podía hablar sobre ello. Tuve conocimiento por una de mis tías de las circunstancias que rodearon su fallecimiento a la

edad de sesenta años. Una noche se ahogó al caer en una acequia de riego, por donde el agua circulaba a poca profundidad.

Pensé en dos posibilidades, estaba muy bebido o alguien le golpeó. En este último caso, al ser pobre de solemnidad, el móvil sería por venganza o celos.

Cinco años más tarde, mi bisabuela, joven y viuda con dos hijos, se trasladó a Barcelona. La insistencia de un matrimonio amigo, los Borpa, fue determinante para emprender el viaje. Ellos opinaban que la inteligencia, simpatía y desenvoltura del hijo mayor, de nueve años, encontraría muchas más oportunidades en la Ciudad Condal.

También parece extraño. ¿No había oportunidades en Lleida? En la ciudad tendrían algún familiar y gente conocida. ¿Por qué la insistencia de estos amigos en el viaje? ¿Quizás el marido se había fijado en la viuda, y su mujer la mandó lejos? Y puestos a pensar, ¿existía algún vínculo entre la muerte del marido y la marcha a Barcelona?

En años posteriores esta y otras circunstancias acaecidas en relación con mi familia quedaron entre mis suposiciones y las nubes de la ignorancia.

# CAPÍTULO I (1890–1910)

## I.1 Viajes a Barcelona

¡Qué viejos recuerdos le traía aquella carretera! Años atrás corría con sus amigos en bicicleta desde el casco antiguo de la ciudad hacia la villa de Gracia; decían que allí las muchachas eran muy hermosas. Ahora, desde el taxi de caballos que había tomado en la estación, contemplaba la nueva avenida del paseo de Gràcia, ancha, con una circulación de vehículos que antes no existía.

Florián Bárdenas le preguntó al conductor qué eran estos edificios nuevos. El hombre tendría ganas de charlar o era un guía turístico frustrado, y le dio al pasajero una explicación completa:

—Mire usted, la burguesía catalana está invadiendo el paseo de Gràcia, está creando la llamada manzana de la discordia; siguiendo el mito griego en el que Atenea, Hera y Afrodita se disputaban ser las más bella de las diosas. Las discusiones entre los barceloneses son entre la Casa Batlló de Gaudí, la Casa Amatller de Puig i Cadafalch y la Casa Lleó i Morera de Domènech i Montaner.

Florián estaba asombrado, casi no reconocía sus antiguos barrios. En un momento dado, pudo ver su antiguo hogar, donde había nacido y vivido con sus padres, Laura Sistach y Fernando Bárdenas. Su padre era comandante de artillería. Años más tarde, el Ejército le destinó de nuevo a Madrid, donde se trasladó la familia a la capital cuando cumplió los catorce. Terminados sus estudios con brillantes notas, volvía a Barcelona para cumplir un mandato de la familia.

Otro de los alicientes de la llegada a Barcelona consistía en la decisión de su madre Laura de que fuera a vivir con su hermana Mireia, al menos durante el primer año. Florián adoraba a su tía Mireia desde pequeño. Recordaba sus juegos, conversaciones y consejos. Tenía una simpatía desbordante, un sentido del humor delicioso, una belleza misteriosa.

El crecimiento de la ciudad le había impactado, tuvo la misma sensación nada más saludar a su tía y conversar con ella. Mireia Sistachs tenía, desde luego, diez años más. El paso del tiempo parecía acentuar todas sus virtudes, su belleza era más serena, su conversación sosegada, irradiaba madurez y agudeza.

Florián quería conocer la situación de Barcelona después de la pérdida de las colonias de ultramar. Su tío le informó con detalle:

—Verás, la mayoría de las personas adineradas han regresado con

sus fortunas intactas, las llamamos con el nombre de indianos. Están invirtiendo en industria, cultura y arquitectura. Los recién llegados no solo han traído dinero, también nuevos conceptos, un aire de modernidad que ha barrido la ciudad. Por otro lado, el sector marítimo está resentido por la interrupción de los trasportes de viajeros y mercancías con destino al Caribe y Filipinas. Si te acercas por el puerto, ándate con cuidado. La industria textil también sufre un embate, sobre todo en el sector del algodón. En el resto de la urbe se respiraban nuevos aires.

Intervino Mireia con una sonrisa:

—Asistimos a numerosas fiestas, cócteles, veladas y por descontado al Liceo. Puedes acompañarnos, antes de empezar a trabajar es mejor que tomes el pulso a la ciudad. Podrás trabar amistades y tomar conocimiento de la situación barcelonesa de forma directa.

Florián aceptó gustoso la propuesta. Estaba ansioso de redescubrir la ciudad de su niñez y primera juventud, de encontrarse de nuevo con los amigos que dejó.

Al entrar en relación con el mundo industrial descubrió un impulso considerable en todos los sectores. Llegaban nuevas ideas, nuevas máquinas necesitadas de ingenieros y de trabajadores capaces de hacerlas funcionar. No esperaba encontrar la ciudad con este dinamismo. En su opinión Barcelona vivía a otro ritmo distinto al del resto del país.

Las hermanas Sistach, Laura y Mireia, recibieron como herencia de su padre la fábrica Cintas Sistach, una de las empresas textiles más importantes del sector. La compañía pasaba por dificultades, necesitaba nuevos pedidos con urgencia y una dirección más creativa. En una reunión familiar decidieron nombrar para el cargo a Florián Bárdenas. Era de los suyos, tenía la formación académica necesaria y hablaba catalán con fluidez. Con el nombramiento, los Sistach esperaban una mayor cuota sobre los encargos del ejército; el tío paterno de los Bárdenas era un alto mando en la intendencia del ejército.

Florián estaba exultante, había abandonado el hogar familiar y sintió un aire de libertad. A sus veinticuatro años estaba pletórico de fuerzas y confianza, preparado para afrontar su destino en Barcelona.

Florián Bárdenas estaba conociendo la cara agradable de Barcelona. Los emigrantes pobres chocaban con otra realidad muy distinta. Chabolas en barrizales sin agua potable ni servicios, miseria y

enfermedades. En los alrededores del puerto numerosos marineros sin trabajo se entregaban a los opiáceos y a otros vicios.

Durante el mes de marzo del año 1900 llegaron a la ciudad una viuda de veintinueve años y sus dos hijos de nueve y siete, Jerónimo y Lorena Aixelá. Todos ellos embarcados en una aventura a ciegas. Nada más pisar la ciudad, la sensación de desamparo fue profunda: sin familiares ni amigos ni casa ni dinero ni trabajo. La ciudad parecía fría, hostil. Llovía a cántaros con ráfagas de un aire gélido, penetrante, que empapaba y estremecía a los recién llegados, cargados con tres maletas mojadas, la de cartón deshaciéndose. El sol tardó tres jornadas en aparecer. Consiguieron una habitación barata en una sucia pensión, sin muebles, con un colchón en el suelo y unas sábanas mugrientas. La pieza era horrible, con humedades, sin ventilación, y por la noche aparecían algunos insectos. Fue el único lugar donde obtuvieron un crédito de una semana y un alquiler bajo.

La pobre madre hacía lo imposible por su prole. Por la mañana preparaba el desayuno de sus hijos, leche aguada con un mendrugo. Para la comida dejaba una sopa muy clara de fideos. Por fortuna encontró trabajo como fregona, con un sueldo de dos pesetas diarias, trabajando de diez a doce horas por jornada. Al llegar la noche cenaban juntos, bien apretados para sentir algo de calor y amparo. Los platos de los niños algo más llenos, el suyo casi vacío. Los ingresos apenas alcanzaban para nada, algo de comida y el pago de la pensión. Los días pasaban lentos, fríos, con hambre y una gran desesperanza.

**Autobiografía de Jerónimo Aixelá**

Mis primeros recuerdos al llegar a Barcelona son de una tristeza profunda. Con lágrimas en los ojos veía el sufrimiento de mi madre, angustiada al repartir la escasa comida del día, mirando con desesperación a sus hambrientos hijos. La situación de miseria y miedo que nos rodeaba no parecía tener solución. Pasaban los días y todo seguía igual. A mi corta edad pensé que debía hacer algo, tenía que ayudar, no podía seguir soportando tanta amargura.

Por fin, dos meses antes de cumplir los diez años, empecé a trabajar. La noche anterior no pude dormir. Era consciente de un cambio importante en mi vida, sentía una emoción desconocida, silenciosa. ¡Poder trabajar!, qué santas palabras. Al día siguiente mi madre me acompañó a la tienda donde tendría mi primer empleo. Nos despedimos, ya no la volvería a ver hasta la cena. El negocio era una sastrería situada muy cerca del Paralelo. Las sastrerías eran tiendas importantes, me sentía orgulloso de mi puesto de botones. Llevaría dinero a casa, empezaba a sentirme un hombre, pequeño pero

importante.

Mi vestido era muy pobre, de pantalón corto, delantal de percal, gorra y alpargatas. Tenía zapatos, pero solo para los días de fiesta. Para disimular esta pobreza siempre iba aseado, bien peinado y con la ropa limpia.

En los diferentes encargos fui conociendo el barrio y las calles de la ciudad. Me paraba para ver a los tintoreros con todos sus bártulos, tiñendo la ropa de los clientes en la misma acera. Otro día vi en una esquina los restos de un coche incendiado, quemado por los propios transeúntes después de atropellar a un peatón. Si me entretenía en estas cosas, luego corría para cumplir el encargo y no perder el tiempo. Con diferencia, contemplaba extasiado a los vendedores ambulantes de fresas, estaban tan buenas; ¡con el hambre que tenía! Una vez uno de los vendedores me regaló una pequeña papelina. La acepté en seguida con una sonrisa, comí unas cuantas y guardé el resto para madre y Lorena.

Mi primera obligación consistía en ejercer de botones para los recados de la sastrería. Y al estar la vivienda de los dueños encima del mismo negocio: de segundo criado para toda la familia. La comida del mediodía la tomaba en la cocina, era la única aceptable en toda la jornada. Como la abuela hacía la compra diaria en un mercado cercano, iba con ella para acarrear los cestos. Otra tarea consistía en acompañar al colegio a los dos hijos del dueño y recogerlos al finalizar las clases. Ambos eran uno y dos años mayores que yo, pero me encargaban esta responsabilidad.

Todos me mandaban, pequeños y grandes, y el pobre botones a todos obedecía con respeto.

Mi madre decidió mandarme a un colegio nocturno, de 8 a 10 de la noche. Nunca había asistido a una escuela, era un ignorante, necesitaba aprender lo más fundamental. Cuando terminaba el trabajo tomaba un bocadillo por la calle, asistía a las clases y regresaba a la pensión cerca de las diez y media. No tenía tiempo para estudiar o hacer los deberes. Si al final del curso me daban notas regulares debía ser más bien por mi buen comportamiento que por los conocimientos adquiridos.

Al poco de trabajar nos mudamos a una pensión más limpia, para huir del horror de los primeros cuatro meses. Ahora teníamos derecho de cocina, el único dormitorio disponía de una pequeña ventana por donde mirábamos al cielo. De día podíamos ver el Sol y por la noche las estrellas. Estas pequeñas cosas nos daban una sensación de lujo. Pasaron en estas condiciones dos largos años, pero me hacía querer por todos los que me trataban.

Con doce años intentaron robarme. Debía entregar un traje a un cliente en su domicilio y cobrar la factura. Cometí el error de contar el dinero en el portal de la calle. El ladrón me vio y, supongo, entró en la portería para preguntar de que piso salía y el nombre del dueño. Una manzana más lejos me abordó y me dijo:

—Escucha, chico, vienes del número 44, piso 3.º 1.ª, de esta misma calle. Me manda el señor Miralles para decirte que el encargo entregado está mal. Me ha ordenado que me devuelvas el dinero y te acompañe a la sastrería para hablar con tu jefe.

Por el momento no encontré inconveniente en entregar el dinero por tantos detalles que me dio. Además, me acompañaba a la tienda, lo que me pareció suficiente garantía. Al poco empecé a sospechar de un posible timo. En la plaza Catalunya quiso subir a un tranvía, el número era de una línea que no pasaba por el Paralelo. Le obligue a ir andando agarrándole de la americana. Durante el camino me daba conversación para ganarse mi confianza; me comentó:

—Como nos viene de paso vamos a entrar al café-cantante Trianon, tengo que recoger unas entradas para el señor Miralles.

Conocía muy bien el Trianon después de varios recados. El espectáculo era de entrada libre, disponía de dos salidas, una por el Paralelo y otra por la calle Conde de Asalto. Al llegar a la barra hizo una finta y salió corriendo hacia la puerta contraria. Empecé a perseguirle gritando:

—¡Es un ladrón, es un ladrón, me ha robado!

Con el tumulto provocado, viéndose rodeado, se giró hacia mí con voz calmada:

—¿Qué gritas? ¿Quién te has creído que eres? Lo contaré todo al señor Miralles y a tu amo para que te echen del trabajo.

Muchos curiosos se habían acercado, esto me dio ánimo para conducirle hasta la casa de mi jefe. Un grupo de gente nos acompañaba, me sentí más protegido. Al llegar, el ladrón se dirigió directamente al señor Jordana:

—¿Es usted el dueño de este mozalbete?

—Sí, lo soy. ¿Qué ocurre?

—Vengo de parte del señor Miralles —dio la dirección completa—. Es para decirle que el traje no le está bien. Sin embargo, le entrega el importe de la compra hasta solucionar este asunto. Aquí lo tiene.

El señor Jordana no quiso aceptar el dinero. Daba más crédito al timador a pesar de mis voces acusándole de ladrón. Desesperado dije:

—¡No permita que escape, yo he defendido su dinero con toda mi alma!

Gritaba mi amo, gritaba el atracador y yo gritaba más. Nadie me

dejaba explicar lo sucedido. Pataleando y llorando pude ver al timador marcharse con todo el botín.

Al día siguiente el señor Jordana visitó al señor Miralles en su casa, con gran asombro se enteró de toda la verdad. En la sastrería todos me felicitaron, los camareros del Trianon me sonreían y propagaron por el barrio tan extraordinario caso.

Me sentía satisfecho, orgulloso, el mejor premio a mi comportamiento. Transcurrió un tiempo de calma y felicidad hasta que tuve un gran disgusto, cuando mayores eran mis ilusiones.

Estaba ayudando al abuelo de la sastrería a planchar una americana ya terminada. Yo ponía un trapo mojado por encima de la tela antes de que el señor Jordana padre pasara el hierro caliente. Estaba aburrido o cansado, no lo recuerdo bien, algo hice mal. El abuelo, con razón o sin ella, me quemó la mano con la plancha y me dijo:

—No seas distraído. Por tu culpa puedo estropear una americana ya lista. ¡Así nunca serás nada! ¡Te convertirás en un golfo toda tu vida!

Aquella palabra, *golfo*, jamás la podré olvidar. Pasé un día muy triste. Al llegar a nuestra habitación mi madre se dio cuenta de la quemadura, sin parar de preguntarme por la causa. No lloré durante la riña, pero en aquel momento estallé en un llanto incontrolable, fuerte y desesperado. Me dolían los ojos, el cuerpo me ardía. Le conté a madre el castigo, pero mi dolor no era por la carne quemada, sino por el insulto.

**1903**

La familia Aixelá había conseguido un pequeñísimo piso de alquiler en la calle Escudellers y abandonaron con gran alivio la segunda pensión desde su llegada a la ciudad. Con el jornal del hijo y el ahorro que significaba su comida del mediodía en el trabajo, tenían suficiente dinero para el cambio. El nuevo hogar tenía cocina, un pequeño comedor, una habitación y un inodoro propio, una novedad. Todo era felicidad en la nueva casa. La madre y la hermana se afanaron en darle a Jerónimo una gran sorpresa en su primera comunión. En un día tan señalado le regalaron un vestuario completo. Un traje azul marino con chaleco, zapatos de charol y un hermoso lazo en el brazo. Con una indumentaria perfecta y el pelo arreglado, la solemnidad del acto significó para él un paso importante a sus trece años, y lo transformó de niño en hombre. Todo era alegría, cuando unas palabras salieron de su corazón para romper aquella situación:

—¡Si padre pudiera verme!

Los tres se abrazaron con fuerza, sin contener las lágrimas en recuerdo de quien los había abandonado para siempre cuando eran tan jóvenes.

El joven Jerónimo Aixelá se reunía con chicos y chicas de su misma edad de las casas vecinas, cuando disponía de un poco de tiempo libre en los días festivos. Él era el más humilde del grupo; los otros recibían estudios completos, cursos de idiomas, piano o dibujo. En cambio, a Jerónimo le esperaba el taller para ganarse el sustento. No sentía ningún rencor hacia ellos, al contrario, estaba orgulloso de alternar con una esfera social superior a la suya. En la organización de los juegos, en la celebración de fiestas, sus ideas siempre eran las mejores. No se hacía nada sin su opinión y su colaboración.

En la sastrería ya había aprendido a coser botones y piezas de tela y a manejar con soltura las máquinas de coser. Escuchaba todas las explicaciones sobre el oficio con gran atención y tomaba buena nota de las formas de mandar de los diferentes jefes de taller. Algún día debería asumir esta responsabilidad.

Tras tres años como aprendiz, Jerónimo consideró su primer periodo laboral finalizado. Deseaba un cambio para obtener una plaza mejor remunerada y con posibilidades de alcanzar la categoría de oficial. Tenía muy clara su ambición de llegar a la cima de la profesión, estaba dispuesto a barrer cualquier obstáculo que se interpusiera en su meta. Pero todavía era muy joven, no encontraba la mejor manera de resolver la cuestión. Decidió consultar el tema con su madre, ella le respondió:

—Tienes razón, hijo, en buscar un cambio. Déjalo en mi mano.

La madre de Jerónimo ya tenía establecidas algunas amistades y relaciones en la ciudad, la mayoría, fruto de su trabajo. Dos semanas más tarde tenía apalabrado un puesto de trabajo en una sastrería de la calle Portaferrisa, cerca de la plaza Catalunya.

La despedida de su primer trabajo fue sentida, emotiva por ambas partes. Todos sintieron la marcha del joven aprendiz, pero entendieron sus razones. Para Jerónimo, su primera ocupación siempre había significado un pequeño milagro para salir de la pobreza absoluta que había rodeado a su familia.

Jerónimo no se sentía seguro en su nuevo puesto, quizás no estuviera a la altura en una sastrería de más categoría. Sin embargo, sus nuevos compañeros le recibieron con calor y comprensión. Pasados dos años seguía llevando el mismo tipo de indumentaria que usó como aprendiz. Comprendió que esta situación no le favorecía, ni a su persona ni a sus aspiraciones. Con unos pequeños ahorros empezó a confeccionarse su propio traje. El dueño de la tienda le cortó la tela

sin ningún cargo. Él mismo cosía las piezas, y terminó así el conjunto; ya llevaba casi seis años de oficio. Con un traje de americana y pantalón se sentía otro hombre, el pollito empezaba a presumir.

Mientras Jerónimo Aixelá empezaba a trabajar como botones, otra familia estaba en camino hacia Barcelona. Eran oriundos de la parte alta de la provincia de Tarragona, nacidos en una de las regiones más abruptas y pobres. Lorenzo Garrí tenía una buena cintura, abundante cabellera y cara afable. Era un bonachón, aunque en ocasiones críticas mostraba cierta fiereza. Su esposa, Milagros Montseny, era delgada y enjuta y daba la impresión de ser una mujer débil. Nada más lejos de la realidad, en el fondo era una roca, dirigía con mano firme la casa y la hacienda. Tenían dos hijas, María y Mercedes. Ambas eran bonitas, sobre todo Mercedes. Era algo extraño debido a la escasísima hermosura de sus progenitores.

Con mucho trabajo, la familia prosperó, aunque no sin hacerse enemigos entre los vecinos del pueblo. Intervinieron en pleitos sobre los lindes de las fincas, en la asignación de puestos de venta en el mercado comarcal y en las ayudas oficiales al agro. Milagros Montseny nunca daba el brazo a torcer, resistía cualquier embate, aguantaba como una numantina hasta conseguir todos sus objetivos. Siempre ganaba desgastando al adversario.

Sin conocerse las razones de su marcha, se trasladaron a Barcelona a finales del siglo XIX. Los salteadores de caminos abundaban en aquella época y en el trayecto de su largo peregrinaje. Para ocultar sus preciados ahorros en oro los envolvieron en un montón de verduras, los famosos *calçots* de Valls, dispuestos de forma descuidada en el burro que les transportaba a la Ciudad Condal. Planearon con cuidado el itinerario del viaje, en ocasiones el camino más recto era el más peligroso. En un día frío llegaron a una masía aislada. Lorenzo Garrí, en tono suave, preguntó a un labriego:

—Buen hombre, ¿podríamos dormir en su establo?

El payés dejó la azada al lado del bancal de verduras que trabajaba, para observar con cuidado al matrimonio y la prole. Era costumbre cobijar a viajeros en aquel tiempo, pero deseaba asegurarse. No le gustó el aspecto de la mujer, pero las hijas tenían un halo de bondad.

—¿A dónde viajan ustedes?

—Hacia Igualada, dicen que es una ciudad próspera, con trabajo.

—Pueden quedarse por una noche. Mi mujer les traerá una sopa caliente. Por la mañana, sobre las siete, necesitaré entrar en el establo.

—Muchísimas gracias, buen hombre.

De esta forma, los Garrí seguían su camino y pernoctaban en establos o en casetas para los aperos. Lorenzo portaba una pistola antigua, no muy seguro de su funcionamiento, Milagros ocultaba un cuchillo afilado. Comían de sus provisiones o de rapiñar por los campos. Si alguien les preguntaba por su destino, siempre daban indicaciones falsas. Causaban la impresión de ser unos pordioseros.

Los viajeros y el metal llegaron a buen destino. Los Garrí pronto se situaron y consiguieron un modesto pisito en la parte alta de la calle Nápoles. Mercedes Garrí encontró trabajo en la parte baja de la misma calle como costurera. En sus trayectos diarios cruzaba por delante de una fábrica textil, La Imperial, según rezaba el rótulo de la entrada.

# I.2 Los últimos de Filipinas

Siete meses antes de la llegada a Barcelona de Jerónimo Aixelá, también desembarcó en la misma ciudad Julián Martínez. Viajaba desde ultramar en el paquebote Alicante, de factura inglesa y líneas esbeltas, transformado en buque-ambulancia. Había zarpado del puerto de Manila el 27 de julio de 1889, transportando a los treinta y tres supervivientes del fuerte El Baler, bautizados como los *últimos de Filipinas*.

Los soldados del fuerte El Baler, una antigua iglesia-convento, tuvieron que soportar un calvario en su resistencia. Sin nuevas vituallas, sin ninguna ayuda exterior, sufriendo enfermedades como el beriberi y aguantando las inclemencias del tiempo. Una constante tortura fuera del hogar y de la patria. Afrontaron estas condiciones y rechazaron todos los ataques de los insurrectos durante los largos 337 días del asedio.

Estados Unidos había declarado la guerra contra España después del incidente del acorazado Maine, el 15 de febrero de 1898, en el puerto de Santiago de Cuba. En los periódicos nacionales y en la calle se había pedido la urgente salida de la flota de ultramar, al mando del almirante Cervera, para batir a los americanos en el mar del Caribe. Existía una ilusoria y prepotente idea de la superioridad del ejército y la marina española sobre la de los yanquis. El almirante, un marino íntegro y sereno, advirtió al gabinete político de las dificultades de la misión. El Gobierno y la junta de generales no deseaban perder las colonias de ultramar sin lucha; ordenaron zarpar a la flota hacia el Caribe y Las Filipinas.

La llegada a Manila del líder de los insurrectos, Camilo Aguinaldo, propició la rotura de las defensas de la ciudad. Este hecho, junto con la derrota de la escuadra nacional por la flota americana, provocó la rendición española en las Filipinas y en el resto de las colonias del Pacífico. Cuando la noticia la comunicaron los filipinos al mando de El Baler nadie allí la creyó, temían que fuera alguna astucia del enemigo. Los asediados no podían creer que el poderoso ejército español hubiera capitulado. La resistencia se prolongó durante cinco meses más. Ahora el enemigo disponía del arsenal capturado en la capital y trasladó con rapidez armas, municiones y cañones por el interior de la isla.

En Madrid todos los partidos políticos acusaban al Gobierno del desastre. Los periódicos y el pueblo, tan enardecidos hacía bien poco, pronto olvidaron el asunto. Respecto al tema de El Baler, se empezó a

dudar de la cordura de los jefes del destacamento. Toda clase de rumores infundados corrieron por periódicos, tertulias, cuarteles y plazas de toros. La mayoría despreciaba el único lugar donde se mantenía el pabellón en alto.

Cuando la realidad acabó por imponerse, y debido al valor demostrado en la batalla, los vencedores aceptaron las condiciones de los sitiados. Salieron del fuerte los soldados españoles desfilando con marcialidad, no como prisioneros, sino como soldados libres. Solo quedaron los camaradas caídos y enterrados en el cementerio de la iglesia.

Los héroes de El Baler regresaban a la patria, pero la amargura inundaba sus corazones. La guerra contra Estados Unidos había terminado con la pérdida de todas las colonias españolas de ultramar: Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, las Carolinas y Guam. Era el final de una decadencia imparable, el colofón de un imperio que había durado cuatrocientos años. El inicio de una crisis espiritual, económica, una caída al abismo.

El Alicante atracó en Barcelona tras treinta y siete días de navegación. En la bocana del puerto lucía todos sus gallardetes desplegados al viento, el toque ronco de su sirena recibió la respuesta de todos los bajeles anclados en el puerto. Una representación de las autoridades, no muy nutrida, y un público enfervorizado esperaba el desembarco de los héroes al pie de la escalerilla.

Entre los recién llegados se encontraba Julián Martínez, un andaluz de Siles con veinte años, sin heridas ni secuelas de enfermedad.

La mayoría de los repatriados salieron en tren con destino a Madrid, al llegar a la estación de Atocha nadie los esperaba, solo algunos familiares. Más tarde la afrenta se mitigó concediendo a los treinta y tres militares una pensión de por vida. Así terminó este triste capítulo de la historia de España.

Julián Martínez no tenía ninguna urgencia para regresar a Siles, decidió quedarse unos días para conocer la ciudad. Consiguió con prontitud un alojamiento en el cuartel de artillería de las Atarazanas, cerca de la plaza de Colón. Además, allí podía cenar y por la mañana recoger un chusco. Algunos compañeros le preguntaron detalles sobre la guerra en las Filipinas. No deseaba hablar sobre las circunstancias personales ocurridas en El Baler, una herida espiritual todavía reciente y con unas vicisitudes que consideraba íntimas. Ante la insistencia de los nuevos compañeros, al terminar la cena en el comedor de la tropa,

tomó la palabra:

—El impacto más grande de mi estancia en las Filipinas fue la agonía de mi amigo Silvestre. Estaba ingresado por disentería en la enfermería, un recinto que más bien parecía un matadero. Su existencia se fue apagando con lentitud, ya no deseaba luchar por su vida. Nos turnábamos para estar con él, dándole compañía, consuelo, ánimos. Hacia el final de la temporada de los monzones murió en mis brazos, sin decir una palabra. Le enterramos en aquella tierra maldita, sin ninguna importancia, perdida de la mano de Dios.

La noticia de la charla de Julián Martínez debió correr por el cuartel; el recinto empezó a llenarse. Tomó un trago de agua para seguir.

—El beriberi era mucho peor, causaba más bajas que las balas de los insurrectos. No tardó en agotarse el clorhidrato de tiamina, ahora el doctor del destacamento solo podía combatirla con algo de fruta para mitigar la intensa fatiga de los enfermos. Ordenó cultivar unos árboles frutales en el huerto de la iglesia, pero los resultados fueron pobres. Era terrible cuando tenías el turno de enterrador en el cementerio: dar tierra a un compañero después de charlar con él la noche anterior, sin conocer quién sería el siguiente, sin medios para combatir a este enemigo.

En el comedor entraron varios oficiales y un par de comandantes. Julián desvió la conversación hacia las explicaciones dadas por el capitán del Alicante durante la travesía por mar.

—Los barcos de la escuadra española eran anticuados, de madera, y luchaban contra buques norteamericanos modernos, con las estructuras acorazadas. Ni un solo buque de línea regresó a España. El almirante Dewey batió a la escuadra española disparando desde una distancia superior al alcance de los cañones del almirante Montojo. Incluso los yanquis no interrumpieron su bombardeo sobre buques que ya zozobraban. Algo parecido también ocurrió en Cuba.

Uno de los oficiales le preguntó por las diferencias entre su actual cuartel y su estancia en ultramar. Julián pensó antes de responder, quizás fuera una cuestión trivial o bien un dardo envenenado.

—La forma de hacer las guardias es completamente diferente. Aquí da la impresión de una cierta rutina. En ultramar estás frente al enemigo.

—El sargento me asignaba el cuarto turno de guardia, antes del amanecer, en las horas preferidas por el enemigo para sus ataques. Según él, yo era un buen centinela. En las Filipinas las madrugadas son desapacibles, con una penumbra densa, el entorno apenas iluminado por una luna resistente a su marcha. Al llegar al puesto alto

de la muralla realizaba una primera inspección ocular sobre el ancho frente. Después, un nuevo barrido de toda la zona, moviendo la cabeza con lentitud y esforzando los oídos para percibir cualquier ruido sospechoso. Repetía estos reconocimientos varias veces. Cuando la claridad del alba empezaba a dibujar unos contornos más precisos del paisaje, escudriñaba con sumo cuidado el bosque y la explanada existente hasta el fuerte. Apelando a mi memoria reconocía cada piedra, cada sombra, cada árbol, cada mata, cada hierba. Tras tantos días de guardia el paisaje me resultaba más familiar que el lejano jardín de mi casa en Siles. Era el momento crítico, cualquier cambio era motivo de una alarma.

El auditorio quedó impresionado por las explicaciones, mucho más realistas que las noticias aparecidas en los periódicos.

Le prestaron dinero a Julián sin ninguna dificultad. Para el día siguiente se procuró unas prendas de paisano para deambular con tranquilidad por la urbe.

Su primer paseo, por proximidad, transcurrió por las Ramblas. Quedó bastante asombrado. Los tranvías, tirados por un par de caballos, y en algunas líneas ya funcionaban con electricidad. Pronto alcanzó la zona de los vendedores de flores; daban un toque de color sobre los adoquines. Pudo ver bastantes ejemplares tropicales, de gran belleza y de colores vivos, quizás de procedencia cubana o sudamericana.

Le llamaron la curiosidad los puestos de venta de animales, con las jaulas amontonadas en el suelo. Pudo distinguir una urraca azul, con el pico rojo y el plumaje de un cobalto tenue, propia de las Filipinas. Con emoción contempló unas tórtolas moteadas, con su collar de plumaje oscuro tachonado de puntos blancos, que tantas veces había visto volar estando de guardia.

Tras andar un trecho empezó a contemplar el glamur de los escaparates de las tiendas, como la camisería Hermanos Bonet. También ofrecían bastones, guantes, corbatas, pitilleras, cadenas de oro y encendedores de lujo. Todos ellos expuestos con un gran estilo. Este comercio estaba en el número 72, frente al Liceo. Pudo observar a un grupo numeroso de personas elegantemente vestidas, ellas con unos enormes sombreros de un notable mal gusto en su opinión. El paseo era como una arteria viva, palpitante, un río de personas de todas las clases sociales y de diferentes razas. Incluso se cruzó con filipinos y chinos.

Hacia la parte alta de la Rambla alcanzó el mercado del Born. Un edificio de los primeros en utilizar el hierro en la ciudad. A Julián le asombró tanto el espacio diáfano interior como la variedad, cantidad y

calidad de los manjares expuestos. Tanta abundancia despertó de nuevo los fantasmas de ultramar. La comida era escasa, monótona y de poco valor nutritivo. La enfermería había agotado sus recursos, y tuvo que emplear hierbas de dudosa eficacia. Un derrumbe en los dormitorios dejaba entrar el agua de las lluvias. Todas estas torturas se sumaban a los ataques de los insurrectos y a la triste alternativa de matar o morir.

En su segunda visita eligió barrios más populares, allí palpó el ambiente obrero y escuchó las discusiones de algunos corrillos en las esquinas. Tomó buena nota de las especialidades culinarias, de las diferentes tertulias en barras, terrazas y plazas.

En los bares no se hablaba solo de boxeo, toros o mujeres. El aire estaba impregnado de sindicalismo, de lucha de clases, de teorías revolucionarias, incluso de cultura saliendo por todos los rincones. En su villa también se hablaba de política, por supuesto, pero aquí se profundizaba en las ideas, en las teorías, en el significado íntimo de la clase proletaria. ¿Qué era esto de la plusvalía?

Con estas impresiones, la ciudad le robó el corazón a Julián Martínez. Decidió quedarse en Barcelona, no tenía ningún vínculo familiar en Siles, salvo cuatro primos. Encontró trabajo en una compañía eléctrica, el jefe de personal apreció su condición de ser uno de los últimos de Filipinas. Los sufrimientos padecidos en el asedio no le habían dejado mella, más bien habían endurecido y templado su espíritu. Sus compañeros pronto apreciaron su forma de ser; de alguna manera notaban la calma que irradiaba su presencia en medio de cualquier problema o discusión. No en vano había pasado 337 días en situaciones peores.

Tras cuatro semanas de trabajo abandonó el cuartel al finalizar su periplo militar cuando recibió su licenciamiento en regla. Alquiló una pequeña pieza en la calle Escudellers, limpia y agradable. Disponía ahora del sueldo de la empresa y pronto recibiría la pensión mensual de héroe; ambas cantidades no sumaban una fortuna, pero le permitirían vivir discretamente en la ciudad. Adquirió unas ropas más dignas, incluida una gorra del estilo de las usadas por los trabajadores de la época, un par de libros sobre el movimiento obrero y varios efectos personales. Tenía un nuevo hogar bien equipado y acogedor, estaba muy a gusto con su empleo y actual vida. Escribió una larga carta a sus primos de Siles con todas las novedades, e incluyó su dirección por si deseaban escribirle o visitarle.

Nunca había imaginado unas estructuras políticas tan potentes a favor de los explotados, ni las diferentes opiniones, ni las asambleas, ni los improvisados mítines en cualquier esquina. Julián deseaba

entrar en este mundo. Empezó a recoger todos los panfletos que se repartían en las salidas de las fábricas, en las esquinas de las calles e incluso en las entradas de algunas iglesias. Con compañeros de trabajo concurrió a reuniones de diversas tendencias e incluso, de forma tímida e insegura, empezó a formular algunas preguntas. Las octavillas recogidas y los periódicos que solía comprar los analizaba por la noche en su dormitorio, después de encender un quinqué. El suministro eléctrico todavía estaba lejos de su barrio y de su economía. Empezó a entender frases en catalán, aunque ni por asomo se atrevía a pronunciar una palabra. En su sección hizo amistad con un compañero barcelonés, Jordi. Le consultaba palabras, expresiones e intentaba pronunciar correctamente algún vocablo mientras su amigo le corregía con delicadeza y le animaba.

De entre todos los movimientos sindicalistas eligió en un primer momento la Unión Local de Sociedades Obreras de Barcelona, una organización totalmente de trabajadores y lejos de la violencia de los anarquistas más exaltados.

Julián Martínez había dejado la vivienda de la calle Escudellers para trasladarse a un piso de alquiler en la calle Comercio. Distaba un poco del centro de la ciudad, pero a un tiro de piedra del Arco del Triunfo y de la empresa eléctrica donde trabajaba. En la compañía consiguió subir de categoría, lo destinaron a la sección de facturación, para confeccionar a pluma y tinta las facturas de los clientes.

En El Baler se pusieron en marcha diferentes actividades para suplir la desesperanza de la tropa en un espacio tan pequeño y cerrado. Eran distracciones paralelas a la actividad militar, como la práctica intensiva de gimnasia, combates de boxeo, cánticos con la guitarra y clases de lectura y escritura. Para su gran sorpresa, descubrió que tenía una excelente caligrafía.

Después de un par de experiencias amorosas de poco calado empezó a sentir un gusanillo para tener una relación firme que pudiera ir a más. Deseaba una familia con hijos. Asistía con frecuencia a diversos bailes de salón, en el Apolo y en el Tropezón, ambos en la ancha calle del Marqués del Duero. Las chicas que conocía en estos locales no le convencían, deseaba otro tipo de mujer como madre de sus hijos. Un paisano andaluz le invitó a un centro de baile flamenco, también con resultados negativos para sus propósitos.

Julián frecuentaba un colmado de la calle Princesa, cerca de Santa María del Mar. Empezó a interesarse por una joven de buen ver con una personalidad tímida, pero agradable, una clienta habitual de la tienda. Hablaba en un catalán fluido, que él ya entendía casi en su totalidad. Con su amigo Jordi, orgulloso del avance de su pupilo,

preparó unas frases para abordar a la desconocida. En el siguiente encuentro, mientras el tendero pesaba unas morcillas, entabló conversación con la desconocida. La invitó a merendar para el próximo sábado en una granja cercana. La joven, Montserrat, también había notado la presencia de Julián en el comercio y le resultaba simpático. Ella aceptó su invitación cuando valoró los esfuerzos de él para expresarse en su idioma, dio su conformidad con una sonrisa que desarmó a Julián. Salió el hombre de la tienda con el corazón latiéndole con intensidad, eufórico, aunque perseguido por el aprendiz del colmado. Había olvidado el cambio de la compra en el mostrador.

Al primer encuentro en la granja, Montserrat acudió acompañada de una vecina con funciones de carabina. Entre tazas de chocolate, nata y bizcochos, sucedieron otras citas. Las salidas de la pareja se multiplicaban, les gustaba pasear por la Rambla, por la zona del puerto y por las cercanías del Arco del Triunfo, más próximo a sus domicilios. Empezaron a salir juntos, sin ninguna otra compañía. Hablaban de sus pueblos natales, de sus infancias, de la ciudad que ahora compartían, de sus anhelos y de sus proyectos. Julián estaba cada vez más enamorado de Montserrat, apreciaba su buen humor, su franqueza, su soltura y su carita redonda de pómulos rojizos. Ella le obligaba con amabilidad a conversar en catalán, corrigiéndole con una sonrisa sus errores. Él advirtió en algún momento una preocupación en su rostro, como el paso rápido de una nube negra. Esta manifestación no le pareció importante, más bien le daba una aureola de misterio. Un día, Julián le propuso conocer a sus padres, ella aceptó de inmediato, como si estuviera esperando esta circunstancia desde hacía un tiempo. En el fondo era una proposición de noviazgo en toda regla.

Los padres de Montserrat vivían en un pisito de alquiler pequeñísimo, limpio, bien arreglado. Su madre, Pepita, era encantadora y pronto congenió con Julián. Trabajaba en su domicilio cosiendo prendas para una modistería de señoras. Por el contrario, el padre no le cayó bien al novio. Juan tenía una sonrisa forzada, como si estuviera pendiente de algún peligro, daba la sensación de esconder una pena. Era un empleado de la compañía de tranvías. El único tema de conversación de Juan eran los tranvías. Explicaba con detalle el suministro de energía eléctrica distribuido por toda la ciudad, partiendo de la central de la calle Marqués del Duero. Un edificio con una enorme caldera de carbón cuyos humos escapaban por una altísima chimenea.

La boda se celebró en la basílica de los santos Justo y Pastor. No pudieron celebrar la ceremonia en Santa María del Mar como era su

ilusión, y tuvieron que desplazarse al otro lado de la Vía Laietana. Por parte de la novia, asistieron sus padres y un vecino amigo de ellos que actuaba de testigo. El novio estaba solo, acompañado únicamente por Jordi, también con el mismo papel. Los padres de Montserrat habían insistido desde el primer momento en oficiar el casamiento de manera íntima y discreta. Era su deseo y ambos contrayentes lo respetaron.

Montserrat lucía un vestido recatado, de media manga, con bordados alrededor del cuello. En la mano derecha portaba un ramo de claveles blancos; en la muñeca, una pulsera estrecha de oro. El futuro esposo mostraba un bigote con las puntas hacia arriba de un pelo muy negro, como sus cabellos. Vestía un traje oscuro y una camisa blanca con corbata clara. El chaleco mostraba una cadena de oro para sujetar el reloj de bolsillo, más ancha que la pulsera de la novia. En la diestra sujetaba los documentos del enlace. Montserrat irradiaba tranquilidad y una sonrisa tímida, la mirada de Julián era de pura felicidad, con un deje de seriedad delante de la cámara.

# I.3 Ataque al *¡CU-CUT!*

## Notas familiares de Óscar Aixelá

De todas las personas de mi familia, el tío Camilo Cabezas tenía mi máximo respeto por su gran personalidad y bondad. En realidad, era tío abuelo. Al quedar mi madre huérfana de ambos padres, a los pocos meses de nacer, la acogieron con cariño en casa de sus tíos, el tío Camilo y su esposa Mercedes Garrí, hermana de mi difunta abuela María Garrí.

El tío Camilo, siempre le llamábamos así en familia, tenía un hermano y una hermana mayores. El varón era un idealista ingenuo, incapaz de dirigir el negocio familiar. Se casó con la criada de la casa al dejarla embarazada. Años más tarde falleció y dejó viuda y seis hijos. Todos también quedaron bajo la tutela de su tío, cuidándolos hasta conseguir trabajo o consorte. La hermana la conocí en persona, no estaba muy bien de la azotea. Con un pelo blanco como la nieve seguía jugando a muñecas como si fuera una niña, tenía toda una habitación llena de ellas.

Daba la impresión de que todo el *seny català* se había concentrado en el hermano pequeño.

El vozarrón del tío Camilo acallaba truenos, era como de siete sargentos instructores. Era el dueño de una próspera fábrica de cintas, La Imperial. Muy a menudo estaba en el taller, donde el ruido de los telares era ensordecedor. Al hablar en estas condiciones desarrolló una potente expresión.

Durante los largos veranos en Dosrius, si los chicos cometíamos alguna trastada, yo mismo las más sonadas y abundantes, ni abría la boca para regañarnos. Con una cara de gran seriedad nos taladraba con los ojos. Una mirada profunda, hasta el alma, te hacía sentir culpable y avergonzado. Pero en el fondo había un rastro de perdón si te enmendabas.

Era una reprimenda irresistible.

### El ataque al *¡CU-CUT!*

El joven Camilo Cabezas ocupaba una de las mesas del local Maison Dorée, ubicado en la esquina de la plaza Catalunya con la Rambla de Canaletas. Tenía una decoración modernista muy lograda y se inauguró en 1897. Pronto se convirtió en un local frecuentado por numerosos intelectuales. En la parte superior del edificio tenía dos esferas luminosas de más de un metro de diámetro y cinco campanas que interpretaban con exactitud los sonidos del Big Ben de

Westminster. Vestía con elegancia un traje muy claro, sombrero de panamá y un fino bigote, casi de imberbe. Camilo había adquirido la revista satírica *¡CU-CUT!* en el quiosco de la esquina, próximo a la famosa fuente de Canaletas. Reía a carcajadas mientras leía el número del 1 de noviembre de 1905, un día casi primaveral a pesar de la fecha. Entre otros artículos, publicó una viñeta humorística sobre el ejército.

El dibujo y los comentarios eran los siguientes: Una muchedumbre de hombres entraban al Frontón Condal para celebrar el éxito de un evento deportivo. En la puerta, otro hombre preguntaba a un oficial uniformado con diversas medallas:

—¿Qué se celebra aquí con tanta gente?

—El banquete de la victoria —contestaba el militar.

—¿De la victoria? Ah, vaya, serán paisanos.

El chiste no causó el mismo efecto en todos los lectores.

La publicación la interpretaron los oficiales del Ejército como una injuria. Por la noche, trescientos oficiales y suboficiales asaltaron la redacción e imprenta del semanario y del periódico catalán *La Veu de Catalunya*, ambos cercanos entre sí. Ambas instalaciones quedaron destruidas por completo. Nunca detuvieron o juzgaron a los implicados. Tuvieron el soporte de sus jefes y del rey, el Borbón Alfonso XIII.

Camilo seguía las noticias en los periódicos entre consternado y asustado. El Gobierno liberal presidido por Eugenio Montero de los Ríos quiso sancionar a los culpables usando su autoridad sobre los militares, resistiendo la presión de los capitanes generales, todos ellos favorables a los asaltantes. Todo resultó inútil, el rey respaldó al ejército desoyendo al Gobierno, cuyo presidente presentó la dimisión.

El nuevo presidente de la cámara, Segismundo Moret, actuó con presteza al nombrar ministro de la guerra al capitán general que más había apoyado a los autores de los destrozos. Poco después se aprobó en las Cortes Generales la Ley de Jurisdicciones para la represión de los delitos contra la patria y el ejército. Las competencias para estas infracciones pasaban ahora a los tribunales militares.

Camilo también se informaba con el *Heraldo de Madrid*, un periódico de ideología liberal. Las noticias más recientes le preocupaban. La presión de la corona fue determinante en la nueva política española. La Ley de Jurisdicciones transmitía al ejército una fuerza autónoma respecto al resto del Gobierno de la nación, también asentaba un velado aval ante cualquier futura insubordinación del cuerpo militar. El *Heraldo* no se pronunciaba sobre los autores del atropello, pero entre líneas se mostraba contrario a la participación

real. También leía las declaraciones del diputado republicano Alejandro Lerroux, que se sumaba con entusiasmo a la causa militar y monárquica, a pesar de dirigir un supuesto partido republicano.

El pueblo de Catalunya estaba indignado por la impunidad de los agresores y por la Ley de Jurisdicciones. La respuesta consistió en una gran coalición de partidos políticos bautizada como Solidaritat Catalana. La flamante agrupación estaba presidida por el republicano Nicolás Salmerón. El nuevo partido agrupó a la Liga Regionalista, la Unión Catalanista, el Centro Nacionalista Republicano, los Carlistas y los Republicanos, salvo el grupo de Lerroux.

Por primera vez, la inmensa mayoría de partidos políticos catalanes se pusieron de acuerdo. En las elecciones de 1907 Solidaritat Catalana arrasó. Obtuvo cuarenta y un diputados de los cuarenta y cuatro escaños que correspondían a Catalunya.

Camilo Cabezas estaba asombrado, una simple viñeta había provocado numerosos y trascendentes sucesos. Después de meditar un buen rato comprendió la profundidad de los hechos. El problema del *¡Cu-Cut!* había significado la espoleta de una carga explosiva antigua y muy compleja. La situación le parecía preocupante, en su opinión, la cuestión catalana volvía a la esfera política.

Una semana más tarde, en el domicilio paterno, Camilo Cabezas doblaba con cuidado el periódico con las últimas noticias de Solidaritat Catalana. Lo depositó con cuidado junto a la bandeja del desayuno, y se preparó para marchar hacia la fábrica. Deseaba llegar antes que su padre para inspeccionar los nuevos telares de reciente adquisición, ya que presentaban algunos problemas de funcionamiento. Su hermano mayor aparecería mucho más tarde para darse una vuelta, soltar alguna recomendación absurda y desaparecer cuanto antes. Camilo estaba siempre al pie del cañón, conocía el negocio, entendía las máquinas, se movía con soltura por el taller y llamaba a todos los obreros por su nombre.

Las mujeres empezaban a trabajar en las factorías, sobre todo en el ramo textil, Camilo empezó a emplearlas con profusión. El resultado fue excelente, cobraban un salario inferior, eran más cuidadosas con los equipos y materiales. Su eficacia era comparable a los hombres, incluso en bastantes casos superior. Su padre, de la vieja escuela, estuvo muy reticente con la idea, pero los resultados eran palpables.

El cambio no se hizo sin problemas y en una dirección poco esperada. La reacción del personal masculino fue agresiva, con celos a una supuesta pérdida de puestos de trabajo o con un acoso en otros casos. Camilo tuvo mucha mano izquierda y diferentes políticas según cada suceso. Estaba preparado para esta labor al consultar la

experiencia con otros fabricantes, pero la actitud de los hombres resultó más violenta y generalizada de la supuesta.

Todo el negocio se había trasladado a una nueva ubicación para ampliar el taller debido a los recientes pedidos conseguidos. En la calle Nápoles ocupaban la mitad de los bajos interiores de una manzana del ensanche barcelonés, para la zona de los despachos usaron el piso principal del propio inmueble, con una escalera interior hacia la planta fabril.

Resuelto el traslado y con la nueva política de personal en marcha, Camilo estaba exultante de su trabajo. Su padre, sin mencionarlo de ninguna manera, estaba satisfecho. El menor de sus hijos tenía talento y criterio para dirigir la industria familiar, una enorme carga había desaparecido de su espalda.

En la nueva ubicación de la factoría, Camilo pudo contemplar a una mujer joven y de aspecto agradable pasar con frecuencia por delante del establecimiento. Al poco tiempo empezó a entablar conversación con la desconocida. Su nombre era Mercedes Garrí, de las montañas del norte de Tarragona. Camilo valoraba tanto la dulzura de su trato como la firmeza de sus convicciones. Mercedes había heredado de su padre una especial delicadeza hacia los demás y una bondad infinita. De su madre Milagros tenía una fortaleza oculta y unos sentimientos bien planteados.

Antes de cualquier compromiso, un precavido Camilo quiso cerrar el último encargo de su padre. Deseaba que todos los fabricantes de cintas estuvieran de mutuo acuerdo en determinadas cuestiones del negocio. Los tiempos por venir parecían revueltos, era mejor un entendimiento que una competencia feroz. Además, una nueva situación aparecía en el sector textil de las cintas. Era pública la llegada a Barcelona de Florián Bárdenas, hijo de Laura Sistach, propietaria junto con su hermana Mireia de Cintas Sistach. Hasta ahora la industria cintera era totalmente catalana, la aparición de un director general proveniente de Madrid podía alterar el orden actual, a pesar de ser el hijo de una de las hermanas Sistach. El primer industrial que Camilo debía tantear era, por descontado, el propio Bárdenas. La futura asociación de cinteros debería incluir a todos los fabricantes, en especial al recién llegado. Era mejor tenerlo bien cerca. La idea estaba en marcha, su padre había hablado ya con dos de los fabricantes más poderosos.

La entrevista entre Florián Bárdenas y Camilo Cabezas fue una balsa de aceite. Desde el primer momento ambos hombres congeniaron en ideas sobre el negocio. En su opinión el nihilismo estaba subiendo, a la larga alcanzaría a los pequeños propietarios

como ellos mismos. Incluso Camilo tuvo la extraña sensación de que Florián estaba esperando alguna propuesta parecida. Con toda seguridad era una persona muy inteligente, parecía ir por delante de los acontecimientos. La reunión de fabricantes de cintas estaba en marcha, estuvieron de acuerdo en mantener una tertulia mensual e informal en tierra de nadie, por ejemplo, una cafetería.

Mientras trascurrían todos estos sucesos, que tanto preocupaban a Camilo Cabezas, en el hogar de Montserrat y Julián Martínez todo era alegría. Tras casi un año de matrimonio tuvieron su primer hijo, un varón al que pusieron el nombre de Justo. El parto transcurrió en el propio domicilio de Julián, en la calle Comercio, donde fueron a vivir después de la boda. Todo se desarrolló con normalidad con la asistencia de una comadrona. La elección del nombre del primogénito provocó una disputa entre los futuros padres. Montserrat deseaba un santo catalán, mientras el marido proponía el de Justo en honor a su abuelo, del que guardaba un cálido recuerdo y algunos favores que nunca pudo devolverle antes de su fallecimiento. La pareja llegó a un entendimiento, para el primer hijo elegiría el nombre el esposo y para el segundo lo haría la mujer. Si venía un tercero, ya verían más adelante como solucionar la cuestión.

La llegada de Justo significó un aumento de los gastos de la pareja, que además deseaban trasladarse a un piso mayor. No era una cuestión urgente, el bebé dormía en su misma habitación, pero en tres o cuatro años habría la necesidad de un cambio. Montserrat empezó a plantear un pensamiento que desde hace tiempo tenía en la cabeza: empezar a trabajar. La idea no le gustaba nada al marido, el papel de la mujer era cuidar del hogar y de la prole. Montserrat razonaba que era una mujer fuerte, criada en el campo, acostumbrada a tareas pesadas y duras bajo las inclemencias del tiempo. Ahora las mujeres empezaban a llenar talleres, fábricas y comercios. ¿Por qué ella no podía hacer lo mismo?

# I.4 Viaje a Girona

De forma inesperada, Jerónimo Aixelá decidió irse un tiempo a Girona, justo después de cumplir los diecisiete años. En un hermoso día de verano arribó a la ciudad, en plenas fiestas estivales, la alegría corriendo por las calles.

Su primera decisión fue preguntar por el mejor establecimiento de la villa. Le recomendaron el hotel Los Italianos. Al llegar a la dirección indicada pudo comprobar la veracidad de la propuesta, encima de la puerta un cartel anunciaba: «Todas las habitaciones tienen agua corriente». El formulario de entrada era muy completo, en el apartado correspondiente a la edad no quiso tener ningún problema, se inscribió alegando tener veinte años.

Vestía con gran esmero, lucía un sombrero acorde con el color del conjunto del traje y un pañuelo de seda en el bolsillo del pecho. En un lugar donde nadie le conocía quería aparentar una gran calidad en su persona. Consideraba que las cosas debían hacerse bien y a lo grande.

En el hotel coincidió con la visita del capitán general de Catalunya, Valeriano Weyler. Se sintió orgulloso de compartir el comedor con la primera autoridad militar de Catalunya, exministro del Gobierno y pacificador de Cuba.

Recordó la horrible predicción del Sr. Jordana, la palabra infame de ‘golfo’. Jamás en su vida podrá olvidarla. Ahora, orgulloso, la reconoce como una etapa en vías de recuperación.

La sala estaba engalanada para recibir al huésped de honor. En un momento dado, los músicos atacaron la Marcha Real y todos los asistentes se pusieron en pie. Un gran número de militares, con sus uniformes brillantes, plagados de condecoraciones, avanzaban por el pasillo central hasta una mesa situada al fondo de la pieza.

Jerónimo no pudo distinguir entre tantos militares al capitán general. Discretamente, preguntó al camarero quién de ellos era. Para su sorpresa, le indicó al que menos esperaba. Al entrar la comitiva le llamó la atención uno de ellos por su aspecto poco marcial, un hombre bajo, delgado y de pecho hundido que lucía una barba despoblada y poco cuidada. Parecía imposible tener un general tan famoso, conocido en el mundo entero, con esta figura. Se convenció de que él mismo, con su porte y elegancia, podía ser tan grande y respetado como cualquier militar ilustre. Esta imagen quedo grabada en su mente.

Todos los días visitaba diferentes tiendas de confección. Tenía que encontrar trabajo con urgencia, el dinero con el que salió de Barcelona

estaba terminándose. En la última sastrería el jefe del taller se había despedido de improviso, necesitaban con urgencia un sustituto. Al dueño del negocio no le convencía contratar a un responsable tan joven, y así se lo comunicó al aspirante. Jerónimo, con gran aplomo, le propuso entrar a prueba durante un periodo de dos semanas. Aceptada la proposición, se incorporó de inmediato. En menos del tiempo estipulado el nuevo jefe de taller superó con creces las expectativas. Conocía bien el oficio, sabía mandar al personal y motivarlo en el trabajo. Si un operario cometía un error no recibía una reprimenda, Jerónimo se ponía a su lado y le enseñaba cómo debía hacerlo. El dueño también apreció la sugerencia de algunos cambios en la organización del taller para mejorar su efectividad. No en vano, Jerónimo había estado siete años al pie del cañón.

Tras despedirse del hotel, marchó a una pensión cercana, de cierta categoría, pues no quería perder los contactos en el barrio y los amigos que ya empezaba a conocer. Su habitación tenía una ventana sobre el río Onyar, contemplar la corriente de las aguas le producía un cierto sosiego. Al día siguiente escribió una extensa carta a su madre y a su hermana con todas las novedades. También les manifestaba que por el momento no podía mandarles dinero. Al marcharse de Barcelona su hermana había comenzado a trabajar en una modistería, dos sueldos deberían ser suficientes para ambas. Quizás más adelante podría mandarles algo. Recibió una rápida respuesta; se alegraban de su situación y le deseaban mucha salud y prosperidad. Sobre el tema del dinero, que no se preocupara, por el momento seguían bien.

A los tres meses solicitó un aumento del salario semanal, para ello alegó los avances logrados en el taller, que suponían un coste menor en la confección de las prendas. El dueño de la tienda aceptó la petición. En cuanto dispuso de efectivo, renovó su vestuario con ropa de buena calidad, y adquirió los mismos complementos que usaban sus amigos: guantes, pañuelos, corbatas y un nuevo sombrero. También se hizo con el mejor bastón de caña que pudo encontrar.

Con la nueva indumentaria se lanzó abiertamente a conocer a los jóvenes de su edad y de su barrio, mucho más adinerados que él mismo. En Girona, los jóvenes tenían la costumbre de pasear diariamente antes de la cena. Los chicos y las chicas formaban dos grupos separados para el recorrido habitual de la tarde, con una corta distancia entre ambos. Jerónimo tenía buen don de gentes, pronto consiguió varios amigos y logró ser reconocido como un miembro más de la comisión de fiestas de la calle. Se acercaba el día de San Narciso, el 29 de octubre, la fiesta mayor.

Los continuos paseos a la caída del sol despertaron la atracción de

Jerónimo hacia una de las muchachas. Su nombre era Rosita, una encantadora jovencita de diecinueve años. Poseía un carácter serio, poco corriente para su edad, y una conversación amena y sincera. Un ángel de simpatía y bondad.

Los padres de Rosita ponían todos los inconvenientes posibles a la relación entre ambos jóvenes. Argumentaban la escasa edad de ambos y la futura marcha de Jerónimo para continuar sus estudios de sastrería. Otra razón era su diferencia social, aunque no se hablaba de ello. Rosita era hija de una familia gerundense adinerada. Jerónimo, siempre elegante y simpático, no era más que un jefecillo de taller.

A pesar de todas las recomendaciones paternas, Rosita deseaba el cariño de Jerónimo, las relaciones entre ambos continuaron sin interrupción. Tras casi dos años, el novio decidió regresar a Barcelona. La despedida fue amarga y sentimental a la vez. Las últimas palabras de la joven fueron:

—No me olvides, Jerónimo, te lo ruego con todo mi corazón, yo seré eternamente tuya.

En la mente de Jerónimo Aixelá solo existía una prioridad. No podía perder más tiempo lejos de Barcelona. Su carrera profesional no toleraba un retraso, su porvenir podría torcerse.

Al regresar encontró trabajo en una importante firma de moda femenina, la New England, situada en la Rambla de Catalunya. El dueño acertó plenamente en la elección de un hombre tan joven, elegante, caballeroso y guapo para impulsar el negocio. Dentro de su categoría profesional, Jerónimo alcanzó el máximo salario posible.

Jerónimo, a pesar de todo el tiempo trascurrido, consideró su estancia en Girona como una etapa positiva. Desde el punto de vista profesional, se sentía más seguro y preparado, capaz de afrontar nuevos retos. También había conseguido excelentes amistades con gentes pudientes, tenía la convicción de conseguir el mismo estatus con sudor y esfuerzo. Iba por buen camino.

### Notas familiares de Óscar Aixelá

Al repasar la autobiografía de mi abuelo, constato una descripción detallada de su viaje y estancia en Girona. Es extraño que no mencionara el motivo de su marcha de Barcelona. Dejar a su madre y a su hermana a los diecisiete años debería responder a una causa importante. Por dos razones: la duración de la separación fue de dos años, que no son cuatro días; y algo mucho más significativo, el abandono de su amada carrera profesional.

La causa más probable de tal desaguisado, después de conocer bien a mi abuelo, debió consistir en un asunto de faldas con un final

desagradable o quizás peligroso. En sus memorias solo relata amores puros, sinceros y eternos. Su cara oculta nunca aparece. Con su historial posterior, el lío pudo ser con cualquier empleada de la sastrería donde trabajaba en la calle Portaferrisa, fuera casada, virgen o resultara preñada. Cualquier posibilidad sería acertada.

# I.5 La guerra de Marruecos y la Semana Trágica

### Notas familiares de Óscar Aixelá

Recuerdo muy bien los veranos en Dosrius. De joven nuestra familia pasaba las vacaciones escolares en una enorme torre al otro lado de la calle donde el tío Camilo Cabezas tenía una vivienda más moderna. Sentados a la sombra de los pinos solía contarnos historias de su servicio militar en África. Repetía con precisión los movimientos de defensa y ataque con la bayoneta calada; blandía con agilidad el rastrillo del jardín, aunque en aquellos tiempos no había ningún sarraceno a quien ensartar. Yo solo podía verlos en el NODO cuando salía la guardia mora de Franco y en los personajes de los tebeos del Capitán Trueno y del Guerrero del Antifaz.

Echaba pestes de la desorganización del ejército, del material anticuado y de algunos procedimientos absurdos. Una peste de cólera azotó el cuartel. El mando ordenó lavar toda la ropa en barreños con agua caliente y un desinfectante, había que remover uniformes, sábanas y mantas. A falta de un utensilio adecuado para esta labor, el sargento mandó emplear las escobas de las letrinas.

En aquel periodo, por lo que él decía, las tribus rifeñas estaban tranquilas. Nuestro tío solo combatió contra piojos, bacterias y virus, que también daban pelea.

### La guerra de Marruecos y la Semana Trágica

Camilo Cabezas devoraba el *Heraldo de Madrid* con suma atención sobre las recientes noticias acerca de Marruecos. España se encontraba sin influencia política entre las naciones europeas después de perder todas sus colonias. La derrota frente al joven ejército de los Estados Unidos, un país sin participación en la política mundial de aquellos años, era una pesada losa. Los principales países europeos decidieron conceder a España una franja territorial al norte de Marruecos, limitando al sur con la zona francesa, de mayor riqueza. La declaración de Londres de 1904 selló el acuerdo bajo la fórmula de «Protectorado español para el desarrollo de la zona y sus habitantes». Con la declaración firmada, España se agarró al clavo ardiente de Marruecos para recuperar parte del prestigio perdido.

Camilo, algo nervioso, había recibido el aviso para incorporarse al servicio militar. Era muy probable un destino al norte de África después de las últimas informaciones de los periódicos. El ambiente en

el ejército no era muy bueno. El fracaso frente a los americanos había bajado la moral de las fuerzas armadas.

Florián Bárdenas, al contrario que Camilo Cabezas, estaba entusiasmado con las noticias y los comentarios sobre Marruecos. El principal negocio del norte de África consistía en la explotación minera. La recién creada Compañía Española de Minas del Rif inició la construcción de instalaciones y el trazado de líneas férreas para el transporte del mineral. Entre los accionistas de la empresa se encontraban el Conde de Romanones y diversos políticos liberales, apoyados por el rey Alfonso XIII.

Tres semanas más tarde, A Camilo Cabezas lo destinaron a las instalaciones ferroviarias de la ciudad de Melilla. Gracias a sus conocimientos se le asignó un puesto de responsabilidad como ordenanza en la estación terminal. Transcurridos tres largos años de servicio, terminó su situación de activo en 1908 y pasó a la condición de reservista.

A los siete meses de su vuelta a Barcelona, el 19 de julio de 1909, los periódicos traían noticias inquietantes del norte de África. El ataque de los rifeños contra unos trabajadores españoles, atareados en la construcción de un puente para el ferrocarril, había provocado varios muertos. La primera medida del Gobierno consistió en decretar la movilización de tres brigadas de reservistas en las ciudades de Madrid y Barcelona. A Sixto Heredia Martínez, primo de Julián y domiciliado en el barrio obrero de Peñuelas, en Madrid, lo llamaron a filas. Se incorporo al regimiento del general Pintos.

La movilización de reservistas encendió la mecha de una situación explosiva. El proletariado vivía a niveles de miseria. Habitaba barrios marginales, insalubres, sin alcantarillado, sin agua potable ni servicios médicos. La orden de movilización causó una gran alarma, ya que la inmensa mayoría de reservistas eran hombres casados, con un sueldo para mantener a sus familias.

Los reservistas con recursos, como Camilo Cabezas, evitaron la movilización mediante el pago de una cantidad de dinero, la denominada *redención*. La movilización podía considerarse como un castigo a la clase obrera.

En Barcelona los principales sindicatos actuaron con rapidez ante la situación. Todos los comités optaron por la huelga general de veinticuatro horas para el día 22 de julio de 1909, el principal objetivo en Barcelona era detener el embarque de las tropas en el puerto. En las fábricas, empresas y bares se pasaban las consignas, todos los obreros se preparaban para la acción. Julián Martínez participaba activamente en la organización de la protesta.

Amaneció el día 22 con un cielo calmo, caluroso. A primera hora las centrales sindicales empezaron a recibir noticias sobre la participación. Con gran asombro la afluencia de huelguistas fue espontánea, muy extensa, sobre todo en las zonas industriales. El ambiente se enardeció cuando algunos piquetes consiguieron paralizar la circulación de los tranvías.

Julián estaba dirigiendo un grupo en el puerto. Allí la presencia policial era numerosa, a pesar de sus esfuerzos los huelguistas no lograron detener el embarque de los soldados. Con muchas dificultades, el transporte de tropas largó amarras hacia Marruecos, con lo que fracasó uno de los objetivos de la huelga. En el interior del casco urbano la tensión se disparó, el paro empezó a derivar hacia un lado más violento y anárquico.

Sin nada que hacer en el puerto, Julián Martínez se trasladó con sus hombres al centro. La huelga empezó a transformarse en una incipiente revolución. Los amotinados levantaron barricadas de adoquines y enseres en las principales calles. Después de un confuso tiroteo entre asaltantes y clérigos del Patronat Obrer de Sant Josep, los revolucionarios incendiaron el edificio. La masa obrera más indigente había explotado. Sobre las nueve de la mañana la situación se desbordó, la residencia de los hermanos maristas en la calle de las Monges ardía como una tea. En toda la ciudad se distinguían los edificios en llamas. Las bases revolucionarias esperaban en vano el apoyo de líderes sindicales y políticos para que tomaran las riendas del levantamiento.

Montserrat estaba asustada. Su esposo Julián andaba por las calles con los amigos del sindicato, nunca conseguía entender muy bien los objetivos que impulsaban sus movimientos. Oía con toda claridad los disparos, contemplaba desde la ventana una barricada de ladrillos, hierros y muebles rotos en la cercana plaza. Al fondo brotaban columnas de humo de los templos incendiados, algo todavía más increíble. En su pueblo natal asistía con sus padres a misa todos los domingos y fiestas de guardar. Al anterior párroco lo destinaron a un perdido villorrio del Pirineo por intentar defender a sus feligreses del acoso del señor de las tierras. El nuevo sacerdote, conocedor de la suerte de su antecesor, también procuraba apoyar a su rebaño, pero de forma más discreta, sin estridencias. Para ella la iglesia representaba un lugar de refugio y consolación. Ahora asistía incrédula a la quema de conventos y templos por unos obreros exaltados e intentaba discernir si su ideología era igual o diferente a la de su cónyuge.

La madre y la hermana de Jerónimo Aixelá asistían atónitas a tanta revolución. Jamás en Lleida había ocurrido una situación semejante. ¿Qué les pasaba a los barceloneses? No podían ni pensaban salir a la calle, una pena porque perderían unos jornales necesarios para comer. El hombre de la casa había marchado al trabajo, nada le podía impedir la asistencia al mismo. La incertidumbre de su regreso les preocupaba, con diecinueve años se había convertido en el responsable de la familia. Era el centro de todos sus esfuerzos para cuidarle, arroparle, en la esperanza de alcanzar cada vez una mejor situación y alejarse por fin de la miseria. Hacía poco tiempo de su traslado a un nuevo piso de alquiler en la calle Canuda, una primera planta con escasas escaleras y dos habitaciones. Cuando Jerónimo volvió de Girona, la mudanza se hizo necesaria. Ahora madre e hija tenían una habitación propia y él otra. La vivienda era algo soleada y sin humedades, mucho más alegre que la anterior. Todas estas ventajas podían perderse si algún accidente alcanzaba a Jerónimo, ya que él corría con todos los gastos del nuevo hogar. Ambas mujeres rezaban al frente de una pequeña figurilla de la Virgen María, rodeada de cuatro flores mustias, para preservar de cualquier mal a su hijo y hermano.

La fábrica de Camilo Cabezas funcionaba a medio gas, la mayoría de los hombres habían secundado la huelga, muchos tenían un pariente o amigo entre los movilizados. La mayor parte del personal era femenino, con muy pocas ausencias. Aunque la factoría se encontraba lejos de los principales disturbios, pronto los rumores se filtraron entre los telares. El humo de los incendios ya podía verse desde cualquier punto. Muchas mujeres solicitaron ausentarse para cuidar de los suyos. El patrono había pasado la mañana sin soltar el teléfono, al tanto de la transformación de una huelga en una revolución, con la pronta intervención del ejército. La prudencia sugería el cierre y todos a casa. Camilo comunicó a sus empleados la decisión, advirtiéndoles que tuvieran el máximo cuidado en sus desplazamientos.

A media tarde, en su domicilio de la calle Valencia, recibió una visita inesperada. Un capataz y un empleado solicitaron su ayuda para otro obrero con una herida de bala cuando intentaba llegar a su casa. Corría el rumor de que todos los heridos por disparos o explosiones eran detenidos por la policía en los hospitales. Camilo conocía al hombre, Rigoberto, uno de los más exaltados. Daba por sentado que la lesión no había sucedido tal como se la contaron, pero decidió socorrerle. Habló por teléfono con su médico particular para

informarle del caso y solicitó su presencia en el domicilio del enfermo para atenderle en lo que hiciera falta. Después podía pasarle los correspondientes honorarios por una gastroenteritis.

Los sindicatos estaban desbordados, habían perdido la iniciativa en el conflicto. Las autoridades empezaron a tomar las riendas de la situación declarando la ley marcial y la intervención inmediata del ejército.

Julián Martínez vagaba desconsolado entre tanta destrucción y caos. La situación tenía visos de un mal final. Todo era exaltación estéril sin ningún objetivo ni dirección. Desapareció cuando el ejército, con apoyo artillero, comenzó a destruir todos los focos de resistencia. Al retirarse, una escena llamó su atención: un joven de aspecto trabajador, pero con un excelente traje, sorteaba con desaprobación los destrozos de la calle y cuidaba de no mancharse con los escombros ni con el hollín que flotaba en el aire.

Todos los detenidos pasaron a ser juzgados por un tribunal militar que dictó cinco penas de muerte y cincuenta y nueve condenas a cadena perpetua.

Justo Martínez y su padre estaban tristes, dolidos e indignados. El maestro del joven, el pedagogo Ferrer i Guardia, era uno de los condenados a la pena capital. Era el fundador de la Escuela Moderna, sita en el número 70 de la calle Bailén. Julián Martínez había insistido para matricular a su hijo en este centro de enseñanza, deseaba darle una educación de prestigio. La Escuela Moderna era laica e innovadora, en oposición a los numerosísimos centros de enseñanza de la Iglesia católica, donde predominaba la memorización y el castigo. Ferrer i Guardia vivía en una masía de la población de Montgat, cercana a Barcelona. No participó en ningún acto revolucionario, pero lo acusaron falsamente de instigador. Lo detuvieron y lo encarcelaron en el castillo de Montjuic bajo control del ejército. Al tribunal militar le bastó un solo día de juicio para condenarlo. Se desató una campaña internacional contra el Gobierno conservador de Antonio Maura para salvarle la vida. El poeta Joan Maragall solicitó clemencia. Todo resultó inútil. La ejecución de su maestro marcó el espíritu de Justo, la consideraba una grave injusticia cometida por militares y curas. La opinión de su padre era más profunda, daba la impresión de que la Santa Inquisición seguía viva en España.

Mientras en Barcelona aún humeaban las iglesias, otro desastre tuvo lugar en aquel nefasto mes de julio de 1909. Llegaron a Melilla inquietantes rumores de las activas cabilas cercanas. El mando en plaza destacó al general Guillermo Pintos y a sus tropas para vigilar el Barranco del Lobo, cerca del monte Gurugú. La columna se internó por error en el fondo del barranco, donde se vio sorprendida por un potente fuego cruzado de los rebeldes atrincherados en los altos. La situación empeoró al ordenarse la retirada sin apoyo de artillería, los soldados españoles caían diezmados sin piedad. Sixto Heredia Martínez huía pendiente arriba cuando pudo ver a varios oficiales transportar el cadáver de su general. Fue la última visión de su vida. Corría en línea recta, nadie le había enseñado a efectuar un zigzag en estas circunstancias, una bala le alcanzó de lleno. El desastre del Barranco del Lobo produjo un impacto en la moral del pueblo, y quedó reflejado en diversas coplas para llorar la pérdida de maridos, padres, hijos y hermanos.

Camilo Cabezas pudo comprobar con estupor la interpretación de un sector de la política madrileña y su prensa afín, sobre la Semana Trágica. Daban al movimiento revolucionario una versión de rebelión separatista. Todo para crear un ambiente anticatalán y desprestigiar a sus políticos.

Poco tiempo después llegó el último coletazo de la Semana Trágica, cobrándose una nueva víctima: Solidaritat Catalana. Un partido político unitario, que había cosechado tantos éxitos, se descompuso a los cuatro años. Los partidarios más a la derecha defendieron la actuación del ejército, los de la izquierda a los trabajadores y revolucionarios. Ya no era posible ningún entendimiento.

# I.6 Los Villarroya

Durante el mes de mayo de 1890 en el tranquilo pueblo de Ludiente, provincia de Castellón, y en la sierra del Alto Mijares, apareció un hombre joven de singular aspecto. Los rasgos de su cara parecían cortados a cuchillo, en líneas rectas, con una barbilla algo cuadrada y unos ojos verdes de mirada firme y profunda. El sudor de su rostro denotaba un fatigoso camino, como también el resto de su polvorienta indumentaria. Lucía un estrafalario sombrero de paja remendado con telas de diferentes colores en los lugares donde había perdido la caña. La noticia corrió entre los mil y pico habitantes de la villa, curiosos y comadres se asomaban por puertas y ventanas para conocer al recién llegado.

Si el jinete llamaba la atención, no menos notoria era su cabalgadura. Una mula muy nervada, de gran envergadura, cargada con multitud de fardos y un montón de cuernos de toro sujetos a la silla, de los usados para contener aceite u otros condimentos. También portaba un gorro como su dueño, pero de mejor aspecto. El animal no mostraba ningún cansancio, como si acabara de salir a pasear. Detrás de la mula, un asno de buen tamaño con aires de aburrimiento soportaba diversos enseres y aperos de labranza. El recién llegado daba la impresión de viajar con todas sus pertenencias.

El joven se interesó por las tierras en venta. Visitó con suma atención durante dos días cada una de ellas, siempre a lomos de su animal. Apreció con satisfacción un extenso valle cruzado por un pequeño río. Era la tierra soñada, un poco árida, pero suficiente para sus propósitos. Inquirió por el propietario, dirigiéndose a la taberna para hablar con él. La noticia de la llegada del forastero y de sus intenciones eran del dominio de todos los habitantes del pueblo. El local estaba más concurrido de lo habitual, con un público expectante, atento al desarrollo de los acontecimientos. El recién llegado apartó con cuidado la cortina de abalorios de la entrada, durante unos instantes estudió a los parroquianos y el ambiente lóbrego que los envolvía. Con paso firme avanzó hacia la mesa al lado de la única ventana de la ancha pieza, allí se encaró con un hombre fornido y con una vestimenta más pudiente que las lucidas por el resto de los bebedores y los jugadores. Con un ligero gesto de la cabeza habló alto y claro:

—Muy buenas tardes, señor Verdejo, me han comentado que usted es el propietario de la parcela que cruza el río. Está en venta y desearía adquirirla.

Las partidas de cartas y dominó se habían interrumpido al entrar el posible comprador. No se oía ni el roce de una carta ni el movimiento de una ficha, tanto por el desparpajo del recién llegado como por sus pretensiones sobre la mejor tierra de la villa. El aludido estudió con atención a su interlocutor, como si no diera crédito a sus oídos. Depositó con cuidado su habano en un cenicero con motivos taurinos y, tras un largo silencio, habló con lentitud:

—Joven, se trata de una gran extensión de terreno, con una vivienda de dos plantas y un desván, cuadras, almacén para grano, diversos corrales, tres casetas para los aperos. Dígame, ¿usted de dónde procede?

—Perdone por no haberme presentado, mi nombre es Fernando Villarroya, vengo de las montañas de Peñarroya en la vecina provincia de Teruel. He visitado sus tierras esta mañana y conozco todo lo que contienen y su estado.

Esta última afirmación indicaba la minuciosa inspección del comprador por el lote, e insinuaba el posible conocimiento de su precio aproximado, obtenido por comparación entre las diferentes ofertas existentes.

—Por tanto, reitero mi honesta proposición. ¿Cuánto pide usted por la finca?

Estas palabras eran en un tono firme, como si hablara un hidalgo de alcurnia. El silencio fue más viscoso y el vendedor no podía creer que un pordiosero, tal como lo veía, fuera capaz de optar a sus posesiones. También percibió una cierta admiración de sus vecinos hacia el forastero. Su prestigio estaba por encima de todo, sin reflexionar demasiado contestó:

—Joven, en el día de hoy mis tierras valen diez mil reales de vellón, lo mismo que cuatro mil reales de plata, o si lo prefiere en escudos de oro son doscientas cincuenta monedas. Pero cuando las pueda pagar le costaran mucho más.

La frase la pronunció con una cierta ironía y mirando tanto a su interlocutor como al resto de los asistentes, algunos de ellos sonrieron sin disimulo.

No se inmutó para nada el recién llegado, y respondió con dignidad:

—¿Es esta una palabra de honor?

—Sí, lo es. Mi palabra como Verdejo es sagrada.

El joven salió por la puerta seguido de un gran murmullo de voces y algunas risas. De la mula descolgó con parsimonia los tres cuernos más grandes y volvió sobre sus pasos. Al cruzar la cortina, todo movimiento en el interior quedó congelado, nadie había imaginado la

posible vuelta del fracasado comprador. Con zancadas firmes se acercó a la mesa del señor Verdejo, destapó los cuernos y arrojó sobre el tapete verde una cascada de doblones de oro. Los agrupó en montones de cinco piezas. Como un doblón equivalía a dos escudos, levantó veinticinco pilas y recogió el sobrante.

—Aquí tiene usted el dinero, ahora la finca es mía.

El propietario estaba entre la espada y la pared, había dado su palabra ante numerosos conocidos y vecinos. Reponiéndose con presteza, tendió la mano al nuevo dueño, le felicitó y le deseó una próspera estancia como un vecino más de la villa.

Así fue el inicio de los Villarroya en Ludiente. Nunca se conoció en la familia el origen del dinero del patriarca, a pesar de las innumerables veces que familiares y amigos sacaron el tema a colación.

El jinete, la mula y el asno enfilaron el camino hacia su nuevo hogar, en las afueras del pueblo. Fernando estaba muy satisfecho de la compra, el primer escalón estaba resuelto. Su cabalgadura se contagió del buen humor del jinete mientras avanzaba indolente y alegre hacia un merecido descanso. El lento paso le permitía ir pensando en el enorme trabajo que tenía por delante. Primero, adquirir víveres, un caballo, animales de granja, hacerse con simientes para los campos, contratar braceros, adecentar los edificios por el orden de su utilidad y comprar los muebles imprescindibles. Debería buscar una sirvienta para atender la casa y la cocina, pues no disponía de tiempo para todas las tareas. Tras el desembolso de la compra no disponía de mucho oro. Debía controlar los gastos con sumo cuidado para ir afrontando las necesidades a medida que obtenía algunas rentas para seguir adelante. No deseaba recurrir a ningún crédito en el pueblo, ya estaba informado de que el usurero de la comarca era el propio señor Verdejo.

Nada más llegar a su casa descargó los animales y les dio una ración de pienso. Estaba sucio, pero tan cansado que pospuso el baño en el río para el día siguiente. Una de las caballerizas estaba en perfecto estado, con paja seca en un rincón. De un fardo extrajo unas mantas viejas pero limpias e improvisó un lecho en el suelo. Antes de caer dormido, exhausto y feliz, tuvo tiempo para sus últimos pensamientos.

Calculó dos años para obtener un buen funcionamiento de la explotación y conseguir unos beneficios aceptables. Después ya pensaría en casarse. La casa era grande, dos plantas y un desván, quería llenarla. Otra gran ilusión podía lograrla antes: contemplar el mar. Desde que vio una fotografía de esta gran extensión de agua no

pensaba en otra cosa. Ahora se encontraba a solo cincuenta kilómetros de la playa de Castellón.

El señor Verdejo seguía irritado por la forma en que su propiedad había sido vendida. Sin presentar ninguna denuncia habló con el jefe del cuartelillo de la Guardia Civil, una fuerza creada veintiún años atrás, ya con una eficacia probada. En su opinión, debería investigarse el origen del dinero. Quizás procediera de un robo o asalto.

A pesar de numerosas pesquisas, la Benemérita no encontró ningún origen ilegal de los ciento veinticinco doblones de oro. Indagar cómo el señor Villarroya había conseguido enriquecerse supuso entrar en un laberinto.

En la comarca de Peñarroya todo el mundo daba por sentado que Fernando Villarroya tenía dinero. Sin embargo, el origen de su fortuna variaba enormemente según los diferentes testigos interrogados. Unos aludían a una donación de monedas de oro de su abuelo. Otros conocían con exactitud la herencia de un familiar, López Villarroya, emigrado y muerto en Argentina. Un primo carnal confesó una relación entre Fernando y una duquesa, de la que recibió una joya de gran valor por sus amoríos. En la principal posada de la región era un hecho la ganancia de una enorme suma en una partida de cartas en el casino de Teruel. Los habitantes de la montaña eran categóricos: había encontrado una veta de oro, incluso algunos buscadores todavía trabajaban en la falda del primer hallazgo.

La investigación, sin la correspondiente denuncia, entró en una vía muerta. El señor Verdejo tuvo que aceptar los hechos y olvidarse del asunto, no le interesaba para nada remover estas noticias dentro del pueblo, tenía que cortar cualquier rumor entre sus vecinos.

Con el paso del tiempo, Fernando fue cumpliendo todas sus ilusiones. Tuvo mujer y varios hijos. El segundo de ellos, Avertino, fue el padre de Lidia Villarroya.

# CAPÍTULO II (1911–1920)

## II.1 Viaje a Francia

En la modistería de señoras New England, Jerónimo Aixelá trabajó unos años, en los que aumentó sus conocimientos profesionales. Al fin, consiguió la categoría de oficial sastre, si bien en Girona había trabajado como jefe de taller. Tras una buena oferta obtuvo una plaza en la sastrería del Sr. Vernón.

El siguiente escalón en su carrera consistía en obtener el título de cortador. La tela de las prendas se corta en diferentes piezas para su posterior cosido. El trazado de las líneas debe ser preciso, adecuado a las medidas físicas del cliente. Un error significa una mala confección o, peor, la pérdida de todo el paño. El primer paso consiste en dibujar sobre la tela las líneas de corte según las medidas anotadas. Hay que utilizar un metro, regla, cartabón, plantillas de curvas y un yeso de marcar. Las diferentes piezas deben disponerse de forma que la merma del tejido sea la mínima posible. A continuación, se realiza el despiece con unas tijeras de sastre, de gran tamaño y pesadas, respetando con cuidado todas las líneas trazadas.

Jerónimo empezó a estudiar el sistema de corte de los tejidos durante la noche, el único tiempo disponible para esta tarea. Una poderosa barrera se interpuso en su avance. Los escasos conocimientos escolares de su infancia le impedían entender los esquemas geométricos del arte sartorial. Fue una etapa muy dura, asimilar alguna lección podía significar una o dos semanas de noches interminables o bien un escollo insalvable. Por las mañanas se levantaba agotado, con los ojos llorosos por el esfuerzo nocturno. Había avanzado en sus estudios cuando ocurrió un contratiempo.

En 1913, a sus veintitrés años, abandonó su empleo de forma súbita, sin previo aviso. Decidió marchar a Francia una temporada, aunque no conocía el idioma ni tenía ningún puesto de trabajo apalabrado.

Como el verano estaba en pleno auge, la decisión más acertada de Jerónimo fue dirigir sus pasos a la capital veraniega de Vichy, la mejor villa de vacaciones de la época. Allí podía encontrar a la clase alta parisiense. La ciudad de Vichy, ya conocida por los romanos como Vicus Calidus, tiene más de doscientos cincuenta manantiales con aguas termales de diferentes propiedades, ideales para las vacaciones de turismo y salud. Al conocer el precio de los hoteles más lujosos no

tuvo más remedio que hospedarse en uno de menor categoría.

Su habilidad y su suerte se aliaron para conseguir una buena colocación en la firma Maison Trotar, una modistería de señoras de categoría. Quedó asombrado por una de las condiciones de sus nuevos patronos: le pagaban en oro puro. Andaba, por tanto, muy al corriente de la cotización del dorado metal.

Empezó a dominar los rudimentos de la lengua francesa, y conseguía hacerse entender con desparpajo. Pronto paseaba por los bulevares con nuevos amigos, asistía a funciones teatrales, tomaba las famosas aguas de bicarbonatos sódicos con oligoelementos. El trabajo le funcionaba a pedir de boca, las clientas y el personal de plantilla estaban encantados del servicio de un joven tan apuesto, elegante y caballeroso. La tienda también era un buen foco para entablar amistades, sobre todo las femeninas.

En el día nacional de Francia, el 14 de julio, fue con sus compañeros a celebrar la festividad en unos jardines cercanos, adornados con diferentes carpas dispuestas para el evento. Abandonó el grupo al entablar amistad con una preciosa mujer para dirigirse a un lugar apartado, discreto, con base en toda clase de excitantes promesas. La pareja fue paseando hasta un solitario parque boscoso, de súbito aparecieron en la escena tres figuras amenazantes.

No dudó ni un instante. Tenía una vía de escape hacia un puente algo lejano. Sin ningún miramiento, empujó a la chica que le obstruía el paso por el terraplén contiguo y se lanzó a la carrera hacia la pasarela. Los dos hombres más cercanos fueron tras él. Al llegar a la barandilla se giró con rapidez, su mano empuñaba un pequeño revólver y disparó un tiro de advertencia. Los perseguidores pararon en seco, la cuadrilla giró grupas y desaparecieron.

Sudando copiosamente, sin sombrero ni aliento, escondió la pistola que llevaba desde su salida de Barcelona. Relató a sus amigos la aventura sufrida sin mencionar para nada el arma. Todos juntos presentaron denuncia a la gendarmería, sin ningún resultado a pesar de las diversas batidas efectuadas por las cercanías.

A los cuatro meses de estancia en Vichy recibió una carta del señor Vernón, de la sastrería donde trabajó antes de partir a Girona. En la misiva le ofrecía una plaza de cortador en una sastrería de Logroño. Era una de sus ambiciones, ¡una plaza de cortador! Contestó de inmediato a la proposición para dar su conformidad.

Al despedirse de Maison Trotar todos sintieron su marcha. Le ofrecieron pagarle más por las prendas confeccionadas y el traslado a Niza para la temporada de invierno. No pudo aceptar al haber dado previamente su palabra para el nuevo empleo.

Disponía de tiempo y decidió conocer París. No dudó en tomar un tren para llegar a la capital sobre finales de septiembre. Había quedado con su amigo parisino para recogerle en la estación, al llegar el convoy nadie le esperaba. Con el escaso dinero que poseía se presentó en la dirección donde se alojaba, tampoco se encontraba allí, ni volvió en toda la noche. Estaba desesperado, sin dinero ni nadie a quien acudir. Se acercó a uno de los puentes del Sena, donde se reunían durante el atardecer los españoles residentes en Paris. Tras varias averiguaciones le informaron de la ausencia y pronto retorno de su amigo. Al tercer día pudo contactar con él; lo abrazó con una alegría incontenible. Fueron las setenta y dos horas más estresantes de su vida. Hubo un malentendido sobre la fecha de la llegada del tren. Consiguió cobrar la liquidación de Maison Trotar remitida a la cuenta bancaria de su amigo. Disponiendo de efectivo pudo disfrutar de las noches parisinas, y aprovechó las mañanas para captar el estado de la moda, las tendencias de la misma, tanto de hombres como de mujeres. También compró un par de detalles para su madre y su hermana.

Transcurridas dos semanas regresó a Barcelona. El expreso paraba en Girona, se apeó para visitar a Rosita, su vivienda estaba cerca de la estación. Su madre le recibió abrumada por la desgracia. Rosita se encontraba muy enferma, los médicos daban pocas esperanzas. Jerónimo estaba destrozado por la noticia, insistió en visitar a la enferma, no podía marcharse sin verla. La madre, después de meditar su decisión, acompañó al joven hasta el dormitorio de su hija.

Jerónimo contempló un rostro casi desconocido, la piel blanquecina, sudada, los ojos oscuros, perdidos. Recordó los largos paseos por la arboleda mientras conversaban sobre ilusiones y proyectos. Su cuerpo torturado necesitó la ayuda de su madre para incorporarse del lecho, así pudieron darse un suave beso, mientras Jerónimo le susurraba deseos de esperanza y tranquilidad. Al salir de la alcoba Jerónimo ya no pudo contener sus lágrimas, la madre de Rosita tampoco. Ambos lloraron con un abrazo que nunca se había producido.

Fue el último beso, las últimas palabras, días más tarde murió aquel ángel. En realidad, su verdadero primer amor.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Cuando leí el viaje a Francia de mi abuelo en su autobiografía, aprecié la similitud del mismo con el esquema de su primera huida a Girona. Deja el importante empleo en la sastrería Vernón, abandona sus estudios de cortador y sale corriendo, piernas para que os quiero.

En mi parecer, el primer lío de faldas debió ser con una modistilla

del taller de su segundo empleo. En la escapada francesa, en cambio, sería con alguna dama de la alta sociedad. Quizás un flirteo con alguna clienta del New England o de la propia sastrería del señor Vernón. En esta ocasión había que ir más lejos y armado. En el incidente del 14 de julio en Vichy, ¿eran simples atracadores o más bien un comando vengador? Si el abuelo andaba con un revólver debía considerar muy probable un ataque en respuesta a su conducta.

Es una pena que la autobiografía no describa los verdaderos motivos de las sorprendentes escapadas del abuelo. Hubieran constituido, sin duda, un material interesante y divertido.

Más de una vez he pensado en la posibilidad de tener por este mundo algún tío o alguna tía por conocer. Incluso me gustaría averiguar si su carácter es como el del abuelo o como el de mi padre. Pagaría por ello.

Creo, con bastante seguridad, que mi tía abuela Lorena podría explicar los motivos de los viajes de mi abuelo. Tanto el de Girona como el de Francia, incluso esa necesidad de ir armado. En un par de ocasiones le pregunté por el tema, con voz agria me mandó a paseo. Ni bajo tormento soltaría una palabra capaz de perjudicar a su hermano, a su ídolo.

# II.2 La Mancomunidad

Los fabricantes de cintas empezaron a reunirse para organizarse entre ellos. La competencia no es buena para los negocios, preferían llegar a unos acuerdos mínimos para mantener en buena marcha sus empresas. En los primeros encuentros hubo que limar diferencias, sospechas y recelos. El principal escollo fue la participación de Florián Bárdenas. En la reunión inicial para las presentaciones personales, Florián se dirigió a todos en un excelente catalán. Causó una grata impresión, tanto por el idioma usado como por sus puntos de vista sobre el negocio. Muchos fabricantes recibían pedidos del Ejército y temían pérdidas a favor de Cintas Sistach, por los contactos del padre de Florián con los militares. Al cabo de cinco semanas la nueva política de pedidos de Intendencia supuso la pérdida de un treinta y cinco por ciento para todos los fabricantes a favor de Cintas Sistachs. En el fondo era una proposición de paz, todos seguían conservando la mayoría de la cartera de clientes y el daño había sido menor que el supuesto. Con los pedidos acumulados, Florián Bárdenas pudo poner a flote su fábrica.

Todos eran hombres inteligentes, al poco tiempo consiguieron acuerdos en precios, morosos, obreros conflictivos y reparación de maquinaria. El segundo paso consistió en buscar un buen local para sus reuniones. Camilo Cabezas les propuso asistir al café Maison Dorée. Tenía buen servicio, mesas apartadas, era moderno y a la vez acogedor. Aceptaron de buen grado la invitación. Las reuniones pasaron a ser semanales, pues todos estaban a gusto, y una amistad empezó a surgir entre el grupo. Con un ambiente más distendido iniciaron otros comentarios ajenos a la profesión. Los temas más debatidos eran la política y la actualidad. No conversaban sobre deportes ni mujeres, salvo en contadas ocasiones. Se estableció la costumbre de fumar habanos de marca durante la velada.

Con la última petición de su padre en marcha, Camilo Cabezas contrajo matrimonio con Mercedes Garrí tras un corto noviazgo. La muchacha que pasaba a diario por delante de La Imperial pasó a ser su esposa. Antes de la boda, Camilo también había conocido a su hermana María y a sus padres, Lorenzo Garrí y Milagros Montseny. María asistió a la ceremonia acompañada de su prometido José Muntades, ambos ya tenían preparado su próximo enlace matrimonial para unas semanas después.

Camilo Cabezas y Josep Rius, otro importante fabricante, entablaron una sólida amistad. Fue Josep Rius quien le puso al corriente de un proyecto en estudio para impulsar la modernización

del territorio catalán. El planteamiento era muy simple: unificar las diputaciones de las cuatro provincias en un único organismo administrativo. El presidente de la Diputación de Barcelona, Prat de la Riba, escritor y político de la Liga Regionalista, fue el impulsor del proyecto. Se prepararon las bases de la Mancomunidad después de lograr un amplio acuerdo entre las cuatro diputaciones. Josep Rius tenía unas excelentes relaciones con la Administración catalana y asesoraba a la misma en temas económicos y de gestión.

Camilo Cabezas seguía con gran interés el proyecto de la creación de la Mancomunidad. Camilo absorbía todas las noticias y comentarios en los periódicos, asistía a reuniones de la Liga y comentaba la situación con sus amigos, sobre todo con los patronos del gremio de cintas en sus reuniones semanales.

El texto elaborado se presentó en 1912 a las Cortes Españolas como Ley de Mancomunidades, para cualquier grupo de provincias españolas. El presidente del Gobierno, José Canalejas, en un memorable discurso parlamentario consiguió su aprobación en la Cámara durante octubre del mismo año. El texto recibió únicamente la abstención del partido conservador y del partido republicano liberal de Lerroux.

El asesinato del ilustre presidente por un anarquista retrasó el avance de la ley. El nuevo presidente, conde de Romanones, frenó su paso al Senado, un trámite imprescindible. Camilo estaba impaciente con tantos impedimentos, parecía que en vez de avanzar se retrocedía. El sistema se puso en marcha durante el mes de junio, cuando se iniciaron los primeros debates. En el mes de octubre dimitió el presidente del Gobierno, las Cortes se disolvieron y el proyecto quedó de nuevo estancado.

Después de muchas dificultades se promulgó el correspondiente real decreto a finales de 1913. El rey firmó el texto que autorizaba la unificación de cualquier grupo de provincias españolas que lo solicitasen. Únicamente Catalunya se adhirió a la ley. Valencia también estudió su proyecto de Mancomunidad, sin que llegara a prosperar.

El texto aprobado solo otorgaba a Catalunya la capacidad administrativa del nuevo ente, para fines exclusivamente administrativos que fueran competencia de las provincias. No existía, por tanto, ninguna capacidad legislativa o de otro tipo. El presupuesto de la Mancomunidad era la suma de las aportaciones del Estado para cada una de las diputaciones provinciales. El primer presidente fue el propio Prat de la Riba, un político de primer orden, carismático, trabajador incansable. Poseía la capacidad de dialogar, convencer y

trabajar en equipo, todos en la misma dirección. Bajo su tutela se fijaron diversos objetivos para modernizar Catalunya: Que no exista un solo Ayuntamiento que deje de tener, aparte de los servicios de policía, su escuela, su biblioteca, su teléfono y su carretera. Prat de la Riba era católico practicante, partidario de la autoridad y conservador. Tenía el ansia de modernizar el país y darle una cultura profunda, una política que en algunas partes no se entendía.

Poco después empezaba la Primera Guerra Mundial, tras el atentado de Sarajevo. La guerra supuso un incremento en los negocios, los contendientes necesitaban víveres y materiales. Sus fábricas estaban vacías de personal, con los obreros desplazados al frente. Camilo Cabezas amplió los telares de su fábrica, en una guerra se emplean muchos fajines, cordones y cintas para medallas. Pronto la industria condal empezó a suministrar material bélico a Francia. Barcelona se convirtió en un nido de espías. Esta situación provocó la llegada de siniestros personajes a la escena política y social de la ciudad.

El aumento de la producción supuso más beneficios para los patronos, pero ninguno para los obreros, que percibían unos salarios cicateros. Poco a poco se creaban las bases para un estallido social, los anarquistas iban creciendo en número y violencia, la semilla del pistolerismo estaba en marcha.

En las tertulias de los fabricantes de cintas las conversaciones sobre la Mancomunidad eran constantes, tanto en los proyectos como en los resultados. Cada miembro aportaba la información que conocía en particular.

El hijo de Ignacio Boix trabajaba en una compañía telefónica, su padre solía dar una cascada de datos a sus amigos. «El esfuerzo en este campo es importantísimo», recalcaba Ignacio con vehemencia, mientras agitaba su taza de café con cuatro azucarillos dentro.

La Mancomunidad fomentó el inicio de la construcción del aeródromo de Canudes, muy cerca del pueblo del Prat. Florián Bárdenas era el más interesado en este proyecto. Al viajar con frecuencia a Madrid estaba harto de los desplazamientos por ferrocarril, lentos y agotadores. El futuro era el avión, sin duda.

En los aspectos agrícolas y forestales se introdujeron cambios para aumentar el rendimiento de las explotaciones, apoyados por nuevas tecnologías y la estructuración de los servicios. Romualdo Roca, el miembro menos hablador del grupo, comentaba brevemente estos extremos al tener un hermano agricultor introducido en el tema. No revelaba al resto de contertulios la activa militancia de su familiar en un reciente partido político casi desconocido, el partido comunista.

Desconocía que tanto Florián Bárdenas como Camilo Cabezas conocían las andanzas del hermano, pero eran discretos con esta información.

La educación recibió un empuje notable, quizás el más importante, para alfabetizar y educar a la sociedad. El Consejo de Pedagogía analizó las tendencias educativas en otros países y ponía en marcha los métodos de la italiana María Montessori, que residió un tiempo en Barcelona para formar a los nuevos maestros. Vicente Graupí, el monárquico bonachón, mantenía contactos con el mundo universitario y explicaba con satisfacción los avances en la enseñanza. En sus negocios, los cinteros debían estar al corriente de las innovaciones en maquinaria textil y en el suministro energético. Para cubrir la demanda actual y futura de la industria la Mancomunidad creó las escuelas e institutos de grado medio y superior en muchas materias. Destacaron las enseñanzas en mecánica, química, electricidad, textil y gestión. El profesorado era elegido con criterios académicos, profesionales y científicos, no por su afiliación política.

A Josep Rius se le llenaba la boca al hablar de las bibliotecas. La puesta en marcha del Instituto de Estudios de Catalunya supuso un salto cualitativo, y entró en relación con más de cien organismos internacionales. La red de bibliotecas empezó a funcionar, una aspiración personal de Prat de la Riba para acercar la literatura y la técnica a toda la población. En consecuencia, fue necesaria la creación de la Escuela de Bibliotecarias y de la Biblioteca Nacional de Catalunya, que introdujo en España el sistema de codificación de libros denominado Clasificación Decimal Universal.

La Mancomunidad de Catalunya era un gran instrumento. Una acción honrada, trabajada y bien planificada estaba transformando el territorio, la enseñanza y la industria de forma substancial.

# II.3 Estancia en Logroño

Jerónimo Aixelá volvió de Vichy y Paris arrogante, orgulloso. Alardeaba de los conocimientos adquiridos en tan importantes plazas, también por su marcha a Logroño con su flamante puesto de cortador sastre. Fue a visitar al señor Vernón, su jefe antes de partir hacia Francia, para agradecerle sus desvelos en conseguirle el puesto de trabajo, fruto de una antigua amistad.

Su madre y su hermana no estaban muy felices con su próxima marcha. Primero el viaje al extranjero, y nada más llegar partía de nuevo por un tiempo que no sería breve. Ahora las dos vivían con modestia gracias a los salarios de ambas, el de la hermana con un reciente incremento, y con alguna frecuencia con la ayuda de Jerónimo. La despedida en la estación fue triste, si bien valoraban con satisfacción los avances profesionales de su hijo y su hermano, y esperaban un futuro mejor para todos.

Jerónimo llegó a la capital riojana el 21 de septiembre de 1914, en plenas fiestas de San Mateo. En un primer momento le pareció la ciudad mucho más pequeña de lo supuesto, bastante provinciana y con unas fiestas vulgares y pobres. No era el único en considerar las fiestas de este año un fracaso. Periódicos, tertulianos y casi toda la población clamaban contra los organizadores. Alguien las calificó de «calladas y tristes». Andaba escaso de dinero, optó por una habitación en una pensión de renombre con servicio de comidas, no le alcanzaba para un hotel de categoría como en Girona. El establecimiento se encontraba entre el Banco de España y la estación del ferrocarril. Al llegar el primer día laborable se presentó en la dirección de su nuevo puesto, y empezó a trabajar de inmediato después de las obligadas presentaciones.

Su facilidad de trato, el aire de hombre de mundo, su simpatía innata le abrió las puertas a la vida de la ciudad. Tenía por costumbre ir siempre impecablemente vestido, afeitado y aseado a todas las fiestas y espectáculos. Incluso cuando paseaba con sus amigos, los oficiales de artillería, vestía de chaqué. Todas estas apariencias tenían una buena base, pero la cadena contenía un eslabón débil, difícil de solucionar. Los escasos estudios escolares le pasaban factura a menudo. Por este motivo siempre hablaba con precaución, en el caso de albergar una duda prefería callarse, primero pensar, luego soltar la lengua si procedía.

Estando al corriente de la moda femenina, sobre todo francesa, empezó a realizar diferentes prendas para señora. Preparó varios modelos sobre maniquíes dispuestos en un amplio escaparate. Esta

novedad en una pequeña capital atrajo a nubes de mujeres y curiosos, lo que causó un cierto impacto en la villa. El propietario de la tienda, entusiasmado, inauguró un nuevo comercio más lujoso para atender a los clientes adinerados. Estaba ubicado en la mejor zona, cerca del cruce de las calles Sagasta y Mercado. Todas estas actividades aumentaron su fama como sastre y negociante.

Trascurrió con rapidez un año y se acercaban las fiestas patronales. Los responsables no estaban dispuestos a caer en el ridículo del año anterior, con lo que lograron un San Mateo 1915 que sería recordado durante años. Jerónimo asistía al frontón Beti Jai y al Frontón Logroñés para admirar las precisas evoluciones de los mejores pelotaris, los vascos Benavides *y* Larrañaga. Por primera vez contempló una corrida de toros en el nuevo coso, inaugurado durante las mismas fiestas. Sus amigos del ejército le enseñaban los diferentes lances y las particularidades del denominado arte taurino. El cartel era excelente, dos de los más aclamados matadores del momento estaban presentes en el ruedo: Joselito y Belmonte.

Las representaciones teatrales, con cierta diferencia, resultaron para Jerónimo las mejores actividades. En el teatro Bretón actuó Margarita Xirgú. Había asistido en el Romea de Barcelona a su interpretación magistral en la obra *La reina joven*, en 1910. De nuevo admiró la belleza de la artista. De su rostro dimanaba una profunda serenidad, la nariz era algo respingona, en vez de afearla acentuaba sus facciones entre unos ojos profundos e inquietantes. Cerraba su hermosura con unos labios finos y deliciosos.

Al día siguiente decidió efectuar un intento con la actriz. Terminada la obra mandó un ramo de rosas a su camerino con una nota en catalán. Margarita era oriunda de Molins de Rei, muy cerca de Barcelona, quizás apreciase el detalle. Esperó expectante alguna respuesta, por fin apareció una secretaria de la intérprete para agradecerle las flores y declinar su invitación al tener otros compromisos.

En el teatro Moderno reaparecía Raquel Meyer, una cantante de primer orden en el panorama musical. En Logroño era muy apreciada, había nacido en Tarazona, pero de madre riojana. Su familia se trasladó a Barcelona y trabajó en un taller de confección antes de dedicarse al cante. Se consagró en el año 1911 al actuar en el teatro Arnau de Barcelona con las canciones compuestas por Jerónimo Padilla *La violetera* y *El relicario*. Poseía una hermosura opuesta a la de Margarita Xirgú, un pelo muy oscuro, rizado, con una mecha sobre la frente. Los ojos eran grandes y negros, y tenía unos labios carnosos y sensuales. Su rostro poseía una expresión de desafío. Tuvo una

actuación estelar; a Jerónimo, puesto en pie, le dolían las manos de tanto aplaudir.

A pesar de todos los éxitos profesionales logrados, Jerónimo Aixelá no estaba contento. Trabajar en una pequeña capital de provincia tenía sus inconvenientes. Por un lado, era difícil encontrar mano de obra cualificada para la confección de las prendas, la tradición profesional era baja. Todo el mundo sabía coser, pero la sastrería de calidad necesitaba de algo más. En segundo lugar, y más grave, todos los trajes finalizados durante la semana los veía pasar de inmediato por las calles, bares o teatros. Descubrir un defecto en una prenda era una situación enojosa. Si era el propio cliente quien le indicaba algún error, le amargaba todo el día. Quizás otro motivo más oculto era la inmensidad de Barcelona, una urbe anónima, en Logroño todos eran conocidos y vecinos.

Cada año hacía un viaje a Barcelona durante la Navidad para estar con su familia. Durante la visita también asimilaba las tendencias de la moda, las noticias profesionales, todos los chismorreos del sector. En uno de estos viajes coincidió de nuevo con Vicenta, la hermana del señor Vernón; ambos se conocieron durante su anterior trabajo en este negocio, antes del viaje a Francia.

**Autobiografía de Jerónimo Aixelá**

En mi último viaje a Barcelona estuve de nuevo con Vicenta. No sé bien qué me pasó, estaba completamente enamorado. Le propuse casarnos y su reacción fue de sorpresa, quedó sin habla, al final de un largo silencio me dijo:

—Mañana le contestaré.

Por mi parte tuve la impresión de que mi propuesta no cayó en desagradado. Expliqué la situación a mi familia, madre estaba contenta y me animó a seguir. Por la noche apenas pude conciliar el sueño, era un paso importantísimo en mi vida.

Al día siguiente, con un tono serio, Vicenta me preguntó si mis intenciones eran honradas, pues tenía fama de bullanguero. Le aseguré la formalidad de mi propuesta y la petición para iniciar un noviazgo con el consentimiento y agrado de su familia. Con una gran sonrisa aceptó mi proposición, pues ella también había hablado con los suyos.

Regresé a Logroño, durante un tiempo el intercambio de correspondencia entre ambas ciudades fue decisivo. En la siguiente visita a Barcelona arreglamos todos los detalles y en febrero de 1916 contrajimos solemne matrimonio.

Volvimos a Logroño muy felices. Me propuse la obligación inquebrantable de situarme bien económicamente para tener un hogar

santo y honrado, atender a mi familia y a los hijos que pudieran venir.

Con los gastos de la boda apenas me quedaba dinero para llegar a fin de mes. Por mi modo de ser no iba a molestar a nadie con mis necesidades, si lo haces pierdes categoría moral, personalidad y puede que vergüenza. Para afrontar esta situación comencé a confeccionar americanas por mi cuenta, durante las noches y en casa. Habíamos alquilado una pequeña pieza en un ático de la calle Sagasta, cerca del Puente de Hierro. No quedaba cerca del centro, era una zona más popular y rural, pero la vivienda era limpia, alegre y económica. Los vecinos eran una familia recién llegada de Barbastro, con frecuencia manteníamos cortas conversaciones, aunque Vicenta los trataba más durante mi jornada laboral. Recuerdo la extraña impresión de uno de los hijos de mi vecino, José María, tenía una mirada honda y enigmática. Entre mi mujer y los trabajos nocturnos no tuve otra opción que limitar las salidas con mis amigos.

Antes de casarme había visitado al señor Rívoli, de una importante sastrería de Barcelona, para ofrecerle mis servicios. Fue una gran ilusión recibir una carta suya ofreciéndome la plaza de primer cortador en su establecimiento. Me sentí el hombre más feliz de la Tierra. El inicio de mi carrera profesional, el premio a todos los sufrimientos pasados. Además, el traslado a la Ciudad Condal solucionaba un problema doméstico: Vicenta no se sentía feliz en Logroño; más tarde supe que estaba embarazada.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

De joven nunca entendí el matrimonio de mi abuelo. Él era un caballero guapo, bien vestido, seguro de sí mismo y conquistador. Vicenta era la otra cara de la moneda. Mi abuela siempre llevaba unos horribles vestidos negros combinados con extraños peinados de su abundante cabellera que, además, no favorecían su escasa belleza. Tampoco brillaba por su inteligencia.

Cuando yo mismo pude leer la autobiografía de mi abuelo, empecé a comprender la situación. Él no estaba contento en Logroño y deseaba volver a Barcelona, pero únicamente en el caso de un ascenso profesional para satisfacer sus ambiciones. En absoluto quería dejar la más mínima impresión de una retirada. La boda con Vicenta procuraba una brillante solución en caso necesario. Era la hermana pequeña del señor Vernón, que regentaba una acreditada sastrería provista de una buena cartera de clientes. Tarde o temprano serían suyos, no existían más hermanos ni familiares capaces de dar continuidad al negocio.

Vicenta accedió a casarse con Jerónimo a pesar de considerarlo un

bullanguero. La Real Academia define esta palabra como alborotador. Ni por asomo el pretendido novio era tal cosa. Vicenta utilizó esta palabra para no llamarle mujeriego. Tampoco mi abuela debía tener muchos pretendientes si accedía a la proposición de Jerónimo. Apostó por un caballo ganador y acertó de pleno.

Los efectos sacramentales del matrimonio, por desgracia, no cambiaron las costumbres bullangueras del marido.

**Añadido con fecha del 6 de febrero de 1987**

Al remover una caja de fotografías de mis hijas encontré traspapelada una instantánea antigua de los abuelos. Toda la imagen confirma los comentarios de mis notas familiares sobre su boda, escritas hace bastante tiempo. No he resistido la tentación de ampliar mis impresiones.

La fotografía es de un estudio profesional, sin fechar. Podría ser entre unos cinco y siete años posteriores a la vuelta de Logroño. Mi abuelo está de pie, con un impecable traje oscuro de finas rayas, americana cruzada con un pañuelo en el bolsillo del pecho. Camisa almidonada blanca con una corbata a juego. En la mano derecha sujeta unos guantes de cabritilla y un sombrero recién estrenado. El brazo izquierdo, por detrás de su esposa, apenas rozando su vestido. Delgado, con la cabeza un poco alargada y un peinado perfecto con una ligera onda en su frente. Rostro hermoso, ojos inteligentes de mirada firme; un fino bigote sobre el labio le da un cierto toque sensual. Toda su figura muestra una gran calidad en su persona. Sin ninguna estridencia llama la atención de cualquiera.

Mi abuela está sentada con un amplio vestido liso y negro cubriendo sus rollizas carnes, solo roto en el cuello por unos encajes blancos mal dispuestos. La cara es ancha, más pronunciada sobre los pómulos, la mirada algo perdida. Cubre su peinado con una enorme mantilla negra sujeta con una peineta descomunal. Tiene las manos pequeñas y gruesas, sujeta con firmeza las correas de un bolso a rayas. Todo respira vulgaridad y mal gusto.

# II.4 La pandemia de 1918

Camilo Cabezas se encontraba angustiado, con un cansancio sin fin. La gripe española había alcanzado a la hermana de su mujer, María Garrí; a su esposo, José Muntades y a su hija Meritxell, de pocos meses. También a su sobrino Jacinto. A pesar de los cuidados médicos, los enfermos no mejoraban y pasaban a un estado crítico. Tres días más tarde moría su cuñada María Garrí, a las horas le siguió su marido José. Los servicios funerarios estaban colapsados, desde el Ayuntamiento habían solicitado la ayuda del Ejército para poder transportar los cadáveres; el municipio había agotado todos sus recursos. Toda la ciudad parecía un tanatorio. En el consistorio le tomaron nota para atenderle al día siguiente, fue lo máximo que consiguió de un amigo.

Meritxell, la hija de María Garrí, era un bebé de unos seis meses de edad. Ahora estaba al cuidado de Mercedes Garrí, la esposa de Camilo Cabezas. Cuando murió el otro familiar, el sobrino Jacinto, Mercedes pudo dedicarse exclusivamente a la pequeña. Había perdido tres vidas, no estaba dispuesta a que le arrebataran ninguna más. A todas horas del día y de la noche prodigaba sus atenciones a la pequeña Meritxell. Con paciencia le aplicaba toallas mojadas para aliviar la fiebre y le suministraba agua para prevenir la deshidratación. No podía hacer mucho más, no existía ningún fármaco eficaz. Llegó una noche crítica, daba la impresión de que todos los esfuerzos derrochados serían inútiles. Con las primeras luces del alba la calentura había disminuido, Meritxell sobrevivió. La resistencia de la pequeña se había alimentado con el espíritu de lucha de los Garrí y de su abuela Milagros. A partir de aquel momento permaneció en el hogar de su tía Mercedes y de su tío Camilo, que se comportaron como verdaderos padres.

El virus castigó duramente a Barcelona, quizás por la cercanía de la frontera, por la densidad de la población o por el trasiego de los viajeros marítimos. Durante el mes de noviembre la mortandad llegó a su cénit: se superaron los novecientos fallecimientos diarios. El Ayuntamiento no contaba con la capacidad suficiente para atender a los enfermos, ni siquiera para transportar los féretros. Al contrario de otras cepas, esta afectaba también a las personas de entre veinte y cincuenta años. Muchas familias quedaron destrozadas, la gripe no distinguía entre pobres, ricos, sedentarios, deportistas, jóvenes o viejos.

La enfermedad no alcanzó a los Aixelá, si bien cuatro vecinos de su inmueble murieron. Jerónimo estuvo preocupado por su primer hijo, un varón nacido a mediados de 1917; una alegría inmensa en su casa. Cuando la gripe, Raúl tenía un año de edad, pero no le afectó el virus. El hijo representaba la continuidad familiar en el negocio de la sastrería. Jerónimo tenía en mente planes muy ambiciosos para el futuro, estaba orgulloso de tener un hijo capaz de continuar su obra.

Montserrat, la esposa de Julián Martínez, contrajo el mal estando encinta de su tercer hijo. Julián pasó unos días desesperado, mucho más duros que los transcurridos en el fuerte El Baler. Los médicos daban pocas esperanzas. Corría el sol y la luna con Julián al pie de la cama; la enferma empeoraba y mejoraba con el paso lento de las horas, pero volvía una y otra vez a una calentura que a veces le producía delirios. Parecía un círculo sin fin. Una noche, la naturaleza campestre de su esposa derrotó al virus, pero la futura vida se perdió.

Cuando Montserrat recuperó la salud se precipitó hacia un pozo de melancolía. Su primer hijo, Justo, había nacido en 1903. No se volvió a quedar encinta hasta pasados cinco años largos, y en esa ocasión perdió la criatura en un aborto natural e inesperado. Ahora la gripe se llevaba por delante la vida de su tercer hijo. No encontraba consuelo en nada, a pesar de los desvelos de Julián. Incluso empezó a cuestionar sus creencias religiosas. El hogar del matrimonio mostraba señales de abandono, polvo, flores mustias, ropa por lavar, alimentos estropeados…

Julián mantuvo una larga conversación con su hijo Justo, con quince años recién cumplidos. No convenía que Montserrat permaneciera sola en la casa, debían turnarse para estar junto a ella, animarla, darle conversación, ocuparse de los quehaceres de la casa bajo su dirección, escuchar con atención todas sus penas. Julián consiguió en su empresa una reducción temporal de la jornada laboral por motivos de salud; Justo no tuvo más remedio que perder parte de sus estudios.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Nunca conocí a mis abuelos maternos, que murieron de la terrible gripe española del año 1918.

Solo conservo una fotografía en sepia de los novios en el día de su boda, a finales de 1917. Una placa de estudio, la imagen muestra una tupida alfombra cubriendo el suelo, una silla isabelina a la izquierda y el fondo decorado con una terraza ajardinada con las plantas algo

difuminadas, como perdidas en una niebla.

En el centro de la imagen, a la izquierda, mi abuela, María Garrí. El cabello rizado y corto, los ojos pequeños con un toque de melancolía. Lucía un largo vestido negro solo roto en el pecho por un rosetón de flores bordadas. El velo blanco, sujeto a la cabeza con un recamado de pétalos, se desliza por la espalda hasta los tobillos, al mismo nivel del vestido. Luce guantes blancos, un ramo de novia en la mano derecha, el brazo izquierdo rodeando al de su marido.

A la derecha, mi abuelo, José Muntades, con traje oscuro y guantes de piel en la mano izquierda. Ligeramente más bajo que su pareja, pero de complexión fuerte. Lleva un peinado perfecto con la raya marcada casi al centro. De mirada firme y un mentón poderoso, y la expresión suavizada por una gran y sensual boca.

Esta instantánea es su único legado, con frecuencia me gusta contemplar este recuerdo. Llevaban algo más de un año casados y tenían una hija de meses cuando todos enfermaron de la gripe española. Los padres murieron, la hija sobrevivió. Fue mi madre, Meritxell.

Una pena estas muertes en la flor de la vida.

Mi abuelo José era colchonero, un oficio de antaño. Los colchones eran de lana y con el tiempo se hacían nudos, por lo que resultaban incómodos. El colchonero descosía la pieza y la colocaba sobre una tela tendida en el suelo la lana. Entonces la golpeaba con unos fuertes y largos palos a un ritmo constante, con ello recobraba una pieza de descanso bien mullida y suave.

José fue un campeón de la lucha de bastones, una antigua tradición catalana hoy desaparecida, de origen francés. En el país vecino tuvo una gran expansión en el siglo XIX, su práctica traspasó los Pirineos. El bastón de combate medía un metro y veinte centímetros. Las reglas de la competición eran muy estrictas. Los combates se decidían por la puntuación de los jueces. Los luchadores se situaban dentro de un círculo. Los golpes permitidos eran laterales o de arriba hacia abajo, sobre piernas, pecho o cabeza; otros golpes estaban prohibidos, y restaban puntos, así como sobrepasar el círculo.

Decidí averiguar algo más sobre la gripe de 1918. Para mi gran sorpresa, la enfermedad no tenía nada de española y fue espantosa: afectó a todo el planeta.

La pandemia se inició en Fort Riley, Estados Unidos, durante la Primera Guerra Mundial. El transporte de tropas al frente francés por el puerto de Brest permitió al virus cruzar el Atlántico, por lo que se extendió con rapidez. En España se propagó por los trabajadores temporeros de la vendimia francesa, al retornar a sus hogares. De

España pasó a África y Asia.

La peligrosidad de esta cepa se produjo al mutar, por causas desconocidas, el virus habitual de la gripe a una variedad muy virulenta codificada como A(H1N1). Mataba por la denominada tormenta de citocinas, las proteínas que regulan el intercambio de información entre las células. Los enfermos entraban en un período de fiebres altas y, poco a poco, todas sus defensas eran destruidas.

Seguí documentándome sobre la gripe de 1918, me apasionaba el tema y nadie de la familia me había explicado sus detalles. Si preguntaba algo de pequeño o ya de joven, la contestación de los mayores era:

—Fue horroroso, una cosa para olvidar.

Está considerada la pandemia más devastadora sufrida por la raza humana. Calcular su mortalidad resulta muy difícil por no existir datos fiables de lugares remotos de África o en el vasto continente asiático. Estudios actuales de epidemiología en los que se emplean métodos con modelos científicos, la calculan entre un amplio abanico de cincuenta a cien millones de personas fallecidas.

Las naciones en guerra censuraron profundamente los aspectos de la pandemia para no alarmar más a la población civil y para no desmoralizar a las tropas. En España, un territorio neutral, las noticias de la gripe salieron a la luz pública en periódicos y semanarios. Todo el país hablaba sobre ella, por este motivo se bautizó erróneamente como *gripe española*.

# II.5 La huelga de La Canadiense

Julián Martínez trabajaba en la sección de facturación de la empresa eléctrica Barcelona Traction, Light & Power Company. El principal accionista de la compañía era el Canadian Bank, por este motivo era denominada La Canadiense. El trabajo era monótono pero la sala estaba limpia y bien iluminada. Prefería esta situación a una actividad a pie de taller, donde sus piernas se resentían desde los tiempos de Filipinas. Había estado más de once años en el taller, y pasaba de pie las diez horas de la jornada laboral de lunes a sábado. El cambio al nuevo puesto era de agradecer.

El 5 de febrero de 1919 la empresa despidió a ocho trabajadores de otra sección por formar parte de un sindicato no aceptado por la gerencia de la empresa. La noticia se propagó como un relámpago por el edificio y al llegar a la sección de facturación un intenso rumor invadió todas las mesas. Jordi Balcells, amigo de Julián y reconocido sindicalista se levantó con movimientos ostensibles, rompió su pluma y vertió el tintero sobre las facturas en curso. El rasgar de los escribientes cesó de inmediato, un silencio expectante invadió la sala. Nadie más se movió.

Julián se hizo cargo de la situación. Por un lado, estaba en juego el bienestar de su familia, por otro, la lucha obrera. Había aprendido durante los amargos días del asedio en El Baler la vulnerabilidad del individuo y la fuerza de los compañeros. También se levantó e imitó los gestos de Jordi: quebró la pluma y esparció la tinta.

Los ciento quince trabajadores restantes conocían su historia. Le apreciaban tanto por su valor como por su camaradería. Se levantaron en bloque y rompieron sus herramientas de trabajo. La mirada de Jordi a Julián era de un agradecimiento sin límites. La historia está plagada de pequeños acontecimientos que propician grandes cambios.

Los ciento diecisiete se trasladaron al Gobierno Civil para hablar con el gobernador. Tras recibir a una pequeña comisión, en la que estaban Jordi y Julián, les aseguró que intervendría a su favor. Nada más regresar a la empresa, la policía les negó la entrada y, además, los despidieron de inmediato.

Las novedades corrieron como un reguero de pólvora por la ciudad. Los afectados formaron un comité de huelga, su caja de resistencia, empezaron a solicitar víveres y dinero. Jordi y Julián se movían con rapidez; animaban a los indecisos y solicitaban todo tipo de ayudas. El comité de huelga decidió buscar el apoyo de la CNT, que, de inmediato, tomó cartas en el asunto a favor de los huelguistas.

Las primeras negociaciones con la empresa, durante el 17 de

febrero, fracasaron por completo.

La movilización se contagió a otros sectores muy descontentos, el problema empezó a tomar el cariz de una huelga general. Los trabajadores del ramo eléctrico se declararon a favor de los despedidos: iniciaron cortes del suministro, que fue total el día 23. Los ramos del gas y del agua se añadieron a la huelga tres días más tarde. Los sindicatos obreros trabajaban continuamente. Julián visitaba las zonas todavía indecisas para animarlas, se entrevistaba con dirigentes de otras agrupaciones, recogía comida de donde podía, repartía consignas y algunas veces recomendaba calma y tranquilidad. Convenía mantener la huelga dentro de los objetivos marcados, sin acciones violentas ni descontroladas. Todavía recordaba la horrorosa deriva del movimiento obrero ocurrida durante la Semana Trágica. Montserrat andaba preocupada, su marido apenas aparecía por casa y su memoria no había olvidado los amargos días de la última revolución. ¿Volverían de nuevo unos tiempos inciertos y dolorosos? La ciudad quedó paralizada, se calcula que hubo un cese de la actividad productiva en la mayoría de la industria catalana.

El capitán general de Catalunya, Joaquín Milans del Bosch, reprimió la huelga promulgando la movilización militar de todos los hombres entre veintiún y treinta y ocho años. Los cenetistas no se presentaron, el ejército los detuvo y los encarceló en el castillo de la montaña de Montjuic.

A los pocos días, la huelga alcanza su máxima intensidad, Barcelona queda sin suministro alguno y la industria sufre las paralizantes consecuencias del movimiento de protesta. La impresión general es de una escalada hacia la huelga total en todo el territorio catalán, con derivaciones a la mayoría de las provincias más industrializadas de toda la península. En varias ciudades se producen actos y manifestaciones en favor de los obreros barceloneses.

El Gobierno decide intervenir para impedir la extensión del fenómeno. El 15 de marzo se nombra a Carlos Montañés como nuevo gobernador civil de Catalunya. Las instrucciones del Gobierno son bien claras. La nueva autoridad toma varias decisiones inmediatas: la ciudad es ocupada por las tropas y a la par son aceptadas las condiciones de los huelguistas. Tras algunos coletazos, el conflicto termina el 12 de abril.

Los resultados fueron espectaculares. Readmisión de todos los despedidos, liberación de los presos sin cargos y aprobación de la jornada laboral de ocho horas, por primera vez en un país europeo.

El sindicato CNT, que apoyó la huelga desde el primer momento, obtuvo un aluvión de nuevos afiliados, tanto de las industrias como de

los oficios. Su periódico triplicó la tirada. La clase obrera tomó conciencia de su poder y de la necesidad de sindicatos potentes. Uno de los nuevos miembros de la CNT era Justo Martínez, de 18 años, hijo del héroe de El Baler.

El prestigio de Julián entre sus compañeros creció como la espuma; cuando pasaba por los pasillos le cedían el paso con cara de admiración, todos estaban a su disposición para cualquier causa.

Jerónimo Aixelá llevaba casi tres años trabajando en la sastrería Rívoli. Al principio de ocupar su plaza de primer cortador tuvo algunos problemas. Era un puesto de mucha responsabilidad, en algunos momentos se sintió agobiado, llegó a dudar de sus capacidades profesionales. Nunca había sufrido tales sensaciones y le invadía un creciente desasosiego. El propio señor Rívoli consiguió tranquilizarle después de una larga conversación, al parecer, todos los primeros cortadores de sastrería sufrían esta incómoda situación al inicio de sus cargos. Jerónimo consiguió recobrar los ánimos y abordó con confianza el futuro.

Al inicio de la huelga de La Canadiense el señor Rívoli estaba pensando en cerrar el taller ante la inminente falta de electricidad, agua y gas. La sala de costura y las mesas de los cortadores eran bastante obscuras, con poca luz natural. Comentó sus intenciones con Jerónimo, este le desaconsejo tal medida y le rogó que dejara el problema en sus manos. Jerónimo adquirió un montón de lámparas de quinqué, petróleo y carbón. Del almacén recuperó las viejas planchas de hierro y las calentó con brasas de carbón encendidas en la antigua cocina. Las máquinas de coser funcionaban a pedal. La sastrería no perdió ni un día de trabajo. El problema más importante consistió en la entrega de las prendas terminadas, el transporte público apenas circulaba y la distribución se hizo a pie.

Para Jerónimo el trabajo era lo más sagrado del mundo. Él no iba a perder ni una hora de esfuerzo por culpa de unos huelguistas perezosos. ¿A dónde iría a parar el país si todos los trabajadores hicieran tamaña insensatez?

El señor Rívoli tomo confianza con su primer cortador, empezó a introducirle en el probador para la toma de medidas y la prueba de las prendas. El primer contacto con un cliente empezaba por conocer sus necesidades de vestuario, si era para invierno, entretiempo o verano, el color de la tela y el tipo de dibujo que deseaba. A continuación, venía la toma de medidas con un metro de sastre. Una operación sencilla, pero que no admitía el más mínimo error en las lecturas de

las distancias ni en la anotación de los números. Con la tela ya cortada y medio confeccionada se realizaban una o dos pruebas sobre el cliente para comprobar el resultado del trabajo, corregir errores y ajustar mejor la prenda a la figura o pose del comprador.

Fue otro punto de inflexión en su carrera profesional. Del anonimato de la mesa de corte y del taller, Jerónimo pasó a la zona noble: al probador, a conocer a los clientes. Antes solo manejaba una tela con una etiqueta y un nombre. Ahora hablaba con una persona y, sobre todo, esta también le conocía a él. Con su simpatía innata y exquisita deferencia pronto entabló excelentes relaciones.

Montserrat había vivido con enorme preocupación los avatares de la huelga de La Canadiense. En su memoria volvieron a resurgir las escenas vividas durante la Semana Trágica. Al final todo había terminado bien, su marido estaba exultante. Pero ¿y si no hubiera salido bien?, ¿y si su esposo hubiera sido uno de los arrestados? Por el momento solo habían perdido unos cuantos jornales, a Dios gracias.

Su hijo Justo crecía fuerte y sano, quería ser mecánico de coches; una profesión de gran porvenir según decían. Él también era responsabilidad suya, decidió poner en práctica una vieja aspiración: empezar a trabajar. Justo ya tenían años suficientes para cuidarse él mismo.

En una larga conversación planteó el tema a su amado Julián. Argumentó su dura experiencia trabajando duramente en el campo y contribuyendo al esfuerzo económico del hogar. Estar el día entero encerrada en su casa empezaba a cansarla, necesitaba nuevos aires. Para nada mencionó Montserrat la otra motivación de sus pensamientos. El movimiento sindical, a su entender, corría hacia una violencia creciente, y su marido estaba involucrado en esta espiral. ¿Qué pasaría si le detenían y perdía el puesto de trabajo? Según el tipo de acusaciones quizás podría significar la perdida de la pensión del Estado. No permitiría que ninguna desgracia alcanzara a su familia.

Julián, después de refunfuñar un largo rato, accedió a los deseos de su mujer. Quizás estaba influido por las recientes tendencias de incorporar a las mujeres en el mundo laboral. El término «compañera» empezaba a sonar.

Montserrat empezó a trabajar en una empresa textil, La Imperial, recomendada por una vecina de confianza. Al principio se encontró desplazada. A pesar de su fortaleza física, la jornada laboral parecía interminable, aunque las tareas no eran estresantes, salvo tener la

atención siempre fijada sobre la máquina. En el campo disfrutaba de tiempos de descanso, debajo de un árbol, sentada en la mullida hierba, escuchando el canto de los pájaros o comiéndose un bocadillo. Ahora no podía detenerse ni un instante, hasta para ir al lavabo debía pedir permiso al encargado. Su jornada era de ocho horas, ni se podía imaginar las de diez u once horas anteriores a la huelga de La Canadiense. Empezó a valorar la lucha de Julián, era de agradecer.

Transcurrió una semana y comprobó con disgusto la escasa paga conseguida. Los hombres cobraban casi un cuarenta por ciento más. A las tres semanas hizo otro descubrimiento, no solo tenían mejores salarios, sino que, además, los hombres copaban los puestos mejor remunerados. ¡Caramba! No había oído hablar de este asunto a ningún sindicato. Decidió prestar más atención a estos temas y comentarlo con su esposo.

Otra sorpresa, mucho más rápida a las anteriores, consistió en ver cómo su dedicación de ama de casa seguía exactamente igual. Julián no ayudaba en nada, asistía a mítines y reuniones día sí y día también. Su hijo Justo, alguna compra y tirar la basura. De todo ello tampoco había oído hablar nada en ninguna reunión sindical. Estaba explotada por el empresario y por la familia.

Tras cuatro meses en La Imperial, Montserrat tuvo un encuentro desconcertante, quizás peligroso. Una de las obreras de otra sección y turno se le acercó a la salida del personal. La reconoció inmediatamente, era oriunda del pueblo colindante al suyo. Habían coincidido en la iglesia, en las fiestas de la vendimia y en los bailes del entoldado cuando eran jóvenes.

La conocida empezó acribillándola a preguntas.

—Pero ¡qué bonita estás!, ¡después de tanto tiempo! En el pueblo todos te echan de menos, incluso comentaban vuestra marcha en barco a las Américas. ¿Vives por aquí?, ¿estás casada? —Había visto el anillo—. Te fuiste tan deprisa, sin despedirte de las amigas…

Montserrat empezó una conversación trivial eludiendo las preguntas como podía. A partir de aquel día se sintió vigilada, una sensación conocida de años atrás. La fisgona intentaba averiguar la línea de tranvías que usaba, si alguien la esperaba a la salida de la fábrica, y entablaba conversaciones a la más mínima ocasión. Nada de este encuentro relato a Julián ni a sus padres. En un primer momento, consideró la idea de ponerles en antecedentes. Al final decidió no hablar, ya habían sufrido bastantes preocupaciones.

Con la nueva situación sumada a las novedades de la fábrica, se encontraba un tanto desplazada. Decidió consultar sus inquietudes al párroco de Santa María del Mar. El titular estaba ausente y la atendió

un sacerdote recién llegado de Zaragoza. Después de escucharla con atención y sorpresa le recomendó la oración junto con la lectura de un libro sabio que le entregó, *La perfecta casada*, de fray Luis de León.

La lectura del libro no le sirvió de nada; ensalzaba la maternidad como la única forma de realización de la mujer. Montserrat había hecho amistad con una vecina del mismo inmueble, Adelina. Ambas procedían de pueblos pequeños, tenían mucho en común para conversar. Montserrat le mostro el libro que llevaba en la mano, Adelina le contesto con rapidez:

—¿De dónde has sacado este libro? Es bastante anticuado, en el fondo esconde cualquier ansia de la mujer para tener una cultura y otra visión del mundo. Los razonamientos para justificar la dependencia de los hombres y el sometimiento de la mujer están falsamente expuestos. Anda, ¡tira esta basura! Montserrat quedó algo desconcertada y devolvió el texto al cura sustituto diciéndole:

—Gracias, padre, me ha sido muy útil. Rezaré a la Virgen.

Adelina empezó a interesarse por los primeros movimientos en pro de las mujeres. Solo de recordar las vicisitudes que su madre había sufrido, estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de no correr la misma suerte. Las feministas de los inicios de la década de 1910 abogaban por tener acceso a la cultura y dejaban en un segundo término las conquistas políticas y la obtención del derecho a voto, metas que parecían mucho más lejanas. Las primeras actividades eran un paso importantísimo para tener acceso a un área esencial: la formación académica. Durante la Primera Guerra Mundial los cambios en Europa y Estados Unidos fueron significativos; la mujer de clase media había irrumpido en fábricas y administraciones. En España el desarrollo fue mucho más tardío debido a un desarrollo industrial pobre, a la actitud misógina de la Iglesia católica y a un analfabetismo muy extendido.

Un nuevo problema apareció en casa de los Martínez. Contra todo lo esperado, Montserrat estaba encinta de nuevo a sus treinta y cuatro años. Julián estaba asustado, si ocurría un nuevo aborto Montserrat podría recaer de nuevo, apenas habían pasado unos meses desde la recuperación sobre su melancolía aguda. Ahora las circunstancias eran peores, Montserrat trabajaba en La Imperial, el riesgo era mayor. Estuvo Julián muy pensativo sobre la manera de sugerir a su mujer la mejor solución: dejar de inmediato su puesto de trabajo y cuidarse durante todo el embarazo. Entre su sueldo y la pensión del Estado podían seguir viviendo con tan solo algunos recortes. Cuando planteó la propuesta a Montserrat, con los ojos encendidos le contestó:

—Ni en sueños. No voy a dejar La Imperial, si aceptara tu consejo,

es probable que no volviera a trabajar nunca más. No pongas esta cara de susto. Dios me ha dado este hijo para olvidar a los dos muertos antes de vivir. Tengo la seguridad de parir una hermosa niña, ya estoy pensando en el nombre.

La expresión de Julián subió un escalón y pasó al estado de terror. Su esposa le contemplaba divertida, ahora venía la segunda parte:

—Todo está preparado. He hablado con mi amiga Adelina, podrá cuidar al bebe y amamantarlo durante mis ausencias, tiene un hijo de dos años y tiene suficiente leche para dos bocas. Necesitaré ayuda, desde luego, tú deberás prestármela. Ve pensando en no acercarte tanto por el sindicato ni a ver a tus amigos. Amor mío, nuestra unión necesita un nuevo hijo, te pido algunos sacrificios en bien de los dos, tengo la certeza de tu comprensión y tu cariño.

Montserrat dio a luz una niña con el nombre de Eulalia. Tal como habían acordado doce años antes, la esposa eligió el nombre. Julián estaba loco de contento, había cuidado a su mujer durante el embarazo, ahora debía hacerlo también con la pequeña.

# II.6 El pistolerismo de 1920

## Notas familiares de Óscar Aixelá

Los veranos en Dosrius eran fantásticos. Con mis hermanos y mis amigos corríamos, jugábamos o montábamos en las bicis. Si llovía jugábamos al *mahjong* o asediábamos al tío Camilo para conocer historias de su juventud. A raíz de una pequeña reseña del dominical sobre los convulsos años 20, surgió el tema del pistolerismo. Al ser festivo, familiares y jóvenes escuchábamos con atención sus explicaciones.

—Cuando se firmó el armisticio de la Primera Guerra Mundial, muchos negocios de Barcelona que suministraban piezas militares y materiales a los ejércitos cesaron su actividad de repente. El paro obrero aumentó con fuerza, lo que produjo una gran inestabilidad social. Los sindicalistas más radicales empezaron con agresiones a patronos; después pasaron a los asesinatos. La policía intervenía con una ineficacia relativa. La patronal tenía una sensación de indefensión profunda y decidió contratar a sicarios para defenderse. El dueño de cualquier industria o negocio era un buen blanco para algunos exaltados de aquellos años.

—El odio entre ambos bandos creció y las calles de la ciudad se regaban con sangre todas las semanas. Era una guerra sucia, subterránea. Todo el mundo iba armado. Debo confesaros que yo mismo necesitaba protegerme. Portaba una pistola Mauser Parabellum, de las que tienen el cargador por delante del guardagatillo. La violencia alcanzó el máximo en 1920; también aparecieron las bombas. Fueron unos años difíciles, cosas de la época. Por fortuna, nunca tuve que desenfundar mi arma.

Estaba muy impresionado al conocer que mi amado y pacífico tío tenía la necesidad de ir armado, parecía algo incoherente.

Al repasar la autobiografía de mi abuelo Jerónimo me sorprende ver la absoluta falta de referencias y comentarios políticos o sociales. Como barcelonés y trabajador, debió de conocer algunos de los hechos más graves. Convivió con la Semana Trágica, la guerra de Marruecos, la huelga de La Canadiense, el pistolerismo de los años 20 y la Segunda República. Ni una palabra al respecto. Vamos, como si viviera en otro planeta.

### 1920

La primera discusión entre padre e hijo no se hizo esperar. Justo Martínez deseaba acciones más violentas, acordes con la situación de

los trabajadores. Sus compañeros participaban en piquetes violentos armados con palos, en palizas, y deseaban pistolas para acciones más duras. Su padre, Julián, le aconsejaba tener más calma. No renunciar a la lucha, pero hacerla sin armas. Había otros métodos para conseguir los objetivos. Como ejemplo sacaba a colación la huelga de La Canadiense. Julián convenció a su hijo, un poco a regañadientes. Justo ya era un activo militante de la CNT y se conocía al dedillo las batallitas de su padre en La Canadiense.

A la salida de la jornada laboral, en un día gris y frío, Julián Martínez se encontró a su suegro acompañado de una persona desconocida. Estas circunstancias solo podían obedecer a una mala noticia. El otro hombre translucía un nerviosismo patente. El padre de Montserrat hizo las presentaciones y sugirió un lugar tranquilo para conversar. Julián asintió sin decir palabra y se encaminó a una taberna cercana que conocía. Al entrar susurró una orden a un hombre mal afeitado que lucía un parche negro sobre el ojo izquierdo:

—Griñán, el reservado.

Los tres subieron por una estrecha escalera de madera hasta una habitación de paredes desnudas con una mesa redonda y cinco sillas. El familiar sugirió unas bebidas, a lo que Julián respondió:

—No bebo con desconocidos, hablemos primero y luego ya se verá.

—Entonces empecemos —añadió el padre de Montserrat—. Tengo que contarte una triste historia de nuestra familia, ten un poco de paciencia.

Julián empezó a sospechar algún tema relacionado con las nubes que a veces cruzaban el rostro de su esposa o el temor que desprendía su padre en ocasiones.

—Vivíamos en la comarca de Osona, cerca de Vic, yo era bracero de un poderoso terrateniente que administraba su legado con mano de hierro. Cuando contrajo nupcias todos los lugareños esperamos un cambio en su carácter. Al principio así fue, pero no tardó en torcerse la situación a peor.

»En el antiguo derecho catalán, todas las tierras y posesiones pasan al hijo mayor. Es la figura del heredero o *hereu* en catalán, todo ello para preservar la continuidad íntegra del patrimonio, en lugar de repartirla en pequeñas parcelas poco productivas. Por este motivo la primogenitura es una importante tradición catalana.

»Cuando el terrateniente no tuvo descendencia a pesar de sus esfuerzos, se irritó. Al descubrir que la causa no radicaba en su esposa,

sino en la pobreza de su simiente, enloqueció de furia.

»En estos casos, para asegurar la descendencia, se solía recurrir a un subterfugio: la esposa era fecundada por otro hombre y el marido reconocía la paternidad del hijo como suya. El terrateniente no estaba dispuesto ni por asomo a tal práctica. Su mujer era suya y de nadie más, las tradiciones a la mierda. Sus desvaríos se dirigieron contra las mujeres de sus tierras.

»Astuto como un zorro, taimado como una serpiente, aguardaba con paciencia y pericia el momento idóneo para sus infames excesos sexuales sobre las hijas o mujeres de sus arrendatarios. Las escasísimas denuncias efectuadas quedaban judicialmente archivadas por falta de pruebas o por las coartadas que conseguía el agresor entre su estamento social. Si algún cura alzaba la voz, era trasladado *ipso facto* a una remota parroquia; el obispo estaba comprado.

»Los efectos sí se dejaron sentir entre los osados a presentar acusaciones. Pronto se quedaron sin casa ni trabajo. La mano de hierro del señor era larga. Las jóvenes debían tener un cuidado constante para no quedarse sin ninguna compañía, los padres y los maridos estaban en permanente vigilancia. Pero el hacendado disponía de informadores que le suministraban noticias precisas. Una enfermedad, un accidente, una borrachera eran aprovechadas con oportunidad.

»Un día pudimos observar a Montserrat vigilada con disimulo. Había crecido y se había transformado en una mujer muy bonita. Pasó una semana sin ninguna nueva sospecha, pero nuestros temores se reanudaron. Teníamos bastantes visitas de capataces o vecinos con una frecuencia desacostumbrada. En una reunión familiar decidimos marcharnos del lugar; si permanecíamos quietos, no teníamos ninguna posibilidad de salvarla. Tenía un plan trazado. Aprovechando la fiesta del Corpus Cristi, y sin ninguna maleta sospechosa, cogimos por sorpresa el tren hacia Barcelona. Un amigo, no diré su nombre, había recibido un carro con nuestros enseres más íntimos escondidos entre el heno. Los envió a Barcelona a través de un recadero de Salt.

»Ahora conoces nuestro secreto y es necesario que tengas en cuenta el aviso de mi examigo Facundo. Trae noticias inquietantes. Él y yo éramos íntimos tiempo atrás, pero empezó a trabajar directamente para el señor Ballet, el terrateniente. Nuestra relación se cortó al convertirse en uno de sus secretarios. Ahora, después de tanto tiempo, quiere expiar sus pecados contándome un feo asunto.

Se pasó la mano por sus canos cabellos y prosiguió.

—Como secretario del señor Ballet, le prepara las visitas y viajes. Suele desplazarse a Barcelona durante dos o tres días. En esta ocasión ha solicitado un hotel para dos semanas. Facundo le entregó los

billetes y la reserva en persona, al salir del despacho pudo oír como el señor Ballet le decía al alguacil mayor la siguiente frase: «La puta se me fugó, pero la han visto por el barrio del Born de Barcelona. Esta vez no escapará y será mía». Estamos seguros de que se refería a Montserrat. Está en peligro —afirmó su suegro con un deje de desesperación.

Facundo abrió la boca por primera vez:

—He viajado hoy mismo, sábado, para advertiros. El billete de tren es para el miércoles que viene. Yo debo regresar dentro de unas horas para no levantar sospechas. Con esta información creo lavar mi nombre.

—Describidme el aspecto del sujeto y sus costumbres —inquirió Julián.

Después de asimilar toda la información, principalmente de la cara, la complexión del terrateniente y sus posibles movimientos por la ciudad, necesitaba más detalles. Dirigió una mirada penetrante al asustado Facundo.

—¿Qué hotel?

—Por favor, no puedo revelarlo, sería descubierto de inmediato y ahora tengo familia.

La mirada de Julián se intensificó, su voz, firme y fría.

—¡Ya estás involucrado!

El silencio era opresivo, después de un tiempo facilitó el nombre del establecimiento.

—Una última cuestión, ¿va armado tu jefe?

—Cuando viaja a Barcelona siempre lleva un revólver, lo he visto…

—¡Basta! —Julián golpeó el puño contra la mesa—. A partir de ahora el problema es solo mío. Se dirigió al desconocido:

—A usted no le conozco ni le he visto.

Al levantarse saludó a su suegro y, con paso firme, abandonó el local. Disponía de cuatro días para preparar sus planes. Estaba molesto porque le habían ocultado estas importantes circunstancias familiares. Ahora entendía el secretismo que hubo en su boda.

Julián Martínez pasó la noche meditando el problema y la mejor manera de solucionarlo. Una acción directa en el hotel era arriesgada, podía poner en evidencia parte de la información obtenida. Hablar con el violador era inútil, no se avendría a nada, revelaría todavía más el origen del soplo. Aunque merecía la muerte una persona con estos vicios, él no era juez ni verdugo.

Al domingo siguiente, ante la extrañeza de su esposa, Julián no podía efectuar el acostumbrado paseo matinal, tenía una reunión

urgente en el sindicato. Nada más salir del domicilio se dirigió al hotel reservado por el señor Ballet. Estudió con detalle la ubicación del mismo, las calles adyacentes, los posibles caminos de la víctima, las vías de escape. Decidió repetir la exploración por la noche. El ambiente nocturno podía ser diferente, además la posición de las farolas y la iluminación eran de suma importancia.

Antes de volver a su hogar, donde ya le estaría esperando Monserrat, permaneció largo rato charlando con el tabernero del parche en el ojo.

Necesitaba una imagen del señor Ballet. Tenía que estar completamente seguro de su identidad para no cometer ninguna equivocación. En las oficinas del periódico *La Veu de Catalunya* pidió ver a Juan Descalzo, un amigo suyo. Después de trabajar un par de horas en la hemeroteca, encontró una fotografía tomada en Vic donde aparecía con nitidez el terrateniente. Para no involucrar a su amigo no le reveló la naturaleza de su pesquisa; realizó la búsqueda dentro del archivo en solitario. Todo estaba preparado, solo faltaba pasar por una tienda de disfraces, el material necesario lo adquirió otro compañero de Julián, sin ninguna pregunta.

El miércoles se situó en una esquina alejada del hotel, pero con una excelente panorámica de la entrada. Estaba recostado en un banco con una botella de vino y con síntomas de una buena curda. Al anochecer se acercó un coche de caballos, descendió una figura conocida, el cochero descargó una voluminosa maleta que recogió un diligente botones.

Era una caza al acecho, la había practicado de joven en Siles, también en El Baler. Requería inmovilidad absoluta y enorme paciencia. Al cabo de dos horas vio salir a su hombre, trajeado para cenar y alguna juerga. Con gran alivio le vio torcer en dirección a las Ramblas, por un camino poco concurrido y más oscuro.

De súbito el borracho y su botella desaparecieron. Al doblar la esquina llevaba un sombrero de ala ancha y un parche en el ojo izquierdo. Dos calles más lejos el alumbrado público era muy escaso, aceleró sus silenciosos pasos para colocarse detrás de la presa. El perseguido advirtió el peligro y giró sobre sus talones en el momento justo de recibir el impacto de una cachiporra en su cráneo. Antes de caer al suelo lo recogió Julián, que lo arrastró suavemente a un oscuro portal. Le registró para apoderarse de su cartera, de su reloj y de su revólver. Esperó unos instantes, nadie pasaba por la calle. Cuando la víctima se recuperaba del golpe, todavía aturdida, miro con intensidad a sus ojos y sin mediar palabra le descerrajó un tiro sobre la rodilla izquierda.

Sin correr, se alejó del lugar por la esquina más cercana. Vació la cartera y la dejó caer en un rincón no muy oculto, la pistola desapareció en una cloaca, el reloj y el dinero los engulleron las aguas del puerto, no quería nada de aquel individuo. Había que simular un simple robo, no deseaba ninguna sospecha sobre un atentado político.

La policía hizo las primeras pesquisas después de interrogar a la víctima en el hospital. Tanto el agredido como un transeúnte identificaron a un hombre mal afeitado con un parche en el ojo izquierdo. En una calle cercana encontraron la abandonada cartera. Se lanzaron tras la pista de Griñán el Tuerto; no tardaron nada en localizarle. Llevaba veinticuatro horas detenido en la propia comisaría por un fuerte altercado con un vecino. A los pocos días, la carpeta del caso quedó amontonada en el suelo junto a muchas más. La policía tenía otros asuntos de mayor envergadura, sobre todo los ataques a patronos y los relativos a la actividad delictiva de los sindicatos más revolucionarios.

El señor Ballet nunca más volvió a Barcelona.

Jerónimo Aixelá no iba armado, ni era sindicalista ni industrial, se consideraba un artesano. Dentro de la sastrería se conocía todas las fases del trabajo, las costumbres de los operarios y las triquiñuelas del oficio. No en vano había escalado desde el puesto más humilde a la cima. Cuando un problema aparecía en el taller solía solventarlo con su experiencia, procurando transmitir sus conocimientos a los trabajadores de forma didáctica. El personal le apreciaba, si bien también tenían un respeto a su faceta dictatorial, que en ocasiones aparecía. Por tanto, sin enemigos internos no era necesario llevar ningún revólver. ¿Quién dispararía a un artista?

Además de las pistolas, también las bombas aparecieron en la escena barcelonesa. Sobre todo, en lugares públicos o en las empresas industriales. Camilo Cabezas regresaba a su domicilio cuando lo abordó un hombre en una esquina con muy poca luz. De inmediato reconoció al individuo. Era Rigoberto, el exaltado herido de bala durante la Semana Trágica. Su primera reacción fue sacar la pistola de su funda, pero detuvo la mano al ver la expresión del rostro de su empleado. Con voz nerviosa, susurrante, le dijo:

—Mañana a las diez estallará una bomba en la fachada de la fábrica. Vaya con cuidado, hay una segunda bomba escondida en otro

lugar.

Apenas Camilo se recuperó de la sorpresa cuando Rigoberto ya se había esfumado. Los anarquistas solían colocar un segundo artefacto con activación retardada en las cercanías, para alcanzar a policías y curiosos. Camilo tenía un dilema, si transmitía de inmediato el aviso a la policía podían retirar las bombas o impedir su colocación, entonces los anarquistas elegirían otro día y otra hora para una nueva intentona. Decidió retardar la información, quizás era más peligroso, pero con mejores perspectivas. Así también protegía a su fuente.

Al día siguiente, telefoneó a la policía pasadas las ocho y media de la mañana con la noticia del atentado. De pronto, se presentaron unos operarios de la compañía del gas para la iluminación de las farolas públicas y cerraron la calle con el aviso de un escape. La guardia urbana desvió el tráfico, varios policías de paisano vigilaban la zona. Con la amenaza del gas, Camilo retiró a todos los trabajadores cercanos a la fachada. De la primera explosión la pared se resquebró y saltaron los cristales de las plantas inferiores del inmueble, tanto del taller como de los despachos. El segundo bombazo, no tan potente, destrozó una papelera y el árbol de la esquina. Nadie resultó herido.

# CAPÍTULO III (1921–1930)

## III.1 La ley de fugas

—Señor Aixelá, me han comentado que usted es un hombre de mundo. Verá, en tres días estoy de vuelta a Madrid, antes de marchar quisiera conocer a Madame Pequeña.

—¿Madame Pequeña? No sé cómo decirle…, no la conozco.

—¿Seguro? Es una famosa casa de citas.

—¡Ah! Usted quiere decir Madame Petit.

—Claro, claro, el catalán no se me da muy bien. ¿Podría usted acompañarme?

La propuesta no le hizo ninguna gracia al sastre. Aunque había visitado en un par de ocasión el local, prefería la intimidad de las estancias de sus amantes, lugares más discretos y tranquilos. Acompañar a otra persona añadía más inconvenientes. Un cliente importante, del Gobierno, es un cliente que cuidar.

—Sí, desde luego, espéreme usted en la portería del negocio a las 10 de la noche. Antes no puedo.

De esta forma, el sastre cortaba cualquier intento de tener un ágape con él, la cena familiar era sagrada y no iba a perdérsela.

—¡Oh! Muchísimas gracias. He tenido unos días infernales en el Gobierno Civil con una nueva ley en preparación por el Ministerio. Se trata de la ley de fugas para acabar con el pistolerismo en Barcelona. Luego se lo cuento con detalle.

—Todo lo que sea terminar con el pistolerismo, un azote para la ciudad, será bien empleado. Le mandaré los trajes dentro de dos días a su hotel.

Madame Petit era el burdel más famoso de Barcelona. Se inauguró durante la Exposición Universal de 1888. Se encontraba en la calle Arco del Teatro, bastante cerca de la sastrería y en pleno acceso al barrio chino. Sus años dorados se sitúan entre 1915 y 1922. La entrada disponía únicamente de un pequeño cartel con la inscripción «Petit» soportada por un forjado de hierro. La burguesía pasaba por sus lujosas y bien preparadas habitaciones. El rumor popular aseguraba que podían atender cualquier petición especial de un cliente por extraña que fuera.

El delegado del Gobierno comentaba los aspectos de la ley al sastre:

—La ley de fugas tendrá un método sencillo y eficaz. Consiste en

transportar a varios detenidos por lugares y horas con poco tránsito, vigilados de forma indolente por agentes de la Policía o de la Guardia Civil. Los traslados estarán justificados, por ejemplo, desde la cárcel al palacio de justicia. Cuando los presos intenten huir los agentes tendrán la autoridad para dispararles. Será un intento de fuga, la nueva ley les protegerá.

En el sindicato CNT recibieron con prontitud algunas noticias sobre la nueva ley, pero no se tomaron en consideración al suponerlas exageradas, poco fiables.

La primera aplicación de la nueva ley en Barcelona se produjo durante el traslado de cinco sindicalistas detenidos desde los calabozos de una comisaría a la cárcel Modelo. Les dispararon cuatro Guardias Civiles en la calle Vilamarí, una zona oscura y casi sin edificios.

Uno de ellos, herido con cuatro balas en la espalda y las piernas, se hizo el muerto al comprender la situación. Después de una eternidad los amontonaron en un carro para llevarlos al depósito de cadáveres del Hospital Clínico. El herido no exhaló el más mínimo quejido a pesar del dolor, de sentirse desangrar poco a poco, de estar aterrado. Desconocía si todavía estaban cerca los agentes. Al llegar al depósito llamó la atención de los empleados. Lo trasladaron de inmediato a un quirófano, su curación duró bastantes semanas y pudo vivir para contar lo sucedido.

La noticia cayó como una bomba en los medios obreros y sindicales al conocer los detalles del suceso. Los cautivos iban atados entre ellos, una fuga era casi imposible. La escolta armada se retrasó por detrás de los detenidos y les dispararon por la espalda. Una vez muertos la Guardia Civil retiró las cuerdas. Era un intento de fuga, la reciente ley amparaba su actuación.

Los jóvenes más revolucionarios, completamente exaltados, empezaron a preparar sus planes de venganza. El Gobierno de la nación autorizaba la eliminación de sindicalistas sin pasar por los tribunales, sin defensa, directos al matadero.

Los anarquistas deseaban una respuesta de envergadura, a la altura de la injusta ley. El blanco elegido fue el propio presidente del Gobierno, el firmante de la ley de fugas, Eduardo Dato e Iradier. El comando preparado estaba formado por tres jóvenes libertarios de probada capacidad y raigambre, Pedro Mateu, Nicolau Fort y *Óscar* Casanelles.

Hubo un cuarto participante, Justo Martínez. El joven revolucionario había insistido poderosamente a la dirección del partido para formar parte de la expedición, uno de los recién asesinados era amigo suyo. Justo consiguió sumarse al comando

cuando reveló la compra de una motocicleta con sidecar por un determinado hombre y recogida por otro que conocía.

Con el plan ya en marcha, bien estudiado, la decisión final consistió en un segundo vehículo conducido por Justo como apoyo a la operación. Su misión era doble, asegurarse de la presencia del presidente del Gobierno en su coche oficial y actuar de apoyo en la huida si algo se torcía. La cúpula sindical no quería su participación en los disparos. Los tres revolucionarios se trasladaron a Madrid en un sidecar, conocían la existencia de un automóvil de apoyo, su matrícula, su color, pero ignoraban quien lo conducía.

En Madrid, el comando había seguido varias veces los movimientos del presidente del Gobierno. El coche de apoyo circularía por delante del sidecar. Si reducía la marcha y les dejaba paso franco significaría la presencia Eduardo Dato dentro del vehículo ministerial. Si continuaba la marcha, querría decir que el presidente del Gobierno no iba en su limusina.

El 8 de marzo de 1921 un sedán verde oscuro cedió el paso a un sidecar ocupado por tres jóvenes. La moto quedó a rebufo de un vehículo oficial. Al llegar a la calle Independencia, el automóvil presidencial disminuyó la marcha. Era el momento crucial. Los tres abrieron un fuego intenso con sus pistolas. El presidente murió en el acto. En total, se efectuaron dieciocho disparos por la espalda, como en la ley de fugas.

La moto escapó con rapidez del lugar, mientras el sedán se desvió en otra dirección y desapareció.

La participación de Justo Martínez en el atentado no es segura, pero quizás probable tras analizar unos extractos de su propio diario.

**Diario de Justo Martínez**

20 de febrero

Al fin lo he conseguido. Terminada la reunión me han aceptado como nuevo miembro para una operación importante. El compañero que todos llaman Salamandra me ha respaldado desde el inicio.

23 de febrero

No he dicho nada a mi familia, ni creo que lo pueda hacer nunca.

6 de marzo

Mañana marcho para la misión. No he dormido muy bien por la gran responsabilidad que voy a asumir. Me han asignado un precioso automóvil, algo antiguo pero el motor suena muy bien. He pasado

todo el día practicando su manejo por la ciudad.

9 de marzo

Por fin he superado a mi padre, pero yo no voy a recibir ninguna pensión por ello… (el papel está roto, ilegible, la siguiente página ha sido arrancada).

# III.2 El desastre de Annual

A Justo Martínez lo movilizaron el 1 de mayo de 1921. A mediados de junio su unidad se trasladó a Melilla, en Marruecos.

Nada más desembarcar en África empezó a trabajar en un blocao en construcción, situado a unos quince kilómetros de la ciudad. Manejaba a todas horas un pico y una pala, muy poco el viejo fusil que le habían entregado.

El teniente coronel Jacinto Bárdenas, el padre de Florián, recién llegado a Melilla se incorporó al Estado Mayor del comandante general Manuel Fernández Silvestre. Era la *máxima autoridad militar* en el Protectorado Español en Marruecos.

El general Silvestre puso en marcha una operación para llegar desde sus bases hasta la bahía de Alhucemas, corazón de las tribus rebeldes, a más de ciento cuarenta kilómetros de distancia. El avance hasta Alhucemas se aseguraba con la construcción de posiciones defensivas denominadas blocaos, con dotaciones entre cien y doscientos soldados en cada punto. El teniente coronel Bárdenas tenía sus dudas sobre la bondad del plan. Decidió comentarlas con su amigo de promoción, el también teniente coronel Restituto Sanjuán.

—Verás, Restituto, la línea de abastecimiento me parece muy larga, en el fondo es vulnerable. Los blocaos no tienen la posibilidad de un apoyo mutuo ni cercano. Todos los blocaos están situados en puntos altos para una mejor defensa, aunque lejos de pozos y manantiales. La dotación de soldados en cada posición es muy escasa en caso de un ataque numeroso del enemigo. Estoy preocupado, mucho.

—Jacinto, te comprendo. Llevo aquí seis meses. Todo el Estado Mayor, los jefes y oficiales tienen al general Silvestre como un héroe. En un par de reuniones se formularon inconvenientes sobre el plan, aunque los acallaron con brusquedad y malos modos. Tú acabas de llegar, si quieres entrar con buen pie no digas nada, es mi consejo de amigo.

El líder de los rifeños era Abd el-Krim, consiguió poner en pie de guerra a la mayoría de las tribus. El 1 de junio de 1921 atacó la posición de Abarrán, causó 141 bajas, obtuvo abundante armamento, ametralladoras y artillería. El ataque demostró la escasa resistencia española. Cuando el caudillo enseñó el botín al resto de las cabilas indecisas, logró multiplicar sus fuerzas.

Abd el-Krim recibió educación española; trabajó en Melilla como periodista y en la Administración colonial. Su ideal era desmontar la presencia francesa y española en el Rif y proclamar la República

Independiente del Rif. Cuando adquirió fama se autoproclamó descendiente del profeta Mahoma.

**Diario de Justo Martínez**

6 de julio

He decidido escribir un diario; mi blocao ya está terminado y hay bastante tiempo libre. Esta actividad me distrae, como si alejara el miedo de un futuro incierto y me permite concentrarme en mi familia y en mí mismo.

La vida aquí es muy dura, nada parecido a un cuartel. Cuando sale el sol el calor es insoportable. Por la noche hace un frío espantoso, mi camastro esta al mismo lado de la entrada, no hay puerta, y entra un aire gélido. Me pongo los calcetines que me dio madre para soportar mejor el frío. Por la mañana me los guardo en los bolsillos, has de vigilar tus cosas, si no te las roban.

8 de julio

Ha llegado una expedición de intendencia mejorando la comida que nos daban, pero de carne nada. La mayoría de los soldados somos reclutas recién incorporados y sin apenas entrenamiento. Nuestra moral es muy baja y tenemos miedo de los rifeños, unos asesinos despiadados. Todo esto lo hablamos en cuchicheos para que ningún sargento pueda oírnos.

El ejército solo nos ha facilitado alpargatas, un calzado malo para estas montañas.

Parece tonto, pero echo de menos los cuidados de madre. Espero tener dentro de poco un amigo para compartir las penas.

10 de julio

Mañana me toca acarrear agua, aquí las llaman «aguadas». Es una misión peligrosa. El manantial se encuentra a unos dos kilómetros del puesto y el enemigo nos dispara desde las alturas sin que podamos verle. No tengo miedo, pero estoy intranquilo. El sargento de mi pelotón es un veterano que inspira confianza y cuida de su tropa, da la impresión de saber lo que hace.

El cagadero está detrás de los dormitorios para evitar los disparos de los rifeños. Por la noche el viento ha cambiado de dirección y el pestazo ha sido insoportable.

11 de julio

Afortunadamente todo ha ido bien durante la aguada, hace unos

días mataron a uno de Estepona y a otro de Mataró.

No hay forma de terminar con la plaga de piojos. Conseguimos con mucho esfuerzo acabar con las ratas, pero contra estos bichos pequeños no hay quien pueda. Ya estamos todos con el pelo al cero y seguimos igual. Con el sol del día y sin pelambrera debes ponerte la gorra a todas horas, aunque sudes la gota gorda.

El mando ha decidido restringir el agua para lavarnos, y así espaciar las aguadas. Dentro de poco vamos a oler como los moros.

12 de julio

Hacemos ejercicios constantes con las armas. Nos han aumentado la dotación de municiones. Mala señal. En las prácticas de tiro he conseguido una puntuación bastante buena, el sargento me ha felicitado. Es la primera vez que me dicen algo agradable desde que he llegado a Marruecos.

14 de julio

Hay insistentes rumores de un ataque rebelde. Los oficiales están muy nerviosos y la tropa asustada. La comida de hoy ha sido tan abundante que me da mala espina. Algo pasa. El capitán está reunido todo el tiempo en el puesto de mando con sus subordinados. Un cabo de confianza me ha comentado que discuten sobre el mejor camino para una retirada. Su caballo está constantemente ensillado en la puerta de la tienda.

Llevo muchos días sin recibir carta de la familia.

29 de julio

Estoy vivo de milagro. Nuestro blocao recibió el duro ataque de miles de rifeños. La huida fue espantosa; por fortuna, estábamos cerca de Melilla. Otros no tuvieron tanta suerte. Estoy herido de bala, pero mi vida no corre peligro. El correo no funciona. Pienso muy a menudo en todos vosotros.

He hablado con otros heridos en la inmensa sala donde están nuestras camas. Algunos me comentan que al iniciarse el ataque los primeros en huir fueron los propios oficiales. Otros, en cambio, consiguieron escapar gracias a la protección de la retirada por parte de los Regulares. El más cercano a mi lecho contaba una extraña historia. Explicaba la batalla con detalles algo confusos, su unidad estaba en la zona del río Igan casi rodeada de oleadas enemigas cuando una carga de caballería le permitió escapar.

Cuando llega la oscuridad de la noche me siento desamparado en

esta inmensa sala, donde todo son lamentos, lloros, suspiros.

31 de julio

Hoy me he levantado de la cama por primera vez con ayuda de un compañero. He recibido varios correos retrasados de todos vosotros, una alegría inmensa. He repasado con emoción todas las cartas varias veces.

2 de septiembre

Ha corrido un rumor sobre el general Silvestre. Según dicen, se ha quitado la vida al ver la cantidad de soldados muertos a sus órdenes.

5 de septiembre

Me han notificado mi pronto traslado en barco a Barcelona. Todavía no se conoce la fecha de embarque. El caos después de la derrota sufrida ha sido inmenso, pero parece que poco a poco se va normalizando todo, espero no tener retrasos.

**El desastre de Annual**

Abd el-Krim lanzó un gran ataque el 17 de julio sobre los blocaos españoles. La ofensiva continuó hacia Annual y el monte Arruit, cerca de Melilla. Asaltaron todas las posiciones.

Para proteger la desbandada de soldados que huían hacia la ciudad Melilla, el teniente coronel Bárdenas recibió la orden de desplegar tres baterías de artillería ligera en la cota 404. Al comprobar de cerca la magnitud del desastre, el militar decidió profundizar en el terreno, para ello adelantó de forma escalonada sus líneas. Corría un riesgo mayor, pero decidió afrontarlo y comunicó la nueva situación al mando en plaza.

La acción de los cañones resultó providencial para salvar a cientos de soldados. Una horda de rifeños se infiltró por el flanco de su posición y sometieron a los artilleros a un fuego intenso. Tras un momento de vacilación en la línea, Bárdenas acudió a la batería más afectada, reorientó las piezas y anima a la tropa. En este momento recibió un proyectil en la pantorrilla, no le afectó al hueso, pero rasgó la arteria femoral. Sin importarle la herida dirigió el tiro y alcanzó de lleno al enemigo a la segunda andanada. Un sanitario que se percató de la pérdida de sangre le aplicó de inmediato un torniquete. Luego lo evacuaron con rapidez. Bárcenas salvó la vida y la pierna gracias a la intervención del sanitario y a la prontitud del traslado.

Al cabo de tres semanas lo devolvieron a Madrid con el rango de

coronel, y lució en su uniforme las tres estrellas de ocho puntas.

La derrota de un ejército europeo de treinta mil soldados frente a unos tres mil enemigos causó un terremoto en las esferas políticas de Madrid y Europa. Las consecuencias fueron graves, afectando en profundidad a todo el país.

Las tácticas guerrilleras de Abd el-Krim las estudiaron muchos años después Ho Chí Minh, Mao Zedong y Che Guevara.

# III.3 Vuelve el buque Alicante

Al regreso de la capital riojana, Jerónimo Aixelá alquiló una vivienda en la Vía Laietana. Era suficiente para albergar a su mujer, su madre, su hermana y también a los hijos que pudieran llegar. Tener a toda la familia reunida le producía una placentera felicidad. Las tres mujeres le cuidaban y le mimaban. Tanto los recientes gastos como sus planes de futuro le llevaron a confeccionar trajes por su cuenta cuando regresaba de su jornada laboral. Su esposa no ayudaba mucho, pero su hermana se lanzó a participar con entusiasmo.

Después de trabajar unos años como primer cortador en la sastrería Rívoli había conseguido ahorrar un buen dinero. Sumado a las ganancias obtenidas en el propio domicilio, Jerónimo tenía suficiente capital para montar su propio negocio. Preparó con mucho cuidado sus planes y comenzó a ponerlos en práctica. Al despedirse de su actual trabajo intentaron retenerle con un aumento de sueldo, con nuevas prebendas, pero él ya tenía su proyecto en marcha.

Alquiló un primer piso en la Rambla de Canaletas. Estaba encima de la tienda Petit Pelayo, más tarde transformada en la famosa cervecería Baviera. Otra ventaja de la ubicación consistía en la proximidad del local a su anterior empleo. Estaba seguro de captar a muchos de los parroquianos del Rívoli que le tenían afecto. Incluso los más íntimos le habían aconsejado el gran paso hacia a una sastrería propia. Adecentó el local y lo preparó para el trabajo, tanto en el espacio dedicado a los clientes como la zona de corte y el taller de costura. Su hermana Lorena se incorporó al obrador para vigilar al personal y trabajar como encargada del almacén de materiales. Adquirió las máquinas de coser, de planchar y dotó el almacén con forros, botones e hilos. El conjunto estaba en orden, listo para empezar, con los detalles a su gusto. Por último, colgó un cartel bien vistoso en los dos balcones de la fachada que daban a la Rambla.

El día de la inauguración contemplaba el rótulo desde el paseo central de la Rambla. Saboreaba su éxito, su nombre escrito en grandes letras en el paseo más importante de la ciudad: «SASTRERÍA AIXELÁ». Encendió un Montecristo que tenía reservado para la ocasión; había que celebrarlo por todo lo alto. Siguió deleitándose con la vista de su cartel, no se movió hasta terminar el habano. Recordó los horribles inicios pasados en la ciudad. La desesperanza de los primeros días, el hambre que sufrieron, la alegría de su primer trabajo, el paso por las calles con los recados de la sastrería, el espanto de las primeras pensiones, el robo del dinero de aquel cliente, el día que le quemaron la mano con la plancha. ¡Que lejana estaba la

predicción del señor Jordana padre! Nunca podrá olvidar aquella horrible palabra, pero hoy estaba henchido de orgullo. Sus pensamientos pasaron a su segundo trabajo, a la confección de su propio primer traje para lucir una indumentaria acorde a sus aspiraciones, los viajes a Girona y Francia, el fallecimiento de Rosita, los años en Logroño, la plaza de primer cortador.

Ahora todo aquello quedaba atrás. La noticia de la inauguración de una nueva sastrería correría muy deprisa por todo el sector, ¡a saber qué cara pondrán los Jordana!

Veinticinco años más tarde arribó de nuevo a Barcelona el buque hospital Alicante, el mismo de los últimos de Filipinas. Ahora transportaba los despojos de la guerra de Marruecos. En su bodega, Justo Martínez navegaba en el mismo barco y con el mismo destino que su padre.

Los años habían hecho mella en la nave, sus castigados motores sufrían al marchar con el viento de levante por la proa. El lento progreso desde Melilla significó horas, noches, días de tormento y muerte para sus pasajeros. No solo eran heridos de vuelta a casa, sino soldados vencidos, desamparados, perdidos.

Ya no lucía gallardetes y arrumbaba cansinamente hacia la bocana del puerto de la Ciudad Condal para descargar a las víctimas de Annual. Antes de encapillar los cables de amarre a los norayes del muelle, ya esperaban numerosas ambulancias cerca del agua para trasladar a los heridos. Pocas para la cantidad de dolientes que transportaba. La noticia corrió por la ciudad como un relámpago, y se volcó en su ayuda. Taxistas, vehículos particulares, carros tirados por caballos colaboraron en el transporte de heridos hacia los hospitales. En uno de estos últimos transportes, y al no ser de los más graves, se instaló con más presteza que comodidad Justo Martínez. El carricoche enfiló en dirección al Hospital Clínico.

Un rocín viejo, decrépito, apenas tiraba del carromato, ascendiendo con lentitud por la Rambla de Canaletas. Cerca de la Plaza Catalunya Justo Martínez tuvo una visión que acentuó sus convicciones revolucionarias. Todos los ciudadanos al paso estaban pendientes de los heridos. Con aplausos, vítores, gritos de ánimo, ofreciendo cigarrillos, comida, flores y alguna sonrisa femenina. Todos menos uno.

Un joven vestido con una elegancia notable se encontraba en el centro del paseo. Su sombrero parecía recién estrenado, sus zapatos nuevos, fumaba un habano de marca, su muñeca lucía un reloj con

correa de oro. Se encontraba dándole la espalda con el pie izquierdo algo retrasado, la mirada ligeramente elevada, el otro brazo apoyado en la cintura. Una pose que Justo consideró de total desprecio a la caravana de lisiados, al proletariado.

Con rabia, repasó los agravios sufridos por la clase obrera. Los reservistas ricos se libraban de la guerra de Marruecos pagando dinero, en cambio los reservistas proletarios acababan en el norte de África. Una vez abolida la injusta ley de la Redención, los poderosos urdieron otras trampas para alejar a sus hijos o familiares del frente de batalla. Regalaban vehículos o lujosos presentes a los altos mandos para que fueran chóferes o escribientes, todo menos ir a las trincheras. Si alguno resultaba herido, cosa poco probable, era evacuado con diligencia, sin demoras ni angustiosas esperas en hospitales de sangre improvisados. Recordó la última discusión con su padre, ahora ya no valían los compromisos, la lucha obrera estaba por encima de todo, y con todos los medios posibles.

Instalado en el hospital, pudo recibir la visita de su familia. Un momento muy emotivo. El abrazo de su madre fue tan fuerte que casi le reabre la herida del pecho, Montserrat perdió unas lágrimas. Su padre Julián había sufrido en silencio por su salud. Al pie de la cama su cara se iluminó con una ancha sonrisa. Todo volvía a ser como antes. Todos estaban de nuevo reunidos.

Una vez dado de alta regresó a su casa. Justo encontró a su hermana Eulalia muy crecidita después de tanto tiempo pasado. Nada más estar recuperado visitó a diversos amigos para informarse de la situación política y sindical. Ahora, más que nunca, estaba decidido a participar en la lucha obrera. No por medio de un sindicalismo blando, sino por la vía revolucionaria.

Mecánico de profesión, empezó a trabajar de nuevo en un taller importante de automóviles en el ensanche barcelonés.

# III.4 Los primeros años de Lidia Villarroya

El fundador de la dinastía de los Villarroya en Ludiente tuvo seis hijos para rellenar su casa solariega, antes vacía, ahora llena de una familia creciente. Los dos hijos mayores, Feliciano y Avertino, eran los encargados de explotar la finca en agricultura y ganadería. El segundo vástago, Avertino, deseaba casarse con una mujer potente, capaz de parir tantos hijos como su madre. Sin embargo, no encontraba ninguna muchacha de su agrado en el pueblo. En las fiestas de la cercana Lucena conoció a Virginia Cheste, oriunda de la provincia de Valencia, pronto se convirtieron en novios formales.

El matrimonio de Avertino y Virginia fue prolífico, con siete hijos.

Lidia, la hija menor, nació en octubre de 1918. De pequeña empezó a mostrar un carácter irreflexivo y una conducta con extraños comportamientos. En muy pocas ocasiones acudía a la escuela, distante de la casa solariega. Su carácter variable, sus locas travesuras, la dejadez de sus tareas alteraban con frecuencia la vida familiar.

Un día todos los Villarroya sufrieron fuertes dolores estomacales y fiebres. El menos afectado a duras penas consiguió montar en un burro para pedir ayuda al cercano pueblo. El médico, un buen profesional, pronto atribuyó la causa a una intoxicación alimentaria. A pesar de sus esfuerzos no consiguió averiguar el origen o causa de la ingesta del veneno. Los enfermos mejoraron, la vida volvió a su curso habitual, el incidente se dio por superado.

Dos semanas más tarde se repitieron las mismas escenas, por fortuna con una menor virulencia. El doctor analizó con detalle todos los alimentos consumidos sin encontrar nada anormal. Parecía un intento deliberado de envenenar a toda la familia. Dispuesto a resolver el caso decidió dedicar un par de días al cuidado de los enfermos y al control de la finca. En una de sus frecuentes inspecciones a la cocina el galeno se encontró a Lidia trasteando en el fondo más bajo y oculto de la despensa, tenía en sus manos un saquito de algo sospechoso. Con amable voz dijo:

—Niña, ¿me dejas ver esto?

La bolsa contenía un poderoso matarratas. Después de la sorpresa preguntó de nuevo, con una entonación más picarona:

—¿No habrás jugado con estos polvos?

—Oh, sí. A la sopa le faltaba sal, yo misma le puse más.

El patriarca de los Villarroya apreciaba los adelantos técnicos en la agricultura, los aplicaba a su finca en función de las necesidades y de su precio. Al visitar a otro agricultor del sur de Tarragona descubrió una letrina, un invento colosal. Hasta ahora toda la familia defecaba al

aire libre en cualquier rincón del campo, y si llovía, en una cuadra.

En su finca, algo separado de la vivienda para evitar los malos olores, construyó una pequeña caseta cuadrada de un metro y treinta centímetros de lado. Estaba encima de un enorme pozo muerto recién excavado. En el interior una madera horizontal, de lado a lado, disponía de un agujero redondo en el centro, con una tapa para cuando no se usaba. Siempre había ido de vientre en cuclillas, ahora podía sentarse con comodidad en su trono fecal.

Todos los accidentes suelen tener más de una causa. En este caso fueron dos. Por un lado, el tío Egidio era gordo por naturaleza —en el último mes había aumentado su peso de forma rápida—. Por otro, el carpintero local era algo chapuzas. El tío, en plena faena en la letrina, quebró la madera y cayó dentro del pozo. Sus gritos de socorro apenas se escuchaban desde el exterior, pero llegaron a oídos de Lidia. Al entrar, encontró a su familiar chapoteando en un mar de mierda. El tío Egidio era el familiar que más la reñía y más collejas le daba. Ver su corpulento cuerpo vencido, suplicante, era una visión placentera. Embelesada observaba sus torpes movimientos sin moverse del lugar. El accidentado empezaba a marearse con los humores pestilentes de la poza. En esta situación desesperada su mente encontró la solución a sus angustias, así que le dijo a la niña:

—Bonita, corre a buscar ayuda y te daré cuatro reales.

La palabra mágica funcionó, Lidia empezó a correr y gritar. No fue fácil izar al caído: cuatro fornidos hombres tardaron casi una hora en rescatarlo, la estrechez de la construcción dificultaba la tarea. El hombretón andaba cabizbajo, chorreando porquería, con la boca cerrada. Jacoba, su esposa, intentaba limpiarlo con agua, jabón y un cepillo. Después de varios lavados seguía desprendiendo un pestazo horroroso. Agotada, empezó a frotar con una bruza de cerdas el cuerpo de su esposo con una energía brutal en sus movimientos. Su marido recuperó el habla cuando ella dirigió las cerdas a sus partes pudendas.

Al crecer, Lidia comenzó a tener nuevas tareas. Como era costumbre, las niñas participaban en los quehaceres del campo y en el cuidado de la casa. Lidia debía ayudar en la cocina, limpiar la casa, lavar la ropa en el arroyo, alimentar a los animales del corral y abrevar los caballos en el río. Todas estas tareas le resultaban pesadas, aburridas, y poco a poco se convirtió en una muchacha díscola, traviesa, poco cumplidora de sus obligaciones. Todos los habitantes de la casa estaban hartos de su conducta y su falta de celo. A menudo escapaba al río y allí se juntaba con un muchacho del pueblo de su misma edad, Tadeo Alcázar. Ambos jugaban toda la tarde a cazar

renacuajos, hablar y reír.

Al abrevar los caballos tenía prohibido subirse a la yegua. Nada más salir de la cuadra, en el recodo del camino, se encaramaba a una alta roca para montar a pelo el animal hasta el río. Un día que la yegua estaba en celo, en un campo cercano Avertino labraba la tierra con el arado sujeto al semental. Cuando el poderoso macho venteó los efluvios de la hembra partió a todo correr arrastrando el arado, que golpeaba piedras y árboles. El padre empezó a gritar a su hija:

—¡Hija! ¡Salta de la yegua!, ¡salta!

Lidia corría un serio peligro, el semental podía morderla o cocearla. Pero no ocurrió nada, a parte de un fenomenal sobresalto. Aquel incidente dio que pensar a la muchacha. Dos de sus hermanas mayores trabajaban como sirvientas en Castellón. No tenían que cuidar a ningún animal, lavaban la ropa en la casa, los jueves por la tarde tenían fiesta, además cobraban dinero por su trabajo. A la edad de trece años propuso seriamente a sus padres marcharse a la capital para ejercer de criada como sus hermanas. Sus padres se negaron en redondo.

La respuesta de Lidia no se hizo esperar: se fugó del hogar paterno. Nadie le impediría realizar sus deseos. Antes de marchar entregó una fotografía suya al amigo con el que siempre jugaba en el río, Tadeo Alcázar, para que no la olvidara. Una preciosa instantánea de estudio.

En un primer momento, Avertino y Virginia quisieron recuperar a su hija. La decisión se fue demorando cuando familiares, peones, animales y renacuajos estaban ahora con una tranquilidad que nunca habían conocido.

# III.5 Primer traslado de la sastrería Aixelá

Tras la inauguración de la sastrería Aixelá en 1921 el negocio marchaba a un ritmo excelente. El balance a 31 de enero de 1922, con menos de un año de actividad, arrojó un resultado inesperado. Después de pagar la instalación, fabricantes de telas, proveedores, gastos generales y todas las nóminas de los operarios, restaba un enorme beneficio bruto de treinta mil pesetas.

Jerónimo Aixelá estaba muy satisfecho, además tenía ya cuatro hermosos hijos. Un primer varón, Raúl, y tres hijas más, Soledad, Patricia, Enriqueta. Vivía con su familia, su madre y su hermana en una amplia casa de alquiler del paseo de Gràcia, cerca de Gran Vía. Más tarde adquirió una espléndida torre, con un inmenso jardín, en Esplugues de Llobregat, cerca de Barcelona. Disponía de sótano con garaje y bodega, en el primer piso un amplísimo comedor-salón, una enorme cocina, tres habitaciones con un aseo. En la planta superior, seis dormitorios con tres baños completos y un aseo. El jardín tenía una zona de nivel bajo usada como frontón, dos entradas de vehículos en cada uno de los extremos de la manzana, una zona ajardinada extensa en la entrada a la vivienda y un pequeño bosque de pinos en la parte opuesta. Toda la familia se trasladaba de vivienda durante la época estival.

El negocio seguía creciendo, la sastrería resultaba pequeña para la actividad que tenía. En 1924 Jerónimo Aixelá decidió mudarse a un nuevo local con mayor superficie. Pero ¿a dónde trasladarse? Un error en la elección del lugar podía significar la pérdida de clientes. Meditó con cuidado el problema, también consultó con sus amistades más cercanas antes de tomar una decisión. Consideró dos temas importantes: no debía desorientar a los clientes y, además, ya le conocían como *el sastre de la Rambla*. La solución fue alquilar un magnífico primer piso al otro lado de la misma calle, cerca del cine Capitol. Tenía más del doble de superficie y con balcones que daban directamente sobre la Rambla de Canaletas.

En estos mismos tiempos, Camilo Cabezas y todos sus amigos fabricantes de cintas decidieron trasladar sus reuniones semanales al flamante café Oro del Rhin, en Gran Vía esquina Rambla de Catalunya. Se inauguró en mayo de 1924, pronto se convirtió en un local de moda.

Su decoración era muy cuidada, modernista, con cortinajes que

procuraban cierta intimidad entre las diferentes zonas, así aislaba a los grupos de contertulios. Disponía de una terraza estrecha y larga sobre la acera de la Gran Vía. Años más tarde se elevó con un entarimado provisto de escaleritas. Ofrecía varios servicios como cafetería, cervecería, restaurante y charcutería. Federico García Lorca y Max Aub asistían con frecuencia al establecimiento. Jerónimo Aixelá también acudía al café por estar muy cerca de su vivienda, posiblemente debió cruzarse con Camilo Cabezas, pero en aquellos años todavía no se conocían.

Tras la fuga del hogar paterno, Lidia Villarroya trabajó varios años como sirvienta con diferentes familias de Castellón, y cambiaba de casa según sus inquietudes. La última era una finca adinerada, se encontraba cómoda, pero no le pagaban el sueldo por sus esfuerzos con todo tipo de escusas:

—Lidia, no te preocupes, la mala situación que tenemos se arreglará y pagaremos todas las deudas. Ahora no tenemos dinero.

Cansada de la misma cantinela, decidió estudiar los movimientos del matrimonio. Lidia era muy astuta, pronto averiguó la habitación donde podían guardar las ganancias. En una metódica exploración descubrió el escondite, una bolsa repleta de dinero. Al ser consciente del engaño sufrido, loca de rabia, arrojó la bolsa por el brocal del pozo. Al descubrirse el robo, la Guardia Civil intervino y pronto obtuvieron la confesión de la criada. La bolsa pudo ser rescatada, no se precipitó al fondo al quedar retenida en un saliente de la pared. Con el dinero recuperado, siendo la ladrona menor de edad, el juez propuso a los padres dos soluciones: regresar al hogar paterno para ser enmendada o bien el ingreso en un correccional de menores regentado por una orden religiosa de monjas.

Sus padres, Virginia y Avertino, no dudaron ni un segundo. Escogieron la segunda solución.

Lidia estuvo en el correccional de menores unos dos años largos a cargo de las hermanas redentoras. Fue una buena época, allí terminó de aprender a leer y escribir. Apenas trabajaba escudándose en sus males, en su debilidad, en su aspecto de niña inocente. Las monjas realizaban casi todos los trabajos que le correspondían. Lidia era muy ladina, sabía de qué pie cojeaba cada una de ellas. Tenía a todo el convento en el bolsillo, el resto de las internas estaban mosqueadas con esta situación.

Al final escapó del convento. Quizás estaba cansada de su rutina. También es probable que recibiera amenazas de sus compañeras de

correccional. Estudió su fuga con cuidado, para escapar de forma que su ausencia tardara en descubrirse.

Andaba de noche sin rumbo fijo por el arcén de una carretera cuando un coche paró. Un buen samaritano. La llevó a toda prisa al burdel más próximo, allí fue muy bien recibida. Una chica de unos diecisiete o dieciocho años, joven y entera.

Nadie sabe si estuvo en el prostíbulo unas horas o unos meses. Tampoco se conoce si allí perdió su virginidad o no. Sin embargo, años después cuando su hija menor empezó a salir con un novio formal, le soltó el siguiente comentario:

—Hija, ¿sabes tú lo que pagaría un hombre por tu virginidad?

También se piró del burdel, ya era una especialista en fugas, como Papillon. Recaló en Castellón, donde volvió a la ocupación de sirvienta.

La fotografía que Lidia había entregado en el río de Ludiente a su amigo de la infancia Tadeo Alcázar la robó su hermano mayor, Aurelio Alcázar. El autor del hurto quedó prendado de los ojos de la muchacha. La buscó por todo Castellón, no fue fácil, pero al final la encontró. Empezaron a salir juntos y ambos jóvenes no tardaron en estar enamorados. Aurelio tenía unos años más y era de familia acomodada, aunque militaba en la CNT.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Deseaba conocer a la madre de mi amor, Sara Villarroya. Nuestra relación ya era bastante avanzada para dar este paso.

Ascendí por una escalera estrecha y empinada. En el rellano superior me esperaba Lidia Villarroya.

Mi decepción fue total.

La pieza del fondo mostraba un alarmante síndrome de Diógenes, ella vestía una pésima prenda con una horrible peluca, no tenía ni un rasgo de la beldad de mi amor. En un primer pensamiento incluso dudé de la realidad del parentesco, quizás algún error en la *nursery*. Intenté encontrar algún signo más, quizás unos ojos verdes, antaño preciosos y ahora cansados. Pensé que su vida amorosa debió ser más bien pobre. Casi era para salir corriendo.

Para romper aquel espejismo hice un atento saludo ofreciéndole un magnífico ramo de flores que ocultaba a mi espalda. Apenas le dio un vistazo. Las primeras palabras que oí de Lidia Villarroya fueron:

—¡Vaya! Se van a morir pronto, una maceta hubiera sido mejor.

# III.6 Dictadura de Primo de Rivera

En la prensa del país aparecieron diversas filtraciones sobre el expediente Picasso, a cerca de la investigación del propio Ejército por la derrota de Annual. El número de muertes se cifraba en 8668, aunque otras fuentes elevaban la cantidad hasta 13 363, incluso hasta dieciocho mil fallecidos. El recuento de los heridos y posteriormente fallecidos era muy dispar. En la contabilidad de las pérdidas materiales había poca discusión: cuatrocientas ametralladoras y ciento veintinueve cañones. Todas las infraestructuras construidas por los españoles durante diez años fueron derruidas, incluidas las escuelas y los hospitales. La magnitud de la tragedia movió a los parlamentarios para solicitar un debate en las Cortes Generales sobre el papel del Ejército en Marruecos.

Ante la situación planteada, la respuesta de los militares fue dar un golpe de Estado acaudillados por el general Primo de Rivera. El debate quedó anulado de inmediato.

La reunión semanal de los fabricantes de cintas estaba más animada de lo habitual, incluso algunos contertulios todavía no habían encendido sus habanos. La mayoría agitaba todo tipo de periódicos con las noticias más recientes. En resumen, eran las siguientes: el Gobierno legítimo había solicitado al rey la destitución de los sublevados. El Borbón Alfonso XIII no aceptó la medida y nombró presidente del nuevo Gobierno al general golpista Primo de Rivera. El tema de las conversaciones en la cafetería eran los efectos de la dictadura sobre sus negocios, la ciudad y el país, por este orden.

Con los ánimos calmados, pasaron a cuestiones más prácticas para todos ellos.

—Bueno, Florián, usted no podrá quejarse —comentó uno de ellos.

El aludido asintió con la cabeza, era el principal proveedor del Ejército. Florián Bárdenas estaba afincado en Catalunya, aunque su familia paterna procedía de Castilla. Era un ferviente conservador, habló en favor de Primo de Rivera.

—Lo más importante será el fin del pistolerismo, esta cuestión nos afecta a todos y marcará un despegue de nuestros beneficios. Todos asintieron ceremoniosamente y removieron sus cucharillas en los cafés. Por un instante nadie habló.

Ignacio Boix, después de alabar el servicio del nuevo camarero, reanudó el tema:

—Caballeros, todos hemos hablado, pero nuestro joven y buen amigo Camilo no ha dicho palabra. ¿Cuál es su opinión?

—Estoy de acuerdo con todos ustedes en el tema del pistolerismo, este es un asunto resuelto. Con seguridad, los militares también actuarán contra los sindicatos más hostiles. Los negocios florecerán. Pero, compañeros, la dictadura será fatal para Catalunya.

Josep Rius protestó con energía, era un miembro destacado de la Liga Catalana, de hecho, participaba en el consejo político del partido. Exclamó con vehemencia:

—No creo tal cosa, Primo de Rivera ha sido capitán general de Catalunya y conoce nuestras costumbres.

Camilo Cabezas encendió con parsimonia su Montecristo, e inhaló el humo con fruición.

—Ya lo verá usted mismo, amigo Rius. Lo primero será la Mancomunidad.

—Imposible —exclamó el aludido—. La Mancomunidad es una ley española, aprobada en las Cortes Españolas y para todos los españoles. No es una ley catalana, no puede derogarla.

Camilo sonrió levemente:

—He hablado esta mañana por teléfono con Madrid, el proceso está en marcha. El dictador lo ha comentado con estas palabras textuales: «Ya es hora de eliminar las singularidades catalanas». Así están las cosas.

Un silencio envolvió a los contertulios. La creación de la Mancomunidad había costado años de esfuerzos y los resultados habían excedido las expectativas, a pesar del escaso margen de maniobra del texto legislativo. Todo se derrumbaba de súbito.

Florián tomó la palabra con acento suave:

—Convendrán ustedes que la Mancomunidad ha despertado un importante crecimiento del catalanismo; quizás desde Madrid ven una diferencia respecto al resto de las provincias.

Con un tono agrio, el señor Rius contestó:

—Tiene usted razón, estamos orgullosos del excelente trabajo desarrollado. Creo, con sinceridad, que en vez de derogar la ley deberían preguntarnos cómo lo hemos hecho. Incluso algunas regiones podrían aprender algo bueno.

—En mi opinión, el éxito de la Mancomunidad pone en evidencia la política española a nivel provincial —sentenció Vicente Graupí, el monárquico.

El humo ya envolvía aquel rincón del local. Tras otra leve sonrisa Camilo Cabezas remachó:

—No se preocupen demasiado. Esto es solo el principio.

La última predicción quedó sobrepasada con creces por la realidad, como pudieron comprobar todos ellos.

A nivel nacional fue la creación de un directorio militar para suspender la Constitución y prohibir los partidos políticos. Se declaró el estado de guerra el mismo 14 de septiembre de 1923, que tuvo una duración de casi dos años. La prensa quedó bajo control, todas las garantías constitucionales o políticas se anularon. Los delitos políticos y algunos del Código Civil pasaron a la jurisdicción militar.

Primo de Rivera escogió como gobernador civil para Catalunya a su amigo Joaquín Milans del Bosch, antiguo capitán general que reprimió con dureza la huelga de La Canadiense y utilizó procedimientos militares contra los sindicalistas en la época del pistolerismo. El recién nombrado dirigió una implacable persecución de todos los símbolos, valores y manifestaciones catalanas. Asociaciones de todo tipo como las excursionistas, culturales, musicales (el Orfeó Catalá) y deportivas (el Club de Fútbol Barcelona) se cerraron. Las multas y el control de la prensa estaban en marcha.

La Mancomunidad de Catalunya pasó a una vía muerta. Sin contenidos ni efectos ni esperanzas. Una vez moribunda la remataron sin piedad.

El pistolerismo cayó en picado, quizás lo único positivo de la dictadura de 1923. Camilo Cabezas guardó su pistola en un cajón con llave.

# III.7 El desembarco de Alhucemas

A Daniel Rodríguez Martínez, un primo de Justo Martínez recién llegado a Barcelona desde Siles, también lo movilizaron al norte de África. Su familiar le había contado detalles espeluznantes de la batalla de Annual. Ahora le daba consejos sobre la vida militar:

—Nunca debes presentarte voluntario, no destaques en nada, ser siempre del montón. Jamás discutir una orden, siempre alerta, escoge muy bien a los amigos, fíjate en los veteranos y un sinfín más de recomendaciones. Daniel estaba bastante asustado con todas estas informaciones, temía por su vida en Marruecos.

Transcurridas unas semanas en el cuartel, empezó a notar un cambio entre las explicaciones de Justo y su situación actual. El entrenamiento era muy intenso, bien organizado, con frecuencia efectuaban amplias maniobras con otras fuerzas. Efectuaban diversos simulacros sin conocer bien su finalidad. Si alguna operación salía mal, la repetían hasta alcanzar el nivel previsto, a veces con un esfuerzo agotador. La principal diferencia, sobre todo, era la actitud de todos los mandos con la tropa. Ahora era más respetuosa, ellos también corrían y sudaban. Pronto corrió el rumor por radio macuto de una importante operación en territorio enemigo.

La tertulia de los cinteros estaba muy animada aquel lunes de abril de 1925, con un tiempo primaveral después de las últimas lluvias. Florián Bárdenas, el fabricante de Cintas Sistach, soltó la primera noticia:

—Amigos, esta mañana me ha llegado la información del ataque perpetrado por el odiado Abd el-Krim a las tropas francesas en Marruecos. La noticia ya está en la redacción de los periódicos, pero todavía sin publicar. ¿Qué opinan ustedes? Por cierto, mañana viajo a Madrid y obtendré más detalles.

—El caudillo rifeño está demasiado seguro de sí mismo, este hueso será mucho más duro de roer, aunque se jacte de descender del mismo profeta —respondió Matías López—. ¿No les parece el café de hoy mucho más frío que de costumbre?

—Tiene usted razón, el café lo han servido helado. ¡Camarero! —llamó el bonachón de Vicente—. Bueno, todos los líderes encumbrados cometen pecados de orgullo, se creen capaces de todo, se endiosan.

—Compañeros, Abd el-Krim está perdido, pronto franceses y españoles se pondrán de acuerdo para un ataque conjunto —afirmó Camilo Cabezas con su potente voz—. Tengo noticias de Madrid

acerca de una inminente reunión con este motivo.

—¡Ah! —exclamó con un dejo de envidia Florián—, ¿nos explicará algún día su fuente de información en la capital?

—Ni lo sueñe, amigo mío, esta cuestión no entra en nuestro acuerdo de cooperación mutua.

El padre de Florián Bárdenas aprovechó el viaje de su hijo para comunicarle su próximo destino a Melilla. No debía temer nada, ahora la organización era perfecta. Los planes en estudio consistían en un desembarco en Marruecos, en un punto todavía secreto. Para tranquilizar a su primogénito añadió varios detalles:

—La entente hispanofrancesa se formalizará con un documento que incluye un plan de operaciones para enfrentarse al enemigo común. El principal objetivo será un desembarco español, con el apoyo francés en barcos y aviones.

—El general Primo de Rivera no desea perder un ápice de su prestigio y ha encargado al Estado Mayor un estudio con todo detalle del proyecto. El ejemplo más reciente con similitudes bélicas es el desembarco en Gallipoli, durante la Gran Guerra. Los responsables de la operación han analizado las causas de la derrota inglesa para no caer en los mismos errores. También han estudiado la experiencia de Annual. Sobre todo, en menospreciar al enemigo. Para la invasión hemos comprado al Gobierno inglés las mismas barcazas K usadas en Galípoli, que, por fortuna, se encontraban en Gibraltar. Yo mismo fui comisionado al Peñón, con otros compañeros, para retirar las lanchas de desembarco.

Con todas estas explicaciones, las dudas de Florián sobre el nuevo destino de su padre quedaron apaciguadas, aunque todavía tenía vivo el recuerdo de la peligrosa herida paterna en el desastre de Annual.

Daniel participó en el desembarco del 8 de septiembre de 1925 en la bahía de Alhucemas. Pudo apreciar la coordinación de las diferentes fuerzas para conseguir un avance sostenido sin apenas bajas. Todo era muy diferente de la experiencia de Justo. Fue un completo éxito a pesar de la oposición artillera enemiga, con cañones capturados a los españoles y servidos por mercenarios extranjeros. El fuego enemigo alcanzó a los acorazados Alfonso XII y Jaime I, aunque con daños de poca consideración. En uno de ellos estaba embarcado como observador de artillería el padre de Florián, que resultó herido en un brazo por una esquirla. En la enfermería le restañaron la arteria braquial sin más complicaciones. Respondió la aviación española destrozando las baterías enemigas.

Batido simultáneamente por dos frentes, norte y sur, el 13 de octubre la derrota de las fuerzas rifeñas era total. Toda la extensión del Protectorado Español en Marruecos resultó reconquistada. La moral del ejército español estaba recuperada. Finalizadas las operaciones, Daniel regresó a Barcelona sin ningún rasguño.

Años más tarde, finalizada la Segunda Guerra Mundial, Daniel Rodríguez Martínez pudo leer en un periódico una reseña bastante completa sobre el general americano Dwight D. Eisenhower. El ilustre militar había estudiado con detalle la operación española en Alhucemas para preparar el desembarco aliado en las playas de Normandía. Esta noticia le causó emoción, él había estado allí.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Si el día era lluvioso durante los veraneos en Dosrius, nos manteníamos bajo techo jugando con entusiasmo al *mahjong*. En aquella época, por los años 50, era un juego bastante desconocido en España. Un aviador militar, de nombre y parentesco de los Cabezas que no recuerdo, hizo este presente a Camilo Cabezas después de viajar a la China. Una auténtica joya. La caja lacada en rojo oscuro contenía varios cajoncitos con las 144 fichas del juego, todas de marfil impresas a mano con un fondo redondeado de bambú. Las instrucciones estaban en chino. Otro pariente consiguió una revista francesa donde explicaba con detalle las reglas del juego, las diferentes maneras de hacer *mahjong* y la forma de puntuar.

Todas las fichas están por cuadriplicado. Existen tres palos: discos, bambúes y caracteres, del uno al nueve. Otras fichas son los vientos (N, S, E, O), los dragones (rojo, blanco y verde). Las flores y las estaciones no son útiles para ganar, pero dan más puntuación.

Aunque parezca complicado, el juego es sencillo. Es apasionante retener las fichas que interesan para formar parejas, tríos o escaleras, y rechazar las que no sean útiles para el resto de los jugadores. Al final de cada partida hay que calcular los puntos de cada jugador y del ganador según el tipo de *mahjong,* hay que sumar también los puntos de las flores y estaciones, los honores conseguidos y las doblas si existen. Nos pasábamos horas jugando con pasión, en ocasiones, la lluvia había cesado y el sol asomaba de nuevo mientras seguíamos cantando *pung* (trío), *kang* (cuatro fichas iguales) *y mahjong* (gorrión).

Me entusiasma este juego, todavía practico con mi familia, mis nietos también se han aficionado.

Tío Camilo me relató un par de anécdotas del familiar aviador, un tanto curiosas, para mostrar su personalidad.

Destinado en Marruecos durante varios años, se interesó por la

cultura árabe, y consiguió aprender el idioma con un cierto nivel. En una incursión aérea su aparato resultó averiado, aunque logró aterrizar en territorio enemigo. Cuando los rifeños iban a matarle comenzó a gritar en árabe algunas frases del profeta. Con bastante tiempo y sudores convenció a los presentes del motivo de su presencia: era un desertor. Deseaba bombardear a los españoles después de abrazar la luz de Mahoma. Al cabo de nueve días pudo reparar el avión y escapó en un descuido de sus guardianes. Consiguió volver a su base, donde ya le habían dado por muerto.

Años más tarde, en el inicio de la Guerra Civil, el aviador se encontraba en la zona del noroeste de la península donde habían triunfado los golpistas. Le ordenaron de inmediato bombardear una cercana capital de provincia fiel a la República. El Gobierno republicano, para no alarmar a la población, difundió una falsa noticia: toda la fuerza aérea había permanecido leal a la República. Cuando el piloto sobrevolaba el objetivo a baja altura pudo distinguir claramente a una muchedumbre que le saludaba y vitoreaba. En estas condiciones no podía matar a estas personas indefensas, otros españoles como él mismo. Regresó a su aeródromo.

Nada más aterrizar relató con detalle lo sucedido. Después de repostar le enviaron de nuevo a cumplir la misión con la amenaza de fusilar a toda su familia si se negaba.

# III.8 Exposición Internacional de Barcelona de 1929

La Exposición Internacional de Barcelona celebrada en 1888 había dejado una impronta en la ciudad y sus habitantes. Significó un gran avance económico, arquitectónico e industrial para la Ciudad Condal.

En el año 1913 se empezó a trabajar en un nuevo proyecto, impulsado por el arquitecto Puig i Cadafalch. Tras trece años de estudios, gestiones, reuniones con el Gobierno, tanteo de posibles países interesados, el plan se puso en marcha. La magnitud de las diferentes labores y la expropiación de terrenos en la zona de Montjuic junto con la dictadura de Primo de Rivera supusieron un retraso, lo que acarreó continuos problemas en las obras. El dictador mandó derribar cuatro columnas jónicas de cemento liso que simbolizaban las barras de la bandera catalana.

La inauguración de la exposición el 19 de mayo de 1929 la presidió el rey Alfonso XIII, que estuvo acompañado por el presidente del Gobierno. La exposición contenía importantes obras: el Palacio Nacional, el Teatro Griego, el Pueblo Español y el Estadio Olímpico. La ciudadanía quedó impresionada por la construcción de Carles Buhigas, situada cerca de la entrada al recinto: la Fuente Mágica de Montjuic. Los barceloneses acudían en masa para deleitarse con cascadas de agua armonizadas con luces de diferentes tonalidades.

La Exposición tenía tres temas principales: industria, deportes y arte. Dentro del apartado de arte se organizaron diferentes desfiles de moda, tanto femeninos como masculinos. En aquellos años las pasarelas estaban diferenciadas para cada sexo.

Sastrería Aixelá no podía faltar a esta gran manifestación artística. Se presentaron varios modelos al concurso de sastrería para hombres. Todas las prendas debían llevar un lema, para no revelar su autor. Acudieron profesionales de toda España e incluso algunos extranjeros, la participación fue muy numerosa. El jurado elegía los mejores modelos tras sus deliberaciones.

Sastrería Aixelá consiguió un gran éxito. Primer premio en americana (Lema Tropical). Segundo lugar en frac (Lema Nocturno). Dos accésits en *smoking* y chaleco. Un modisto de prendas femeninas, presente en la pasarela masculina, le pidió a Jerónimo Aixelá colocar a uno de sus modelos entre el desfile de las mujeres.

Como era habitual en Jerónimo, decidió evaluar con precaución la propuesta. No existía esta costumbre, tanto podía ser una buena promoción como caer en el ridículo. Uno de sus empleados era

realmente un hombre muy apuesto y sabía moverse con desenvoltura por la pasarela, al final tomó la decisión de aceptar el reto. La novedad fue un éxito total, pronto le llegaron numerosas peticiones de otras firmas con el mismo encargo.

Después del triunfo inicial, no deseaba cambiar de modelo, necesitaba vestirlo con muchas prendas nuevas: de calle, de *sport*, de mañana, de noche y algún frac, todo en un tiempo mínimo. Tuvo que poner la sastrería patas arriba. El resultado fue espectacular, la prensa reflejó la iniciativa con fotografías y elogiosos comentarios.

Fue el primer sastre en presentar un modelo masculino mezclado con los conjuntos femeninos en una pasarela de moda. La fama de Jerónimo Aixelá creció como la espuma. Amplió el negocio con dos habitaciones más con balcones sobre la Rambla Canaletas, un nuevo y amplio probador, un salón de espera confortable bien decorado con pinturas y esculturas. Remodeló todo el obrador en la parte opuesta del negocio e instaló allí otro taller de costura. La sastrería ya era una de las más importantes de la ciudad, posiblemente la mejor.

Mientras transcurría la Exposición Internacional de Barcelona, en la ciudad de Valencia Lidia Villarroya debía tomar una decisión. Después de tres años de relaciones estaba muy enamorada de Aurelio Alcázar, este le correspondía con creces en cariño, atenciones y cuidados. Los inconvenientes procedían de la familia de Aurelio, le daban problemas, desplantes, disgustos. La consideraban de una clase social baja, una trepa sin demasiados escrúpulos. Ella no podía dejar escapar la primera buena ocasión de su vida; decidió dar un paso importante sin pensar demasiado en las consecuencias que pudieran surgir. Este proceder fue muy habitual en su alocada vida; tener una idea y aplicarla de inmediato sin valorar las posibles secuelas.

Mintió con descaro a su pareja con un falso embarazo, debían casarse cuanto antes. La noticia cayó como una bomba en la vivienda de los Alcázar, porque temían cualquier escándalo que pudiera correr por la ciudad. Aceptaron a regañadientes dada la urgencia de la situación. La ceremonia se realizó sin tardanza y con gran boato. Por desgracia, el futuro bebé se malogró al poco, un aborto de lo más inesperado.

Las obras para la Exposición Universal atrajeron a un elevado número de inmigrantes a la ciudad. Florecían barrios de casas baratas y

chabolas alrededor de la urbe, algunas a tocar del mar. Uno de los recién llegados, con trabajo asegurado, fue el sobrino segundo de Julián Martínez, de nombre Daniel Rodríguez Martínez, natural de Siles y acompañado de sus padres. Al poco de llegar a Barcelona lo movilizaron a Marruecos. Al terminar su periplo militar pasó a la reserva y continuó trabajando en la terminación de las obras de la Exposición. Daniel pronto destacó en el sindicato de la CNT, de la mano de su primo Justo.

Julián Martínez, casi treinta años después de su llegada a Barcelona desde las Filipinas en el buque Alicante, empezaba a notar las vicisitudes pasadas en las Filipinas. Un pequeño esfuerzo físico le producía un cansancio que antes pasaba desapercibido. Su combatividad sindical había bajado de tono. Los compañeros no dejaron de percibir esta situación, pero seguían apreciando su valor, su dedicación, las ideas ponderadas o certeras propuestas en reuniones y mítines.

# CAPÍTULO IV (1931–1940)

## IV.1 Los problemas de Justo Martínez

Justo Martínez tuvo varias relaciones amorosas con sindicalistas guerreras, sin que llegaran muy lejos. En un baile de salón conoció a Elena y se enamoró con pasión de ella. Una mujer alta, bien proporcionada, de ojos expresivos. Sin embargo, quedó más fascinado por su aire de sosiego, con la madurez que dimanaba todo su cuerpo. Salieron juntos varias semanas charlando sobre la situación política, sus trabajos, sus ilusiones. Elena era ocho años más joven que Justo, aunque en las conversaciones y en alguna discusión la mujer iba siempre por delante. La atracción mutua aumentó con rapidez, pronto mantuvieron relaciones íntimas.

Después de una noche maravillosa, Justo quería dar un paso adelante en su vida. Elena intuyó la actitud de su pareja, deslizando con suavidad la mano sobre el pecho de su compañero le susurro con cariño:

—Querido, tengo que confesarte un tema muy delicado. Te ruego que me escuches con calma. Te acepto encantada como novio, pero nada más. Debes saber que tengo un amante, todo un caballero, y no pienso dejarlo por muchos motivos. A ti te quiero con locura, pero mi vida discurre por dos mundos.

Él se enfureció, parecía que la burguesía y la lucha de clases se introducían en su cama. Empezó a vestirse nerviosamente, dispuesto a marchar a todo correr. Elena, en un tono tranquilo, amable, continuó:

—Amor mío, cuando se te pase el enfado ya volverás. Te voy a dar una buena noticia para tus amigos de la CNT. Esta noche hay una redada preparada por la policía en la calle Sant Martí.

Justo la contempló con los ojos abiertos.

—¿Qué sabes tú de estas cosas?

—Querido, mucho más de lo que piensas.

Al principio, Justo decidió no dar la información. Circulaban rumores de una operación importante dentro del sindicato, aunque ningún militante sabía nada de cierto. Más calmado, le pareció prudente suministrar el soplo a sus superiores, la valoración de la noticia no era cosa suya.

Salamandra, jefe operativo de la CNT, actuó con rapidez. Vació el piso donde almacenaban los explosivos y despejó la buhardilla utilizada como escondite de los dos compañeros dinamiteros recién

llegados de Asturias. Pasó la noche sentado en la silla de un balcón que dominaba la calle Sant Martí, propiedad de otro afiliado. Llevaba fumados casi dos paquetes y medio de cigarrillos cuando, a las tres de la madrugada, un nutrido contingente de policías rodeó todo el barrio. La redada fracasó. A pesar del gran despliegue solo consiguieron detener a un par de despistados. El aviso resultó ser verídico.

A la mañana siguiente, Salamandra estaba meditando en su despacho. El apodo le venía por la sangre fría demostrada en múltiples ocasiones. Podía escapar de un cerco policial, descubrir a un traidor, obtener materiales difíciles de conseguir, lidiar con la cúpula o con los militantes de base.

Tenía dos problemas. El primero era conocer la fuente de información de la policía. El día y el lugar eran datos demasiado precisos, no podía ser una casualidad. Poquísimas personas conocían los planes cuidadosamente preparados. Seis en Barcelona y cinco en Oviedo, incluidos los dos especialistas. Todos los indicios apuntaban a un topo dentro de la dirección sindical.

La segunda cuestión consistía en averiguar el origen del chivatazo, un aviso esencial que había evitado un desastre. Le pareció más sencillo empezar por esta última parte. Llamó de inmediato a Justo Martínez.

Justo no estaba de humor para contarle a Salamandra sus problemas amorosos. Mintió, la información la había pescado casualmente en un bar, una indiscreción.

Salamandra se puso en guardia, una confidencia de este tipo no se suelta en un bar como si fuera un comentario deportivo. Después de dos horas de animada conversación consiguió toda la historia. De un cajón extrajo algo de dinero y le dijo:

—Toma el dinero, cómprale a Elena una buena caja de bombones. No vuelvas por aquí hasta conocer cómo consiguió la noticia.

Elena le vio venir de lejos. Justo daba vueltas a un paquete de regalo como si fuera una bomba a punto de estallar, sin saber qué actitud adoptar. Elena, al comprender la situación, empezó a reírse. La reacción desarmó completamente a Justo. La mujer, soltando su abundante cabellera con un movimiento brusco, habló con suavidad:

—¿Hacemos el amor y luego hablamos? O prefieres al revés.

—Mejor la primera proposición.

Dos horas más tarde, con sus cuerpos relajados y aún sudorosos, Elena comenzó sus explicaciones:

—En primer lugar, ni se te ocurra nada contra mi amante. Es un buen hombre, elegante, respetuoso, me lleva en bandeja, me mima y sus obsequios son generosos. Socorrió a toda mi familia en un difícil

trance. También es mi patrono. En el taller trabajamos mi madre, dos primas y yo misma, no podemos perder cuatro buenos salarios. Así están las cosas, son complicadas, pero no imposibles.

La mujer miró al hombre esperando una contestación.

Justo había recibido consignas muy claras del partido. A veces la lucha obrera tomaba vericuetos impensables. No tenía más remedio que aceptar la situación. Elena se recostó en uno de los mullidos cojines de la cama, regalo de su galante jefe. Sin declarar tal circunstancia esperó la decisión de su reciente amor. Justo libraba una batalla perdida de antemano. Al poco inclinó la cabeza en señal de afirmación y besó sus labios con suavidad y cariño. Elena, más tranquila, prosiguió hablando:

—Él, a partir de ahora me referiré así a su persona, es un eminente sastre, sus clientes son la flor y nata de la ciudad. En el probador, algunos charlan como cotorras, como si estuvieran en un confesionario. En la intimidad me gusta conocer estas confidencias. Él me las cuenta todas.

La palabra intimidad hirió a Justo, las imágenes que asociaba le repugnaban. Debería aprender a vivir con estas circunstancias, al menos no mencionó su nombre. Esperaba que su sacrificio sirviera a los compañeros, a la causa.

Entrada la noche trasmitió a Salamandra toda la conversación. El sindicalista estaba asombrado, una simple modistilla había desbaratado todo el operativo policial. Había descubierto un filón de oro, una fuente de información de primer orden entre las altas esferas de la ciudad. Habló muy claramente con Justo, debía seguir con Elena a toda costa, sin excusas, sin hablar con nadie más de las confidencias obtenidas, él era el único destinatario. De esta forma recibiría la información para su provecho, y la situación de Justo no trascendería a ninguna persona más.

Resuelto el segundo problema había que atacar el primero, muy peligroso para la organización. Mientras no conociera la identidad del topo, toda actividad importante tenía que ser postergada, con una razón convincente para no levantar sospechas. La policía conseguía sus informes, aparte de interrogatorios y palizas, con dos técnicas. Una era el simple soborno con dinero, la otra el chantaje o la amenaza. Estas últimas solían ser las más efectivas.

Salamandra tenía la costumbre de conocer a todos sus colaboradores, amigos y responsables del sindicato de la forma más íntima posible. Solía asistir a comidas familiares, tertulias, eventos deportivos o cualquier otra actividad que desarrollasen. Era una costumbre calculada. Una joya nueva, un viaje, muebles recién

adquiridos o un automóvil podían tener un origen sospechoso. El nerviosismo de un afiliado o de un familiar, o un cambio de costumbres podían tener una causa oculta. Conversar y analizar a las personas que han visitado una comisaría o la cárcel también proporcionaba buenos resultados en las pesquisas.

Estableció una serie de visitas, con argumentos convincentes, para indagar en el ámbito de los cinco posibles sospechosos de la ciudad, los de Asturias era mejor dejarlos para más adelante. Como argumento para encubrir el desalojo de los pisos francos de la calle Sant Martí, dejó correr el rumor sobre la confidencia de un responsable policial comprado por el sindicato. Si el topo informaba del murmullo a la policía, cuestión más que probable tras el fiasco de la operación, también ellos tendrían sus quebraderos de cabeza. Además, no alertaría al canalla traidor.

Justo Martínez seguía las directrices de la CNT, sus ardientes amoríos con Elena eran frecuentes, cada día estaba más enamorado y había aumentado de forma lenta un profundo rechazo hacia el amante caballeroso. No deseaba conocerlo, ni de nombre ni en persona, prefería una imagen borrosa en su mente.

Con el tiempo, fue soportando esta extraña situación, cada vez le parecía menos gravosa. Las informaciones obtenidas las pasaba puntualmente a Salamandra. Suponía que algunas eran utilizadas, otras quizás carecían de valor, una pequeña parte eran retenidas para esperar el momento oportuno de explotarlas. Salamandra lo animaba con frecuencia ensalzando su callada labor que tantos beneficios proporcionaba a la causa del proletariado. Aunque nunca le explicaba con detalle en qué consistían.

La pasión por su amante llenaba la vida de Justo. Elena, para no herirle, siempre escondía con habilidad los encuentros con su patrono. Justo empezó a desarrollar algunos pensamientos para mitigar la ira o el dolor que a veces florecían. Era más joven que su oponente, con el paso del tiempo conseguiría a Elena únicamente para él. En la cama mostraba delicadeza en un primer momento, para caer luego en una larga vorágine de vigor juvenil, algo inalcanzable para su rival. A veces se imaginaba a Elena como una reina que elegía entre sus súbditos. En el fondo, todo eran mecanismos de defensa.

# IV.2 El Estatuto de Catalunya de 1932

El fabricante de cintas Vicente Graupí vagaba desconsolado por los pasillos de la delegación del Partido Monárquico. Un cúmulo de noticias le habían afectado con rapidez. En las elecciones del 12 de abril de 1931 la causa republicana barrió a la representación monárquica. Los contundentes resultados forzaron la abdicación del rey Alfonso XIII. El apoyo a la guerra de Marruecos y a la dictadura pasaron factura. Ahora leía en la prensa, casi con lágrimas en los ojos, la marcha del monarca a París y la proclamación de la Segunda República. No podía entender un país sin soberano.

Las elecciones municipales de 1932 provocaron una inversión en Catalunya. La Liga Regionalista perdió su calidad de primer partido gracias a la victoria de ERC, Esquerra Republicana de Catalunya, presidida por Francesc Macià. El nuevo Gobierno catalán decidió preparar un estatuto a tenor de la nueva situación política después de la marcha de Alfonso XIII. Se eligió a seis parlamentarios para desplazarse al santuario de Núria, en el Pirineo, para elaborar el proyecto de Estatuto. Trabajaron a contrarreloj para cumplir el calendario previsto. El texto final se aprobó y se denominó Estatuto de Núria, o de 1932.

En la cafetería Oro del Rhin se discutía semanalmente sobre el proyecto, con posiciones bastante encontradas entre sus miembros, para unos era pobre, para otros excesivo. El bonachón de Vicente Graupí apenas intervenía en la tertulia, seguía perdido. Camilo Cabezas asistía impertérrito a estos debates, si bien tenía la secreta devoción de obtener un buen resultado capaz de facilitar la buena marcha de Catalunya. El trámite siguiente era someter a referéndum local la proposición de ley. La votación, con una participación del 75 %, arrojó una cifra del 99 % de votos favorables al nuevo estatuto, una amplísima victoria.

El último peldaño era la discusión del Estatuto de Nuria en las Cortes Españolas y su aprobación. La llegada del escrito provocó un vivo debate en el hemiciclo de la capital. Durante las discusiones parlamentarias ocurrió un grave suceso, el intento de golpe de estado por parte del general José Sanjurjo, conocido como la Sanjurjada. Promulgó el estado de guerra desde Sevilla y el correspondiente *manifiesto*, como era habitual en todos los pronunciamientos militares españoles.

La lluvia había retrasado la llegada de todos los contertulios a la reunión semanal de los cinteros. Cerraron sus paraguas con cuidado para no salpicarse de agua y tomaron asiento. Sin esperar al camarero

para solicitar sus habituales consumiciones, se enzarzaron en una discusión sobre el tema estrella del momento, la Sanjurjada, ocurrida el 10 de octubre de 1932.

El primero en hablar fue Florián Bárdenas, como casi siempre ocurría, con noticias frescas de Gobernación:

—Dicen, de buena tinta, que el manifiesto de Sanjurjo ha sido escrito por Juan Pujol, el director del periódico Informaciones, amigo personal de Juan March, el millonario de Mallorca.

—No me extraña —terció Ignacio Boix—; el escrito está muy bien redactado, algo impropio de militares. Por fortuna el Gobierno actuó con cabeza, el sublevado no consiguió ningún apoyo importante a su causa, ni siquiera en la misma Sevilla.

—Sí, es cierto —intervino Josep Rius, ferviente partidario de la Generalitat—. Todo el pueblo pide una pena capital ante tanto ruido de sables, un ejemplo firme para evitar otras intentonas.

—No será ejecutado, créame, amigo mío, Azaña es muy inteligente. Prefiere un golpista en la cárcel a un general mártir —comentó Camilo Cabezas mientras recogía con sumo cuidado la vitola de su habano, colocándola en la cartera para que no se doblara. Luego la entregaría a su mujer. Mercedes guardaba todos los cartoncillos para confeccionar un mandala y colocarlo debajo del cristal de la mesita redonda del salón.

Camilo volvió a tener razón, a Sanjurjo lo encarcelaron. El Gobierno aplicó una mayor severidad sobre otros cabecillas de la extrema derecha, de la aristocracia y de los monárquicos que impulsaron la sublevación. La República seguía en pie.

El militar condenado por una rebelión armada recibió la amnistía del posterior Gobierno de Alejandro Lerroux, en abril de 1934. Apenas permaneció encarcelado menos de dos años. Sanjurjo se trasladó a Portugal, para ir preparando el próximo golpe contra la República.

La constitución española de 1931, de la Segunda República, rechazó la ordenación federal propuesta en Núria. Catalunya quedó como región autónoma dentro del estado español, se aprobó el bilingüismo y se limitaron las competencias legislativas de Catalunya, lo que mermaba el poder de la Generalitat. Los largos debates parlamentarios duraron más de cuatro meses, y fueron aguando poco a poco el texto original. El fracaso del pronunciamiento de Sanjurjo aceleró la tramitación de la ley en proceso; Manuel Azaña se implicó con decisión para finalizar el asunto. El 9 de setiembre de 1932 se aprobó la ley en las Cortes Españolas con trescientos catorce votos favorables, veinticuatro negativos y unas cien abstenciones. Según el historiador Gabriel Jackson, Manuel Azaña era un inteligente

nacionalista español que veía en el Estatuto de 1932 una herramienta calculada para la construcción de una España unida por mutuos intereses y no por la fuerza.

En el día de la aprobación, todos los miembros del club de fabricantes de cintas encendieron sus habanos a la vez. Bastantes veían el proyecto corto, y los menos, demasiado largo, pero fumaron la pipa de la paz.

A los enormes tijeretazos anteriores, después de aprobado el Estatuto se sumaron toda clase de trabas. Empezaron por el lento traspaso de las competencias acordadas, algunas durante años. La impugnación española de la primera ley social importante preparada por la Generalitat para el agro, ley de contrato de los cultivos, significó una injerencia en las competencias traspasadas. La ley otorgaba, en determinadas condiciones y por una cantidad de años de trabajo sobre la misma, la propiedad de las tierras a los arrendatarios. Una ley socialmente avanzada e inaceptable para los terratenientes.

A pesar de los inconvenientes reseñados, el Estatuto de 1932 resultó una norma útil para el desarrollo de Catalunya, con bastantes competencias propias. La ley quedó abolida al llegar la dictadura del general Franco.

Justo Martínez andaba con rapidez por las calles de la ciudad en una misión del sindicato. En su trayecto pasó por delante de la vivienda de Elena. En el portal, al otro lado de la calle, se encontraba de espaldas un hombre en actitud de espera. De inmediato, sospechó quién era. Nada más pisar el bordillo se detuvo en seco. Ya conocía a esta persona. Un dandi muy bien vestido, con un pie retrasado, los brazos en jarras, fumando un habano, con la cabeza ligeramente en alto. La misma visión que tuvo en la Rambla cuando le trasladaban herido al Clínico, tras desembarcar del buque Alicante.

Salió Elena del inmueble cuando un par de camiones le cerraron el paso y la vista, luego apenas pudo vislumbrar a ambos personajes desaparecer en un taxi. Era el mismo individuo, sin duda, el fascista que reafirmó sus convicciones revolucionarias. Ahora ya sabía dónde encontrarle.

En 1934 Camilo Cabezas tuvo que ingresar en una clínica a Meritxell por una tuberculosis. A pesar de los cuidados, la enferma no mejoraba, su estado empezó a empeorar con lentitud. La consulta de varios

especialistas aconsejó una toracotomía, una grave intervención con una mortalidad del treinta y tres por ciento. Requería abrir toda la espalda para acceder a la pleura de los pulmones.

La familia siguió con angustia todo el proceso a pie de quirófano. Meritxell salió airosa del trance y quedó ingresada en un sanatorio de Terrassa para su recuperación. Durante los tres meses de su estancia la visitaron cada semana sus padres adoptivos, en especial su madre, que no fallaba nunca. Si el tiempo era bueno, se desplazaba en tren; si llovía, su marido Camilo ponía a su disposición un taxi para todo el viaje.

Meritxell pasó la estancia en el sanatorio de monjas con una actitud animosa sobre todos los inconvenientes que se presentaron. Su natural esplendor estaba intacto, su espíritu había ganado en serenidad y confianza. La única huella de la intervención era una enorme cicatriz en la espalda, cruzaba desde el hombro hasta el inicio de la nalga contraria. Meritxell nunca pronunció el nombre de la tuberculosis a sus hijos, familiares o conocidos, siempre hablaba de la enfermedad como un problema del pulmón.

**Autobiografía de Jerónimo Aixelá**

En la última reunión de 1934 de la Sociedad de Maestros Sastres de Barcelona me eligieron por unanimidad presidente de tan importante corporación.

Un momento de silencio.

Recordar por un instante aquel insignificante niño recién llegado a Barcelona en el año 1900, ahora nombrado presidente de la Sociedad de Maestros Sastres.

Una vez aceptado con honor el cargo me entregaron, con todo el protocolo, el Libro Negro para su custodia, puesta al día y explotación. En este libro se anotaban con cuidado todos los clientes indeseables. Normalmente personas sin abonar reiteradamente el importe de las facturas. Se revisaba periódicamente y las modificaciones eran transmitidas a todos los socios. Algunos de estos timadores saltaban de sastrería en sastrería para ir siempre bien vestidos sin pagar un duro.

Estaba muy orgulloso de mi hijo primogénito, Raúl, un muchacho obediente y formal, con los estudios de sastrería recién obtenidos con matrícula. Pronto cumpliría la edad de dieciocho años, estaba a punto de transformarse en un hombre. Me pareció importante para su formación como persona y como profesional de la sastrería enviarle a trabajar a Londres durante dos años. Los dieciocho años son una edad crucial, necesitaba sin duda salir del entorno familiar para tomar sus propias decisiones. Mi esposa, Vicenta, se opuso con ardor contra esta

propuesta argumentando los peligros del viaje y de una estancia tan prolongada. Mi determinación era firme, era lo mejor para mi hijo.

Pasadas las Navidades y Reyes, mi hijo primogénito partió hacia Londres el 2 de febrero de 1936. Toda la familia le acompañó a la estación con una gran emoción, sus hermanas lloraron un rato y mi esposa todo el resto del día. Por la ventanilla del tren la despedida fue dolorosa.

# IV.3 Inicio de la Guerra Civil

## Notas familiares Óscar Aixelá

De joven empecé a interesarme por el inicio de la Guerra Civil. Sabía que mi padre estaba en Londres en el mes de julio de 1936, pero de mi abuelo no conocía ninguna circunstancia. Le pregunté varias veces, se mostraba muy remiso a contestarme. Un día, quizás de buen humor, me explicó algunos detalles:

—Estábamos en la torre de Esplugues en plenas vacaciones estivales. Las noticias las conocíamos por la radio, toda la familia estaba angustiada alrededor del aparato. Decidí esperar un poco de tiempo, pensaba en otra sublevación militar con una rápida solución, como la de Sanjurjo. El desarrollo de los acontecimientos mostró mi equivocación. Intranquilo, muy asustado, hablé por teléfono con varios amigos. La mayoría no contestaron, el resto me aconsejó que no fuera a Barcelona. Por encima de todo, consideré mi principal obligación no faltar a mi puesto de trabajo. Para mí era algo sagrado. Al cabo de dos días decidí ir a la sastrería dispuesto a resolver cualquier inconveniente para seguir con el habitual quehacer. El resto de la familia permaneció en la casa veraniega, angustiada, rezando a todos los santos por mi decisión.

—La ciudad estaba enloquecida, pero pude llegar al negocio en mi coche sin ningún tropiezo peligroso. El personal también se encontraba nervioso, una de las empleadas más torpes proponía soluciones radicales. Todos reunidos empezamos a discutir la situación sin demasiada violencia, procurando permanecer en calma. Yo les convencí con mis argumentos, yo era el timón de la nave, el único cortador, un puesto imprescindible en la cadena. Los trabajadores tuvieron que aceptar esta situación, las cosas siguieron más o menos como siempre. Se creó un comité de obreros para ejercer el control del negocio, una decisión más figurativa que práctica.

Cuarenta años más tarde pude leer un breve apunte en la autobiografía de mi abuelo. Solo menciona «un par de sustos», sin relatar ni las circunstancias ni los detalles. Tampoco hay ninguna referencia a otros percances durante el conflicto. En los primeros días eran perseguidos y ejecutados en Barcelona los adversarios políticos de la derecha, los dueños de las fábricas, cualquier persona adinerada o sospechosa.

Una situación un tanto extraña, desde la mañana hasta la noche efectuaba cuatro viajes entre su casa y el trabajo. Debía ser de las poquísimas personas paseando trajeado, con corbata, sombrero, cruzando la plaza Catalunya llena de patrullas de todos los credos y

colores de la izquierda radical.

¿Solo un par de sustos? No es muy lógico, muchos fueron fusilados por menos. Quizás él también tenía una flor en el culo.

**Julio de 1936**

Justo Martínez había luchado en las calles de Barcelona contra el alzamiento militar. Algunos de sus camaradas estaban muertos, una vez obtenida la victoria, el deseo de venganza y sangre invadía su espíritu.

La noche empezó a caer cuando preparaba un pelotón para detener y fusilar a cualquier derechista, falangista o enemigo del pueblo. En su mente tenía otro objetivo, cierto sastre caballeroso. No sabía cuál sería su reacción delante del otro amante de Elena. En el fondo no deseaba matarle ni mandar a nadie con esta misión. Ella, tarde o temprano, podría averiguarlo y jamás se lo perdonaría. La mejor opción era darle un fuerte sobresalto.

Se disponía a marchar cuando apareció súbitamente Salamandra, armado con dos pistolones y acompañado por cinco guardaespaldas con metralletas.

—Hombre, Justo, precisamente tengo una importante misión para ti.

Justo le miró a los ojos.

—Muy importante será para entorpecer mis planes.

—Por supuesto —contestó el aludido, apartándole del resto de la gente—, tenemos un excelente canal de información, ahora nos será incluso más útil que antes. Debemos protegerlo. Tu misión consiste en mantener operativa la línea de comunicación a toda costa. Debes proteger la vida del jefe de Elena por encima de todo. Es una orden estricta del comité de guerra.

Justo no daba crédito a sus oídos. ¡Protegerle a él! Salamandra continuó:

—Sé que es muy duro para ti, la guerra y su causa exigen profundos sacrificios.

Salamandra le entregó unos documentos con las órdenes y desapareció con su séquito sin dudar de que sus órdenes se cumplirían. No mencionó a Justo nada acerca de un emisario enviado a la sastrería de la Rambla con instrucciones precisas sobre su funcionamiento.

Durante los primeros meses de la Guerra Civil, Camilo Cabezas y su familia permanecieron en Dosrius, localidad veraniega a unos

cuarenta kilómetros de Barcelona. También estaban con él la viuda de su hermano y sus hijos. El 19 de julio, un día después del golpe militar, se presentó de visita en el cuartel local de los milicianos para advertirles de que no tocaran un pelo a nadie de su familia. Su honradez y su personalidad eran conocidas en todo el pueblo. El comité revolucionario le comunicó su decisión: sus vidas no corrían ningún peligro mientras permanecieran en Dosrius, pero al poseer una torre tan grande debía aceptar compartirla con otros refugiados de las zonas donde no había triunfado la República. Así se hizo. El domicilio se incrementó con mujeres y niños, incluso con dos monjas disfrazadas de seglares que habían escapado de la quema de su convento. La casa estaba llena con más de veinte personas de diferentes culturas y edades. La convivencia era buena entre todos, aunque los alimentos fueran escasos. Las dos monjas seglares eran las más capacitadas para obtener viandas de los labriegos de los alrededores. Sus expediciones de recolecta siempre eran abundantes en resultados.

Pasados tres meses los milicianos le devolvieron la visita. La situación había empeorado. El comité revolucionario de la cercana capital de comarca era muy activo, realizando operaciones en los pequeños pueblos sin contar con los comités locales. El peligro era real, próximo. Le recomendaron regresar a Barcelona lo antes posible.

Camilo decidió marchar a la Ciudad Condal. Para desviar sospechas, alentó el rumor de una fuga a Francia de él, de su esposa y de su hijo. Se trasladaron a un domicilio de la calle Buenos Aires, cerca de la Diagonal. El amplio piso era de la viuda tía Poli, daba cabida a todos los fugados, incluyendo a su hija adoptiva Meritxell.

Al estar el hijo de Camilo en edad de ser llamado a filas, la famosa quinta del biberón, mantenían el ardid de simularle una edad menor vistiéndole siempre con pantalones cortos a juego con camisas de temas infantiles. Camilo, su mujer y su hijo no podían salir a la calle, pues corrían el riesgo de ser detenidos por las numerosas patrullas que circulaban a todas horas. Por la noche imperaba el toque de queda en toda la ciudad.

Otro problema añadido era la alimentación, el domicilio de la calle Buenos Aires solo disponía de dos cartillas de racionamiento para cinco personas. Tía Poli y la joven Meritxell estaban reconocidas como ocupantes del domicilio. Ellas podían salir para obtener los suministros necesarios para todos.

De joven, tía Poli había tenido una vida algo disipada y revuelta. Todavía en la madurez no regía demasiado bien. Cuando acudía al colmado de la esquina comentaba sin tapujos a los presentes los avances y la propaganda de los militares rebeldes, en las emisiones

por radio del general Queipo de Llano. Estas indiscreciones ponían en peligro a todos, estaba prohibido escuchar emisiones facciosas y propagar rumores. Si en aquel momento, Paquito, el dueño del comercio, identificaba a un revolucionario en el establecimiento, agitaba una bolsa roja en las narices de tía Poli para advertirla. Sin embargo, ella seguía con su perorata con total tranquilidad y perfecta inconsciencia.

Sin poder contar demasiado con tía Poli, la responsabilidad de mantener a todos recaía por completo sobre Meritxell. Para no levantar sospechas con una compra demasiado voluminosa, debía efectuarla en diferentes barrios, tiendas y en pequeñas cantidades. También se desplazaba para adquirir prendas de ropa o productos farmacéuticos. Al principio del conflicto no había escasez de alimentos, al cabo de dos años la tarea se volvió casi imposible.

La familia Martínez estaba preocupada por Justo. Al inicio del conflicto defendió con valentía a la República con un mosquetón, ahora iba siempre armado con una pistola en misiones desconocidas y a todas horas. Nunca les explicaba a sus padres la naturaleza de sus movimientos. Julián estaba resentido de su salud, apenas aparecía por el sindicato. Eulalia se presentó voluntaria al Socorro Rojo dos días después de iniciarse el conflicto. La organización estaba presidida por el escritor Joaquim Arderius. Se dedicaba a la ayuda de niños desplazados por la guerra, al consuelo de soldados heridos y otros quehaceres similares en los hospitales. Monserrat apenas veía a sus hijos, nunca conocía las horas de sus llegadas y sus salidas. Constataba el deterioro de su marido con frecuentes crisis de melancolía o mal humor. Sobrepasada por los acontecimientos procuraba mantener su hogar a toda costa en orden y alegría, a pesar de seguir con su trabajo en La Imperial.

En todo el país, los vencedores de cada bando se lanzaron con saña sobre los contrarios de su zona. El mes de julio quedó teñido de sangre de millares de españoles. Los muertos estaban tirados en paredones, cunetas y descampados.

Muchas familias tuvieron la precaución de tener miembros en ambas facciones en previsión de un estallido. A menudo las balas llegaban antes que familiares o amigos pudieran detenerlas.

Valencia permaneció fiel a la República. Aurelio Alcázar y Lidia Villarroya corrieron a defender a los Alcázar, llegaron antes que las balas. Pasados los primeros momentos de angustia, Aurelio marchó a la dirección de la CNT para recabar informaciones sobre el conflicto. La casa quedó al cuidado de Lidia, lucía un brazalete y un carnet colgado del cuello con los distintivos de la CNT, pero no iba armada. Paseaba triunfante por pasillos y habitaciones de la lujosa mansión. Escuchaba las consignas de la radio, y las aplicaba con diligencia sobre la atribulaba familia: no asomarse a las ventanas, preparar ropas y mantas para los refugiados. La acción más placentera de su trabajo consistió en requisar las joyas para la causa republicana, mientras oía los gritos y llantos de las expoliadas.

En Barcelona el inicio del conflicto significó el fin inmediato de las reuniones de los propietarios de las fábricas de cintas. Florián Bárdenas desapareció tres días antes del 18 de julio. Un tiempo después se dejó ver por Pamplona. Los rebeldes siempre habían considerado como segura esta ciudad.

Ignacio Boix era un apolítico empedernido, pero no se perdía detalle de la crítica situación de aquel verano. Hombre muy previsor, puso la empresa en manos de su hijo, militante del partido socialista. En su plantilla tenía algunos obreros muy combativos y no quiso tentar la suerte. Cruzó la frontera francesa con su mujer por las montañas, en un viaje con guías preparado de antemano. Ni siquiera su vástago conocía los planes del padre.

Josep Rius permaneció en Barcelona y ofreció sus servicios a la Generalitat, una opción construida a lo largo de los últimos años. Pasó a ocupar un importante puesto en la oficina encargada de las relaciones entre la Generalitat y el Ejército de la República. Tanto su mansión como su fábrica estaban custodiadas por soldados republicanos. En su nueva responsabilidad pudo contemplar en primera persona todo el desarrollo de la contienda en ciernes.

Vicente Graupí, el monárquico bonachón, no tenía esposa ni hijos. Sin ninguna atadura, era quizás el miembro más libre para decidir dónde encaminaría sus pasos. La tardanza en tomar una resolución la pagó con su vida. Detenido por sus propios empleados, fue fusilado el 19 de julio. Su empresa, la más pequeña de todas, la incendiaron los mismos hombres que habían impedido su fuga.

Romualdo Roca cambió los telares por una azada. Marchó con su diminuta familia al pueblo agrícola del Pirineo donde vivía su hermano, miembro activo del partido comunista. Su empresa terminó

en manos de un comité revolucionario de ideología marxista, pero no la saquearon ni la quemaron.

Desde Londres Raúl Aixelá, hijo de Jerónimo, escribía cartas a su familia por medio de la Cruz Roja, dirigidas a un país ahora en guerra. Estuvo preocupado por la suerte de su padre en los primeros días de iniciado el conflicto, horrorizado de las noticias aparecidas en periódicos y radios londinenses. Estaba decidido a permanecer en Inglaterra todo el tiempo posible, a pesar de las visitas de los agentes reclutadores de ambos bandos.

# IV.4 Eduardo Dumas

## Notas familiares Óscar Aixelá

Hoy día me sigue pareciendo absurdo el motivo que me impulsó a comenzar una terapia con un psiquiatra. Con dos hijas pequeñas contesté en una revista para papás un test sobre la educación de los niños. La inmensa mayoría de mis respuestas eran incorrectas, pero al leer las soluciones me parecieron de lo más lógico y acertado. Había un abismo entre ambos razonamientos, algo no funcionaba bien en mi cabeza. Otra razón más profunda, oculta, era mi enorme decepción con las relaciones sexuales en el matrimonio, un tema para comentar en otro día que no me importe revivir los malos tragos.

Después de muchas sesiones con la doctora en psiquiatría conseguí muy poca cosa. Quizás arreglar la maltrecha relación con mi padre, al que empecé a ver con otros ojos, de una forma más positiva, afectuosa, apreciando todos los cuidados que me había dado.

En las entrevistas resultó evidente mi dificultad para reconocer un modelo de hombre durante mi pubertad. Variaba entre el tipo de mi abuelo, seguro de sí mismo, triunfador, aunque era un dictador nato. Por otra parte, mi padre Raúl era una excelente persona, pero inseguro, blandengue.

Dividido entre ambas personalidades no fue nada extraño mi necesidad de encontrar un nuevo referente. Este fue mi tío Eduardo Dumas.

### Julio de 1936

En Zaragoza habían triunfado las fuerzas rebeldes. Tras las habituales purgas de izquierdistas, sindicalistas y algunos ateos, la ciudad volvió a un relativo estado de calma. Las instituciones volvieron a funcionar, los comercios levantaron sus persianas.

Un hombre de unos cincuenta años estaba sentado en un mullido sillón, en medio de un salón bastante oscuro. Ajustó sus gafas de concha y depositó con cuidado su cigarro en un inmenso cenicero de cristal. Miró con afecto a su sobrino, sentado a su lado. Hablando con un tono convincente, le dijo:

—Es mejor que te presentes voluntario, de todas formas no tardarán en alistarte. Declara ser estudiante de cuarto curso de Medicina. Te asignarán a un hospital porque les falta gente preparada.

El joven Eduardo Dumas, de frente despejada, nariz ganchuda y ojos vivos, no daba crédito a sus oídos. Se revolvió inquieto sobre la silla y, a punto de caerse, respondió:

—Pero, tío, mis conocimientos médicos en la práctica son nulos.

Después de limpiarse cuidadosamente las gafas, le dirigió una amable sonrisa a su familiar:

—Estamos en Zaragoza y tu supuesto expediente académico archivado en Barcelona, zona republicana. Te aseguro que los militares no lo van a solicitar. Cuando tengas algún problema me llamas por teléfono y yo te lo resuelvo.

Con muchas dudas, algo nervioso, al día siguiente se presentó en el banderín de enganche más cercano, a las órdenes del sargento Bermúdez, caballero mutilado.

—Buenos días, me presento voluntario al ejército nacional.

—¡Nombre, apellidos, lugar y fecha de nacimiento!, también su profesión.

—Eduardo Dumas González. Nacido en Barcelona el 3 de abril de 1915. Estudiante de tercer curso de Medicina. —Le pareció más prudente rebajar sus estudios en un año.

El suboficial pegó un respingo. Otro catalán, con toda seguridad un espía o un saboteador. Repasó con atención al voluntario.

—¡Motivo de su estancia en Zaragoza!

—El 18 de julio estaba de vacaciones en casa de mi tío, el doctor Dumas, en el paseo de la Independencia, número 23.

Un doctor y en la mejor zona de Zaragoza eran un buen aval.

—Muchas felicidades y suerte señor voluntario. Preséntese mañana a las 07.00 al sargento Benito, en el hospital militar de la plaza. Entregue este volante.

El militar le alargó un impreso. Después de la marcha del nuevo recluta cerró un sobre con el resto de la documentación para su amigo Benito, donde subrayó en rojo el lugar de nacimiento.

El hospital estaba algo desorganizado, pero el joven Dumas pronto supo situarse en aquel ambiente. El capitán médico de su planta estaba muy ocupado en las intervenciones quirúrgicas y dejaba un amplio margen de maniobra a los estudiantes de medicina. Había muy poco personal preparado, salvo algunas enfermeras y un enjambre de monjas, casi siempre ubicadas en la capilla.

El puesto era excelente. En vez de estar pasando frío en una trinchera descubierta, mal alimentado, con el riesgo de toparse con una bala, se encontraba caliente, con comida, bajo techo y con enfermeras a su alcance. Cuando estaba de permiso de pernocta iba a cenar y dormir a casa de su tío, aprovechando para hacerle diversas consultas médicas. Si tenía guardia, repasaba unos libros de anatomía y fisiología que le había prestado su familiar.

En 1936 la medicina era diferente de la actual. Las radiografías se

reducían a huesos rotos, exploraciones torácicas o poco más. Las analíticas eran costosas, lentas en entregar los resultados. En estas condiciones, la palpación, la auscultación y el examen visual sobre el paciente cobraban una importancia capital, es el denominado *ojo clínico* que poseen los buenos doctores.

Las consultas telefónicas entre el sobrino y el tío eran frecuentes. Empezaban por una exposición del caso por parte del falso estudiante, seguidas de una serie de preguntas del médico sobre el estado del paciente: ojos, boca, mucosidades, color de la piel, orina, heces y un sinfín de síntomas. Con estos datos, el profesional daba el diagnóstico.

—Tiene un problema de riñón. Adminístrale la medicación que te di anteayer, llámame dentro de dos días.

El personal del hospital empezó a confiar en las dotes de Eduardo Dumas. El aprendiz era sumamente observador, pronto empezó a entender los efectos de los distintos fármacos, incluso a evitar las reacciones secundarias que a menudo se presentaban. Usaba el teléfono de la forma más discreta posible, multitud de preguntas las realizaba cuando tenía permiso nocturno. Trataba a los heridos o enfermos asignados a su persona con una gran deferencia, mezclada con aires de profesionalidad. Tenía amigos y partidarios, pero también envidiosos de su éxito médico o celosos de sus conquistas entre el personal femenino. Algunos esperaban cualquier desliz de Eduardo para ponerlo en evidencia.

Un día llegó la prueba de fuego.

El peor enfermo, ya se sabe, es un galeno. Un coronel médico tenía ya cuatro grandes cardenales practicados por estudiantes y enfermeros al intentar pincharle en una pequeña arteria del brazo. Bramaba de dolor, nadie se atrevía a realizar una nueva tentativa. Alguien sugirió llamar al estudiante Dumas, quizás algún resentido. Enterado del problema, Eduardo llamó al instante a su tío.

—Usa una aguja venosa, no arterial, que tiene mayor diámetro. Antes de pinchar masajea profundamente la zona con la pomada que te suministré hace tres días. Ten mucha calma, nada de prisas, actúa con determinación.

Al ver la aguja venosa, el coronel médico puso el grito en el cielo.

—¡Otro incompetente de mierda que no sabe ni lo que hace! A este lo fusilo.

El soldado miró directamente a los ojos del mando, en tono calmoso pero firme dijo:

—Mi coronel, déjeme trabajar.

En el primer intento la hipodérmica penetró a la perfección en su lugar.

El prestigio de Eduardo Dumas llegó al zénit, todo el mundo le consultaba y pedía favores, acciones que le rentaban dividendos en la cocina, en permisos o en otros quehaceres.

El hospital quedó pequeño con el aluvión de heridos procedentes del frente de batalla. El mando decidió instalar en un edificio cercano una unidad para atender a las curas no urgentes y a los heridos operados en fase de recuperación.

El coronel del hospital encargó la tarea al eficiente cabo Dumas, que ya había demostrado una gran capacidad tanto médica como de organización. En su nuevo puesto era el rey del lugar. Improvisó de forma eficiente las salas de curas, los dormitorios, los almacenes y todos los servicios auxiliares. Una vez la estructura estuvo preparada, llenó los almacenes de material auxiliar, todo lo esencial para las curas y los medicamentos más habituales. Los materiales que no consiguió del ejército los pudo obtener de otros hospitales con la ayuda de su tío. Incluso adquirió en el mercado negro varios productos sin ningún coste, que pudo obtener por trueque o por favores a heridos.

Instaló su despacho particular en la mejor habitación. Como no pudo conseguir cortinas para las ventanas, maldita guerra, colocó unas enormes gasas en su lugar.

# IV.5 La Guerra Civil en 1938

Al estallar el conflicto bélico el fabricante Josep Rius auguró un periodo corto de hostilidades. Nada más lejos de la realidad, la guerra siempre se extiende por doquier y por el tiempo de forma imparable. Así también sucedió en la guerra civil española. Casi dos años después seguía la carnicería en varios frentes, con el ensayo de nuevos horrores, como el bombardeo intenso sobre zonas civiles.

Durante esta época las relaciones entre la Generalitat y el Gobierno republicano no fueron ni fluidas, ni buenas. Josep Rius, desde su puesto en la Generalitat, asistía incrédulo a muchas de las decisiones sobre la política de guerra tomadas durante aquellos casi dos años.

Al inicio del conflicto, una expedición desde Barcelona para efectuar un desembarco en Mallorca no contó con el apoyo de la República con fuerzas aéreas ni navales, al considerar que era una operación meramente catalana. Un par de aviones con otro tanto de barcos de guerra desde las cercanas bases de Valencia y Cartagena hubieran bastado para inclinar la balanza después del éxito inicial. Perdidas las Baleares a manos de los golpistas, se utilizó como base de las poderosas fuerzas aéreas italianas y alemanas, incluyendo la base de submarinos de Sóller, en la costa norte de Mallorca. Toda la costa mediterránea, sobre todo Barcelona, sufrió las incursiones de los aviones y navíos procedentes de Mallorca durante todo el conflicto.

Con Juan Negrín de presidente del Gobierno las relaciones fueron de mal en peor. Ya avanzada la guerra, la fábrica de armas de Toledo estaba amenazada por la progresión de los ejércitos franquistas. El propio presidente de Catalunya, Josep Tarradellas, solicitó el traslado urgente de la factoría a Barcelona, el Gobierno central desestimó la petición. Al cabo de varios días se perdió toda la instalación a manos del enemigo. Intacta, con toda la maquinaria en perfecto estado, moldes, matrices, herramientas y los almacenes llenos de material. Josep Rius había participado directamente en esta gestión, lloró de rabia al ver el resultado final.

Justo Martínez estaba desquiciado. Hacía poco que su amigo Silvestre había muerto en el frente de Aragón. Visitó a la viuda y a sus dos hijos con un sentimiento de profunda amargura, él seguía en un puesto de retaguardia. La mirada de los pequeños le perseguía durante las noches. Cada vez le parecía más superflua la información que

proporcionaba a Salamandra y estúpida la misión de cuidar al sastre. A esta situación se añadía una creciente tensión en su relación con Elena, al hecho de compartir su amor con otra persona. Cada vez aumentaba más su deseo de romperle las narices al sastre y mandar las ordenes de Salamandra al carajo.

Justo Martínez, después de numerosas peticiones de traslado, consiguió incorporarse al frente de Aragón con el nombramiento de cabo. Deseaba entrar en combate por la República desde la rebelión de julio del 36. Salamandra había percibido el estado de ánimo de Justo, capaz de alguna locura en cualquier momento. Por este motivo autorizó su incorporación al frente de batalla.

Justo Martínez también propuso a su primo Daniel Rodríguez Martínez para sustituirle en su actual misión. Salamandra aceptó la sugerencia, conocía ya a Daniel desde hacía bastante tiempo. Sin embargo, su opinión difería entre ambos primos. Justo era un colaborador entregado y fiel a toda costa. Daniel también lo sería, siempre que la actividad ordenada no chocase contra sus intereses particulares.

Daniel Rodríguez Martínez sustituyó a Justo en la vigilancia y cuidado de cierto sastre y en la recogida del flujo de información proporcionado por Elena. La CNT obtenía una buena cosecha de los altos funcionarios de la Generalitat, de los comunistas e incluso del estado mayor de la aviación rusa. Daniel no mantenía ninguna relación íntima con Elena, tanto por ser el amor de su primo como por estar muy liado con una camarada del partido. En el segundo encuentro ya se estableció una estrecha relación de amistad entre ambos, intercambiaban la información con discreción en cualquier cafetería, nunca en la misma. Ambos eran hábiles conversadores, comentaban anécdotas y noticias para disipar cualquier recelo.

Elena seguía con más ahínco que nunca su cometido. Era su aportación a la causa, su esfuerzo para estar a la altura de su amor, ahora en las trincheras, frente al enemigo.

Salamandra alcanzó la cúspide dentro del comité de guerra del sindicato. No en vano sus informaciones, operaciones y consejos eran siempre precisos y con resultados sorprendentes. Su fama se extendía ya por toda la ciudad.

La situación tampoco funcionaba bien en Londres. Las presiones sobre Raúl Aixelá para incorporarse a filas eran constantes, tanto por republicanos como por fascistas. Al principio eludía a los agentes reclutadores, intentando prolongar su estancia el máximo tiempo

posible. Un día los rebeldes le amenazaron con duras represalias sobre su familia en cuanto su ejército entrara en Barcelona. Después de dos años de guerra la República perdía terreno y las amenazas se tornaban reales. Decidió, muy a su pesar y como mejor opción, incorporarse a las filas del ejército golpista. Embarcó en Southampton con destino a Bilbao, ya ocupado por los rebeldes.

Los recién llegados al puerto tenían dos posibilidades, ingresar como falangistas o como requetés, eligió la segunda. En aquel instante entró un comandante preguntando a gritos quien tenía carnet de conducir. En 1938 pocas personas eran capaces de llevar un automóvil. Se presentó de inmediato mostrando su permiso. Lo asignaron al cuerpo de intendencia como conductor de un camión.

Tuvo una gran suerte, al cabo de poco tiempo los requetés sufrieron importantes bajas, en cambio él no disparó un solo tiro durante el resto de la guerra.

Las cartas entre padre e hijo seguían fluyendo, aunque ahora con retrasos y acumulaciones. El hijo enviaba las cartas por medio de la Cruz Roja a Londres. Un amigo las reenviaba a Barcelona después de cambiar los sobres, también por la Cruz Roja. Al padre le llegaban las misivas en la dirección de la sastrería de la Rambla.

Jerónimo Aixelá notó un cambio importante en la correspondencia recibida a partir de 1938. En lugar de usar el catalán, como era habitual, su hijo escribía en castellano. La calidad del papel no era la misma, el contenido mucho más lacónico. No le costó deducir la situación de su hijo. Para no alarmar a la familia no comentó con nadie sus fundadas sospechas, también cualquier indiscreción podía ser peligrosa. Su hijo estaba en el frente.

Soportaba en solitario esta carga de incertidumbre y angustia, pero la situación dio un giro. Su prima Soledad, que trabajaba en el taller, le sorprendió con una carta en la mano, el semblante demudado, los ojos llorosos. A partir de este encuentro ambos leían las misivas encerrados en el probador. Nadie más conoció la situación del hijo, ni siquiera Elena. El peso entre dos era más llevadero.

En el hogar familiar su esposa Vicenta comentaba con frecuencia la suerte de su hijo Raúl, lejos del terror del conflicto. Cuando Jerónimo empezaba a escuchar la frase se levantaba y se marchaba a otra pieza durante un tiempo. No deseaba que nadie pudiera ver la reacción de su rostro.

Barcelona padecía bombardeos navales, pero más a menudo de la aviación. El viejo Alicante estaba amarrado en el puerto cuando una

bomba de los aviones italianos con base en Mallorca le alcanzó de lleno. Se hundió en silencio, después de tantas singladuras reposó en las sucias aguas del malecón. Rogelio, un viejo lobo de mar paseante habitual de la zona, aseguraba oír a través de las aguas los lamentos de los heridos que había transportado.

Después del ensayo de un bombardeo aéreo sobre una población civil indefensa, en Gernika el 26 de abril de 1937, le tocó el turno a Barcelona. La ciudad sufrió una constante caída de bombas de gran potencia durante tres días, desde el 16 al 18 de marzo de 1938. Sin pausa ni tregua. Una prueba del bombardeo por saturación sobre la población civil, de forma indiscriminada, sin ningún objetivo militar. Las zonas más afectadas fueron la parte alta de la ciudad y el casco viejo.

Los aviones italianos trimotores Saboya realizaron treinta incursiones, en intervalos de tres a cinco horas, el tiempo necesario para aprovisionarse en Mallorca. La orden de ataque la dio Benito Mussolini en persona: «Una acción violenta sobre Barcelona con un martilleo espaciado en el tiempo». Las operaciones aéreas se aprobaban por decisión del mando español, pero en ocasiones no se respetaba el protocolo.

La familia de Jerónimo Aixelá contemplaba los ataques con total claridad desde el patio del tejado de su torre en Esplugas, tanto de día como de noche. Jerónimo sufría por su amada sastrería, una bomba podía significar la pérdida de años de esfuerzo. La ruina total.

Los habitantes de la ciudad estaban aterrorizados. Las sirenas sonaban con tanta frecuencia que nadie sabía si anunciaban el fin de un ataque o bien una nueva incursión. Los Martínez se unieron a la oleada de ciudadanos cargados con colchones y ropas de abrigo para refugiarse en las montañas cercanas a la urbe. No era propio de Julián huir, pero no entendía la crueldad de esta contienda, que una bomba ciega pudiera destrozar a su familia.

Los barceloneses enterraron a sus muertos, escombraron las ruinas y volvieron a subir las persianas de tiendas y comercios al día siguiente del último ataque. La ciudad estaba de nuevo en marcha, como si nada hubiera sucedido. El espíritu de los ciudadanos tenía la firme decisión de no quebrantarse jamás.

La repercusión internacional del pavoroso ataque movió periódicos, cancillerías, políticos de todas las tendencias en Europa y América. Franco, astutamente, condenó el bombardeo después de la última incursión. Deseaba guardar una buena imagen en el exterior para no proporcionar más aliados o apoyos a la República Española. A propósito de los primeros bombardeos sobre Londres durante la

Segunda Guerra Mundial, el veterano Winston Churchill animó a sus compatriotas con las siguientes palabras: «No quisiera atenuar la severidad del castigo que cae sobre nosotros, pero confío en que nuestros ciudadanos demostrarán ser capaces de resistir como hizo el valiente pueblo de Barcelona». Según el gran historiador de la Guerra Civil Española Hugh Tomas, el Gobierno central de la República disponía de medios aéreos. Por rivalidades internas y envidias ningún avión de caza apareció por los cielos de la Ciudad Condal.

**Autobiografía de Jerónimo Aixelá**

La única buena noticia de 1938, entre los bombardeos y la angustia de no conocer la situación de mi hijo Raúl, fue una proposición que me causó una gran sorpresa.

La guerra cambió el tipo de clientes de la sastrería. Venían políticos de la Generalitat, algún que otro especulador, dirigentes sindicalistas con aires de grandeza y mandos militares.

El estado mayor de la aviación rusa en Barcelona también aprovechó el tiempo y encargó numerosos trajes y abrigos. Desconocían el sistema de corte y confección usado aquí, quedaron maravillados por la excelente caída de las prendas, con la elegancia conseguida por medio de un traje a medida perfecto.

Me propusieron, con gran seriedad, que me marchara con ellos en cuanto terminasen su estancia en Catalunya. En Moscú sería el primer sastre sin discusión, podría vestir a todo el Kremlin, a todos los militares, a todos los poderosos. Enseñaría a los sastres rusos la técnica occidental, crearía escuela.

Me lo pensé bien, pero no acepté la proposición. El futuro era incierto y la situación de la familia había que sopesarla. La verdad, no me veía en medio de los comunistas.

Los bombardeos sobre la ciudad eran muy frecuentes y causaban numerosas desgracias en seres sin ninguna culpa sobre los acontecimientos. Para ganar la guerra, Franco no tenía necesidad de tantos bombardeos.

**1938**

En la calle Buenos Aires permanecían escondidos viendo desde el balcón la caída de las bombas sobre la ciudad o en las calles cercanas, ellos no tenían la posibilidad de acceder a un refugio. Meritxell nunca quiso entrar en un cobijo antiaéreo, tenía miedo de quedar sepultada allí mismo. En una ocasión sonaron las sirenas de alarma cuando se encontraba en la calle, justo a la entrada de un refugio. El miliciano a cargo del abrigo la obligó a entrar. Fue un tormento largo, angustioso,

mientras la tierra temblaba por las explosiones y caía un polvo denso desde el techo.

Los alimentos empezaron a escasear. Meritxell, con veinte años, dedicaba mucho tiempo, valor y paciencia a conseguirlos. Tras largas colas de ciudadanos hambrientos, apenas conseguía cuatro verduras después de dos años de guerra. Durante una semana no pudo comprar ni obtener nada importante. Corrió el rumor sobre la existencia de campos de cultivo no vigilados en la zona de Martorell, a unos veinticinco kilómetros de la ciudad.

No dudó en subirse a un tren. Al andar por los campos pudo comprobar que estaban fuertemente vigilados por payeses armados. Dio varios rodeos sin conseguir nada. Oscurecía, al volver a la estación el último convoy había partido.

A medida que pasaban las horas, la ansiedad crecía en la calle Buenos Aires sin ninguna noticia de Meritxell y en pleno toque de queda. Camilo Cabezas paseaba impotente pasillo arriba, pasillo abajo. No podía salir para averiguar el paradero de su hija adoptiva, tanto por la prohibición de acceder a la calle como por su condición de escondido. Nada podía hacer, el futuro se presentaba negro.

Meritxell regresó agotada alrededor de las cuatro de la madrugada. Había convencido al cabo conductor de un transporte de soldados caídos en el frente para obtener una plaza en su camión. El único lugar disponible era entre los muertos, al ver su cara de horror el soldado acompañante le cedió su asiento. Así consiguió volver a la ciudad, incluso apearse cerca de la puerta de su casa para no violar el toque de queda.

El feliz matrimonio entre Lidia Villarroya y Aurelio Alcázar marchaba a satisfacción mutua, aunque persistían las reservas de la familia del marido. Ambos estaban muy enamorados, a pesar del asunto sobre el falso embarazo. Lidia convencía a su esposo con el argumento de que había facilitado la boda, en caso contrario su familia no la habría consentido. De soltero Aurelio tomaba un café después de comer en el bar más cercano, antes de seguir con su jornada laboral. No perdió esta costumbre después de casarse, pero Lidia fregaba con rapidez los platos de la comida para irse juntos, así estaría el mayor tiempo posible con su pareja.

Al estallar la guerra el conflicto les separó, ella permaneció en Valencia y él marchó al frente. Aurelio era un buen técnico en obra civil y la República le asignó diversos trabajos de su especialidad, algunos lejos de la ciudad.

La cúpula de la CNT se reunió en Barcelona a mediados de diciembre, todo eran caras largas. El avance fascista hacia Catalunya era imparable, la ciudad no tardaría en caer.

Los dirigentes debatían la mejor manera de afrontar la situación. Las discusiones eran largas entre las propuestas más absurdas y las realistas. Al final consiguieron establecer una línea de acción. Todos los cargos responsables tenían la opción de huir a Francia o permanecer en España, pero se recomendaba la primera. Para continuar la lucha en la clandestinidad permanecería un compañero de la dirección en la ciudad, había que mantener viva la llama de la revolución. Tenía la doble misión de proseguir con el ideario de la CNT y apoyar a todos los miembros o simpatizantes que restasen en Catalunya.

La elección de esta persona recayó en Salamandra, el más apto para la labor encomendada. Dispondría del apoyo de todos los medios de la organización para continuar la lucha. El asignado no se asustó de la decisión, pero conocía muy bien su enorme dificultad. No en vano, llegaban las noticias sobre la cruel represión a todos los izquierdistas en las capitales conquistadas por los sublevados. No solo era necesario aguantar los primeros momentos, la mayor dificultad sería la acción posterior de la policía. Era más lenta en proceder, pero con una enorme eficacia.

El primer paso consistía en obtener una nueva identidad, no resistiría mucho tiempo con la actual, era demasiado conocida. Otra tarea necesaria sería cambiar la estructura de la organización, ahora era demasiado abierta para la lucha clandestina.

Empezó a trabajar de inmediato. Se desplazó a todos los hospitales para dar instrucciones precisas a los camaradas de confianza. Quizás podría haber ampliado la búsqueda en otros lugares, pero no deseaba propagar sus intenciones a los cuatro vientos. Antes de la navidad de 1938 recibió una llamada del Clínico:

—Camarada, soy Rubiales. Tenemos lo que buscaba. Acérquese lo antes posible.

Salamandra observaba con meticulosidad el cadáver, era de una estatura y una complexión parecidas a la suya. El rostro, lo más importante, tenía buenas similitudes. El cabello era más oscuro, con entradas, el labio superior grueso y carnoso. El resto de la fisionomía no desentonaba. Una diferencia final, los pómulos del finado tenían una geometría redonda, diferentes a los suyos, más lisos.

El cuerpo pertenecía a un falangista herido, capturado en el frente. Falleció después en el hospital. Estudió toda la documentación del muerto, Bonifacio Pizarro, nacido en un pueblecito de Lleida.

Habló con el responsable del depósito:

—¿Puedes decirme algo más?

—Sí, camarada, llamamos a su pueblo para avisar a un posible familiar e informar de su grave estado. Nadie se ha interesado por él. He indagado con Morales, del Registro Civil. Sus padres eran oriundos de Badajoz, emigraron a Catalunya hace unos veinte años. La madre murió de enfermedad después del parto. Al padre lo fusilaron el diecinueve de julio de 1936 por fascista. El hijo consiguió huir. No tiene a nadie, excepto a otro falangista capturado en el mismo combate, y que está ingresado en la planta tercera.

Salamandra se hizo pasar por el primo de Bonifacio Pizarro y visitó al herido de la tercera planta a diario. Estaba interesado por las acciones guerreras de su familiar. Dónde había luchado, en qué compañía, la opinión de su capitán, si le habló de su familia, y un sinfín más de cuestiones. En cada visita traía algún presente para él, comida o revistas. Recomendaba a las enfermeras el máximo cuidado al amigo de su primo. Pasados unos días, Salamandra impartió unas órdenes tajantes a Rubiales:

—A Pizarro le dais el alta por traslado al Hospital de San Pablo por una infección muy grave. Como era un prisionero, aquí tienes el volante para justificar el movimiento, archívalo con todo el expediente, junto a su documentación. El cuerpo lo enterráis en una fosa común sin ninguna identificación.

—Respecto al fascista de la tercera planta, es necesario que sufra una complicación grave y muera. El expediente médico debe ser perfecto y bien conservado. En el caos por la entrada de las tropas enemigas, ambas carpetas no deben ser quemadas ni perdidas. Recuérdalo.

—¿Han quedado mis instrucciones perfectamente claras?

—¡Sí, camarada! —respondió Rubiales puño en alto.

—Cuando las tropas enemigas estén a un día de la ciudad tienes que marchar de inmediato a Francia. No te demores ni una hora. Toma este reloj de oro y estos francos franceses para los primeros tiempos. Recuerda el teléfono para contactar una vez cruzada la frontera, ellos cuidarán de ti. No vuelvas a España hasta que la revolución triunfe.

Salamandra ya poseía la identidad de Bonifacio Pizarro. No había ningún cabo suelto en la operación, pero la situación militar y política era tan caótica que podría ocurrir cualquier percance imprevisto. Todo estaba bien planeado, solo el paso del tiempo o la suerte mostrarían los resultados.

Por última vez se acercó a las oficinas de la CNT. Saludó a sus

amigos con la promesa de verse pronto todos en Francia. Él marchaba en vanguardia para preparar el terreno. En su despacho abrió un cajón secreto del buró y retiró una cantidad importante de dinero franquista y documentos, que guardó en una cartera de mano. De una estantería recogió una bolsa de ropa. De otro mueble cerrado con llave, cuatro pistolas, una metralleta, varios cargadores y bombas de mano. Depositó todo el armamento en una enorme mochila, pesaba bastante. Con los tres bultos salió rápidamente del edificio y nadie más volvió a verle por allí.

# IV.6 Fin de la Guerra Civil y exilio

La placentera vida de Eduardo Dumas en Zaragoza tenía un punto débil. Los rebeldes estaban a las puertas de Barcelona. El falso estudiante de medicina temía que su inexistente expediente académico pudiera delatarle. No le faltaban enemigos después de tanto tiempo, algunos de ellos tenían bases suficientes para juzgar el poco alcance de sus conocimientos y el uso constante del teléfono. Había que poner tierra de por medio.

Solicitó a sus superiores el traslado a la Escuela de Alféreces Provisionales, un organismo creado para dotar al ejército de los oficiales necesarios para la continuidad del conflicto. Arguyó su ardiente deseo de participar en la lucha, sin escudarse en un puesto de retaguardia. No sin resistencia se aceptó su traslado ante la urgente falta de mandos en campaña. Ingresó en la escuela, estudió las materias y realizó las prácticas. Con una gran suerte obtuvo su flamante título de Alférez Provisional el mismo día que finalizó la Guerra Civil, el primero de abril de 1939.

Nada más salir de las oficinas de la CNT, Salamandra se instaló en un modesto piso de un camarada caído que había vivido solo. La vivienda ya estaba preparada, avituallada para una estancia de unos treinta días. Disponía de este tiempo para modificar su fisionomía imitando fielmente los rasgos del verdadero Bonifacio Pizarro. Pasaba horas delante del espejo para comprobar los resultados con una copia de la fotografía del carnet del falangista. Oscureció el cabello y se afeitó el cráneo para lograr unas entradas. Se dejó crecer un espeso bigote para esconder el labio superior. El parecido era aceptable.

Por las tardes estudiaba la documentación rescatada de su despacho. Libros de Falange Española, el ideario del partido, manuscritos del fundador José Antonio Primo de Rivera. Memorizó las diferentes fechas de los momentos cumbre de la organización, como el nacimiento de su jefe, junto con otras efemérides de su ideología.

Al caer la noche escuchaba la radio, tanto emisoras republicanas como rebeldes. Una información necesaria para conocer la situación bélica, también la jerga de los falangistas, que, a menudo, repetía como una letanía.

Salamandra calculó unos cuatro o cinco días para la entrada de las tropas enemigas en Barcelona. Abandonó su encierro y dejó el piso en manos de Daniel Rodríguez Martínez, tenía plena confianza en él.

Estando al cuidado de Elena, siempre procuró mantenerlo lejos de cualquier acción violenta, no estaba fichado y era poco conocido en los ambientes revolucionarios. Disponía de un trabajo fijo como tapadera y, además, sabía cuidarse. Su misión no era difícil: vigilar la vivienda, incluidas sus pertenencias. En el caso de que no regresara en dos meses, los documentos debería quemarlos y podría disponer del dinero y las armas a su criterio. También le suministró billetes de los dos bandos. Marchó sin comentarle una palabra de sus movimientos.

Un tranvía le acercó al Hospital de San Pablo. Por una discreta puerta accedió a un despacho donde le esperaba una persona desde varios días atrás. El jefe de Infecciosos, doctor Mauri, mantuvo una corta conversación con el recién llegado. Le mostró el registro de entrada de Bonifacio Pizarro en el mismo día de su fingido traslado desde el Clínico. Con la documentación revisada, el galeno extrajo de una vitrina cerrada con llave un frasquito con una etiqueta cruzada por una banda de color.

—Ahora debes beberte el contenido. ¿Estás seguro? Será doloroso y largo, sabes que no puedo garantizar los resultados al completo.

Salamandra apuró el contenido de un trago sin pestañear. Al cabo de tres horas empezó a sentir escalofríos, lo ingresaron en una habitación de una sola cama. En la puerta un rótulo con letras rojas indicaba: «No entrar. Infeccioso».

Jerónimo Aixelá estaba muy nervioso, abrumado. La correspondencia con su hijo se había interrumpido hacía semanas. Los rumores del avance del ejército franquista eran constantes. Sin ninguna nueva carta, mientras pasaba unas cortas vacaciones navideñas en la finca de Espluges, decidió compartir la verdadera situación del primogénito con toda la familia. No podía soportar por más tiempo tanta angustia. La noticia cayó como una bomba entre todos. La más afectada fue su madre, que siempre había pensado en la seguridad londinense de su hijo Raúl.

Los rebeldes tomaron Barcelona el 25 de enero de 1939. Jerónimo se pasaba las horas en el balcón de las Ramblas para ver llegar a su hijo. Toda clase de soldados con diferentes uniformes se movían ante sus ojos, pero ninguno era el deseado. Tras siete larguísimos días recibió una llamada telefónica en la sastrería. A la media hora se fundieron en un profundo abrazo padre e hijo, en el mismo centro de la Plaza Catalunya. Era el fin de una pesadilla de casi un año de duración.

El relato de este encuentro cierra la autobiografía de Jerónimo

Aixelá, el resto de las páginas están en blanco.

Con la entrada de las tropas franquistas en la ciudad, Camilo Cabezas pudo salir a la calle tras dos años y medio encerrado en el piso de Buenos Aires. Esperaba que ninguna bomba hubiera alcanzado su fábrica de cintas. La firma Elizalde de material de guerra se encontraba en las cercanías. Meritxell también salió a la calle para unirse a la legión de barceloneses que asaltaron los almacenes de víveres de la Generalitat, repletos de alimentos por si continuaba la guerra. Después de tanta penuria y hambre pudo hacerse con comestibles de buena calidad.

Camilo no pudo andar más de dos manzanas, los músculos de las piernas estaban atrofiados después de tanta inactividad. Por todas las calles podían verse hombres como él. Los denominados *escondidos* salían de sus madrigueras. Eran muy fáciles de reconocer: sentados en los bancos, resoplando, con la piel de la cara tan blanca como el almidón.

Al día siguiente se desplazó con un taxi. La fábrica estaba en buen estado y Florencio lo recibió con alegría. Era el contable de la empresa, que algún comité revolucionario había puesto al frente de la entidad. Florencio era un tipo alto, muy gordo, con una barriga de embarazo de elefante, entusiasta de las corridas de toros. Mostraba con orgullo a su jefe la fortuna conseguida con su eficaz trabajo, tenía más de un millón de pesetas ahorradas en la caja fuerte.

Camilo, en un ataque impropio de él, estuvo en un tris de tirarlo por el balcón, aunque solo fuera un principal. Las pesetas de Florencio eran republicanas, no tenían ya ningún valor. Una vez calmado le dijo:

—Pero, hombre, podía haber comprado máquinas de escribir, material de oficina, materia prima o cualquier cosa. Todo, menos guardar el dinero.

Justo Martínez arrastraba los pies por un barro pegajoso, aunque su espíritu estaba aún más hundido. Una muchedumbre doliente avanzaba hacia el exilio para cruzar los Pirineos por la frontera francesa, huyendo de las tropas rebeldes. Dejaban atrás sus casas, sus familias, sus ideales, sus ilusiones. Justo también había perdido a Elena, ahora ella pertenecía a una sola persona.

Unas 353 000 personas cruzaron los Pirineos huyendo de los vencedores. Soldados, hombres, mujeres, niños, ancianos y enfermos, pronto todos ellos trabarían conocimiento con los campos de

refugiados del sur de Francia.

Desde el año 1714 Catalunya no había conocido un desastre parecido al actual. El exilio provocó una ausencia de profesores, intelectuales, políticos, artistas e investigadores. Bastantes de los decididos a no marchar —yo no he hecho nada— pronto serían fusilados.

Catalunya se volvió gris.

La conquista de Valencia se produjo el 30 de marzo de 1939, dos días antes de finalizar las hostilidades. Detuvieron a Aurelio Alcázar por ser miembro de la CNT. No había constancia de ningún delito por su parte, solo los datos sobre las obras ordenadas por la República. Pasaron varias semanas buscando pruebas incriminatorias, posibles testigos o denuncias.

Lidia Villarroya tenía muchas dificultades en la posguerra. Marcada como la mujer de un rojo detenido, sin medios económicos, sin posibilidad de conseguir un trabajo. Sin embargo, estaba decidida a sobrevivir. Salir adelante a toda costa, buscar la manera de ayudar a su marido. No deseaba mendigar nada a la familia de Aurelio, unos creídos que siempre la habían menospreciado, y más ahora con sus aires de vencedores. Humillación, ninguna.

Enviaron a Aurelio a un consejo de guerra. En el mismo cuartel donde se encontraba detenido, también estaba prisionero el marido de Jimena, una de las hermanas mayores de Lidia. Ambos hombres con el mismo tipo de juicio. Las hermanas podían visitar a los presos, dos hermosuras jóvenes eran bien toleradas. En una de las visitas conocieron a los dos jefes militares responsables de las respectivas causas. Lidia captó el ambiente arbitrario de las acusaciones, la forma un tanto absurda de administrar la justicia militar con la euforia de la victoria. Sedujo al presidente del tribunal de Aurelio con la condición de no declararle culpable. Recomendó a su hermana la misma conducta con el otro auditor. Jimena no vio con buenos ojos el consejo, era algo pecaminoso, poco fiable. Su marido no había hecho nada, estaba segura de obtener su libertad.

Lidia debió hacer un excelente trabajo y el militar cumplió su palabra. Aurelio recibió un indulto. Al esposo de Jimena lo condenaron y lo fusilaron. La recién viuda lloraba desconsolada la muerte de su amado marido cuando Lidia le espetó:

—Eres una tonta, solo tenías que abrirte de piernas.

Al fin, Lidia y Aurelio estaban de nuevo juntos después de tantas angustias. La dicha es pasajera, dicen, y así fue.

Lidia estaba embarazada, esta vez de verdad, aunque no conocía bien la identidad del padre. Salió airosa de sus cuantiosas dificultades, pero había necesitado pagar el alquiler, comer, vestidos nuevos, maquillaje, peluquería para salvar a su marido, cuestión que los Alcázar no lograron con sus influencias civiles. Estos gastos se sufragaron gracias a tener tres amantes al mismo tiempo. El padre podía ser cualquiera de ellos. En su fuero interno sospechaba del influyente abogado como el más probable, pero no era una certeza.

La alegría de la vuelta y el final de tanto sufrimiento inclinaron al esposo a perdonar a su mujer, con la condición de entregar la criatura a un orfanato en cuanto diera a luz.

Lidia parió a una hermosa niña a la que puso el nombre de Marta. Llegó el día de entregar a la recién nacida. En las mismas puertas del convento el dolor de la madre era incontenible y explotó en un llanto desgarrador. No quería perder el fruto de su vientre. Aurelio, conmovido por el sufrimiento de su mujer, de improviso decidió no entregar al bebe y darle su propio apellido, Alcázar.

# IV.7 Inicio de la Segunda Guerra Mundial

Justo Martínez vagaba perdido y ausente por un campo de refugiados en el sur de Francia. Las condiciones de vida eran muy duras, frío, hambre, sufrimiento, desesperación, aburrimiento. Además, todas estas vicisitudes estaban dentro de un inmenso lago de suciedad mezclada con barro. El espectro de la derrota inundaba el recinto alambrado, nadie tenía ni futuro ni salida.

Cada día Justo acompañaba a una viejecita que cruzaba todo el campo con un carrito cerrado, ayudándola cuando las ruedas se clavaban en el lodo. El armatoste tenía un cierto peso, pero la mujer nunca metía ni sacaba nada. Al llegar a la barrera de espinos volvía sobre sus pasos. Jamás soltaba una palabra, pero recompensaba a su escolta con una sonrisa luminosa, que le recordaba a Elena. Ahora tenía tiempo sobrado para pensar en los últimos sucesos de su vida. Se sintió utilizado por el camarada Salamandra. Hubiera sido mejor no aceptar la misión acerca de Elena y luchar por su amor con todas sus fuerzas. En el caso de fracasar, olvidarla para siempre.

Muchos franceses se dieron cuenta de la espantosa situación de los españoles. Con gran generosidad crearon diversas organizaciones para atenderles, suministrando mantas, ropa y comida. En cambio, el Gobierno de Paris era mucho más duro e inflexible.

El primero de septiembre de 1939 estalló la Segunda Guerra Mundial tras la invasión de Polonia por las tropas de Hitler. La noticia llegaba tarde para todos. En el campo alambrado la mayoría de las personas echaron sus cuentas. La República Española había esperado con ansia el comienzo de la Segunda Guerra Mundial para recibir la ayuda de los aliados contra el fascismo. La Guerra Civil finalizó el 1 de abril de 1939, tan solo una diferencia de cinco meses, un lapso que hubiera cambiado la Historia y sus vidas. El inicio de la Segunda Guerra Mundial supuso un empeoramiento de las condiciones de los refugiados. El esfuerzo bélico absorbía enormes recursos, todos se apretaban el cinturón, algunos mucho más que otros.

El avance de las tropas alemanas hacia Paris provocó la desbandada de los exiliados españoles de la Guerra Civil hacia países sudamericanos y México. Entre ellos se encontraba el fabricante Josep Rius. Antes de partir rogó y suplicó al presidente de la Generalitat para que hiciera lo mismo. Ni los desvelos de su hija hicieron cambiar la decisión de Lluís Companys. Su hijo estaba muy grave y no deseaba abandonarle en estas circunstancias. Permaneció en Francia.

Desde Ciudad de Méjico, Josep Rius y toda la colonia exiliada seguían con inquietud las noticias llegadas desde ultramar. Con la

colaboración de la policía francesa, la Gestapo detuvo a Lluís Companys y lo extraditaron a España. En Madrid lo torturaron; de allí lo enviaron a Barcelona para un consejo de guerra sumarísimo. Sin ninguna garantía procesal, resultó condenado a la pena capital a las pocas horas. Al amanecer del día siguiente murió fusilado en un paredón del castillo de Montjuic.

Para salir de los campos de refugiados y continuar la lucha por sus ideales, multitud de soldados españoles de la extinta República se incorporaron a la resistencia francesa o más tarde con la Francia Libre. Justo estudió con cuidado estas posibilidades, durante un tiempo trabajó para la resistencia. El nuevo Gobierno de Vichy desconfiaba de los soldados españoles por ser izquierdistas. Planteó a los voluntarios la posibilidad de ser incorporados a la Legión Francesa o ser repatriados. Con una gran lógica todos escogieron la primera opción. Justo no encajaba bien en la resistencia, no encontraba verdadera camaradería entre ellos, con frecuencia percibía cierta desconfianza. Al final consiguió su apoyo para que le facilitaran su traslado en barco al norte de África, donde podía alistarse a la División Leclerc.

Un efímero rayo de esperanza recorrió todos los campos de refugiados. Las noticias llegaban tarde, en ocasiones muy distorsionadas, pero corrió el rumor de una entrevista entre Franco y un Hitler que buscaba apoyos. Si España entraba en conflicto contra los aliados, existía la posibilidad de volver a sus tierras, a sus hogares. La única reunión entre ambos dirigentes tuvo lugar en Hendaya el 23 de octubre de 1940. Hitler deseaba que España entrara en guerra, argumentando la ayuda prestada a los sublevados con la Legión Cóndor de aviación y el material de guerra. Las conversaciones terminaron sin ningún resultado importante. Franco prometió futuras ayudas y cambió la situación diplomática de España desde un país neutral a no beligerante. A favor de un bando, pero sin entrar en guerra. El dictador tenía un sólido liderazgo, no deseaba perderlo con nuevas aventuras. Los ingleses también presionaron para evitar las aspiraciones alemanas, tanto a nivel diplomático como militar. Si España declaraba la guerra, un contingente naval estaba preparado en Gibraltar para invadir las islas Canarias, según relató Winston Churchill en sus memorias. Los confinados en los campos del sur de Francia también perdieron esta última oportunidad.

# CAPÍTULO V (1941–1950)

## V.1 La dura posguerra

Julián Martínez contemplaba con terror el hambre atroz y la miseria que inundaban la ciudad. Estaba sin trabajo a sus 61 años, con la pensión del estado desaparecida por causa de la guerra, sin conocer muy bien los motivos de esta circunstancia. El único dinero que entraba en casa era el sueldo de La Imperial obtenido por Montserrat. Para ahorrarse cuatro viajes de tranvía Monserrat iba a pie hasta la fábrica, al mediodía comía un bocadillo. Estos desplazamientos le ocupaban un buen tiempo y muchas energías, no podía dedicarse a las tareas domésticas. Llegó a un acuerdo con Julián para que él realizara la limpieza de la casa, en las tareas de la cocina era un cero a la izquierda, las debía hacer ella misma.

Julián no estaba por la labor, prefería andar por las calles para observar la horrible transformación de la ciudad. Recorría también los mercados, casi sin género, escuchaba las conversaciones de las comadres para la cocina de supervivencia. Sopa vegetal con agua y hierbas del campo, puré de pieles de plátano, mondas de patata para consomés, tortillas sin huevo. Para cenar algunas familias se repartían los gajos de un par de naranjas o los pedazos de una manzana.

Esta costumbre le absorbía como una droga. Podía contemplar extasiado cómo nubes de hambrientos se disputaban las basuras de restaurantes y hoteles de lujo, a un mozalbete robar el pan negro a un niño, a gente recogiendo el escaso carbón que se perdía de las máquinas de vapor, a los más jóvenes recoger las colillas para vender el poco tabaco recuperado como picadura.

Julián fue testigo del rápido crecimiento del mercado negro en las mismas calles. Podían obtenerse alimentos y bienes a precios desorbitados, en metálico, joyas o favores. Algunos hicieron fortunas con las necesidades más elementales de la población. La contemplación de las desgracias ajenas parecía infundirle valor para soportar la suya.

Con el tiempo el Gobierno franquista puso en marcha la cartilla de racionamiento de comida, para que cada familia pudiera tener acceso a un mínimo de alimentos para seguir viviendo. Esta medida no consiguió frenar el auge del mercado negro, pero era mejor que nada. Con una dura crueldad a muchas viudas de soldados republicanos o izquierdistas se les denegó la cartilla. La mayoría murieron de hambre,

otras no tuvieron más remedio que abrazar la prostitución, con un largo camino hacia las enfermedades venéreas.

El miedo también apareció. Las denuncias entre conocidos, amigos y parientes estaban presentes en aquellos oscuros años. En pueblos y ciudades algunos vencedores se apropiaron de las haciendas de los vencidos o de presuntos izquierdistas, y expulsaron a mujeres y niños de las propiedades. Pistola en mano, algunos imponían su ley en cualquier lugar y situación.

No había trabajo, el poco existente estaba pagado con sueldos de miseria. Los inviernos eran terribles, no había combustible para calentarse. Los enfermos y los débiles se consumían, lo que agravaba su estado hasta la llegada de la muerte.

Mientras tanto, los curas de la Iglesia católica comían pan blanco y paseaban a Franco bajo palio. Una dignidad solo dispensada a la sagrada hostia, símbolo de Jesucristo.

Julián Martínez no estuvo ajeno a estos problemas. Su hija Eulalia estaba detenida por su pertenencia a Socorro Rojo. Cuando intentó interceder a su favor le sorprendió la inesperada y grosera reacción de un gerifalte militar:

—Señor Julián Martínez, su hijo es un conocido sindicalista asesino huido a Francia. En consideración a su grado de héroe nacional en Filipinas hemos respetado su persona. Dé usted las gracias por ello y no remueva este asunto, las cosas podrían cambiar. Ahora su hija está en manos de la justicia.

Julián volvió a su casa derrotado, destrozado, su estado empeoraba día a día. Denegaron la cartilla de racionamiento a la familia Martínez, un aviso muy claro para navegantes. Montserrat nunca había dejado su trabajo en La Imperial, ahora su puesto estaba en peligro por motivos políticos, como ya había sucedido a varias amigas y conocidas suyas. No ocurrió tal cosa. El delegado fascista del nuevo sindicato único tuvo una entrevista con el dueño de la empresa para despedir a la empleada madre de un rojo huido y de una hija en juicio. Camilo Cabezas se negó en redondo. No iba a despedir a ningún trabajador con estas acusaciones, menos a una de sus mejores operarias. Montserrat nunca llegó a conocer esta circunstancia.

El juicio de Eulalia brilló por su rapidez y expeditivas formas. Daba la impresión de estar juzgando al hermano ausente y no a ella. Acabó con una condena a diez años y un día de prisión. El día añadido no es ninguna tontería. Al ser una condena en sentencia judicial firme, en el ordenamiento jurídico español la prescripción del delito se produce a los veinte años cuando la pena impuesta es mayor de diez años.

Las vicisitudes pasadas en ultramar y el resultado del juicio acabaron consumiendo a Julián. Murió al cabo de cinco meses. En el entierro solo Montserrat y una amiga estuvieron presentes. Unos escasos vecinos y antiguos compañeros desaparecieron al estar la policía presente para identificar a las personas asistentes al sepelio. El héroe de Filipinas recibió sepultura casi en solitario.

Montserrat regresó del camposanto. Nada más llegar a su casa inspeccionó con detalle cada rincón de su hogar. Salieron a flote los estragos de los últimos tiempos. Libros, papeles y colillas de Julián por doquier. El polvo se acumulaba en muebles, suelos, hasta en la ropa. Un olor rancio de miseria invadía la vivienda. Abrió las ventanas y dedicó dos días enteros a limpiar y recuperar su hogar. Quería recordar algo de su pasado, cuando su casa rebosaba de gente y alegría. Incluso colocó un par de geranios que daban un toque de color al ambiente. Este esfuerzo le sirvió para mantenerse viva, lúcida, y dio gracias a Dios por conservar su puesto de trabajo.

Montserrat no derramó ninguna lágrima, tenía la misión de salvar a su hija y no podía permitirse ninguna vacilación ni pérdida de energías. En la situación actual su única esperanza era el poder que ostentaba la Iglesia, ella era una ferviente católica y encontraría los medios para liberar a su hija.

El odio es difícil de extinguir, en el bando vencedor algunos falangistas buscaban al cenetista Aurelio Alcázar, la sentencia del tribunal militar no les importaba para nada. La sed de venganza era muy profunda e insaciable en todo el país.

Lidia Villarroya y Aurelio Alcázar viajaban en su modesto sedán por una carretera secundaria en una noche desapacible, húmeda, ventosa. La pareja deseaba llegar al calor de su hogar lo antes posible. De súbito, un coche atravesado en un puente les cerró el paso. Tres hombres armados les obligaron a descender del vehículo y, a empujones, los situaron junto al pretil de piedra. El jefe del grupo, que se quedó en su automóvil, encendió las luces para iluminar la escena. Los faros proyectaban chorros de luz sobre los deslumbrados detenidos, sus cabellos revueltos al viento. Una ejecución inmediata, un siniestro ritual de posguerra. El semblante del gerifalte cambió al instante, había reconocido a su hermana Lidia. Sin dar la orden de fuego reaccionó con presteza exclamando:

—¡Nos hemos equivocado!, ¡no son ellos! ¡Vámonos, vámonos!

Desaparecieron rápidamente, como en un mal sueño.

El brutal sobresalto convirtió al esposo en un hombre más

prudente en sus actividades. El matrimonio se mudó discretamente de vivienda, instalándose en la Finca Roja. Un barrio inaugurado antes del conflicto, situado en las afueras de Valencia hacia el ensanche de La Mora. Unos bloques de novedosa arquitectura pensados para obreros cualificados o mandos intermedios. Tenía un solo acceso hacia la capital, su antiguo amigo Damián Pérez, ya jubilado, se ofreció para vigilar la zona. Convinieron una serie de señales de peligro: con la persiana de la vivienda de Damián levantada, ninguna sospecha; situada la persiana a media altura, un sospechoso por el barrio; si estaba completamente cerrada, el peligro era inminente. Cambió de empresa, trabajo no le faltaba después de los destrozos de la guerra y tenía buenos contactos. También desordenó su vida. Si estás vigilado la mejor defensa es alterar de forma impredecible tus actividades y rutinas, los observadores no deben encontrar ninguna pauta en tus movimientos.

Lidia disfrutaba de su nueva vivienda, tenía la impresión de haberse mudado a un lugar de mayor categoría, más nuevo. Únicamente le disgustaba estar lejos de las tiendas del centro urbano y de los comercios que solía frecuentar.

Al cabo de once semanas las persianas del camarada Damián aparecieron a medio recorrido durante dos días consecutivos. Aurelio se ausentó de la Casa Roja para pernoctar en casa de unos amigos, comunicándole a su mujer la nueva situación.

Tres días más tarde murió Aurelio Alcázar en un accidente ocurrido en la obra donde trabajaba.

Las noticias llegaron de forma confusa a la esposa del fallecido. Le comunicaron el accidente mortal transcurridas veinte horas más tarde de producido el suceso. Le contaron a la viuda que Aurelio Alcázar subió al estribo de un camión para trasladarse al otro extremo del tajo y así evitar el barrizal de las últimas lluvias. En un bache perdió pie, y lo arrolló el propio vehículo. Al cumplir el trámite de reconocer el cadáver en el depósito se las ingenió para leer la autopsia. El cuerpo presentaba un doble atropello, como si el camión hubiera retrocedido después del primer impacto.

Lidia sabía a qué atenerse.

Loca de dolor, suplicó a la familia de Aurelio para obtener una ayuda para ella y su hija. No tenía dinero para pagar ni el alquiler ni la comida. Los parientes del fallecido no estaban por la labor de soltar una sola peseta. En su opinión el matrimonio había sido un fraude, Marta ni siquiera llevaba su sangre, Lidia les había requisado las joyas. Además, ya habían desembolsado el coste del entierro, incluidas las flores.

Entonces apareció Tadeo, el compañero de Lidia en su infancia, el que jugaba con ella en el río, el que perdió el regalo de una fotografía, el hermano de Aurelio. Abogó en favor de la reciente viuda con determinación. Desde luego, se había llevado las joyas, pero entre Aurelio y Lidia les habían salvado el pellejo a todos en el sangriento julio del 36. Con pasión y argumentos, Tadeo obtuvo una buena suma para madre e hija.

Los aires de Valencia no eran sanos. Lidia cogió el dinero y a Martita y huyó a Barcelona, donde ya tenía a otro hermano.

Habían transcurridos seis días desde la entrada de las tropas rebeldes en Barcelona cuando Bonifacio Pizarro, ex-Salamandra, empezó a recuperarse en el Hospital de San Pablo. Apenas podía articular unas palabras cuando solicitó la presencia de algún camarada falangista. No tardó en ser atendido por un jefe de escuadra, al que contó toda su historia. No disponía de ningún documento de identidad, pero quizás existieran en el Hospital Clínico, donde lo atendieron después de ser herido y caer prisionero en el frente de Lleida. Proporcionó también los datos de su unidad y los nombres de sus mandos directos, que se encontraban ahora en el frente de Valencia, según le comunicaron.

En el Clínico apareció su expediente junto a su carnet de falangista. Todos los nombres, fechas y detalles de su declaración se comprobaron con rapidez, sin ningún problema. Sobre la situación de su camarada caído prisionero en el mismo lugar, relató la gravedad de su estado y la pérdida de todo contacto cuando le trasladaron de hospital. La información resultó ser cierta, su compañero había fallecido unos días después. La ciudad era un caos, otras tareas importantes requerían atenciones urgentes, no se investigó nada más.

Un problema surgió cuando el jefe de escuadra se presentó unos días más tarde para informarle, con alegría, de que habían detenido a dos de los asesinos de su padre en Sort. Podía trasladarse al pueblo para dirigir el pelotón de fusilamiento y darles el tiro de gracia.

El falso Bonifacio no podía acercarse por Sort de ninguna manera. Agradeció a su camarada tan excelente noticia, pero no deseaba retornar a un lugar maldito para él, donde habían muerto sus dos padres. El doctor Mauri echó un capote al declarar con firmeza que el enfermo no podía efectuar tal viaje porque se encontraba todavía muy débil.

Durante estos trámites la salud del enfermo mejoraba lentamente. El galeno advirtió que no estaría apto para el servicio hasta dentro de unos dos meses, seguía muy débil. Sugirió que le dieran un

licenciamiento para que descansara en su casa. El final de la guerra estaba a la vuelta de la esquina, con un ejército sobrado de soldados. En reconocimiento a sus méritos de guerra, su enfermedad y tener un padre fusilado por los rojos, Bonifacio Pizarro se licenció el 21 de marzo de 1939, diez días antes de finalizar la contienda.

Salamandra, ahora Bonifacio, volvió a su último piso, donde se había transformado en falangista. Todos sus enseres, documentos y armas estaban en orden. Durante un par de semanas, mientras se recuperaba, estudió con detalle la situación de la ciudad y el nuevo orden impuesto por los vencedores. Tenía que buscar una nueva vivienda. Tras varias visitas optó por adquirir un piso en el ensanche occidental, una zona en auge de clase media-alta. Mostrar el dinero retirado del sindicato y su carnet de Falange Española fue suficiente para cerrar la venta. El edificio elegido era grande, moderno, con cuatro pisos por rellano, lo que le procuraba la máxima discreción posible. Mantuvo breves encuentros con Daniel, pero no reveló su nueva dirección. Por el momento, la prudencia aconsejaba estarse quietos por una buena temporada.

El falso Bonifacio hizo las maletas y se mudó a su nuevo hogar. Tenía que amueblar y comprar todos los artículos necesarios para poder vivir con comodidad. Por el momento las purgas contra los republicanos, izquierdistas y sindicalistas eran dirigidas por militares y falangistas, ávidos de pasar cuentas. Tiempo después la policía política se encargaría de la tarea, con lentitud, pero con una gran constancia. Había que prepararse para este futuro.

Su nueva identidad necesitaba un trabajo formal, que le permitiera desplazarse por la provincia sin levantar sospechas, con unos ingresos acordes con su nuevo barrio. Para completar el cuadro debía cambiar radicalmente de costumbres y hábitos. Nunca debería pisar los antiguos bares ni calles por donde anduvo Salamandra. Renunciaría al tabaco y modificaría su andadura. De pequeño tuvo un accidente en el pie derecho y arrastraba ligeramente la pierna. La tarea renovar su vestuario resultó ser la más simple y rápida.

Estas precauciones no eran exageradas. Tarde o temprano la policía seguiría su rastro en Francia, al no encontrarlo empezarían su búsqueda en Barcelona y en todo el país. Él era el pez gordo que pescar, el primer premio de la lotería, nunca sería olvidado. Los buenos profesionales de la policía pueden reconocer a una persona por sus costumbres, por su forma de moverse o fumar, sobre todo por la manera de andar.

En el hospital no había fumado, pero ya sano, con una vida de costumbres, le apetecía un pitillo constantemente. En particular al

caer la noche. Para resistir la tentación recorría el pasillo de su vivienda arriba y abajo calzado con unas plantillas para modificar sus pasos. También se introducía en la boca unas bolas duras para redondear sus pómulos. El pie derecho se resentía con dolor, a veces sangraba, los objetos en la boca eran molestos, pero todo ello desviaba su mente del tabaco. Entrada la madrugada, dolorido, agotado, caía redondo en el lecho. Cada día repetía el mismo vía crucis, una penitencia por sus pecados revolucionarios, una alegría para seguir en la lucha y olvidar el pasado. Cada mañana, nada más levantarse, inspeccionaba su rostro y su andadura para ver los avances logrados en el día anterior.

A los dos meses encontró trabajo como vendedor de tejidos en una empresa de Terrassa. Al entrar en el despacho del jefe de personal pudo fijarse en una fotografía de él luciendo el uniforme azul oscuro. Al instante levantó el brazo derecho saludando al estilo falangista. El jefe quedo impresionado. Una persona que parecía no pasar hambre, correctamente vestida, con un gran aplomo en su conversación y, para postres, con un carnet de su partido. Le asignaron el puesto de inmediato, sujeto a prueba de tres meses. Tenía un sueldo fijo, aunque algo bajo, y una comisión atractiva por las ventas conseguidas.

Pronto destacó gracias al correcto trato a sus clientes, tenía la experiencia como conductor de hombres en su época sindical. Sus argumentos de venta eran sólidos, siempre en función del comprador, hablaba con un aire de gran entusiasmo sobre la calidad del producto ofrecido. Inicialmente tenía asignada la provincia de Barcelona, al cabo de cuatro meses su área se amplió a Girona. Obtuvo un aumento de sueldo con las comisiones de su nueva zona.

Bonifacio Pizarro se sentía seguro. Todavía le restaba una buena cantidad de dinero para organizar el sindicato cenetista cuando las condiciones fueran más apropiadas. Era una cuestión de paciencia, la dictadura de Franco no podía ser eterna.

Al llegar Lidia Villarroya a Barcelona se encontró con una ciudad mucho más tenebrosa que Valencia. No encontró ningún trabajo porque no había, menos para una mujer. Las detenciones, registros y juicios sumarísimos eran constantes. Lidia se abrió paso con su innata astucia y la capacidad de mentir como un jugador de póker de Las Vegas. Practicaba el estraperlo, pero su mayor especialidad era la falsificación de los cupones de comida y de la libreta de racionamiento. Con el pan y alimentos que conseguía de más preparaba bocadillos, para venderlos a buen precio en las estaciones

de ferrocarril. Ni ella ni Martita pasaban hambre.

El amor juvenil de su vida, Tadeo Alcázar, viajó a Barcelona y pronto encontró a Lidia. No se casaron a pesar de llevar una vida marital completa, feliz. Su amor inocente de antaño se trocó en una incontenible pasión de adultos. Disfrutaban, sobre todo, de los bailes del sábado y de las proyecciones cinematográficas.

Tadeo enfermó de tuberculosis, con un estado preocupante, el Hospital Clínico acogió al enfermo. Lidia visitaba a diario al paciente, Tadeo le propuso que siguiera asistiendo al baile sabatino, con la condición de contarle todos los detalles al día siguiente. Con quién había bailado, cuantos hombres galantes se le acercaron, cuáles le insinuaron propuestas de amor.

La situación de Tadeo no mejoraba. Un viernes pidió a Lidia que usara el traje verde que le había regalado para el próximo baile. Una prenda exquisita que se ajustaba a su cuerpo, a juego con el bonito color de sus ojos. Quería verla antes de salir de fiesta, para contemplarla en toda su belleza.

Lidia se arregló con primor para agradar a su hombre. Incluso sacrificó algunas pesetas en la peluquería. Nada más llegar al hospital encontró la cama de Tadeo vacía, había muerto hacía unas horas. Se desmayo allí mismo, al pie del lecho, con el vestido verde desparramado sobre el suelo ocre.

El amor de su vida desaparecido, viuda por segunda vez.

Superado el trauma, con la responsabilidad de Marta, Lidia moderó sus actividades poco legales. Abrió una parada de porcelanas en el cercano mercado del Poble Nou.

Tras el encuentro entre Jerónimo Aixelá y su hijo Raúl, volvió a funcionar la sastrería de la Rambla como antes de la guerra, aunque muy pocos cambios se produjeron durante la conflagración. Raúl se incorporó al negocio familiar como cortador-sastre, con su correspondiente mesa de corte y tijeras profesionales, al lado mismo de su progenitor.

Los poderosos del nuevo régimen, la alta sociedad, los nuevos ricos volvían a desear trajes bien confeccionados para mostrar su poderío. Con dificultad podían encontrarse algunas materias primas, como hilo o botones, pero no existían suministros de telas y forros. Afortunadamente la sastrería disponía de un almacén bien surtido para afrontar la situación, una buena previsión de Jerónimo.

El principal problema era la alimentación. La familia conseguía comida extra en el mercado negro. Era posible comprar, a precios

desorbitados, hortalizas o huevos. Incluso en ocasiones carne, casi siempre de cerdo. Jerónimo, como muchos barceloneses, también cayó víctima de los procedimientos de engaño de la época.

Eduardo Dumas regresó a Barcelona destinado al cuartel del Bruch, en la avenida del Generalísimo, antes Diagonal, cerca del Palacio Real. El negocio familiar no andaba muy boyante y existía mucha carestía. Decidió quedarse en el ejército para asistir a los cursos de teniente. Tenía un sueldo, comida y algún privilegio en el economato militar.

Los oficiales de su regimiento tenían bastante mala fama, bien ganada, de libertinos y bromistas. Los jefes cerraban los ojos, los jóvenes son así, quizás recordando tiempos pasados y con los ánimos exaltados por la reciente victoria.

En la última ocasión la bufonada rebosó el vaso con una cucharada sopera, y eso terminó con la paciencia de los mandos. En el baile de su unidad, con coroneles y algún general de otro destacamento, los jóvenes oficiales estaban bastante alegres. Raptaron el caballo de un comandante, un magnifico corcel blanco con una mancha negra en la frente. Al equino lo introdujeron en plena sala montado por una escultural prostituta completamente desnuda.

El escándalo fue tremendo. Las esposas de todos los jefazos, beatas de misa y rosario, pusieron el grito en el cielo. El Gobierno militar de la plaza intervino en el asunto. La sanción consistió en mandar a todo el regimiento al Sahara español por una temporada. Todos los soldados partieron a su nuevo destino, pero uno de sus oficiales permaneció en Barcelona.

Mientras duraba la deliberación del proceso sancionador, la compañía de Eduardo participó en una película bélica rodada en la sierra de Collserola, a tocar de la ciudad. La escena simulaba un rápido despliegue de la tropa tras cruzar por el filo de una garganta. Un soldado le precedía, corriendo y cargando a su espalda una pesada pieza de mortero. En un momento dado trastabilló y se tambaleó, parecía que iba a despeñarse por la barranquera. El oficial pudo impedir la caída a costa de romperse una pierna.

Cuando sus compañeros embarcaban hacia África, Eduardo Dumas permanecía en el hospital militar con la pierna recién enyesada.

# V.2 La División Azul

Antes de romperse la pierna Eduardo Dumas había empezado a estudiar las materias para acceder al empleo de teniente. Su estancia en el hospital y la posterior recuperación le proporcionaron tiempo sobrado para estudiar con profundidad todas las materias necesarias para el nuevo empleo. Con la pierna ya en buen estado pudo presentarse al examen teórico y práctico, y obtuvo el grado de teniente. Pudo entonces coser en su vestuario militar las dos estrellas de seis puntas.

Transcurridos los meses de castigo en África, su unidad se reincorporó al cuartel del Bruch. Sus compañeros alféreces provisionales, todos de un moreno subido, encontraron a Eduardo Dumas con un grado más. La pierna le consiguió otra estrella, ahora debían obedecer sus órdenes.

En un día de 1941 un toque de corneta reunió a oficiales y tropa en el patio de armas del cuartel del Bruch. Sobre una tarima de madera el coronel jefe pronunció una encendida arenga.

—¡Soldados! El comunismo ha traído a nuestra patria la guerra, el horror y la división de los españoles. Ahora podemos devolverles la moneda, combatiendo contra la lacra bolchevique en su propia casa, en Rusia. El generalísimo, por la gracia de Dios, apoya la idea de formar un cuerpo de voluntarios propuesto por Falange Española. La llamada, a partir de ahora, División Azul. Todos los oficiales de la División serán profesionales del ejército. El resto, sean civiles o militares, serán admitidos con orgullo.

—¡Es la hora de terminar la lucha que empezó en nuestro suelo! ¡Muerte al comunismo! ¡Que todos los valientes voluntarios para esta cruzada den un paso al frente!

La mayoría de los oficiales y bastantes soldados dieron un paso al frente, Eduardo no se movió. Algunos le miraban por encima del hombro, con una cierta sonrisa. Un ayudante tomó debida nota de todos los soldados que se habían adelantado.

Los oficiales voluntarios estaban convencidos de haber efectuado una buena elección. Terminada la Guerra Civil, los ascensos por méritos se habían paralizado, ya que existía un exceso de mandos. La División Azul significaba ascensos rápidos, mejor sueldo, o bien ser considerados como leales al régimen. También se presentaron prisioneros republicanos, personas con un pasado sospechoso o pendientes de alguna denuncia que deseaban lavar sus historiales.

Al día siguiente, después de una noche de meditación, en el cuartel del Bruch algunos pensaron desistir de la aventura y de su

precipitación. Aportaron todo tipo de excusas, pero todos recibían la misma respuesta:

—Lo siento, usted se presentó voluntario, su nombre ya está en la lista de la División. Si no se incorpora será declarado desertor.

Muchos fueron voluntarios a medias. Eduardo tenía un amigo con un inseparable perro, los huesos de ambos se quedaron en las heladas estepas rusas.

Al entrar Alemania en guerra contra Rusia, los falangistas liderados por el ministro de exteriores y cuñado de Franco, Ramón Serrano Suñer, consideraron la ocasión para devolver la visita a los rusos. Estos habían participado con hombres y material en la Guerra Civil.

Ni el ejército ni el propio Franco deseaban declarar la guerra a los aliados, y se llegó al compromiso de mandar voluntarios para encuadrarlos dentro de la Wehrmacht, el ejército alemán. Esta solución saldaba la deuda con Hitler y permitía a España seguir conservando su estatus de no beligerante. Es decir, favorable a los ejércitos del Eje, pero sin entrar en guerra. Se inició de inmediato el reclutamiento de voluntarios, la mayoría eran militares veteranos, falangistas y simpatizantes del régimen. El nombre de la División Azul era debido al color de la camisa de los falangistas.

Al soldado José María J. G., nacido en Villaverde del Río y del reemplazo de 1941, lo destinaron para su servicio militar a la plaza de Sevilla. Los mosquetones, fuera de instrucción, se colocaban de pie en grupos de tres, en forma de pirámide y sujetándose mutuamente entre sí. Sin conocerse la causa cayeron todos al suelo con estrépito. El fusil de José María quedó inutilizado.

Un capitán delgado y alto, de bigote fino y ojos todavía más ceñidos, hablaba con el azorado recluta:

—Tienes dos opciones. La primera es presentarte a un consejo de guerra por destrucción de un material del ejército, pueden acusarte de manifiesta negligencia o incluso de sabotaje intencionado. Pasarás muchos años en una prisión militar. La segunda es presentarte voluntario a la División Azul. Puedes escoger, piénsalo y mañana antes de las 10.00 horas me contestas.

José María J. G. optó por marchar a Rusia.

Pasada la euforia inicial era más difícil encontrar voluntarios. La crudeza del clima, las constantes batallas y la llegada de los primeros heridos habían causado honda impresión en la población.

El nuevo divisionario se inscribió el 12 de noviembre de 1941 y

partió hacia Rusia el 14 de enero de 1942. Lo asignaron al regimiento 269 al mando del coronel José Esparza, que ocupaba el frente del Volchoy. Un río en la zona norte, cerca de San Petersburgo. La corriente de las aguas unía el norteño lago Ladoga con el lago Ilmen, más al sur. El coronel Esparza era un jefe de los apodados *africanos*, con la carrera profesional desarrollada en Marruecos. Estaba acostumbrado a mandar legionarios, regulares y tropas indígenas. Sus formas de mando chocaron en el regimiento, con oficiales profesionales y soldados universitarios.

Los mandos alemanes no confiaban en la capacidad guerrera de la División Azul. En los primeros combates su opinión cambió radicalmente. Consideraban al soldado español poco limpio, desarreglado en su uniforme e indisciplinado, pero nunca cedía un milímetro de terreno.

El invierno de 1942 fue el más crudo del siglo, las temperaturas descendieron a -40 ºC y en algunos días a -50 ºC. Los enfermeros pasaban frecuentes inspecciones por las trincheras.

—Tú, José María, urgente a la enfermería.

Al llegar allí un coro de soldados lanzaban gemidos y gritos sin tener ninguna herida visible.

—¿Qué les pasa a todos estos?

—Pronto lo vas a saber —contestó el sanitario.

Empezaron a darle fuertes friegas de agua caliente y nieve, hasta que sus manos empezaron a tener de nuevo sensibilidad. Al cabo de poco tiempo el dolor era insufrible, se unió al coro de plañideras.

Los españoles se llevaban bien con la población civil. En cambio, los alemanes despreciaban a los rusos. Al poco tiempo el comercio o trueque de vituallas era practicado en todo el frente. Muchos soldados tenían novias en los alrededores. José María disponía de un pequeño diccionario español-ruso, lo consultaba a menudo y siempre lo llevaba encima.

El coronel Esparza regresó a España debido a la enfermedad de su hija. Nunca más volvió a Rusia, aunque organizaba conferencias en Madrid e incluso publicó un libro sobre la División Azul. Los soldados de su unidad conocían las circunstancias de su marcha. Con la música de *Lili Marlene* cantaban la siguiente canción:

*Adiós, Esparza,*

*Esparza de mi querer, querer.*
*Con la excusa de tu hija,*
*te marchaste a España en avión*

*y aquí dejaste plantado*

*a tu primer batallón.*

En agosto de 1942 la unidad es trasladada al frente de San Petersburgo. El 12 de febrero de 1943 se inicia la batalla de Krasny Bor, el frente español se rompe. Los rusos atacaron con abrumadora mayoría de hombres y artillería. El regimiento 269 en el centro de la línea es barrido y superado. A los españoles les cuesta más de dos mil doscientas bajas entre muertos, heridos y desaparecidos.

Entre los perdidos se encuentran José María J. G. y un amigo, Juan Torres. Se esconden de día, por la noche viajan hacia las distantes líneas alemanas. Los bosques eran una trampa mortal. Estaban infectados de desertores, exploradores o los temibles guerrilleros rusos, de una crueldad brutal. Sin embargo, era preferible el desplazamiento nocturno, con la claridad del día toda la zona se inundaba de soldados enemigos.

Avanzaban los dos amigos con un miedo constante, hambrientos, desfallecidos de cansancio. Se ocultaban de patrullas o de lugares sospechosos, aunque exhaustos seguían adelante. En un par de ocasiones pudieron encontrar refugio en granjas rurales, donde amables campesinos los acogieron. Su condición de españoles *(¡ispantsy!, ¡ispantsy!)* y el minúsculo diccionario fueron de gran ayuda. Un descanso, una comida inesperada, al menos por unas horas.

Andaban en plena oscuridad cuando un pelotón siberiano, con uniformes blancos, les dio el alto. En la alocada carrera de huida los dos amigos tomaron caminos diferentes, José María continuó solo. Pasaban los días y aumentaba el sufrimiento del fugitivo, había perdido el apoyo de su amigo y el consuelo de su presencia. La única forma de proseguir era concentrarse en uno mismo y no perder jamás la convicción de que lograría escapar. La palabra rendición no existía.

El intenso frio le producía calambres, roía las raíces de árboles y plantas, comía cualquier desperdicio. Vomitaba en silencio para no ser oído. Se retorcía de dolores con frecuencia. Si caía al suelo se levantaba para seguir adelante con una voluntad indestructible. Cada día que pasaba era un reto, estaba convencido de superarlos todos.

Cruzar los ríos era una dura prueba. Perdía gran parte de la noche para encontrar un lugar vadeable. Se descalzaba para no mojar los calcetines ni las botas. Al llegar a la orilla contraria se daba fuertes friegas en los pies para recuperar la circulación sanguínea. Esta actividad le dejaba agotado por completo. En un río muy caudaloso no tuvo más remedio que pasar por una estrecha pasarela de madera

usada por los lugareños. Por suerte nadie vigilaba el pequeño puente. Ya en el otro lado, dejó el sendero para internarse de nuevo en la espesura. Encontró el destrozado cuerpo de un animal, todavía con varios trozos de una carne ennegrecida colgando de los huesos. No dudó en comer los despojos.

Al acercarse hacia las líneas del frente, ya podía oír los cañonazos, las condiciones eran más difíciles. Debía evitar tanto a los soldados como a los civiles que huían, ya no le ayudaría nadie, con seguridad le delatarían. Una noche tropezó con el cadáver de un soldado ruso entre unos matorrales. Con un presentimiento, le dio la vuelta con el pie. Debajo del cuerpo había un macuto. Un tesoro que contenía un pan duro, un embutido algo pasado y una botellita de vodka. Sació su hambre y racionó el resto para los días venideros.

Había pasado kilómetros de sufrimientos, pero no era el momento de alegrías. Cruzar las líneas rusas sin ser visto y llegar a las alemanas evitando alambradas, trampas explosivas y disparos de los centinelas no era tarea fácil. Escogió una noche muy oscura para la última prueba.

Al cabo de una eternidad llegó medio muerto a las líneas alemanas y se reintegró a su regimiento. Solo cuatro soldados salieron con vida de su compañía. En julio de 1943 lo repatriaron por enfermo con destino a Sevilla y posteriormente a Barcelona, al regimiento número 59.

De los 45 000 soldados de la División Azul las bajas fueron 25 564, entre muertos, heridos, mutilados, con congelaciones graves, enfermos y prisioneros. En total, el 56 % de la aventura.

Franco obtuvo réditos con la División Azul. Significó su poder absoluto y en solitario dentro del Ejército, tras fracasar el intento de conspiración del capitán general Muñoz Grandes. Al estar Muñoz Grandes al mando supremo de la División Azul, despachaba con frecuencia con el propio Hitler y aprovechó la situación intentando lograr su apoyo para sustituir a Franco una vez finalizada la contienda. La victoria de los aliados provocó el fin de la intentona. El triunfo aliado también significó para Franco el cese de su cuñado Suñer, favorable a las potencias derrotadas del Eje. Destituido como jefe de Falange Española, Franco ocupó su lugar, logrando la dirección y el control de tan importante organización. Según la opinión de Josep Rius, el fabricante huido a Francia y México, la derrota de los dictadores fascistas supuso la consolidación del único que seguía en pie.

La viuda de Julián Martínez, Montserrat, comenzó con tenacidad sus trabajos para ayudar a su hija Eulalia, presa en la cárcel de Las Corts. Ahora la Iglesia católica era muy poderosa en España, esta era la vía que debía utilizar. Ella era una ferviente creyente y estaba segura de encontrar alguna ayuda.

La primera intentona resultó decepcionante y malévola. Tras varias peticiones consiguió hablar con el capellán de la prisión, que la despidió del edificio sin contemplaciones y gritándole que viniera su hijo Justo a sacar a su hermana de allí. Una nueva entrevista con la directora de las religiosas tampoco dio resultado, incluso fue peor. Pensaba Montserrat que un diálogo de mujer a mujer sería más fructífero. Una fría monja de ojos acerados le susurro con voz suave y amenazadora:

—Su hija, una roja atea, ha cometido muchos pecados. Ahora debe purgarlos, le va a costar años redimir sus acciones.

Los graves tropiezos anteriores no desanimaron a la madre, más bien acentuaron su determinación de lograr la liberación de Eulalia. El régimen de visitas era muy duro, apenas unos minutos por mes y en Navidad una entrevista extra. Montserrat veía el deterioro continuo e imparable de su hija en cada encuentro, y disimulaba como podía su pena.

El siguiente movimiento la llevó a Santa María del Mar, el lugar donde asistía a las misas de un simpático y joven cura. Los sacerdotes actuales eran todos nuevos, no le pudieron dar las señas del anterior diácono. Visitó varias veces el obispado para intentar conocer su destino, después de mucha palabrería le denegaron la información. Era la primera vez que la Iglesia le fallaba, tenía la sensación de estar agotando la munición, la desesperanza empezaba a invadirla.

Si no encontraba ayuda en Barcelona la buscaría en otro lugar, en Girona. Recordó con satisfacción al religioso de su pueblo natal, que tanto había socorrido a su rebaño. No podía presentarse allí, en el lugar donde su familia había huido. Temía a la sombra del señor Ballet, estaba segura de que él conocería con rapidez su llegada. Julián nunca le explicó su encuentro con el terrateniente y su padre silenció cualquier comentario al respecto.

Los domingos utilizaba el tren y el autobús para visitar los pueblos cercanos a su antigua residencia. Ocultaba su fisionomía, preguntaba con discreción en las iglesias sobre mosén Pitarch. No sin esfuerzos averiguó varias cosas. El señor Ballet apenas se movía con muletas tras sufrir un robo con agresión en Barcelona. Mosén Pitarch no había muerto en la guerra, era rector de una parroquia, pero nadie conocía su paradero. A pesar del fracaso sufrido en la Ciudad Condal,

Montserrat acudió al obispado de Girona. Le atendieron con corrección, en una semana recibió una carta en su domicilio con los datos solicitados. Mosén Pitarch era el rector de la parroquia de Salt, una villa importante al norte de Girona.

Unos dos años llevaba Eulalia Martínez en prisión cuando Montserrat empezó a tener un estrecho resquicio de esperanza. Su primer encuentro con mosén Pitarch fue cálido y emotivo. El sacerdote transmitió energía a la destrozada madre y le prometió la ayuda necesaria para liberar a la hija de su antigua feligresa. Los primeros pasos fueron estériles en resultados, pero el rector de Salt era como un *bulldog*, no soltaba la presa. Montserrat perdió la cuenta de los viajes a Girona. En unos se avanzaba, en otros se retrocedía. Mosén Pitarch involucró con paciencia y habilidad al obispado de Girona y los resultados fueron excelentes. Existía la posibilidad de liberar a Eulalia con el cumplimiento de un tercio de la pena impuesta.

En la Navidad de 1942 Eulalia pudo salir del antro de Las Corts. Su estado era bastante inquietante. Una piel blanquecina pegada a unos huesos inseguros, los pómulos hundidos, la mirada perdida. Nada más llegar al refugio de su hogar Montserrat estalló en un gemido desgarrador. Desde la muerte de su marido no le había caído una sola lágrima, ahora sus ojos eran un manantial inagotable. Mientras lloraba, su niña la contemplaba delante de sí sin moverse ni hablar. Una buena vecina llamó a su médico para que atendiera a las dos mujeres.

Al cabo de una semana, madre e hija estaban recuperadas, si bien Eulalia necesitaría mucho más tiempo para volver a ser la persona de antes, lista, alegre y trabajadora. La visita de mosén Pitarch a Barcelona procuró un bálsamo para la familia Martínez y prometió visitarlas con frecuencia.

El Teatro Liceo de Barcelona reanudó su actividad una vez finalizada la guerra. La burguesía catalana volvió a sus óperas y a sus salones. Jerónimo Aixelá y su hijo Raúl acudían en algunas ocasiones. Camilo Cabezas asistía con regularidad acompañado de su mujer Mercedes y de Meritxell. En los entreactos se conocieron ambos jóvenes, Meritxell y Raúl. Al principio hablaban de la ópera o de la música, Meritxell tocaba el piano y tenía un oído muy fino para captar todas las notas. Al poco, sus extensas conversaciones derivaron a temas más personales. Incluso empezaron a tener encuentros fuera del Liceo. Ambos jóvenes iniciaron un cálido romance. La familia Aixelá entro en relaciones con la familia Cabezas.

La boda se celebró en la iglesia de La Merced, en la calle Aragón. El convite se convirtió en un acto social de envergadura, celebrado en los salones del hotel Ritz de la Gran Vía, y la prensa lo reflejó en sus ecos de sociedad. Los recién casados partieron de luna de miel hacia Tetuán y Melilla, en el norte de África. Camilo Cabezas no aprobaba el viaje, el estrecho de Gibraltar era una zona en guerra, insegura. Meritxell desobedeció por primera vez a su tío-padre. Durante el viaje, Raúl realizó unas excelentes fotografías. Una de ellas se publicó como portada dominical del *Diario de Barcelona*, donde aparecía su esposa al lado directora de la Escuela Oficial de Artes y Oficios de Tetuán.

La pareja alquiló un piso oscuro en la zona norte de la ciudad. Pasado un tiempo, tuvieron su primer hijo, Óscar Aixelá, nacido con la ayuda de una comadrona en la propia vivienda de la calle Teodora Lamadrid. Al abuelo Jerónimo se le caía la baba al ver a su nieto, el *hereu*.

Antes de la entrada de las tropas fascistas en Barcelona, la dirección del sindicato CNT montó un servicio de correo para mantener la comunicación entre los exiliados a París y Salamandra, que permanecía en la Ciudad Condal. El uso del teléfono no era aconsejable, era un sistema bastante vulnerable. Existían dos correos que recogían las misivas, y que se las entregaban a Salamandra en un lugar convenido de antemano. El punto de encuentro variaba para cada entrega. Salamandra mandaba el correo de vuelta por el mismo mensajero.

El sistema funcionó a la perfección durante más de un año. El primer correo del año 1941 casi termina con la detención de Salamandra. La gran eficacia de la policía político-social había identificado a uno de los correos. Sin detenerlo, lo tenían sujeto a una estricta vigilancia para averiguar a quién entregaba la correspondencia. Por precaución, el antiguo sindicalista llegaba con dos o tres horas de antelación a la cita, buscaba una buena posición para observar todo el entorno y preparaba una vía de escape a su espalda. Vio llegar al emisario de lejos, pronto se percató de dos vehículos que circulaban con una lentitud poco habitual. El primero se adelantó y se paró en la salida más lejana de la plaza. El segundo parecía buscar dónde aparcar, porque miraba a todos lados. Por la acera contraria a la usada por el emisario una persona sospechosa seguía sus pasos.

Todos los sentidos de alerta de Salamandra se dispararon de inmediato, con gran sangre fría no demostró ninguna reacción. El

portador del correo había llegado al lugar convenido. Se apoyó en una farola para sacar un periódico del bolsillo y dejó caer con disimulo una carta en la papelera adosada al báculo de la luz. Con su cuerpo y el matutino había taponado cualquier resquicio a una mirada indiscreta. Salamandra no perdía detalle, captó el gesto, el correo había advertido la presencia policial y se deshacía del documento. El mensajero abrió el periódico y empezó a leer mientras, con diferentes vistazos a toda la plaza, daba a entender que esperaba a alguien.

Ruiseñor se levantó con lentitud, como si buscara algo en su cartera, giró la cabeza para ver su salida de escape. En una tienda cercana había un hombre que no se movía de allí. Su salida de emergencia estaba taponada.

Entonces apareció el ángel del dirigente cenetista. Un transeúnte con un pitillo en la mano le pidió fuego al emisario. Al instante, innumerables policías de paisano se abalanzaron sobre la pareja y los introdujeron en el segundo coche. Un tercer vehículo recogió al resto y desaparecieron a todo gas.

Salamandra se levantó con parsimonia, tomó su abrigo y recogió la cartera. Estaba claro que los agentes no se habían percatado del tesoro que guardaba la papelera. Decidió recoger la misiva, corría un gran riesgo, cualquier policía pensaría en registrar el lugar, sobre todo cuando no encontraran nada sobre los dos hombres. Sin perder un segundo, marchó hacia la papelera, andaba con prisa, pero sin correr, mirando su reloj como si llegara tarde a una cita. Recogió la carta y desapareció. Dos calles más lejos, Salamandra se cruzó con el primer vehículo que había visto, marchaba a la carrera. Pudo ver sus caras de decepción y furia. Acarició el sobre en su bolsillo y apartó de su mente la suerte de los detenidos.

El intercambio de notas entre Barcelona y París quedó interrumpido. Había que encontrar un método de contacto más seguro. La creación de un sistema nuevo costó casi dos años, lo que alargó más de lo conveniente las relaciones entre Salamandra y los dirigentes exiliados.

Tras dos años de posguerra ya era el momento de empezar a montar la nueva estructura de la CNT. El acoso de la policía política era de tal envergadura que condicionaba los pasos que seguir. Bonifacio Pizarro no podía fiarse de nadie, debía andar despacio, sobre seguro. Los camaradas detenidos eran torturados hasta obtener toda la información que poseían, si no sabían nada inventaban cualquier cosa para detener su martirio. En un primer paso eligió un nuevo nombre de guerra, Ruiseñor, pues era un pésimo cantante.

Contactó en primer lugar con Daniel, siempre le había apartado de

cualquier acción violenta y del mundillo del sindicato. Su única misión consistía en la transmisión de las informaciones facilitadas por Elena. No estaba fichado y disponía de un buen puesto de trabajo. Se presentó como Ruiseñor y ocultó su nueva identidad y domicilio. Daniel, bastante sorprendido por los cambios de su jefe, describió las últimas novedades de Elena. Eran bastante inaprovechables, pero ya cambiarían con el tiempo. Conversaron largamente sobre la situación de los trabajadores, de los camaradas caídos, de la acción policial, del estado de la ciudad y del país. Asimiló también los rumores más recientes, pues mucha de esta información no la podía obtener con su tapadera de vendedor y falangista.

En su domicilio meditó con serenidad la charla con Daniel, recordó toda su experiencia sindicalista, combativa, los consejos de algunos compañeros, las lecturas más aprovechables en su situación. Durante la semana siguiente decidió adoptar para la nueva estructura en la clandestinidad el sistema de la tríada.

# V.3 El maquis

Al recién ascendido a teniente, Eduardo Dumas, lo convocaron a una reunión para comunicarle su nuevo destino. Al mando de una sección de treinta y tres hombres debía ocupar un pueblecito del Pirineo catalán, con la orden de impedir el paso de cualquier guerrillero por su zona.

Así, Eduardo Dumas partió a combatir contra el maquis.

Maquis viene del francés, significa arbustos o las personas que se esconden en ellos. Durante la Segunda Guerra Mundial proliferaron en Francia, tanto en los Pirineos como en los Alpes, formaban parte de la Resistencia francesa. Su misión consistía en golpes de mano contra el enemigo, el transporte de información, víveres o armas. Eran habituales las recogidas de armamento o suministros lanzados con paracaídas por los aviones aliados, denominadas *parachutag*. Las vías montañosas también se utilizaban para el paso de personas, espías o aviadores abatidos desde el territorio francés a España o Suiza. El cruce de las fronteras se efectuaba gracias a redes de evasión previamente preparadas. Las personas encargadas del transporte eran conocidos como los muleros, conocedores de los pasos montañosos y del movimiento de los guardias fronterizos. Esta actividad movía bastante dinero, judíos y alemanes perseguidos pagaban importantes sumas. Incluso en algunos casos algún mulero despiadado les robaba o los asesinaba.

Los republicanos huidos al final de la Guerra Civil pronto engrosaron las tropas regulares de la República Francesa o se presentaron voluntarios a la Resistencia. Algunos se convirtieron en hábiles recogedores de los *parachutag*. Recuperaban con eficacia los lanzamientos aliados y distribuían el material enviado. La Resistencia llevaba una contabilidad de todas las recepciones, pero a menudo se perdían paquetes o se declaraba menos cantidad de la real. De esta forma se fueron acumulando en almacenes secretos importantes cantidades de armas, municiones y pertrechos.

Con Francia liberada por los aliados se formó en territorio galo la UNE, Unión Nacional Española. Pretendía unificar a todas las fuerzas antifranquistas. La asamblea tuvo como motor al Partido Comunista, que había aprobado la continuidad de la lucha armada en España. La idea consistía en una invasión de tres mil guerrilleros por el Valle de Arán para conquistar una amplia zona y montar un Gobierno provisional, con ello esperaban obtener la ayuda aliada para derrotar al último dictador.

El 19 de octubre de 1944, antes de terminar la Segunda Guerra

Mundial, los guerrilleros penetraron por el Valle de Arán. El paso hacia el valle desde Francia es prácticamente a pie plano. Los combatientes preferían el nombre de guerrilleros, rechazando el de maquis, como al final se les denominó históricamente. El Gobierno franquista los calificaba de bandoleros y terroristas.

Entre los guerrilleros se encontraba Justo Martínez. Había luchado en Marruecos con dieciocho años, en la Guerra Civil con treinta y dos, en la división Leclerc con treinta y cuatro; ahora, con treinta y seis, era un sargento veterano y curtido.

La invasión fue un fracaso.

La UNE ponderaba la división interna en el seno de los franquistas con Alemania prácticamente vencida. La pugna entre monárquicos, falangistas y el Ejército era notoria, pero frente a la guerrilla todos ellos estaban unidos. El mayor error fue sobrestimar la ayuda de los aliados. Estos hacían la vista gorda en el movimiento de tropas, armas y materiales, pero no intervinieron en nada más. Estados Unidos, la pieza principal, era un país contrario al nazismo, pero también acérrimo anticomunista. Consideraban a la UNE como una agrupación no democrática.

Los maquis estaban bien pertrechados tanto en indumentaria como en armamento. Poseían metralletas modernas Sten y Thompson, pequeñas, plegables, automáticas. Pronto agotaron las municiones de un calibre inexistente en España. No disponían de planos adecuados ni de medios telefónicos o radioteléfonos, las diferentes brigadas no podían comunicarse entre sí. Aunque soportaron diversas nevadas, con temperaturas de -20 ºC que retrasaron el avance de las tropas, los invasores no consiguieron controlar los dos puntos de acceso al valle desde España: el Puerto de la Bonaigüa y el túnel de Vielha. Tampoco consiguieron conquistar la capital del valle, Vielha.

La cuestión que más impresionó a Justo fue la respuesta de la población civil. Recordaba con nostalgia el recibimiento de los pueblos franceses liberados de los alemanes. Les aclamaban, les ofrecían comida, tabaco, las mujeres les sonreían con pasión. En el Valle de Arán todo eran caras de preocupación, silencios, casas cerradas, incluso informes falsos y delaciones. Los lugareños pasaban hambre y frío, estaban hartos de guerras y destrozos, la fuerte represión de la Guardia Civil había dejado huella. No se produjo ningún movimiento popular de apoyo a los invasores.

El puerto de la Bonaigüa tiene una altura de 2072 metros, gran parte del invierno está cerrado al paso de vehículos debido a la nieve. El acceso lo alcanzó de forma tardía una sola brigada. Franco movilizó con rapidez a muchas unidades hacia el puerto. En vista del

movimiento de tropas, sin disparar un solo tiro, la brigada de la Bonaigua volvió grupas hacia el valle.

El túnel de Vielha estaba en construcción tenía una longitud de 5240 metros y atravesaba las montañas del Pirineo. Ambos extremos estaban comunicados, pero apenas permitían el paso de un hombre entre las rocas. El dominio de la boca de salida podía hacerse efectivo con muy pocos guerrilleros, o incluso dinamitar un tramo del túnel. Los franquistas incluso trasladaron artillería en mulas y asnos por tan angosto camino. La travesía fue muy penosa, las caballerizas y la carga se enganchaban en los salientes rocosos, dentro de una oscuridad total. Con frecuencia se debían descargar los animales, traspasar los fardos a mano y recolocar el material. Pero pasaron.

Los guerrilleros se retiraron a Francia tras perder estos dos puntos. Entraron con gran ilusión y coraje, de nuevo volvían derrotados.

Entre ellos desfilaba Justo Martínez. Todavía se encontraba abrumado por las reacciones de la población local.

A pesar del fracaso del Valle de Arán, la acción armada no se interrumpió, sino que se optó por la infiltración de pequeños grupos a través de la frontera para realizar sabotajes y mantener la lucha contra los fascistas. La lucha cambió hacia un estilo más propio de los maquis.

El maquis necesitaba de dos elementos esenciales para mantener a sus miembros vivos en un territorio ocupado por una gran cantidad de soldados enemigos. Los muleros, con la experiencia adquirida en la guerra mundial, volvieron al trabajo. Una vez cruzada la frontera el mulero ya no era la pieza más importante. Los infiltrados necesitaban ojos y oídos en su zona de operaciones, entonces aparecían los enlaces. Los enlaces eran republicanos profundos, comunistas o anarquistas escapados de la guerra y la represión. Vivían en pueblos o ciudades y procuraban una información vital a los maquis. Una vez efectuada su tarea, volvían al anonimato de sus vidas y quehaceres diarios. Tanto los muleros como los enlaces eran perseguidos con saña por la Guardia Civil. Su captura significaba la tortura y la muerte sin juicio alguno.

El general Camilo Alonso Vega dirigía con crueldad la lucha contra el maquis. Estaba aprobada la Ley de Prevención del Bandidaje y el Terrorismo, con temibles consecuencias a cualquier persona acusada de pasar información, proporcionar víveres o cualquier ayuda a un guerrillero. La ley establecía la exención de penas o premios en dinero a los delatores. Un reino de terror se propagó por todo el territorio. Nadie estaba a salvo, los vecinos se espiaban, no se podía confiar ni en amigos ni en familiares. Guardias civiles se disfrazaban de maquis

portando los atuendos y el armamento de guerrilleros capturados o muertos. Pedían comida o ayuda para descubrir quiénes se la prestaban. Estas contraguerrillas eran puestas al descubierto cuando se entablaba conversación en catalán, un idioma casi desconocido por la Benemérita.

La mayoría de los refugios de alta montaña de los Pirineos, algunos de bella factura, los dinamitó la Guardia Civil. No querían dejar posibles resguardos a los infiltrados.

El teniente Dumas dispuso la defensa del pueblecito pirenaico. Las órdenes eran impedir el paso de personas armadas por la zona del villorrio. No tenía ninguna intención de enviar patrullas por bosques desconocidos, donde los maquis podían tener mayor ventaja. Ambos extremos del camino los bloquearon con sacos terreros, lo que dificultaba el paso de vehículos, animales y personas. Para rebasarlos era necesario efectuar un zigzag.

Los aldeanos apenas asomaban la cabeza por la puerta de sus casas, tenían tanto miedo a los soldados como a los maquis. Pasados unos días, la situación se relajó, el contacto con la tropa, la necesidad de adquirir víveres o frecuentar el bar eran ineludibles. La dotación económica asignada a la unidad militar era escasa. La compra de alimentos se hacía difícil, máxime cuando daba la impresión de que los precios de venta habían aumentado de improviso. El teniente se las arreglaba como podía, pero estaba mosqueado.

El principal sustento de la población era la agricultura en pequeños campos alrededor del pueblo y la ganadería en menor escala. La población cinegética había crecido enormemente durante la Guerra Civil, en el fondo supuso un período de veda de casi tres años. Enormes manadas de jabalíes buscaban alimento por doquier. Una mañana aparecieron los cultivos del pueblo seriamente dañados por los animales.

Ante la consternación de los labriegos, el alcalde preparó con urgencia una batida de jabalíes para el día siguiente, y para ello convocó a todos los cazadores a las cinco de la mañana delante de la casa consistorial. El correspondiente bando municipal se colocó en la iglesia, estanco y bar.

Muy poca gracia hizo la disposición del alcalde en el estamento militar. El teniente Dumas llamó al brigada Benito, el antiguo sargento que le recibió en el hospital militar de Zaragoza al inicio del conflicto, en el mes de julio del 36.

—¡Brigada! Máquina de escribir, papel con membrete del Ejército,

original y tres copias.

El mando empezó a dictar:

—Recuerdo a toda la población civil el estado de sitio declarado en esta comarca. Atendiendo a esta disposición, la tropa tiene órdenes de disparar contra cualquier civil armado sin previo aviso.

—Añada la fecha, nombre y mi firma. De inmediato las colocará en la iglesia, el estanco y el bar.

No pasaron más de treinta minutos cuando un atribulado alcalde se encontraba en el despacho del teniente Eduardo Dumas. Expuso la urgente necesidad de defender las cosechas. No tardaron en llegar a un acuerdo. La batida, como estaba prevista, para el día siguiente. Participarían tanto soldados como civiles, la carne de los animales muertos se repartiría por igual. Se organizó la partida de caza, se asignaron los batidores, los diferentes puestos de espera y la colocación del único fusil ametrallador de la sección en el punto más favorable. Como el alcalde resultó ser el dueño del almacén de víveres, también consiguió el teniente una rebaja sobre el precio de los alimentos.

La caza fue todo un éxito, no solo por los marranos abatidos, sino como distracción de la tropa tras una escasa actividad en un pueblecito perdido. Los soldados comieron ración de carne durante varios días.

Tres semanas más tarde, la unidad se reintegró al cuartel del Bruch. Como los jabalíes no procedían de Francia, puede decirse que el teniente Eduardo Dumas no mató a ningún maquis.

La patrulla al mando de Justo Martínez se había infiltrado desde Francia. Su misión consistía en alcanzar la abrupta sierra del Cadí, al sur de la cordillera pirenaica. Desde allí debía efectuar sabotajes en las líneas eléctricas, puentes y vías de ferrocarril. Era una diversión táctica con el objetivo de aliviar la presión del ejército en la zona fronteriza.

Durante el descenso de las montañas los avistó casualmente un destacamento armado. De inmediato se movilizaron fuerzas en su contra. A pesar de la situación, Justo no quiso renunciar a los objetivos asignados. Decidió coger un rumbo oblicuo, provocando con ello la impresión de una vuelta atrás, para más adelante torcer hacia el sur. Contaba con el Alambre, un excelente mulero, conocedor de ambas cordilleras. La decisión de dirigirse hacia Bescarán le pareció al guía una buena alternativa. Conocía una masía abandonada en un recóndito bosque, un excelente escondrijo para descansar y recuperar

fuerzas. La patrulla de Justo había andado toda la noche con descansos cortos, según las pendientes del terreno. El día apenas alboreaba silencioso cuando un súbito estrépito de disparos inundó la sierra, sonando en la dirección de Bescarán. Justo estaba desconcertado, el Alambre se acercó.

—¿Qué pasa?

—Somos la única fuerza infiltrada en la zona. Puede ser otra patrulla acosada.

—¿No será un ejercicio? ¿A quién disparan?

—La cadencia desordenada del fuego y la intempestiva hora dan a entender que no se trataba de ningún ejercicio. —Empezó a oírse el claro tableteo de un fusil ametrallador.

Tenía dos opciones: correr hacia sur, al refugio de la masía abandonada o abortar la misión. El Alambre propugnaba la primera solución, Justo se decidió por la segunda. La situación era muy confusa, no quería correr riesgos, giraron hacia el norte para ganar la frontera de Andorra por el lejano Pico Negro. El guía conocía al dedillo una barranquera recóndita, de paso estrecho, para cruzarla durante la noche.

Esta decisión salvó la vida a todos. La masía abandonada estaba vigilada por un nutrido grupo de guardias civiles emboscados a la espera de la llegada de los guerrilleros. Un día antes habían capturado al enlace local, Jordi Bou, amigo del Alambre. Lo torturaron con saña hasta obtener toda la información que poseía. Al desgraciado lo ejecutaron de un tiro en la nuca y sus despojos arrojados en la plaza mayor del pueblo como ejemplo.

Justo y sus hombres pasaron a menos de trescientos metros del teniente Dumas en su huida, él nunca llegó a conocer su participación en el fracaso de los objetivos guerrilleros con el montaje de su improvisada montería.

Los hombres de Justo continuaron con un cansancio acumulado por la nueva ruta. El Alambre advirtió:

—Todos a cagar y mear. Después no podremos hacerlo.

Con el Sol asomando por el horizonte se escondieron en una pequeñísima y oculta cueva donde casi no tenían espacio. Todos permanecían de pie salvo los dos guerrilleros con el turno de descanso, ellos podían tenderse en el suelo del rincón más profundo. El Alambre, en tono cortante, dijo:

—Nadie puede salir. Si alguien lo intenta, lo mato. Hablad muy bajo, y nada de fumar. Si necesitáis mear, vaciad la cantimplora y lo hacéis dentro.

La espera de la noche transcurrió con lentitud. En un bosque

silencioso los olores y ruidos se captan a grandes distancias. Con las primeras sombras marcharon hacia la distante barranquera. Antes de partir, el Alambre revisó el escondite para recoger cualquier rastro de presencia humana, con una rama de pino limpió los alrededores de la entrada de todas las pisadas producidas.

Atravesada la barranquera el Alambre partió en descubierta. Volvió con malas noticias, la Guardia Civil vigilaba el cercano paso fronterizo. La única solución posible era girar hacia el este para alcanzar la frontera francesa. Partió de nuevo el grupo en plena noche por un terreno abrupto, el avance era lento, no podían permitirse el menor ruido. El guía hacía frecuentes exploraciones sin mostrar ningún signo de cansancio, que aprovechaban los guerrilleros para tomar aliento. El Alambre siempre reaparecía como un fantasma silencioso por el lugar menos esperado. Cerca del amanecer, agotados por completo, consiguieron llegar al territorio vecino.

Tras dos horas de descanso en el claro de un bosque, apareció por sorpresa una nutrida patrulla de gendarmes fuertemente armados. Con exquisita amabilidad, pero con sus armas preparadas, les invitaron a entregar las suyas de inmediato. Justo ordenó a sus hombres el cumplimiento de la orden, a pesar de alguna reticencia. Para dar ejemplo, fue el primero en depositar su metralleta, las granadas, la pistola, los cargadores, los explosivos y su cuchillo en el suelo.

En aquel instante se sintió completamente vacío, sin nada, y se derrumbó.

Había cruzado por tercera y última vez la frontera con la derrota en la espalda. Sus ideales rotos, sin Elena, sin patria, sin familia, sin hacienda, con las manos vacías. Era el hijo de un héroe, tuvo que acarrear esta marca toda su vida. Había intentado superar a su padre desde pequeño en el colegio, en la milicia, en la profesión, en el sindicato y en la guerra. Había luchado muchísimo más tiempo en batallas muy cruentas, con heridas en su cuerpo. Pero no tenía ningún reconocimiento, ninguna medalla, ninguna pensión.

Por delante solo estaba el exilio.

La actividad guerrillera desapareció cuando Moscú ordenó finalizar la lucha armada en España. Varios revolucionarios, principalmente de la CNT-FAI, prosiguieron su actividad en las ciudades. Un bosque puede tener buenos escondites, una ciudad entera muchos más. Los últimos anarquistas y revolucionarios prolongaron su lucha armada hasta los años sesenta. Los encarcelaron, los ejecutaron o cayeron en acción.

## Notas familiares de Óscar Aixelá

Viajábamos hacia Barcelona con el viejo Peugeot 302 de mi padre, regalo de mi abuelo Jerónimo cuando él adquirió un Seat 1400. Volvíamos desde Fraga una vez finalizada la jornada cinegética. El día no había sido pródigo en resultados, el morral era magro. En vez de hablar sobre las perdices la conversación giró hacia el tema de los maquis. Mi tío Eduardo Dumas nos explicó diversas anécdotas de aquella época. Yo tenía una pregunta:

—Dime, tío, ¿cómo terminó la aventura de los maquis?

—Verás, terminó cuando los Estados Unidos proporcionaron radioteléfonos *walkie-talkie* al Ejército. Los maquis conocían el terreno muy bien, podían escapar de una, dos o incluso tres unidades perseguidoras. Con estos aparatos se informaba al resto de grupos sobre la dirección que tomaban, finalmente eran cercados y capturados.

—Y… ¿qué pasaba con los prisioneros?

—No lo sé —respondió, vaciló un instante para continuar hablando—: Una vez pude ver un camión cargado con ellos. Se los llevaron, pero estoy convencido que los fusilaban.

# V.4 La familia Aixelá crece

Óscar Aixelá nació en una oscura casa alquilada en el barrio alto de Sant Gervasi, a mediados de 1944. Fue el primer hogar del matrimonio entre Raúl Aixelá y Meritxell Muntadas Garrí. A las pocas semanas, los felices padres se trasladaron con el bebé a la torre de Esplugas. El periodo veraniego había comenzado y toda la familia estaba reunida con el nuevo miembro. El cambio significó la aparición de problemas para Meritxell.

Todas las mujeres de la casa deseaban cuidar al recién nacido: tres tías, una abuela, una bisabuela, una tía abuela y dos criadas. Al menor quejido de Óscar acudían presurosas dieciséis manos a socorrerle, sin contar con las dos de su madre. Las discusiones para el cuidado del *hereu* eran constantes. Meritxell echaba chispas, no podía controlar tantas ayudas desinteresadas y espontáneas. Una nube de ángeles siempre dando vueltas alrededor de la cuna, disputándose la presa a la menor ocasión. El padre de la criatura pasaba olímpicamente sobre estos percances entre las mujeres y su esposa.

El final del estío significó la vuelta al hogar en el piso de alquiler. El primer día, con parte del segundo, el churumbel estuvo berreando desde la mañana a la noche, nadie lo cogía en brazos. El padre empezó a preocuparse, con timidez le sugirió a la madre que lo atendiera. Esta le contestó con rabia:

—Cuando sea la hora de comer lo cogeré, antes no. Si no lo has atendido tú durante dos meses, ni se te ocurra tocarlo ahora.

Al tercer día de la terapia de choque el pequeño se comportaba como cualquier bebé normal, su madre estaba orgullosa.

Dos años antes de casarse, Eduardo Dumas había solicitado una excedencia en el ejército para atender el negocio familiar. Una actividad más agradable, sin cambios de destino, con la esperanza de tener un mayor rendimiento económico. La empresa consistía en una pequeña fábrica para la transformación del talco, desde las piedras extraídas en mina hasta su posterior refinado para empresas farmacéuticas, cosméticas y afines. Su padre no andaba bien de salud, necesitaba apoyos para seguir adelante.

Al regresar a la vida civil, ocurrió un percance familiar. Su padre falleció después de una rápida e inesperada crisis. A los pocos días revisó el estado de la factoría heredada, el resultado fue una desagradable sorpresa. Las cuentas en números rojos, deudas a

proveedores, casi sin nuevos pedidos, una maquinaria obsoleta con la urgente necesidad de reponerla. Quizás esta situación era un reflejo de la deteriorada salud de su padre, circunstancia que había pasado bastante inadvertida para los familiares. Eduardo no rehuía los retos, se puso de inmediato a trabajar. Tampoco tenía ninguna otra salida y la improvisación era un tema fuerte en él.

Lo más urgente era renovar la maquinaria pulverizadora del mineral, la actual no funcionaba bien, producía una baja calidad, y eso era el motivo de la pérdida de los mejores clientes. Después de una profunda investigación encontró en el mercado industrial una empresa pionera que había desarrollado un nuevo ingenio de alto rendimiento, decidió comprar una unidad. Recogió sus ahorros, vendió diversas joyas y objetos de la familia para pagar la entrada, y negoció el resto del coste. Consiguió cobrar varias deudas pendientes de algunos clientes y obtuvo promesas de nuevos pedidos en base a la calidad garantizada por la revolucionaria máquina.

Con todos los datos y el proyecto en marcha llegó la hora de hablar con el banco, el hueso más duro de roer. Después de varias reuniones obtuvo un nuevo crédito para el lanzamiento de la fabricación.

Quedaba un tema de difícil tramitación, reponer o reparar el resto de la maquinaria auxiliar. No disponía de dinero para esta partida, y no encontraba ninguna solución a pesar de sus esfuerzos. Se devanaba los sesos mientras instalaban la flamante trituradora. Pronto funcionaría, no serviría de mucho con los equipos de apoyo en malas condiciones. En este instante entró en el despacho el encargado.

—Jefe, casi se ha terminado la instalación. ¿Quiere comprobarlo?

Eduardo inspeccionó los trabajos, restaba una labor del operario ajustador para dar los toques finales. Este se encontraba consultando una serie de enormes planos al pie de máquina. El técnico, al verle, se incorporó:

—Bueno, queda ya muy poco. Por la tarde la pondré en marcha y les mostraré el funcionamiento para obtener el máximo rendimiento. Ahora me gustaría ir a comer.

—Ha hecho usted un excelente trabajo, mi capataz le acompañará a un buen restaurante en el centro de la ciudad, está invitado a un ágape bien merecido. Por un problema grave no puedo ir con ustedes, tengo una reunión urgente con Hacienda.

—¡Oh! Muchísimas gracias.

—Cámbiese de ropa y no se entretenga, el restaurante se llenará dentro de poco. Es muy conocido en toda la ciudad.

Eduardo volvió a entrar en el despacho con el encargado detrás de

sí. De la caja retiró unos billetes y le dio la dirección de un restaurante conocido al otro extremo de la ciudad. También le dio la orden expresa de no volver hasta pasadas tres horas, como mínimo.

Apenas los dos hombres salieron por la puerta, Eduardo recogió los planos y, en un taxi, marchó a una copistería conocida. Allí le hicieron un duplicado de todos los esquemas y dibujos, con una máquina de funcionamiento lento a base de amoníaco. Tardó casi dos horas en esta operación. Al volver colocó con exactitud los planos originales en la misma posición en que se encontraban.

Con los secretos de la nueva trituradora en la cartera se reunió con el director general de la empresa competencia de la máquina instalada en su fábrica. En aquellos turbulentos tiempos, todavía al final de la posguerra, no sabías con quién podrías encontrarte. Por precaución portaba su pistola reglamentaria de teniente en excedencia, una Astra de nueve milímetros, escondida en la cartera de mano. Fue directamente al grano:

—Buenos días, aquí tengo todos los planos y detalles de la trituradora de mineral que está arruinando a su empresa. Vea usted mismo.

De la voluminosa valija extrajo un par de dibujos y los desplegó delante de los desorbitados ojos del director. Este analizó el contenido, reviso los membretes, comprobó los cajetines, las fechas de ejecución, el nombre de los supervisores. Eran auténticos al cien por cien. Miro con curiosidad a su interlocutor, tampoco se anduvo por las ramas:

—¿Cuánto dinero pide usted por ellos?

—No quiero dinero. Deseo esta lista de equipos de su empresa instalados la semana que viene, antes del viernes. Los abonaré con el 30 % de descuento sobre el precio de catálogo, con los vencimientos aplazados a tres, seis y nueve meses. Cuando estén instalados dispondrá de toda la documentación.

—Correcto, acepto. En seis días estarán operativos.

Eduardo Dumas reflotó el negocio al cabo de dos años de duro trabajo. El banco le remitió una carta de felicitación, todas las deudas y los intereses impagados estaban cancelados. La fábrica producía a buen ritmo, tenía como clientes a las mejores firmas de cosmética y farmacia, y el número de empleados aumentaba poco a poco.

Con el negocio en marcha y algo de dinero en el bolsillo pensó en casarse. Fue entonces cuando conoció a Soledad Aixelá, que había heredado de su padre la costumbre de ir siempre bien vestida, arreglada y luciendo un buen tipo.

Eduardo tenía un hermano menor, Rafael, sin tanto empuje como él. En la boda de Soledad y Eduardo conoció Rafael a la segunda hija de Jerónimo Aixelá, Patricia. Se enamoraron con rapidez, al poco se casaron. Como Rafael no tenía capital ni vivienda, los nuevos esposos fueron a instalarse en el piso del paseo de Gràcia con todo el resto de la familia. Jerónimo, en un gesto agradable, cedió el mejor dormitorio-salón con balcones a los recién casados, y él se trasladó con su mujer a otra amplia pieza en el interior de la casa.

Los dos hermanos Dumas se casaron con las dos hermanas Aixelá. Era curiosa la diferencia entre los hermanos Dumas. Eduardo era alto, bien plantado, con un cierto aire de superioridad producto de su vida castrense, mostraba entradas en la frente y una nariz ganchuda. Su hermano tenía una pelambrera abundante y rizada, era de menor estatura, con unos ojos más oscuros y un cuerpo de andar alegre. El carácter entre ambos tenía también diferencias notables.

Exactamente ocurría lo mismo entre las dos mujeres. Soledad era esbelta, el cabello tirando a rubio, cuidaba con esmero su figura, vestía con elegancia. Patricia, siempre algo encogida, lucía modelos más discretos, algo pasados de moda. Había heredado el afán trabajador de su padre, en esta vertiente era totalmente Aixelá. Aunque hermanas y hermanos, por la calle nadie lo hubiera dicho.

En el año 1945 Lidia Villarroya vivía en una casa del pasaje Cuxidó, en el Poble Nou. Estaba cerca del mercado donde tenía su tienda de cerámicas. Aunque estaba con su hija Martita Alcázar, que tenía ya siete años, por las noches sentía un cierto miedo al estar sola.

Todos los días iba andando hasta su negocio, en una ocasión coincidió con un grupo de operarios de la compañía de tranvías. Entabló conversación con el jefe del grupito. Aquella persona tenía unos ojos limpios, profundos, desprendía también un aire de confianza. En la charla el hombre explicó que andaba buscando una habitación de alquiler por la zona. Como de costumbre, sin pensarlo dos veces, Lidia le soltó:

—Precisamente tengo una habitación para alquilar, ¿le interesa?

La charla se prolongó para resolver varios detalles. Cinco días más tarde, José María J. G., excombatiente de la División Azul, se trasladó al domicilio de Lidia. Era un excelente inquilino, respetuoso, ordenado y limpio. Pagaba puntualmente cada mes un dinero extra, regular, para la revuelta economía de Lidia.

Trascurrió un año entre dueña y arrendatario, con buenas maneras, con respeto entre ambos. Un día, como quien no quiere la

cosa, Lidia se insinuó con su habitual delicadeza:

—Usted debe ser marica, pues durante un año no me ha metido mano.

El inquilino no pudo resistir tamaño insulto, demostró con creces que no era un sarasa, ni mucho menos. A partir de entonces usaban la misma cama. Pasado un tiempo, José María le propuso casarse, deseaba tener hijos. Lidia aceptó gustosa la sugerencia. Contrajeron matrimonio en el año 1947. En 1948 nació su primer hijo, Javier, un varón rubio y alegre. Dos años más tarde, su hogar se alegró con la llegada de un segundo hijo, Enrique, moreno y sosegado.

# V.5 Vida social de Jerónimo Aixelá

En 1949 Jerónimo Aixelá tenía muy buenos ingresos, una mansión alquilada en el paseo de Gràcia, la torre de veraneo en Esplugas, el último modelo de coche y una familia feliz. Empezó a tener una vida social donde exhibir su triunfo y su dinero.

Durante su estancia en Logroño los amigos del ejército le enseñaron el arte taurino. Decidió adquirir un abono para a un asiento de barrera-sombra, el más cercano al ruedo y de mayor precio, en la plaza de toros la Monumental. Un coso del mismo prestigio que las Ventas de Madrid o la Maestranza de Sevilla, construido con una cuidada arquitectura mudéjar y bizantina. Los domingos por la tarde asistía a las corridas de toros de la llamada fiesta nacional. Solían torear el Cordobés y su antagonista en estilo, Miguelín. Los conocimientos de tauromaquia los utilizaba en el probador de la sastrería para demostrar a los clientes que era un hombre de mundo, instruido, de conversación amena.

Coincidía con varios amigos y clientes, todos con reloj de oro y Montecristo en los dedos. Intimó con Alberto Gómez, director general de una empresa de seguros, ambos provenían de las capas sociales más marginadas. En ocasiones se encontraba con J. Mateo Madrigal, un alto funcionario del ministerio de gobernación, muy dado a despotricar contra los catalanes profetizando toda clase de desgracias y hecatombes. A Jerónimo Aixelá le incomodaba esta conducta agresiva, pero tenía varios parroquianos en las esferas oficiales que no deseaba perder. Su coraza antipolítica le permitía absorber sin ningún resentimiento todas las situaciones delicadas. En su escala de valores el trabajo constituía el escalón más alto, el sexo era el segundo y el resto estaban a niveles bastante inferiores. Trabó una buena amistad con el jefe de enfermería de la plaza, juntos solían tomar unas copas después del espectáculo en los bares cercanos. A estas reuniones se sumaban el resto de los amigos, que discutían con calor los diferentes lances, la calidad de las reses, el trabajo de los banderilleros, de los picadores, el arte de cada torero. Cuando estaba a solas con el jefe de enfermería solía recibir un paquete de carne de toro, su criada andaluza cocinaba un excelente guiso con ella.

En la Monumental descubrió a un joven banderillero fracasado, Filipón. Tenía un carácter muy vivo, simpático y, poco habitual, con carnet de conducir obtenido durante su servicio militar en Automovilismo. Le incorporó a la sastrería como botones, con uniforme gris claro de botonadura dorada y gorra redonda del mismo color adornada con una cinta roja. Aparte de los pequeños encargos o

la compra de materiales, su principal misión era la entrega de las prendas terminadas a domicilio, junto con el cobro de las correspondientes facturas. Esta actividad era de su agrado. Un buen paseo por la ciudad, con el ingreso extra de las buenas propinas de los clientes. Filipón también actuaba como chófer y cuidador del coche de su patrón.

En el Price, la catedral del boxeo, Jerónimo disponía de un pequeño palco con cuatro sillas plegables. El local estaba situado en la calle Floridablanca esquina Casanova, y estaba dedicado a diversos espectáculos. Antes de la guerra civil se había usado para mítines políticos; los bailes de los jueves de sirvientas y soldados y, obviamente, las veladas de boxeo. Después de la guerra se utilizó para sermones religiosos y para la celebración de misas en el propio cuadrilátero del ring por el obispo Gregorio Modrego Casaus: franquista, procurador de las Cortes Españolas, comisario apostólico de la bula de la Santa Cruzada para legitimar la autoridad moral de los golpistas.

El deporte del boxeo era muy popular, una actividad de masas, mayor que la creciente afición al balompié. Jerónimo solía invitar a clientes y amigos a los combates de mayor expectación. Filipón conducía el Peugeot de Jerónimo Aixelá de buena mañana para aparcarlo delante del mismo Price, a esta hora no tenía problemas de espacio. Por la noche, al salir del Price Jerónimo y sus invitados, él era el único con el vehículo justo al frente de la puerta.

Los sindicatos clandestinos durante la dictadura utilizaban la sala del Price para el intercambio discreto de información y la organización de actividades. La gran afluencia de obreros proporcionaba un buen anonimato, las conversaciones quedaban camufladas entre el jolgorio de la pelea. Daniel Rodríguez Martínez asistía asiduamente al Price para organizar los grupos y transmitir las consignas. También seguía con el traspaso de las confidencias facilitadas por Elena a Ruiseñor. Conocía al caballeroso sastre, pero este no a él.

Otra de las aficiones de Jerónimo consistía en su vertiente artística, él mismo se consideraba un creador en la confección de prendas. En modelar de una tela lisa una prenda personal, algo viviente sobre el cuerpo de las personas. Asistía a una escuela de pintura. Sus telas al óleo tenían buena perspectiva, colorido adecuado, un tratamiento aceptable de la luz, no era un mal pintor. Combinaba las clases con la asistencia a exposiciones y subastas, y adquiría obras de arte de autores de renombre como las acuarelas de Mestres Cabanes, los óleos de Truco o de Joaquín Mir. También estaba

interesado en la escultura con la compra de varias obras, un par de ellas del maestro Clará.

Todas estas actividades eran, por supuesto, empleadas en las conversaciones entre los clientes y el sastre. Las mejores obras las colocaba en la sastrería, el resto en su domicilio. En el salón de la sastrería de la Rambla había dos vitrinas iluminadas mostrando diferentes objetos de valor, recuerdos profesionales y todos los trofeos ganados en la Exposición Internacional de 1929, expuestos en el mejor lugar.

# V.6 Estancia en Ribes de Freser

## Notas familiares de Óscar Aixelá

Cuando era pequeño tenía una tos bronca, profunda, horrible, de perro asmático moribundo. Los médicos nunca pudieron dominarla, para gran consternación de mis padres. Pasaban los años sin ninguna mejora y, como última solución, los matasanos recomendaron aires puros al nene. Esta terapia tuvo importantes repercusiones familiares, que, en un primer momento, pasaron desapercibidas.

Era la excusa perfecta utilizada por mi padre para mandar a su esposa y a sus hijos pequeños a diferentes exilios, lejos de él mismo, del abuelo y por largos periodos de tiempo. Él permanecía en Barcelona en el domicilio de sus padres. Tres fueron los diferentes destinos, el más largo y duro fue el primero.

A pesar de mis pocos años, tengo recuerdos de nuestra estancia en Ribes de Freser, muy al norte de Barcelona, en el camino hacia el santuario de Núria o hacia el puerto de la Bonaigua. Mi padre alquiló una casa desangelada de techos altos cerca de la entrada al pueblo desde la carretera de Barcelona. Por una de las ventanas podía ver cómo la vía del ferrocarril entraba en el túnel pegado a la montaña, en la misma salida de la estación. Ver la desaparición del tren dentro de la tierra tenía un toque mágico.

Mi padre llegaba cada sábado por la tarde en tren desde Barcelona. Me gustaba esperarle en la estación. Las vías, desvíos, señales de colores y toda la estructura ferroviaria me cautivaban. Ver llegar el convoy con una poderosa e inmensa locomotora eléctrica capaz de arrastrar tantos vagones cordillera arriba era fascinante. Los lunes regresaba al trabajo a muy temprana hora, de madrugada. Apenas estaba con nosotros un día y unas pocas horas más. Si mi abuelo era el dueño de la sastrería, ¿por qué padre no podía estar más tiempo con nosotros?

Hice un amigo, el hijo pequeño del pastelero. Madre frecuentaba la tienda casi a diario, era una de las paradas en el recorrido de los diferentes comercios en el transcurso de las tardes. En todas ellas nos entreteníamos un buen rato, pero la confitería siempre era la última y la conversación entre las mujeres la más duradera. Jugábamos a menudo en el cauce del río Freser, de un caudal rabioso y frío. Encendíamos cerillas-petardo Garibaldi en el muro del hotel. Los dueños del negocio se enfadaban, al prender el petardo la inmaculada pared blanca quedaba con rastros negros de quemaduras. Pero era el lugar ideal para encender los Garibaldi, la estructura más rasposa de todo el pueblo. Con precauciones propias de indios lográbamos

encender los artefactos y huir de inmediato, pues el ruido provocado alertaba a los hoteleros. También intentábamos cazar grillos en los campos, operación mucho más complicada de lo que parece, estos animales son muy listos y no se dejaban coger. Nuestra idea de ganar dinero con la venta de grillos fracasó con estrépito. Para conseguir un ejemplar tuve que rogar a mi madre su compra en el mercadillo de la villa.

El invierno era muy duro, con fríos glaciales y fuertes nevadas. Algún domingo hacíamos con padre muñecos de nieve en la terraza. Mi madre se sentía abandonada en aquella pequeña villa, encantadora pero aislada como un gulag. Cuando oscurecía lloraba de soledad con la mejilla pegada al vidrio de la ventana del comedor. Las lágrimas no caían al suelo de la sala, quedaban congeladas entre la piel y el cristal.

El período de vacaciones era fenomenal, padre estaba con nosotros todos los días y las temperaturas eran agradables. En mi sexto cumpleaños me regaló un avión con una hélice accionada por una goma retorcida, funcionaba muy bien. No me cansaba de utilizarlo, subía a las colinas para lanzarlo hacia abajo, con lo que lograba unos vuelos mucho más largos. También tengo en la memoria una discusión de mi padre con el carnicero del pueblo. No entendía el motivo de aquella disputa, después de muchas preguntas, aclaraciones y explicaciones pude resolver el enigma. El carnicero mataba un cerdo cada viernes y ponía la carne a la venta el sábado. Los cerdos podían tener una enfermedad llamada triquinosis. Por este motivo se enviaba una muestra de la carne para ser analizada en un laboratorio de Puigcerdà, la capital de la comarca. La triquinosis, por lo visto, era contagiosa a las personas con efectos pavorosos. El resultado del análisis solía recibirse el lunes o el martes siguiente, después de que los clientes consumieran la carne. Ante tamaña contradicción el tendero, con toda calma, contestó:

—No hay ningún problema, el resultado es siempre el mismo: negativo.

Las excursiones eran frecuentes, en algunas no pude acompañar a mi padre por la dureza de las subidas, me sabía muy mal. En las caminatas más suaves, desde la parte alta de los campos de pastoreo con pendientes pronunciadas, me lanzaba colina abajo rodando con el cuerpo pegado a la hierba. Disfrutaba una enormidad con un descenso vertiginoso y salvaje. Primero debías estar seguro de no ensuciarte con ninguna mierda de vaca fresca, si estaban secas no importaba. Nunca me manché.

Otras tardes nos acercábamos a la estación del tren cremallera con destino a Núria. Me fijaba en la rueda dentada de la locomotora, que

engranaba con el rail central provisto de dientes. En varias ocasiones subimos al santuario en el tren cremallera, siempre tenía miedo de que la rueda reventase y el tren se despeñara por aquellos precipicios. Todo el tiempo estaba atento a cualquier ruido sospechoso, quizás era mejor saltar del vagón en caso de un accidente. Una noche el pueblo estaba alborotado, con la caída de una súbita y fuerte tormenta de nieve en la montaña. Uno de los convoyes no había llegado a su destino. Se formaron dos grupos de hombres para auxiliar a los pasajeros y averiguar lo sucedido. Me impresionó ver aquellos valientes preparándose para una tarea tan difícil mientras seguía nevando con intensidad.

La estancia en Ribes de Freser se prolongó más de un año, pero no he olvidado que durante este tiempo no asistí a ninguna escuela. Un día, de sopetón, estábamos de nuevo en el domicilio de Barcelona. Mi madre volvió a tranquilizarse, podía visitar a sus padres adoptivos, los parientes y a sus escasas amigas. Volvía a ir de compras casi a diario al mercado del Ninot, o ir al cine con mi padre. Con siete años me matricularon en mi primera escuela, en la parte alta de la calle Amigó.

Los aires de las montañas no me curaron la tos.

# CAPÍTULO VI (1951–1960)

## VI. 1 La huelga de los tranvías

Ruiseñor, antes Salamandra, meditaba sobre la interminable posguerra. Las cartillas de racionamiento de alimentos, el estraperlo, el mercado negro, la corrupción dominaban en la dictadura franquista. Para favorecer la industrialización, el Gobierno había decretado unos salarios paupérrimos para la clase trabajadora. Los obreros vivían casi en la miseria, adscritos al único sindicato tolerado de Falange Española. Además, estaban controlados férreamente por la Brigada Político Social de la policía y por la Guardia Civil.

En cualquier momento podía encenderse una explosión de protesta.

El motivo fue la subida del precio del billete del tranvía, el medio de transporte usado por la inmensa mayoría de los asalariados barceloneses. La Compañía de Tranvías de Barcelona, con el beneplácito del alcalde y del Gobierno civil, aumentó el precio del billete desde cincuenta a setenta céntimos, un incremento brutal del cuarenta por ciento.

La indignación popular por la desorbitada subida se multiplicó al darse a conocer en un periódico el coste del billete en Madrid, era de solo cuarenta céntimos. Aparecieron las primeras octavillas de protesta por la ciudad condal, las escasas estructuras sindicales sobrevivientes de la Guerra Civil se pusieron en marcha, a pesar de estar sumidas en una peligrosa clandestinidad.

Ruiseñor había esperado con ansia este momento para pasar a la acción. La llama revolucionaria del anarquismo no podía faltar a la presente cita. Había recompuesto un esqueleto sindical con pocos afiliados, pero de probada fidelidad. La estructura estaba confeccionada con base al sistema de la tríada. Cada tres miembros eran dirigidos por un jefe, cada tres jefes por un jefe superior, y así hasta la cúpula de la organización. Cada grupo conocía únicamente a sus propios componentes y no a los demás. Si la policía lograba detener a un afiliado era difícil alcanzar a los responsables finales.

La estructura disponía de un elemento de seguridad. Consistía en una comunicación diaria por teléfono o personal entre los elementos de cada tríada con su jefe. Si alguno faltaba y podía estar detenido, los demás debían escapar. La consigna en caso de ser arrestado consistía en resistir las torturas al menos durante veinticuatro horas, tiempo

suficiente para conocer su situación. El sistema tenía el inconveniente de ser lento en la transmisión de órdenes e informaciones hacia las bases, pero la seguridad era el factor primordial.

Ruiseñor había previsto un posible estallido de los obreros en cualquier momento y estaba preparado. Disponía de varios lugares secretos con máquinas de ciclostil para imprimir propaganda y materiales para fabricar cócteles Molotov. Había llegado el momento de entrar en acción para demostrar que la CNT y el anarquismo no estaban muertos.

El cuartel general de la Policía se encontraba en la Vía Laietana. En sus temibles sótanos se torturaba a los detenidos políticos, sindicales o a cualquier sospechoso. El jefe de la Brigada Político Social era Pedro Polo Borreguero, y sus brazos ejecutores los hermanos Creix, Antonio Juan y Vicente Juan. Los hermanos Creix recibieron clases de lucha anticomunista en las oficinas del FBI. Las torturas cambiaron a métodos más sofisticados y crueles. Cuando Pedro Polo se jubiló en 1955 lo sustituyó Antonio Juan Creix.

La aparición de pasquines aumentó a principios de febrero; en ellos proponían a los trabajadores no utilizar el tranvía. Las máquinas de ciclostil y las técnicas de colocar entre un tiraje de imprenta unas octavillas proporcionaban un medio para expandir las consignas a la población. Todos los sindicalistas clandestinos trabajaban sin descanso. Los pasquines eran de pequeño tamaño, y la organización invitaba a realizar cuatro copias a mano y distribuirlas entre los amigos. Daban las consignas, el coste del billete en Madrid y terminaban con el eslogan: «España una y para todos».

Las protestas aumentaron a finales de mes con la rotura de cristales y la colocación de petardos en las vías, que producían solo humo y ruido que ponía nerviosos a conductores y policías. En el primero de marzo de 1951 el uso del transporte público por tranvías fue nulo. Los trabajadores marchaban a pie a sus comercios y empresas. La mayoría con la comida del mediodía para ahorrarse un doble desplazamiento. Hacía tiempo primaveral, idóneo para darse un paseo por las calles.

Algunas agresiones a viajeros esquiroles provocaron la intervención de la policía, que efectuó varios disparos, una bala perdida alcanzó a un niño matándolo al instante. Este incidente unió más a los huelguistas y se caldeó el ambiente. Daniel Rodríguez Martínez, bastante harto de su inactividad revolucionaria, tomó parte activa en el boicot. Sus compañeros preparaban unos cócteles molotov para incendiar algunos vagones. Tenían ya la gasolina, se disponían a rellenar las botellas colocando una tela como mecha. Daniel les

interrumpió la tarea con una propuesta fruto de la experiencia de su familiar Justo Martínez. Él y un camarada traían una botella de ácido sulfúrico y unas pastillas de potasa. Les habló con calma y seguridad, mientras manipulaba con sumo cuidado todos los elementos:

—Es un nuevo tipo de cóctel, no deja ningún rastro luminoso al lanzarlo ni debe encenderse. Hay que llenar cada botella con tres cuartos de gasolina y el resto con ácido sulfúrico. Cuidado, es muy corrosivo, debéis manejarlo con gran precaución. Una vez llena la botella, se cierra bien con un corcho, colocando en el exterior una pastilla de potasa adherida al vidrio con un esparadrapo. Al romperse el cristal la potasa reacciona con el ácido, lo que provocará una explosión al inflamar la gasolina. Para prevenir cualquier accidente es mejor fijar la potasa justo antes del lanzamiento.

Todo el grupo comprobó la efectividad del nuevo artefacto, al arrojar la bomba daba la impresión de una inofensiva botella volando. El nuevo dispositivo desconcertó a la policía. Al cabo de tres días, la novedad ya se conocía, pero los huelguistas ya no la utilizaron más. Nadie subía a un tranvía.

Al llegar el domingo la climatología cambió con brusquedad y empezó a llover con fuerza durante el partido de fútbol del Barcelona. La Compañía de Tranvías trasladó todas las unidades al viejo campo de las Corts, esperando una afluencia de pasajeros debido al mal tiempo. Las autoridades esperaban romper la huelga con la ayuda del aguacero. El propio gobernador civil, Baeza Alegría, se personó en el estadio para observar los acontecimientos. Su decepción fue total, a pesar del chaparrón ningún aficionado subió a la larga cola de tranvías.

La huelga había triunfado.

El pueblo estaba unido desde el éxito del reciente boicot, y ya preparaban una huelga general para el próximo 12 de marzo. La experiencia de las octavillas como medio de comunicación a la población había demostrado su eficacia, volvió a entrar en escena en todos los rincones de la ciudad. Amaneció el día señalado, la huelga en los sectores industriales era casi total. Entre las 11 y las 12 horas se militarizaron algunas fábricas. Fue una acción tardía del Gobierno; la protesta ya se había difundido en todos los ámbitos. Una multitud de obreros había abandonado sus puestos de trabajo para dirigirse al centro urbano, obligando a cerrar las tiendas aún abiertas. Cerca del edificio de Correos la policía disparó a matar sobre los manifestantes, el resultado fue de dos muertos y numerosos heridos. Por la tarde el paro se extendió a otras ciudades industriales como Badalona, Manresa, Sabadell y Terrassa.

El Gobierno de Madrid actuó con prontitud para acabar con las protestas. La huelga se consideró un delito de sedición. La ciudad la ocupó la Guardia Civil y el precio del billete volvió a su antiguo valor. Se produjeron numerosos ceses: el alcalde, el gobernador civil Baeza Alegría, el jefe del sindicato vertical y varios mandos superiores de la Policía Armada.

La huelga de tranvías de 1951 fue el primer acto de protesta importante contra la dictadura franquista.

En la algarada ciudadana apareció la figura de Carmen del Lirio, la mejor vedete de los años 50, de la compañía de revistas de Joaquín Gasa. Tenía una imagen preciosa, con una melena de un negro radiante que contrastaba con unos preciosos ojos de color verde, según se decía, con más colorido que una hoja en primavera. En la escena sus movimientos eran escasos y lentos, su figura inundaba todo el espacio.

El rumor popular la situaba como la amante del gobernador civil Baeza Alegría. Por este motivo, en una protesta estudiantil contra el gobernador, los manifestantes portaban en una mano una botella de agua del Carmen y en la otra una flor de lirio. La cabaretera nunca reconoció tales habladurías. En cambio, no tuvo inconveniente en declarar sus relaciones con Juan Antonio Samaranch, el soltero de oro de la ciudad.

Cuando Ruiseñor tuvo noticias de las andanzas de Daniel Rodríguez Martínez durante la huelga, le propinó una bronca descomunal. Su misión en la dictadura era mucho más importante que nunca, para nada debía poner en riesgo su identidad ni las confidencias de Elena. El amonestado tomó nota y aguantó el chaparrón. Su cuerpo le había pedido con pasión una actividad revolucionaria, la realizó a conciencia; además, disfrutó como nunca al hacerlo.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Al empezar la huelga de los tranvías recuerdo la cara de pánico de mis padres, parecía que la guerra civil volviera de nuevo. Me prohibieron acercarme a cualquier tranvía. Estos vehículos, como los trenes, me producían una cierta fascinación. Cuando estaba invitado a comer en la casa del abuelo, en el paseo de Gràcia, pedía a su madre o a su hermana salir a pasear hasta la cercana calle Aragón. Allí podía contemplar el paso de las locomotoras y los vagones. Las vías del ferrocarril estaban hundidas respecto a la calle, pero a cielo abierto. Apoyado en la barandilla de piedra, disfrutaba con el paso de los diferentes convoyes. Las viviendas de ambos lados estaban

ennegrecidas por el hollín de las locomotoras de vapor. Durante el año 1957 se cubrieron los raíles, y quedó por encima una ancha vía automovilística. Por esta causa perdí una de mis actividades infantiles favoritas.

Cansado de observar desde la ventana el paso de tranvías vacíos de pasajeros, o con un par de policías secretas a lo sumo, convencí a tía Enriqueta para pasear un poco. Tanto ella como yo mismo queríamos tener una observación más directa de la huelga. Por supuesto, a una prudente distancia en cumplimiento de las órdenes paternas.

Contemplar la sencillez utilizada para provocar el descarrilamiento de una unidad era fascinante. Los huelguistas colocaban una pieza larga de hierro dentro de la vía, distraían al conductor antes de llegar a la trampa con una lluvia de piedras. Impresionaba contemplar aquella mole salir de su cauce como un caballo desbocado e incontrolable, mientras el trole soltaba una nube de chispas.

Volví orgulloso a casa sin contar nada a mis progenitores. Deseaba realizar una de mis actividades habituales favoritas. En el cajón inferior del armario mi padre guardaba su equipo de boxeo, usado en el gimnasio de Londres. Me ponía los guantes, enormes en mis manos, y colocaba el resto de los cachivaches a mi alrededor, sobre todo me intrigaba el protector bucal. Jugaba un tiempo con todas aquellas piezas. Era como un baño de virilidad.

Mi padre nunca jugaba conmigo, salvo en raras ocasiones o durante el período de las vacaciones estivales. Varias veces insistí con el tema del boxeo. Por primera y única vez me enseñó la oposición de guardia. Un puño protegiendo la mandíbula y el rostro. El otro puño, junto con el brazo, por debajo del anterior escudando la boca del estómago. La enseñanza fue corta, un par de minutos y se acabó. Deseaba con pasión algunas lecciones más, o incluso entablar una pequeña pelea. Nunca entendí los motivos de mi padre para cortar de raíz algunas de las actividades que podíamos hacer juntos durante mi infancia.

## 1951

El feliz matrimonio de Lidia Villarroya y José María J. G. tuvo su primera discusión seria. El Gobierno de España decidió conceder diversas medallas a algunos de los más destacados soldados de la División Azul, durante su estancia en Rusia. El divisionario José María J. G. fue merecedor de una de ellas, al considerar su heroico regreso desde la retaguardia enemiga hasta las lejanas trincheras españolas. La distinción también incluía una modesta dotación económica mensual

de por vida.

José María J. G. rechazó la medalla.

Lidia no entendía la resolución de su marido. Era un dinero merecido por su valor y sufrimiento, una mensualidad para apuntalar su economía doméstica, una prebenda de aquel Gobierno cicatero capaz de tener a la clase obrera en la ruina, una ayuda en aquellos años de un gris oscuro. Rogó, suplicó, pero todo fue inútil. La decisión de José María era tajante:

—No quiero ningún dinero sobre la sangre de mis amigos y compañeros. Otros se lo merecían más que yo, y las viudas de los soldados caídos no tienen nada.

La disputa se prolongó durante unas semanas. Lidia, muy ofendida, negó a su marido cualquier relación carnal durante este periodo.

Eulalia Martínez cursó la carrera de Filología. Durante su estancia en la cárcel de Las Corts descubrió su facilidad para los idiomas. Sor Belén Bendito se apiadó de la reclusa, le propuso aprender latín. Disponía de tiempo y las clases eran la primera muestra de humanidad en aquel antro, un rayo de luz entre las tinieblas. Pronto la alumna superó a la maestra. Una vez en libertad decidió aprovechar este don, matriculándose en los estudios de filología y de inglés.

Deseaba con ardor participar en la lucha contra la dictadura, pero sus antecedentes penales le aconsejaban una gran prudencia en estas actividades. En ninguna circunstancia podía volver a la cárcel. Su madre no resistiría una situación como la vivida con anterioridad. En un primer paso se afilió a la JOC, Juventudes Obreras Católicas. Con la prohibición de partidos políticos las personas con inquietudes democráticas recalaban en organizaciones paralelas para desarrollar sus militancias, incluso en organismos eclesiásticos.

El obispado de Barcelona empezó a trabajar para un próximo congreso eucarístico. Al ser un encuentro internacional, era necesario utilizar traductores, con la complicación que el clero utilizaba el latín entre sus miembros. La monja que enseñó latín a Eulalia, sor Belén Bendito, estaba ahora en un cargo de importancia. Solicitó los servicios de su antigua alumna. Tras presentar sus excelentes calificaciones académicas, junto con el aval de la religiosa, Eulalia empezó a trabajar en las oficinas del obispado, un edificio al lado de la catedral.

Montserrat estaba orgullosa de su hija y del trabajo que desarrollaba. Siempre había conservado la fe en su Iglesia. Desconocía

por completo la pertenencia de su hija a la JOC, e ignoraba sus intenciones futuras.

# VI.2 El congreso eucarístico de 1952

El bar era una antigua fragua situada en una calle paralela a la parte media de la Rambla, hacia el lado oeste. En la parte superior de la puerta, difícil de localizar, rezaba un cartel con un esclarecedor nombre «El descarriado». Un pasillo daba paso a una amplia sala con múltiples mesas de mármol y sillas de madera vieja. Las paredes lucían enormes desconchados con carteles antiguos en cierto mal estado. En algunas zonas, disimulando mayores destrozos, unos corchos amarillentos contenían toda clase de frases, notas y avisos a la vista de los parroquianos. Los mensajes eran de toda índole: alquiler de una habitación sin derecho a cocina, intercambio de un saxofón por una flauta con su funda, una proclama nihilista, el aviso caducado de una manifestación libertaria, los versos de un poeta espontáneo. A pesar de todo el local ofrecía una acogedora atmósfera a sus clientes, la mayoría habituales y conocidos entre sí, de la zona del cercano barrio chino.

Era uno de los bares favoritos de Daniel Rodríguez Martínez. Estaba sentado en un taburete alto, conversando con la gente de la barra y de las mesas más cercanas.

—En esta ciudad hay ahora más curas y policías que obreros. Entre tanto cardenal y la visita del dictador no hay quien pare. Cuando no ves ninguna sotana ni un uniforme militar, aparece una nube de monjas almidonadas corriendo de un lado a otro. Para desintoxicarme he decidido pasar por aquí, no podía soportarlo por más tiempo.

Intervino otro parroquiano tocado con un extraño sombrero, bastante indescriptible y sucio.

—Cuánta razón tienes, Daniel, yo ya he vomitado.

Un tercer cliente tomó la palabra. Era un exsoldado de la batalla del Ebro, donde había perdido un ojo. Montaba unas gafas sin cristal en el lado bueno, en el otro tenía dibujado un ojo de color blanco sobre el vidrio opaco.

—Han intentado arreglar el aspecto de la ciudad para tapar el olor de la miseria, trabajo inútil. Ahora el recorrido de las autoridades no se acerca ni de lejos a los barrios de chabolas y hambre.

En una mesa solitaria, delante de una botella de agua y un vaso de plástico, intervino el poeta incomprendido:

—Encima, el dictador va acompañado de su Guardia Mora. Que contrasentido, ¿también les van a dar hostias sagradas a los infieles?

En el fondo de la sala un borracho medio dormido levantó de súbito la cabeza y lanzó un grito:

—¡Camaradas, esto es la Olimpiada de la Hostia!

Cayó derrumbado sobre la mesa y vertió el resto de un vino peleón sobre sus pantalones. Todo el mundo soltó una risa incontenible. Pero la expresión cuajó, como los hierros forjados antaño en la misma habitación. Toda la clase obrera se refería al congreso eucarístico con estas palabras.

Eulalia Martínez estaba desbordada desde el inicio del congreso, el 27 de mayo de 1952. Participaban setenta y siete países y unos trescientos mil congresistas. Iba de un lado a otro cuando le avisaban con urgencia para trasladarse a un nuevo lugar, con problemas graves en una delegación extranjera.

Podía percibir por sí misma el fervor religioso que respiraba la ciudad, contemplar toda la clase de actividades bien planificadas y preparadas por el obispo de la provincia, Gregorio Modrego, el fascista que oficiaba misas en el *ring* del Price.

Pasados los primeros días Eulalia pudo acompañar a su madre en alguno de los actos religiosos, más bien para descansar un ratito. Desde su estancia en la cárcel, odiaba toda la parafernalia eclesiástica, aunque ahora vivía de ella. Para combatir esta contradicción solía proporcionarle a su primo Daniel suculentos comentarios, conflictos o políticas del obispado de Barcelona. Esta información no era trasmitida por Daniel a Ruiseñor, la consideraba un tema familiar. Al contrario de Justo durante la época del Salamandra, Daniel guarda ciertas distancias con Ruiseñor. No en vano había visto en ocasiones el sufrimiento de Justo en las relaciones con Elena y el frío Salamandra. Daniel vendía las noticias de Eulalia a un par de periodistas, aunque a veces eran de difícil publicación debido a la censura existente. Si alguna aparecía algo camuflada en un periódico o revista, Eulalia las leía con pasión. Le proporcionaban un estado de realización personal y felicidad.

Camilo Cabezas, agnóstico, no participó en el congreso. Con frecuencia acompañaba a su mujer Mercedes en algunos actos, pues era muy respetuoso con las creencias de los demás. La familia Aixelá asistía a los actos más notorios durante los domingos, en los días laborables ni se les ocurría perder tiempo en estas actividades.

Los momentos más emotivos fueron la ordenación simultánea al sacerdocio de ochocientos veinte diáconos en el estadio de Montjuic y la misa de clausura en la plaza de Pío XII, en la parte alta de la

avenida Diagonal. Además, en todas las parroquias de la ciudad se sucedían numerosas pláticas por sacerdotes venidos de todas las provincias.

El congreso eucarístico dejó una huella imborrable en la ciudad, el nuevo barrio del Congreso, la obra cumbre del obispo Modrego. Una urbanización entera de viviendas sociales para mejorar las condiciones de vida de los inmigrantes recién llegados. Estaba constituida por tres mil viviendas, trescientos comercios, una iglesia y diversos equipamientos culturales, deportivos y sociales. Gran parte del coste se absorbió con las ganancias obtenidas en la organización del evento.

Por una ironía del destino, la familia atea y ácrata de Daniel Rodríguez Martínez consiguió una vivienda en el nuevo barrio, concretamente en la calle del Cardenal Tedeschini, el enviado del papa Pío XII para representarle.

### Notas familiares de Óscar Aixelá

Cuando se celebró el congreso eucarístico estaba estudiando primer curso de bachillerato. Acompañaba a mis padres a la iglesia, justo delante de nuestra casa, a solo cruzar la plaza. La parroquia se llamaba, precisamente, de Pío XII. Por este motivo la asaltaron numerosos sacerdotes ávidos de santificar a las ovejas descarriadas.

Seguía con interés las explicaciones del sacerdote de turno. Solían inclinarse desde el púlpito hacia los feligreses, blandiendo el dedo índice e intimidando con la palabra y el gesto. La mayoría procedía de la Castilla profunda, pero su estilo era diferente del que yo conocía. Presentaban un Dios intransigente, castigador, el infierno estaba siempre muy cerca, el cielo era casi inalcanzable.

No recuerdo nada de aquellas enseñanzas, pero tengo en la memoria una sola de ellas, pronunciada por de uno de los sacerdotes visitantes:

—Hermanos míos, hoy me he levantado temprano, a las siete de la madrugada he paseado por el barrio. Me ha sorprendido mucho ver a tantísima gente dirigirse con diligencia a sus trabajos. Incluso la mayoría con una fiambrera para la comida, ya lista a estas horas. Desde luego, los catalanes sois como me habían comentado. Me parece bien, muy bien. Hermanos, podéis seguir con este espíritu trabajador. El trabajo santifica.

## 1952

Con la muerte por accidente aéreo de los generales Sanjurjo y Mola al inicio de la guerra, Franco consiguió la hegemonía en el ejército. La derrota de las potencias del Eje en 1945 le permitió asumir el mando

de la poderosa Falange Española. La facción monárquica, otra de las piezas del puzle hispano, era un problema menor. El siguiente paso era el control de la poderosa Iglesia católica de España. Ya en 1937, Franco estuvo en contacto con el cardenal primado de Toledo, Isidro Gomá, a fin de redactar una nota de los obispos españoles a todo el mundo católico. El objetivo era ganarse el apoyo del catolicismo a la causa de los sublevados, para mejorar su deteriorada imagen internacional. Casi la totalidad de los obispos firmaron la carta de Isidro Gomá. Los obispos que no apoyaron abiertamente a la dictadura fueron perseguidos con saña.

Entre los casos más notorios se encontraba el del arzobispo de Tarragona, Francisco Vidal *y* Barraquer. A punto de ser fusilado por la FAI, en julio del 36, la Generalitat consiguió su traslado a Italia. No firmó la carta, propugnaba una iglesia sin identificarse con ningún de los dos bandos en lucha, con la misión de reconciliar ambas partes. Debido a sus profundos conocimientos teológicos, sus extraordinarias dotes religiosas y humanas, el papa Pío XII, cabeza de la Iglesia, solicitó a Franco su regreso a la diócesis de Tarragona. El dictador se negó y el arzobispo murió en el exilio.

Más graves circunstancias concurrieron con el obispo de Calahorra-La Calzada, Fidel García Martínez. La publicación en su diócesis de una encíclica de Pío XI advirtiendo a los católicos de los peligros del fascismo le acarreó acusaciones y calumnias a su persona durante toda su vida. El acoso culminó en 1952, cuando el poderoso obispo de Barcelona, Gregorio Modrego, le presentó un informe policial elaborado por los servicios de inteligencia del dictador. Acusaban al obispo de asistir a prostíbulos, cabarés, a mantener relaciones sexuales incluso con menores y hombres. Fechorías perpetradas en la Ciudad Condal, Madrid y París. Fidel García, con setenta y dos años en aquellos días, no quiso contestar y se retiró al convento de Deusto. El informe se obtuvo a base de personas parecidas al obispo y con falsos testimonios pagados con dinero. Todo valía para denigrar a los disidentes.

Eulalia Martínez vivió de cerca este último episodio. Aunque no tenía acceso directo a los documentos personales del obispo, en ocasiones echaba un vistazo sobre un informe, o bien oía conversaciones por los pasillos. Los sacerdotes usaban el latín para conversar sobre cuestiones delicadas, pensando que estaban a salvo de oídos indiscretos.

Eulalia tenía la situación muy clara. Franco podía desfilar bajo palio, ir a misa y comulgar, pero cuando un tema afectaba a sus intereses se pasaba al papa y a la Iglesia católica por el forro.

# VI.3 Los veranos en Alp

## Notas familiares de Óscar Aixelá

El segundo exilio familiar fue más suave, solo dos veranos en Alp. Una hermosa villa entre las montañas del Pirineo y la sierra del Cadí, en el valle de la Cerdanya. Mi padre alquiló la vivienda de los maestros de la escuela para los tres meses del estío, estaba situada al lado del mismo edificio docente. Una acogedora casa de madera, cálida y amigable. No paraba de subir y bajar las escaleras de pino al primer piso. Tenía dos accesos, uno por delante a la calle; el otro, por la parte trasera, daba al patio escolar. En él aprendí a ir en bicicleta, tras algunos consejos de mi padre y varias caídas.

Mi padre seguía el mismo protocolo usado en Ribes de Freser, llegaba el sábado por la tarde, volvía a Barcelona el lunes por la mañana. Ahora no podía acercarme a la estación, la vía férrea pasaba lejos del pueblo, en una elevada colina.

Todos los campos tenían abundantes canales de riego, estrechos, pero con un buen caudal. Si algo sobraba en aquel lugar era agua. Con mis hermanos hacíamos barquitos para ver como navegaban, algunas veces incluso dentro de los pequeños túneles que cruzaban las calles.

Con otros dos amigos de mayor edad aprendimos a fabricar carbón. En una obra cercana, que parecía abandonada, montamos varios hornos a base de ladrillos cubiertos de arena fina y con una pequeña chimenea. Por la boca del horno introducíamos maderas, se encendían, luego tapábamos la entrada dejando un pequeño agujero para la circulación del aire. Era necesaria una combustión lenta, sin llama, durante dos o tres días. Una vez obtenido el carbón lo colocábamos en un carrito e íbamos a venderlo por el pueblo. El negocio carbonífero se malogró el día en que los albañiles volvieron de vacaciones. La obra estaba patas arriba, los obreros bastante coléricos. Nos esfumamos a toda velocidad para evitar cualquier bronca.

Otra distracción la ofrecía la cercana serrería. La montaña de enormes troncos, pelados presentaba agujeros para entrar dentro de la pirámide, en estrechas cuevas de un recorrido incierto. Cuando llegó a mis padres la noticia de un niño aplastado en otra serrería por el movimiento súbito de los troncos, me prohibieron volver a ejercitar la espeleología en madera, para mi gran disgusto.

Era divertido ir a buscar setas con mi madre a los campos de alfalfa que estaban situados entre el pueblo y el río Segre. Las setas, de pequeño tamaño, las denominaban *cremalloles* en el valle de la Cerdanya. Crecen juntas, por lo que, al encontrar una hilera, podías

obtener una buena cantidad, y después debías buscar un nuevo filón. Los labriegos no estaban por la labor de los recolectores, en su opinión las plantaciones quedaban dañadas por el pisoteo de los invasores. Teníamos entonces tres placeres: encontrar las setas; esconderse del enemigo, nos vestíamos con colores verdes y si alguien nos parecía sospechoso nos tumbábamos en el suelo ocultos por la alfalfa; comernos los frutos de la tierra, deliciosos. Por cierto, cerca del cementerio siempre encontrábamos gran cantidad.

En Alp agarré mi primera borrachera. Mi padre salió a cazar codornices con unos amigos de la villa; me dio permiso para acompañarle y me dijo:

—Puedes venir, ponte siempre a mi espalda. Haz algo, lleva tú la bota del vino.

Cuando una codorniz caía, echaba un trago para celebrarlo. Al cabo de dos horas iba haciendo eses por el camino. Al volver hacia el pueblo nos esperaba mi madre y hermanos en un camino cercano, de pronto exclamó:

—Pero ¿qué le pasa a este niño?

Pude llegar a mi cama sostenido por ambos sobacos, al tumbarme veía figuras de colores en el techo. Alp era un mundo maravilloso, lleno de peligros, retos, aventuras, amigos.

No puedo dejar de anotar una anécdota relativa a mi padre, que demuestra su carácter. Una tarde de domingo la familia paseaba con tranquilidad por el campo cuando mis dos hermanos pequeños, de seis y cuatro años, cayeron en una acequia llena de agua. Estaban empapados de pies a cabeza. Mientras mi madre los desnudaba, mandó a mi padre a casa para traer prendas secas. La vivienda distaba a menos de diez minutos a buen paso.

Pero mi padre no volvía, pasaba el tiempo y no aparecía. Mi madre comenzó a intranquilizarse temiendo un nuevo percance. No sabía qué hacer, los pequeños empezaban a tener frío. Los minutos se hacían eternos, pero seguían pasando. Transcurrieron más de cuarenta minutos cuando apareció por la vereda dando traspiés, acarreando una inmensa maleta roja, casi un baúl. Al llegar hasta nosotros, sudoroso, agobiado, nos dijo:

—No sabía qué ropa escoger, he traído en esta maleta todos los vestidos de los niños.

En aquel momento encontré la situación de pura risa, no era para menos. Madre estaba para llorar o reír. Con movimientos algo furiosos, terminó por secar y vestir a los pequeños. De adulto comprendí la incapacidad paterna para tomar decisiones, incluso las más sencillas.

Mi tos de perro asmático tampoco mejoró en Alp.

**1953**

La familia de Óscar Aixelá vivió dos años en la torre de Esplugas del abuelo, durante la temporada del curso escolar. En las vacaciones estivales marchaban a la casita de alquiler en Alp. Los médicos siguieron recomendando, una vez más, aires puros para los pulmones del hijo mayor. La atmósfera de Barcelona era peligrosa, pero en Esplugas el aire tenía una mayor pureza. Fue el último exilio, pero nada parecido a los anteriores. El cabeza de familia dormía en casa la mayoría de los días. Meritxell bajaba a Barcelona en autobús cuando quería. Matricularon a Óscar en la escuela parroquial, su segundo centro docente. La dinastía de los Aixelá consideraba la enseñanza pública solo válida para pobres, rojos y ateos.

Meritxell retrasó con habilidad la celebración de la primera comunión de Óscar para coincidir con la de su hermana Mariona, de menor edad. Una norma inflexible del rector de la iglesia y director de la escuela parroquial era la comunión simultánea de todos los alumnos en el mismo domingo. Meritxell, en cambio, deseaba una celebración particular con solo sus dos hijos. Amigos y familiares le hicieron ver la imposibilidad de su plan, había multitud de antecedentes sin ningún éxito. Meritxell salió de su casa muy bien arreglada, guapa, con peineta, mantilla negra, camino de la rectoría. Todo el pueblo conocía la situación, la siguieron con la mirada por las calles. Sabían que no lo conseguiría. El párroco era un hombre rígido, inflexible, de carácter sanguíneo, que solía repartir sonoras bofetadas a monaguillos y catequistas.

Al regresar, anunció a los dos hermanos la ceremonia para tres sábados después. Al día siguiente, domingo, repetirían la comunión junto con los compañeros del colegio. Tuvieron dos primeras comuniones, la particular y la oficial. Los lugareños no se lo creyeron hasta el final. Nunca se supo cuánto dinero costó el arreglo.

En el fausto día, Óscar llevaba un impecable traje de marinero azul oscuro, guantes blancos, zapatos de charol, misal con tapas de nácar y crucifijo colgado al cuello con un cordón dorado, regalo de La imperial del tío Camilo. Su hermana Mariona iba completamente de blanco, sujetaba un rosario con las cuentas de nácar y lucía un precioso peinado de tirabuzones.

Los familiares e invitados llenaban una iglesia completamente engalanada, con flores blancas y profusión de cirios. No podía faltar la música de órgano y un coro para los cantos litúrgicos. Los neófitos estaban muy nerviosos por la sagrada prohibición de tocar la hostia

con los dientes y no atragantarse. Por fortuna todo fue bien.

El abuelo Aixelá, como suele decirse, tiró la casa por la ventana en la fiesta montada a continuación. Los recién comulgados inspeccionaron unas cajas enormes de madera de la confitería Mora, una de las más prestigiosas de la Ciudad Condal. Contenían toda clase de pasteles de tamaño descomunal, de nata, de chocolate, saras, de confituras y otros de nombres desconocidos. La licorería deslumbraba, y allí entraron a saco los adultos como recién llegados a un oasis.

Entonces Óscar pensó que sí, desde luego había nacido con una flor en el culo. Ser el *hereu* tenía sus ventajas. No se repitió nunca más nada parecido con ninguno de los otros quince nietos del abuelo.

Al día siguiente los dos hermanos repitieron todo el ceremonial con los compañeros de la escuela parroquial. Ambos estaban en completa tranquilidad, eran los únicos con experiencia. El rector arrambló con todos los ornamentos del día anterior para la nueva celebración.

Los aires puros de Esplugas tampoco pudieron hacer nada contra la pertinaz tos de Óscar.

Durante las vacaciones escolares de Navidad o Semana Santa, Óscar Aixelá recalaba con cierta frecuencia en la sastrería. Allí era recibido como el príncipe heredero, todos le cuidaban y le hacían la pelota.

Junto a su abuelo, tomaba a media mañana un yogur con envase de cristal y virutas de naranja, un privilegio de la época. Solo el abuelo y él interrumpían el trabajo para desayunar. Los demás seguían con su labor, incluido su padre Raúl. Si visitaba a su tía abuela Lorena en el almacén de materiales, un Fort Knox vigilado por ella con mano de hierro, le mostraba las colecciones de botones. De múltiples tamaños, colores y materiales: de metal, nácar, hueso, plástico y madera. Los diferentes carretes de hilo, de varios grosores y colores. En otras estanterías había multitud de forros de tela de diferentes tonos y dibujos.

En el taller confeccionaba canillas a partir de bobinas de hilo en las máquinas de coser. Allí las reverencias y atenciones eran mayores. A menudo conversaba con una simpática modista, Elena, aunque todavía desconocía las relaciones entre su abuelo y ella. En la zona de selección de telas para los clientes le enseñaban todo tipo de paños y tejidos, los colores de moda, los diferentes grosores y los dibujos: liso, rayado, a cuadros, de espiga, gales, escoces, pata de gallo, ojo de perdiz y otros.

En una ocasión, tendría Óscar unos diez años, Jerónimo le dijo con

seriedad:

—Niño, ven conmigo al probador. Justo en la puerta hay un taburete, siéntate, no digas nada y mira bien.

El abuelo empezó a probar un traje a un cliente. El probador tenía un espejo central ancho y alto, con otros dos espejos laterales batientes que podían orientarse en el ángulo deseado.

Con el yeso de marcar en la mano se desplazaba alrededor del cliente con el semblante concentrado. Se movía como un artista, a la manera de un pintor de cuadros. Hacia atrás para ver la perspectiva, adelante para colocar una marca de yeso en el punto elegido. El silencio era absoluto, solo roto por algunas cortas órdenes:

—Por favor señor Montero, gire un poco a la derecha.

El cliente, gracias a los espejos, veía las evoluciones del sastre, sus miradas, los pequeños retoques, alguna aguja colocada en un lugar crítico, el efecto del forro o una hombrera desplazada de su lugar.

Al final de todas las maniobras correctoras, el traje quedaba perfecto. El artesano hablaba entonces con el cliente:

—Sr. Montero, fíjese bien, con este traje luce usted como un dandi. Vaya donde vaya será reconocido por su elegancia, su personalidad quedará realzada por este conjunto. Dese la vuelta, vuelva a contemplarse, está usted vestido por uno de los mejores sastres de Europa.

Óscar había asistido atónito a toda la pantomima inicial y al jabón final. Al salir el cliente pudo ver la expresión de su cara, entonces comprendió la lección. El parroquiano estaba exultante, era otro hombre, se creía superior. Incluso ya no le importaba el precio a pagar.

A pesar de las visitas vacacionales a la sastrería, Óscar cada vez se alejaba más de la tradición familiar. A los doce años decidió no seguir con ella. En caso contrario tendría problemas con el abuelo por dictador y con su padre por calzonazos. Dos contra uno es muy mala proporción. El trabajo es para disfrutarlo, no para sufrirlo.

Tomó interés por el Meccano, y construyó muchos modelos de toda clase de máquinas. Con un juego de química, regalo de Reyes, comenzó a realizar múltiples experimentos. Estaba muy claro que deseaba ser ingeniero. Incluso reflexionó sobre otra profesión si sus padres no podían pagar estos estudios. El plan B era formarse para capitán de la marina mercante.

En la reunión de la cafetería Oro del Rin los fabricantes de cintas discutían los avances de la dictadura, después de solventar los

problemas y las noticias profesionales. La persona con mayor interés en el tema era Florián Bárdenas, muy favorable al movimiento franquista. Los contertulios se concentraron en las relaciones de España con la Iglesia y con los Estados Unidos. Franco había logrado dos importantes pasos para el reconocimiento internacional de su régimen.

Tras años de preparación, se firmó el Concordato con la Santa Sede. Un convenio para abrir las puertas del régimen al mundo exterior, asegurar a su favor el apoyo del Vaticano y de la Iglesia española. También para obtener el control del nombramiento de los obispos. La curia presentaba una terna de nombres para ocupar el obispado, el dictador escogía a uno de ellos. Estos privilegios tenían como compensación unas ventajas económicas considerables para la iglesia española, que el Vaticano aceptó de muy buen grado. Las más importantes eran: el clero estaba exento del servicio militar obligatorio; la Iglesia participaba en la censura de libros y películas; el matrimonio católico era obligatorio y único; la fácil obtención de subvenciones para la edificación de iglesias, conventos, sedes y su mantenimiento; una fiscalidad nula para todos los bienes inmuebles de la iglesia y cualquier actividad económica de la misma; la construcción de universidades en cualquier lugar del Estado; la edición de periódicos y la explotación de estaciones de radio; el monopolio católico en la enseñanza religiosa y otras prebendas menores. Otra condición del Concordato fue la unificación geográfica de las diócesis eclesiásticas con los límites provinciales. Afectó en profundidad a diversas diócesis catalanas, que durante siglos habían desarrollado su actividad pastoral en zonas de provincias cercanas, con mucha anterioridad a la división actual. La franja de Aragón fue la más significativa. A todos los fabricantes les pareció abusiva la exención del pago de impuestos, una obligación de todas las personas, comercios y empresas.

El pacto ejecutivo con Estados Unidos significó un cambio estratégico de gran importancia para el país. Franco deseaba un tratado en toda regla, pero esta opción implicaba su aprobación por el senado norteamericano, cuya mayoría de miembros se negaba a sustentar un Gobierno dictatorial. El presidente Dwight Eisenhower apoyó a un anticomunista acérrimo, aunque fuese un dictador. Con la fórmula del pacto ejecutivo pudo evitarse el paso por la cámara americana. El acuerdo tenía tres partes. El suministro a España de material bélico, principalmente armamento sobrante de la Segunda Guerra Mundial y anticuado para los americanos; la ayuda económica con la concesión de créditos en excelentes condiciones y, el más

importante, el establecimiento de bases militares en España. La situación estratégica de la península como retaguardia europea, el control del acceso al Mediterráneo y la excelente situación de las islas Canarias en el Atlántico se valoraron. Las bases aéreas se establecieron en Zaragoza, Torrejón y Morón, y la naval en Rota, provincia de Cádiz y cercana a Morón. La soberanía de las bases era en teoría de ambos países. Existía una cláusula secreta permitiendo a los americanos utilizar las bases en caso de un conflicto con los soviéticos sin la necesidad de comunicar sus movimientos al Gobierno español. En Rota recalaban los submarinos atómicos, existiendo armamento nuclear en las otras bases, incluida la de Torrejón, al lado mismo de Madrid. En la opinión de Camilo Cabezas, si Estados Unidos entraba en guerra, era casi seguro que arrastraría a España hacia el conflicto. Quizás algún día deberíamos pagar una factura que no era nuestra.

# VI.4 Llega el Semíramis

José María J. G. estaba muy nervioso, ya era pública la noticia del regreso de casi trescientos españoles de la División Azul prisioneros de los rusos. Quizás entre ellos estuviera su compañero de fuga después de la batalla de Krasny Bor, Juan Torres.

En los últimos cien años, el puerto de Barcelona había protagonizado innumerables hechos históricos. Desde los embarques de tropas hacia las colonias durante el conflicto contra Estados Unidos, la llegada de los últimos de Filipinas, la marcha de reservistas a Marruecos durante la Semana Trágica, la llegada de heridos desde África, hasta los bombardeos durante la Guerra Civil. Quizás no fue el evento más importante, pero el de mayor impacto en la ciudad y en el resto de España fue la llegada del buque Semíramis. Un curioso nombre para un navío, la mítica reina de Babilonia, constructora de palacios y de los famosos jardines colgantes. El buque transportaba a los repatriados desde el puerto de Odessa.

Rusia no perdonó a los miembros de la División Azul capturados su carácter de soldados voluntarios. Tras diez años de cautiverio, la mediación de la Cruz Roja Internacional consiguió rescatar a 288 españoles, debido a la inexistencia de relaciones diplomáticas entre el régimen franquista y Rusia. No existía en el barco de los prisioneros liberados ninguna referencia a la Unión Soviética, una condición indispensable para permitir su entrada a la Ciudad Condal.

La noticia de su llegada causó una fuerte impresión en toda la población. El rumbo del Semíramis estaba próximo al puerto, pero los nombres de los liberados eran desconocidos. José María estaba en ascuas, con la oreja pegada a su viejo receptor, a la espera de novedades.

Con el barco todavía en alta mar, Radio Nacional anunció la lectura de los nombres y apellidos de todos los embarcados. España entera estaba ansiosa, atenta a la lista. Padres, hermanos, esposas, hijos y familiares de muertos o desaparecidos estaban pendientes de los aparatos radiofónicos para tener una última noticia esperanzadora. La emoción arrasó en todas las capas sociales, en todas las familias, aunque no tuvieran lazos de sangre con ellos. El locutor empezó a leer la lista que tenía en sus manos, con voz grave y lenta pronunciación.

Hubo desmayos y crisis nerviosas, se dieron casos de mujeres casadas en segundas nupcias al declararse muerto el cónyuge, y ahora volvía. José María lanzaba pestes de su aparato de radio. Había escuchado con nitidez el apellido Torres, pero unos ruidos de fondo enmascararon el nombre y el segundo apellido.

El 2 de abril de 1953 un enorme gentío ocupaba el puerto y sus alrededores. Existía una gran emoción entre el público, por no hablar de los familiares presentes a punto de recuperar a sus seres queridos.

El Semíramis se dirigía en avante despacio hacia su muelle de atraque cuando lo saludaron con las sirenas de todos los navíos anclados en el puerto y el disparo de fuegos artificiales. La muchedumbre esperaba ansiosa la aparición de los liberados y encontraba la maniobra lentísima. Se lanzaron los cabos y las maromas para amarrarlas a los norayes e inmovilizar la nave. Finalmente se colocó la escalerilla de desembarque. Al aparecer las primeras personas la muchedumbre prorrumpió en gritos y vítores.

José María J. G. acudió al muelle acompañado de su hijo mayor, buscando a su amigo, del que no tenía noticias desde que tomaron caminos distintos en aquel maldito bosque ruso. A pesar de sus esfuerzos no pudo distinguir a su camarada, era imposible acercarse al muelle entre tanta aglomeración, no pudo aproximarse al buque redentor. Había llegado con retraso al puerto; al estar con su hijo tenía una movilidad reducida entre tanto gentío.

Franco no asistió a la ceremonia de recepción, envió en su lugar al capitán general Muñoz Grandes a Barcelona, antiguo jefe de la División. Tampoco mandó ningún comunicado a los divisionarios desembarcados. El silencio en las altas esferas de la dictadura era notorio.

La inmensa mayoría de los rescatados partían hacia Madrid con un tren preparado al efecto. Al llegar a la estación de Francia, intentaron acceder a los vagones, se encontraron al convoy rodeado por un nutrido despliegue de la Policía Armada que les impedía el paso. Las órdenes dictadas por Franco deseaban impedir una repetición del fastuoso recibimiento efectuado en el puerto de Barcelona. En Madrid no iba a ocurrir lo mismo. El expreso partió con un largo retraso para llegar a la estación de Atocha en plena madrugada. En días posteriores, las noticias sobre los repatriados fueron silenciadas en los medios oficiales y en los periódicos. No se toleraba ningún acto de afirmación falangista con motivo de la llegada de los repatriados.

Uno de los liberados era Fausto Gras Gelet, desertor de la División Azul y oriundo del pueblo de Alguaire en la provincia de Lleida. Tres meses más tarde, su cuerpo lo encontraron atado de pies y manos, ahogado en el pantano cercano a la villa. La investigación de la Guardia Civil calificó el suceso de suicidio. El caso se archivó. Después de diez años el odio seguía vivo en muchas personas.

España se recuperaba lentamente, pero de forma continua, de la terrible guerra pasada. La agricultura se extendió, a pesar de las

*pertinaces sequías* anunciadas periódicamente por el Gobierno franquista. En el año 1953 se decretó el final del racionamiento de los alimentos, casi quince años después de terminada la contienda entre españoles. La inmensa mayoría de la gente siguió guardando por precaución las libretas y los cupones.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

En mi casa hablar de sexo era un tabú sagrado, incluso todo lo relativo a los órganos sexuales se escondía. El bidé lo usaba de pequeño para lavarme los pies. Se disimulaba con una tapa de madera que lo cubría, como si no existiera. Un día levanté la cubierta y me encontré una prenda y toallitas manchadas de sangre. Analicé el hallazgo, intuyendo una procedencia femenina. Corrí hacia el comedor.

—Mamá, mamá, ¿te encuentras bien?

—Sí, hijo. ¿Por qué lo dices?

—El bidé está lleno de sangre.

¡Dios mío! Se organizó la gorda. Todo eran carreras, sudores, gritos, confusión. El cuerpo del delito desapareció al instante. A partir de aquel día tenía prohibido usar el bidé, debía lavarme los pies en la bañera. Era una posición mucho más incómoda. Si al levantar la madera hubiera encontrado una mina de oro no se habría producido tanto revuelo.

Hablé con mi tía favorita sobre el misterio, no tenía otra solución. Me explicó con pelos y señales la menstruación. Vamos, no había para tanto. Sin embargo, me impresionó esta faceta desconocida de las mujeres. La futura maternidad significaba un rosario mensual de inconvenientes graves, incluso dolor en algunos casos.

El siguiente lance me causó una profunda huella, sucedió tiempo después. Ignoro por qué motivo algunas escenas de mi infancia las recuerdo con detalle, otras se desvanecen dejando apenas un rastro efímero. La escena de la peluquería la tengo grabada a fuego, con sus posteriores consecuencias.

Una tarde mi madre volvió después de visitar una peluquería de su confianza. Eran muy profesionales; interpretaban su rostro para lograr un peinado con aires de modernidad, realzando su bonita cara, acorde con su estilo de ropa.

Aquel día mi padre regresó tarde, siempre cenábamos con puntualidad a las nueve de la noche. Estábamos todos sentados en el comedor esperándole, mi madre con una gran elegancia, sonriente, alegre. Se acomodó en el sillón presidencial sin pronunciar palabra, con cara de perro le soltó a su mujer una bronca descomunal a grito pelado. Sus voces resonaban por toda la habitación, por todo el piso.

Según él, el peinado era para atraer la atención de otros hombres.

Un ataque de celos de lo más absurdo.

En un silencio preñado, mi madre se levantó, sin abrir la boca desapareció por el pasillo. El resto de la familia empezó a comer la sopa, ya algo fría, con una nube negra flotando en el ambiente.

Madre regresó con todos los cabellos mojados, lacios, chorreando. En silencio ocupó su silla. Ríos de agua se mezclaban con algo de colorete y se añadían a las abundantes lágrimas de sus ojos. Parte caían sobre la cuchara mientras tragaba la sopa, otras lo hacían sobre su vestido.

La escena me impactó. En el fondo era un signo de inseguridad, de debilidad, de poco hombre.

Muchos años más tarde, ya separado, empecé a salir con Lolita. Era una ejecutiva de una empresa de cosmética. Tenía la virtud de resaltar su natural encanto con conjuntos de moda ajustados a su figura, con toques de voluptuosidad. Siempre lucía unos maquillajes perfectos, una mujer a la que todos los hombres miraban al pasar. Disfrutaba con satisfacción paseando por las calles de la ciudad cogido de su brazo.

Recorríamos toda la Barcelona nocturna de copas, con frecuencia agarrábamos unas merluzas de cuidado siguiendo las numerosas rutas de bares. Mi bebida favorita era el destornillador, vodka de calidad con Schweppes de limón, jamás otra marca. En más de una ocasión la juerga duraba toda la noche, justo para llegar a casa ducharme y marchar al trabajo.

Un día en especial, cuando ya íbamos algo cargados y la noche todavía prometía, andábamos por el casco antiguo. En un bar coincidimos con un marinero amigo de Lolita, antiguo fotógrafo. Había tomado placas de ella con muy poca ropa cuando era más joven. La conversación se alargó tanto como las copas, al salir del local los camareros tuvieron que ayudarnos a cruzar la puerta.

El marinero desapareció, Lolita me propuso una última ronda. Fuimos andando con dificultad por el barrio gótico hasta un local que ella conocía, nunca lo habíamos visitado antes. El bar era algo extraño, tomamos un par de copas en una mesa del centro.

Una escalera lateral accedía a un balcón interior sobre la planta baja, allí se encontraba una atractiva mujer que no dejaba de mirarme. Empezó a discutir con Lolita, no recuerdo bien el motivo, si bien la otra chica no me había quitado el ojo de encima. Descendió al piso bajo y la discusión pasó de las palabras a las manos.

Yo seguía sentado, contemplando con placer la escena. Fue la primera y única vez que dos mujeres se peleaban por mí. Lástima que

de tantos lingotazos los detalles permanecen en mi memoria algo borrosos.

Conseguí levantarme, agarrar a una furiosa Lolita y salir de aquel antro. En tres ocasiones intenté encontrar de nuevo el bar para ver a la atractiva mujer estando sereno, pero jamás lo conseguí. ¿En qué calle estaba? ¿Era un local feminista? No me pareció prudente preguntárselo a Lolita.

Esta misma actitud con las mujeres la tuve con mi amante, el amor de mi vida, Sara Villarroya. Ella es una verdadera beldad, siempre arreglada, con vestidos atrevidos, peinados de peluquería, tacones altos y luciendo una sonrisa luminosa. Pero me fascinaba su sentido común sobre la vida y las cosas, mucho más acertado y práctico que el mío. Su forma de vivir es apasionada, lanzada, más allá de mis convencionalismos y miedos. Pasear por los bulevares y jardines de su brazo es una verdadera gozada. Todos los hombres la siguen con la mirada, incluso algunos tropiezan con el abundante mobiliario urbano o las perennes obras.

# VI.5 El robo del coche

Un día de 1954 saltaron las alarmas en el ámbito familiar de los Aixelá. Habían robado el coche del abuelo. Por la mañana debía usarlo para una gestión, no estaba en su plaza del garaje. El guarda nocturno no sabía nada en absoluto, si bien aseguró haberlo visto en su lugar durante una de sus rondas de madrugada. Una búsqueda por toda la nave no dio ningún fruto.

En aquellos años el parque automovilístico de Barcelona era escaso, el robo de un vehículo se consideraba un delito importante. Poseer un automóvil era signo de riqueza y poder. Jerónimo Aixelá telefoneó a sus contactos de Gobernación para dar los datos del vehículo, un Peugeot modelo 302 con matrícula B-72 425.

Las relaciones de Jerónimo funcionaron a la perfección. A primera hora de la tarde un amable inspector le comunicó que podía recoger el vehículo en la misma Rambla de las Flores, a unos sesenta metros del negocio. Aquella tarde Óscar se encontraba en el taller de la sastrería, su abuelo le llamó:

—Óscar, ven conmigo para recoger el automóvil.

El nieto quedó totalmente perplejo. El automóvil se encontraba en el mismo centro del paseo peatonal de la Rambla. Estaba custodiado por un cabo y cuatro guardias civiles, cada uno al lado de una rueda, tiesos como un palo, con el mosquetón en posición de firmes. El Peugeot no tenía ni un rasguño. Sin ningún papeleo, después de dar una generosa propina a la escuadra, subieron al coche abuelo y nieto. El cabo detuvo todo el tránsito peatonal y rodado para dar una salida cómoda al recuperado vehículo. Dentro del automóvil Óscar percibió un olor extraño, pero no comentó nada. Estaba pensando en las extrañas circunstancias del suceso. ¿Qué ladrón dejaría el coche en plena zona peatonal del paseo más concurrido de la ciudad? Además, ¡toda una patrulla de tricornios para cuidar el vehículo! Más tarde, Óscar intentó averiguar algunos detalles del robo, nadie sabía nada o nadie quiso contarle nada.

Ruiseñor recibió la orden desde Paris para cooperar con Quico Sabaté. Había recibido desde Madrid unos explosivos, debía retenerlos durante seis días para su posterior entrega. Quico Sabaté, el último maquis de la posguerra, estaba ocupado en preparar un próximo atentado. Gracias a la indiscreción de un falangista, Ruiseñor pudo averiguar que la policía conocía el envío desde la capital, e intentaba

por todos los medios localizar los artefactos. Era mejor no usar ninguno de los pisos francos ni los escondites de la organización con un tema tan delicado. En esta situación, la mejor solución era esconder el explosivo en un coche anónimo, circulando por la ciudad o aparcado en un garaje. El paquete no contenía los fulminantes, su manejo resultaba seguro. Mantuvo una entrevista con su compañero de confianza, Daniel Rodríguez Martínez, para ponerle en antecedentes y buscar un automóvil para esconder la mercancía. El vehículo debería estar con la documentación en regla, sin que llamase la atención de ningún policía ni urbano celoso.

Daniel se hizo cargo del asunto. Se dirigió a la vivienda de Feliciano, un viejo ácrata que vivía con su hijo Filipón. Les explicó la naturaleza de la misión sin declarar el contenido del paquete, advirtiéndoles con firmeza de que no debían abrirlo bajo ningún concepto. Feliciano no tenía ningún problema en cumplir el encargo de Daniel. Filipón, el banderillero fracasado, tenía serias dudas en utilizar el vehículo de su patrón como escondite. Sus convicciones anarquistas no estaban muy sólidas. Daba por sentado que el paquete sería peligroso, se resistió a la propuesta. No le hacía ninguna gracia traicionar la confianza del señor Aixelá.

—Padre, Jerónimo Aixelá me ha rescatado de la miseria. Tengo un buen sueldo y las propinas al entregar los trajes de los clientes. Además, para mí muy importante, me ha dado su confianza de forma espontánea y sincera. No puedo hacer lo que me pides.

—Bueno, hijo, en el fondo no vas a traicionar a tu amo. Solo se trata de utilizar un vehículo burgués para un bien del proletariado y durante unas pocas horas. ¡Si tu madre levantara la cabeza! Ella era una verdadera libertaria, debes tomar ejemplo y honrar su memoria.

Filipón recogió el paquete a regañadientes. Sin abrir la boca se marchó con un portazo. En un local del extrarradio, con la ayuda de un amigo mecánico, ocultó el paquete en la parte baja del asiento trasero, para ello desmontó las telas adheridas a las maderas.

Francesc Sabaté Llopart, alias Quico, era un guerrillero consumado y llevaba la lucha armada contra el fascismo sin ninguna tregua. Disponía de una base operativa en territorio francés y realizaba frecuentes incursiones en Catalunya. En estos momentos estaba a punto de realizar una importante operación en Barcelona, debía utilizar un explosivo para llevarla a término. El plan estaba bien estudiado cuándo descubrió los preparativos para iniciar unas obras en el local anexo a su objetivo. Era necesario instalar la dinamita antes del inicio de los trabajos. Preparó una urgente entrevista con Ruiseñor para solicitarle la entrega inmediata del paquete bajo su custodia.

Ruiseñor habló con Daniel. Había que recuperar durante la noche el material escondido. Pero ¿cómo acceder con urgencia al vehículo sin levantar sospechas?

Daniel se dirigió inmediatamente a la vivienda de Feliciano y le preguntó si conocía en qué lugar se había escondido el paquete.

—Sí, sí, le pregunté a Filipón por si acaso fuera útil saberlo. No me fio mucho de mi hijo. Está en la parte baja del asiento trasero.

—Feliciano, eres muy listo, ojalá toda la clase obrera fuera como tú. ¿Tienes una copia de la llave del Peugeot que tiempo atrás te pedí?

—Por supuesto. —Hurgó en una caja del dormitorio—. Aquí está.

Robar el coche era la mejor solución. No tuvieron ninguna dificultad para salir del garaje, el vigilante estaba dormido con una botella de vino en la mesa. Pasó el resto de la noche y parte de la mañana para desmontar el asiento, recuperar el material y volver a colocar todas las piezas en su lugar. El carrocero era anarquista, buen profesional, el trabajo quedó impecable. Dejaron transcurrir algún tiempo para disipar los vapores producidos durante la operación. Daniel llamó a otro camarada de confianza. Alejados del taller, le ordenó la devolución del vehículo por la zona de La Rambla de las Flores, con la máxima urgencia, sin dejar ningún rastro.

Quico Sabaté consiguió colocar las cargas en el lugar previsto. Sin embargo, el proyecto fracasó al no estallar los cartuchos; no supieron las causas del fallo. Quizás la policía encontró los explosivos, a pesar de estar bien camuflados, o puede que el sistema de ignición resultara averiado.

La doctrina de la Iglesia católica condenaba cualquier método de control de la natalidad, toda relación sexual debía tener únicamente el fin de procrear. Transgredir estas normas era un pecado mortal. El franquismo se adhirió a estas enseñanzas con un código penal que sancionaba cualquier método anticonceptivo, fuera por difusión, propaganda o venta. También prohibía y penaba el aborto sin excepciones, tanto a médicos como embarazadas.

Estas leyes morales y del ordenamiento jurídico afectaron en profundidad a Meritxell Muntades Garrí y Lidia Villarroya, entre millones de mujeres.

Después de tener tres hijos, Meritxell tuvo tres abortos naturales seguidos con serias complicaciones. Los médicos le advirtieron desde el primer caso que un nuevo aborto podía poner en peligro su vida. Pasado el tercer aborto consiguió por fin una venia eclesial para usar óvulos espermaticidas en su matrimonio.

Lidia Villarroya quedó embarazada de su cuarto hijo. No deseaba tener más descendencia y puso en práctica todas las triquiñuelas de la época para finalizar la gestación.

Lidia inició el tratamiento con buenas cantidades de perejil, como no dio resultado empezó la ingesta de hojas de ruda. Al fallar la ruda, pasó a la canela cruda. Estas substancias contenían diferentes compuestos que incidían en el útero, pero de una eficacia dudosa. Como la química resultó inútil, había que probar la física. La idea consistía en saltar desde una cierta altura con las piernas abiertas, esperando que el feto se desprendiera. El hijo en proyecto no deseaba abandonar a su madre, y se aferró con firmeza a su vientre. Fracasados los intentos, al cabo de unos meses, Lidia parió a una hermosa niña. Eligieron para ella el nombre de Sara. La pequeña creció fuerte y sana y se convirtió en la favorita de su padre, José María J. G. Paseaba cogida de su brazo mientras le explicaba palabras en ruso, o bien la llevaba con cierta frecuencia al cine, o la invitaba a merendar y a tomar helados en verano. Se estableció un importante vínculo entre padre e hija, con un mutuo cariño entre ambos. Esta relación era mucho más fuerte que la existente con su madre.

En el colegio religioso donde estudiaba el bachillerato Óscar Aixelá, el padre Serrate era el tutor de la clase de alumnos a media pensión. Un sacerdote joven con inquietudes que había puesto en marcha una agrupación de *boy scouts*. Decidió realizar una actividad diferente y nueva para sus alumnos. Consistía en visitar un barrio periférico de la ciudad. Cada alumno debía pedir a su familia un lote de alimentos para entregarlo durante la visita. Óscar solicitó a su madre unos comestibles, después de explicar con detalle el motivo. Apenas le dieron unas cuantas hortalizas con un par de complementos más. Óscar no quería ser criticado por el resto de sus compañeros, estaba seguro de que ellos aportarían una cantidad mayor. En un descuido de la cocinera, sustrajo varias viandas, todas ellas de buena calidad, incluido un tesoro oculto de dos tabletas de chocolate.

Al día siguiente un autocar preparado por el padre Serrate trasladó a todos los estudiantes. Los alumnos viajaban en un ambiente de jolgorio, como si se tratara de una excursión más. El impacto resultó terrible.

Una desolación de barro, maderas podridas y miseria se extendía delante de los incrédulos ojos de la clase. Óscar estaba pálido, angustiado, aquello no era Barcelona, no era la ciudad limpia y alegre que conocía. En algún lugar había un error.

Los alumnos se desperdigaron por el barrio para entregar la comida, como si llevaran una gota de agua a un océano de hambre. Óscar guardó para el final las preciosas tabletas. Al fondo de la calle divisó a un chico de su misma edad. Se acercó con timidez alargando la mano con el chocolate. Ambos se miraron con intensidad; el otro muchacho tenía los ojos de un gris claro, muy claro. Sin mediar palabra se comprendieron. Óscar no le daba nada, el otro aceptaba el gesto sin rencor, pero sin agradecimiento.

Aquel día la doctrina socialista entró en el espíritu de Óscar.

En el año 1956 se produjo una ola de frío siberiano de gran intensidad, convirtiéndose en el año más gélido del siglo XX en Catalunya. Se inició el 1 de febrero con -32 grados centígrados en Estany Gento, en el Pirineo, la estación meteorológica siempre mencionada en los partes del tiempo por las radios de la época. Barcelona alcanzó un mínimo de -6,7 grados el 11 de febrero. Había poca nieve, pero un fuerte y gélido viento, la situación se prolongó durante veinte durísimos días. En algunos puntos de la Costa Brava con las aguas mansas el mar llego a helarse. Las bajas temperaturas mataron hasta los olivos, también dañaron seriamente a la agricultura. La población sufrió congelaciones y la aparición de dolorosos sabañones en los dedos de manos y pies. Óscar padeció estas molestias, sobre todo en las manos, apenas podía escribir. Los remedios caseros no funcionaban y no existían fármacos eficaces. Al llegar por la tarde del colegio introducía la mano en un pote con agua recién hervida, y así aliviaba unos dedos rígidos y tumefactos. A partir de aquel año cada invierno los sabañones aparecían de nuevo, provocando un suplicio hasta la llegada de la primavera. Con la pubertad, el problema desapareció.

# VI.6 La lista Falciani

La sastrería Aixelá alcanzó su máximo esplendor entre las décadas de los 50 a los 70. Estaba situada en la Rambla de Canaletas, casi a tocar de la plaza Catalunya y cerca de un cine ya desaparecido.

Ocupaba un primer piso ampliado, con cinco balcones sobre el paseo. La puerta de entrada consistía en una preciosa filigrana de hierro forjado representando la cabeza de un dragón, sobre un fondo de un cristal esmerilado. Figuraba también la firma con el escudo de la empresa, en metal.

Franqueada la entrada se accedía a la zona noble, un espacio amplio con un bonito mueble de madera donde estaba ubicada la secretaria y contabilidad. Al fondo una inmensa estantería acristalada contenía todos los cortes de tejido, tanto de verano, entretiempo o invierno, de diferentes dibujos y filigranas. Hacia la derecha se pasaba a un inmenso salón de casi cincuenta metros cuadrados, donde los clientes aguardaban su turno para entrar en el probador. Contenía tres mesas redondas con mullidos sillones de brazos. Al alcance de los clientes había diversas revistas de actualidad, moda o deportes. La pieza estaba decorada con un gusto exquisito, con cuadros y esculturas adquiridos en subastas o pinacotecas por Jerónimo Aixelá. La mayoría, de los artistas contemporáneos reconocidos, como Casas, Truco o el escultor Clará. Un par de vitrinas iluminadas mostraban diversos artículos, curiosidades y premios de la profesión. El resto de la decoración estaba formado por dos arañas de cristal y unas tupidas cortinas, que creaban un ambiente cálido y sosegado. En el fondo de la sala se encontraba el probador principal, usado por Jerónimo, a su lado otro probador más pequeño utilizado por su hijo Raúl. Cada uno de ellos tenía sus propios clientes, que casi nunca intercambiaban.

Por la izquierda de la entrada principal una puerta abatible daba paso a la zona del taller. En primer lugar, las dos mesas de corte usadas por Jerónimo y Raúl, en una habitación cercana existía un oficial cortador de apoyo. A continuación, el almacén de materiales regido por Lorena, la hermana de Jerónimo. Fuera del horario de trabajo, quedaba cerrado cual fortaleza. Desde este punto se pasaba al resto del taller, compuesto de tres partes. La más cercana dedicada al planchado, al mando de un oficial. Después un segundo taller con otro oficial. Por medio de una pequeña escalera de madera podía subirse a la denominada «pajarera»; una curiosa instalación de madera montada al exterior de la estructura del edificio. Dos de las paredes estaban totalmente acristaladas, por lo que la luz entraba a raudales. Tenía unos treinta metros cuadrados, dedicados a la costura a mano o con

las máquinas de coser. La mayoría del personal femenino se encontraba en esta zona, incluida Elena.

El recuento del personal de la sastrería era: tres cortadores, una secretaria, un contable, un encargado para el mostrador de cortes, dos botones, un encargado del almacén, tres oficiales, y dieciséis costureras. Un total de veintiocho trabajadores. Además, existían costureras externas. Detrás de la mesa de corte de Jerónimo colgaba una estructura de madera que contenía treinta libretas, cada una de ellas correspondía a una persona. Anotaban el tipo de prendas entregadas, el nombre del cliente, el día de salida y el de entrada. Las trabajadoras externas recogían las telas para confeccionarlas en sus domicilios. Cada semana la cuenta de las piezas trabajadas y revisadas significaba el sueldo que percibir, a tanto la pieza.

En total, entre fijos y externos, habían más de cincuenta personas trabajando. Una cantidad muy alta para una sastrería.

El banquero Trías, un cliente muy amigo de Jerónimo Aixelá, le solicitó una modificación en su nueva americana. En un próximo viaje debía trasladar cierta cantidad de dinero, deseaba un bolsillo secreto para colocarlo con seguridad. El sastre le dio garantías, y dejó para la siguiente prueba de la prenda el resultado de su trabajo.

Una semana más tarde el banquero pasó por el probador para ver la americana. El artesano le recibió amablemente, poniéndole la prenda le convidó a mirarse en los espejos del probador.

—La americana está estupenda, me cae de maravilla, pero no veo los bolsillos que le encargué.

El sastre se aproximó, enseñándole unas aperturas disimuladas entre el dibujo de las líneas del forro. Jerónimo le entregó unos paquetes de periódicos recortados, que el señor Trías deslizó dentro del bolsillo secreto. El cliente quedó maravillado. A pesar de tener colocados los fajos de papel, la americana seguía en una línea perfecta, no se notaba ningún bulto sospechoso. El sastre le explicó:

—He variado la caída de la espalda y he confeccionado las caderas algo más anchas para absorber el grosor del papel. Observe que la entrada de los bolsillos es algo sesgada, pero luego la tela cae verticalmente, con esta disposición nunca perderá el contenido.

—Amigo Aixelá, ¡es usted un genio!

La americana con los nuevos bolsillos debió de comentarse en los círculos financieros de la ciudad. La sastrería recibió encargos de una nueva clientela, en el taller casi se hacían más fondillos secretos que los habituales.

Un día se presentó uno de los más poderosos prohombres de Barcelona. En un tono amable, pero poniendo una cierta barrera entre cliente y sastre, comentó:

—Necesitaría una americana para transportar con facilidad varios documentos.

Jerónimo Aixelá calibró las palabras y el tono. No mencionó la palabra dinero como los banqueros, supuso que la cantidad para transportar podría ser más importante.

—Mire usted, si la cantidad de documentos es elevada, aunque sean quizás de pequeño tamaño, yo le recomendaría un abrigo y no una americana. Con esta prenda es mucho más fácil disimular cualquier grosor. Estamos ya en la temporada de invierno, pero la decisión final es suya.

El cliente aceptó la sugerencia y se convirtió en otro parroquiano habitual.

La sastrería Aixelá se dejaba ver con asiduidad por Suiza.

Con tanto bolsillo secreto el propio sastre empezó a considerar la posibilidad de seguir el ejemplo de sus clientes y colocar un dinerito a buen recaudo.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Mi padre debía estar muy preocupado cuando decidió hablarme de un problema grave del abuelo. Como nunca me comentaban nada, supuse que la cuestión sería de envergadura. El Gobierno franquista había obtenido la lista de españoles con evasión de divisas en cuentas bancarias suizas. Figuraban con detalle los nombres y las cantidades. ¡El abuelo estaba en la lista!

En voz baja, turbado, moviendo la cabeza de un lado a otro, no sabía cómo enfocar el tema. Corrían rumores sobre la decisión que tomaría Franco, muy enojado contra estos españoles evasores de impuestos. Deseaba elevadas penas de cárcel para todos ellos. Mi padre estaba completamente asustado. Si su progenitor acababa entre rejas, las decisiones del negocio las tendría que tomar él mismo, algo terrible, nunca lo había hecho, ni sabía cómo afrontar la situación.

La lista de los evasores fue facilitada, previo generoso pago, por un tal Falciani en el año 1959. El documento contenía los datos completos de casi mil españoles con cuentas en Suiza. En la relación figuraban tantos nombres importantes, la mayoría del propio régimen, que la solución carcelaria no era la más adecuada para el dictador. Se optó por unas cuantiosas multas, publicadas en el Boletín Oficial del Estado del 9 de marzo. Figuraban todos los nombres y las cantidades a pagar. Franco, por supuesto, no estaba en la lista. Según los rumores

populares, su dinero se encontraba a buen resguardo en Portugal, en la banca de su amigo Salazar, el otro dictador de la península ibérica.

Después de tanto sobresalto nunca conocí con claridad el final del tema. En años posteriores tampoco pude averiguar dónde fue a parar el contenido de la cuenta, se esfumó como si nunca hubiera existido. Estas desapariciones y olvidos eran habituales entre los Aixelá. No ha pasado nada.

**1959**

Camilo Cabezas estaba indignado por un incidente ocurrido en junio de 1959. El director del periódico *La Vanguardia*, nombrado por Franco tras la guerra, pronunció en público la siguiente frase:

—Todos los catalanes son una mierda.

El exabrupto de Luis Martínez de Galinsoga se extendió como una mancha de aceite por toda la población. La noticia corrió oralmente al no poder publicarse en ningún periódico. El boca a boca iba expandiendo el insulto entre todas las clases sociales y el territorio.

La sociedad empezó a demostrar su rechazo hacia esta persona de manera individual y espontánea. Los suscriptores, entre los que se encontraba incluso Jerónimo Aixelá, se dieron de baja del periódico. El monto total de las pérdidas se situó cerca de unos quince mil abonados, la publicidad descendió de forma apreciable.

El conde de Godó, propietario del periódico, empezó a trabajar en las altas esferas para sustituir al director. Franco intervino en un Consejo de Ministros para afirmar que Galinsoga había presentado la dimisión. Finalizado el Consejo, ordenó al ministro Arias Salgado notificar la decisión al interesado.

Galinsoga no aceptó la orden, asistía a diario a su despacho en el periódico como si no hubiera ocurrido nada. En ocasiones mostraba una violenta actitud hacia el personal de la redacción. Intervino de nuevo el conde de Godó. Al día siguiente, al entrar Galinsoga en su despacho se encontró un numeroso grupo de obreros atacando las paredes del recinto en medio de andamios, picos, palas, ladrillos y sacos.

Ya no volvió más.

Daniel Rodríguez Martínez estaba molesto con Ruiseñor, nunca le había revelado la dirección de su domicilio. En el caso de una emergencia le parecía importante esta información. Además, la ocultación tenía un cierto tono de desconfianza. Decidió averiguar por su cuenta la ubicación del nido de Ruiseñor. Ambos estaban en una

cafetería para un cambio de impresiones, había que decidir las siguientes actividades de la militancia. Ruiseñor extrajo un documento de su impoluta cartera de mano. En su interior Daniel pudo ver la esquina de un papel con un extraño logotipo, nada más.

Durante medio año no consiguió encontrar la correspondencia entre el dibujo y una empresa u organización. Fue pura casualidad. Su madre le envió a por tres metros de una tela igual a una muestra. En la tienda, con gran sorpresa, el cartón que soportaba la tela tenía cosido en un extremo una cinta roja con un escudo dorado igual al del logotipo que había visto. El dependiente le informó que pertenecía a una conocida firma textil de Terrassa. Su dirección completa figuraba en las páginas amarillas de la Telefónica. Era muy probable que Ruiseñor trabajase allí.

Averiguó la dirección, pero no quería poner sobre aviso a Ruiseñor, incluso ahora era más cauteloso que Salamandra. Ruiseñor estaba en constante tensión y observaba a todas las personas que se movían en su entorno, en un estado de alerta total. Encargó el trabajo a un desconocido pariente suyo, Gerundio, apolítico total por naturaleza. Dibujó un retrato robot de Ruiseñor y le mandó a la dirección de la factoría. En la misma entrada había una parada de autobuses para dos líneas diferentes. Gerundio era un trabajador más en espera del transporte público. Ni el jueves, ni el viernes, ni el sábado consiguió ver al hombre del retrato. El lunes pasó un Seat 600 sobre las nueve de la mañana, en su interior estaba el sujeto que buscaba.

Daniel ya sabía dónde trabajaba Ruiseñor, también que utilizaba un vehículo para desplazarse. Conocía por Gerundio la matrícula, pero el coche estaba a nombre de la empresa.

Daniel dio instrucciones precisas a Gerundio, debía situarse de forma que pudiera determinar el trayecto del 600 de Ruiseñor. Al día siguiente debería colocarse en el último punto observado, para ir retrocediendo hasta el origen del itinerario. Debía usar prendas vulgares, sin ninguna estridencia, cambiándose a menudo de aspecto, pero sin repetir dos veces la misma composición.

Transcurrieron seis semanas de un control paso a paso desde la puerta de la empresa. Al final, Gerundio vio el garaje de salida, próximo a un edificio de viviendas. En el último día de vigilancia salió de la portería el hombre del retrato robot. No fue difícil, pero si lento.

Por fin Daniel conocía la guarida de su jefe. Se sintió aliviado, todavía no había olvidado la bronca durante la huelga de los tranvías.

# VI.7 Fallecimiento de José María J. G.

Lidia Villarroya estaba angustiada por la salud de su esposo José María J. G. Durante los últimos meses habían visitado con frecuencia el Hospital Clínico sin que la salud del enfermo mejorara. Lidia veía con espanto la degradación del enfermo, el sufrimiento creciente de su cuerpo, la inutilidad de los tratamientos y fármacos. Llegó el día que tanto temía. Los médicos le informaron de sus conclusiones, ya no podían hacer nada para salvar la vida de José María J. G. Su cuerpo había soportado el invierno más crudo del siglo XX en Rusia, las congelaciones, las penurias de una terrible retirada a través de bosques y ríos interminables. Ahora sus riñones no soportaban por más tiempo todas las vicisitudes sufridas con la División Azul. Los galenos recomendaron a la esposa la vuelta a casa del paciente, donde podría pasar sus últimas horas alrededor de los suyos. Lidia lloraba desconsolada cuando trasladaron a su marido al hogar familiar. Nada más entrar, unos asustados hijos rodearon a su madre, agarrándose con fuerza a su falda. La escalera de acceso desde el garaje a la planta superior era estrecha y tenía un par de recodos; era imposible utilizar la camilla. Los sanitarios tuvieron que trasladar al moribundo a brazos, provocándole estertores de dolor ante el desespero de sus parientes.

En el lecho familiar yacía José María junto a los suyos. Su hija pequeña, Sara, estaba sentada en el regazo de su madre. De súbito la esposa percibe la presencia de la muerte en los ojos de su marido, gritando con desespero:

—¡Hija, hija!, ¡da un beso a tu padre, que se va!

La niña de seis años ve un cuerpo blanquecino, el pelo revuelto, con una cara arrugada y sucia. Aquel no podía ser su padre. Recordaba muy bien su semblante cuando iban al cine y luego charlaban sobre la película, su sonrisa al regalarle helados, el día que la consoló al mancharse de chocolate su precioso vestido amarillo, cuando andaban cogidos de la mano por la arboleda y le enseñaba palabras en ruso.

Y no besó a un extraño.

José María falleció en aquel instante, el día cinco de enero de 1960, la noche mágica de la llegada de los Reyes Magos. A día siguiente la pequeña no tuvo regalos, ni en ninguna otra ocasión. Su madre lo dejó bien claro:

—Si no tienes papá, no vienen los Reyes Magos.

Sara empezó a pensar en la desaparición de su amado padre, el único de la familia con quién paseaba y se divertía, al que más amaba.

Quizás se marchó por no haberle dado aquel último beso. La carga de este pensamiento marcó su infancia, ahora todo era oscuridad.

Durante la noche de Reyes del año siguiente, Sara despertó al oír una fuerte discusión a gritos entre su madre y su hermana Marta.

—Mamá, es una niña, solo una niña, necesita un regalo. En los almacenes donde trabajo me lo han dejado baratísimo. Es con el dinero que yo gano. Para darle una alegría.

Sara llegó hasta el comedor, desde la puerta vio una preciosa cesta de mimbre de juguete con sus platitos, cubiertos y fiambreras de metal. Una maravilla. Su madre razonaba inflexible:

—No podemos gastar el dinero en regalos, lo necesitamos para la casa. Tienes que devolverlo, no se hable más del asunto.

Cuando notaron la presencia de la niña, la mandaron de inmediato a la cama. Por la mañana Sara buscaba ilusionada por todos los rincones su regalo, su cestita de mimbre. Lidia le contestó:

—No hay ninguna cestita, todo es un sueño que has tenido.

Lidia, viuda por tercera vez, tenía un reto difícil: salir adelante ella y sus cuatro hijos en unos tiempos sin pensiones ni ayudas. Gracias a los antecedentes del difunto en la División Azul le ofrecieron diversos colegios religiosos para internar gratuitamente a sus hijos. Rechazó la propuesta, no quería separar a los hermanos en diferentes colegios y alejarlos del calor del hogar en las dolorosas circunstancias del momento.

La vida de Sara había cambiado por completo. Tenía una gran soledad, todavía bajo la culpa de un beso que no dio. En el colegio no se relacionaba con ninguna compañera, en las clases estaba distante, en las horas de patio tomaba asiento en un escalón de la escalera sin hablar con nadie. Comía poco y su salud se deterioraba; pasado un tiempo enfermó de hepatitis.

La profesora de Sara tuvo una entrevista con Lidia. Su hija tenía una fuerte depresión, necesitaba con urgencia ayuda psicológica. Aceptó el consejo, pero sin dinero para el tratamiento tenía que encontrar otra solución. Lidia tuvo una idea, según su costumbre la aplicó de inmediato sin atender todas las posibles consecuencias. Unos cinco años antes de la muerte de su marido, el matrimonio había adquirido una humilde vivienda. Estaba en bastante mal estado, pero disponía de un terreno grande. Otra ventaja era la cercanía a una estación de ferrocarril de la línea de Manresa.

Lidia cogió a sus cuatro hijos, todos se mudaron durante un año a la casita de Vacarisses.

La madre y Marta cogían el tren para trabajar en Barcelona, los dos pequeños permanecían al cuidado del mayor, Javier, de trece

años. Estuvieron un año entero sin asistir al colegio. Lidia dejaba la comida preparada la mayoría de las veces; en todo caso Javier cocinaba bastante bien.

Para Sara fue un año maravilloso. Pasaba el tiempo jugando en el jardín, por los alrededores o cerca del riachuelo, donde se bañaban en verano. Observaba los pájaros, las mariposas, los gusanos, las arañas o escapaba de alguna culebra.

Sara volvía a reír y a comer. Con la estancia en Vacarisses superó la pérdida de su padre. La familia volvió a Barcelona.

Las soluciones de Lidia eran de cirujano de guerra, brutales pero eficaces.

Para suplir un año sin escuela, Lidia reforzó los estudios de Enrique y Sara con un profesor particular. Cuando Enrique cumplió doce años, empezó a trabajar como botones en un hotel de la Gran Vía. Entregaba a su madre todo el salario junto con las propinas recibidas.

Con ocho años, Sara volvió al colegio. Su nueva profesora era muy rígida, intimidaba y despreciaba a la nueva alumna. Esta actitud provocó un bloqueo en Sara, no sabía cómo responder o actuar. La situación llegó a un límite, la docente tuvo una reunión con Lidia:

—Tu hija debe asistir a una escuela especial porque es subnormal.

Lidia dio por terminada la reunión, agarró por la mano a su hija para salir del colegio al instante. Al día siguiente informó de la situación a la dirección escolar. Tras un corto paréntesis la dirección cambió su enfoque docente. La profesora de Sara había desaparecido. Lidia volvió a matricular a Sara. Estaba más animada, pronto tuvo tres amigas. En el patio del colegio contempló extasiada un partido de hockey de las alumnas de mayor edad. Tuvo una premonición, el hockey hierba, aunque se practicaba sobre cemento, era su meta. Estaba segura de que significaría algo importante en su vida.

Lidia decidió activar su puesto de cerámicas en el mercado, disponer de un par de habitaciones para huéspedes en el propio domicilio familiar, ahorrar en todo y gastar el mínimo. Los chicos iban a la escuela a pie, nada de coger un tranvía, las comidas eran frugales, los vestidos baratos, aprovechados, remendados. Lidia consiguió superar esta nueva etapa de su vida con toda clase de arreglos, cambalaches, penalidades y mucho trabajo.

Marta, de más edad, hacía su vida trabajando en unos grandes almacenes en la esquina de la calle Pelayo con la Rambla. Javier, el hijo mayor de catorce años, se había convertido en el hombre de la

familia. Asumió su papel con responsabilidad y dedicación. Levantaba a los dos más pequeños, los vestía, les preparaba el desayuno, los acompañaba al colegio y los recogía.

Con dos huéspedes nuevos en el domicilio, Lidia podía ir trampeando la llegada del fin de mes con menos apuros. Los recién llegados causaron un cierto malestar a los hijos en un primer momento. Eran buena gente de Castilla la Vieja en busca de trabajo; pronto simpatizaron con todos, en especial con los más pequeños.

En el mismo día y año que descansaba en paz José María J. G., también murió el último maquis de Cataluña, Quico Sabater. En su última incursión desde Francia, sin que la noticia esté confirmada, lo traicionó la policía francesa. Le seguían los pasos muy de cerca, la Gendarmería trasladó la información a la policía española. Sabater entró en Catalunya el 7 de diciembre de 1959 con varios compañeros, con la Guardia Civil sobre aviso.

El 3 de enero, asediado por los guardias, el grupo se refugió en una masía donde pronto lo rodearon numerosas fuerzas. Quico consiguió en solitario romper el cerco amparándose en una vaca, aunque durante el tiroteo resultó herido en el cuello, la cadera y un pie. La Guardia Civil rastreó al fugitivo, que logro cruzar el río Ter dando esquinazo a sus perseguidores. Con un gran esfuerzo consiguió subir a la locomotora de un convoy de viajeros, amenazando con su metralleta y pistola a los maquinistas. Abandonó el tren en Sant Celoni, pero apenas podía caminar por las heridas sufridas. El somatén de esta ciudad y un guardia civil iniciaron un tiroteo con el evadido, que se defendió hasta la muerte. Era el 5 de enero de 1960. Así terminó la vida de un revolucionario después de veintiún años de finalizada la Guerra Civil.

Óscar Aixelá estudiaba el curso anual de Preuniversitario, situado entre el final del bachillerato y el ingreso en la universidad. Los estudiantes estaban bastante al corriente de la política americana, con las próximas elecciones para presidente del país. Un par de días antes de los comicios se formaron dos grupos. Uno era partidario de Richard Nixon y el otro apoyaba a John Fitzgerald Kennedy. Cada uno argumentó con pasión las cualidades de su candidato y las debilidades del contrario. Al final se realizó una votación entre los docentes, en la que vencieron por bastante margen los partidarios de John F.

Kennedy.

En las elecciones americanas triunfo Kennedy, con un margen mucho más estrecho que el obtenido por los preuniversitarios. Estos celebraron por todo lo alto la victoria de su candidato, quizás con la esperanza de conseguir un rayo de luz en la política estadounidense, que consideraban imperialista en el exterior y anticuada en el interior.

Todas estas actividades se hacían fuera del horario de las clases. En el colegio religioso donde cursaban los estudios no estaban por este tipo de expansiones. Cada año escolar existían dos asignaturas nuevas en preuniversitario. En el curso de Óscar, una de ellas era Hidrología. Para aprobar era necesario memorizar los afluentes de cada río importante de España, tanto por la derecha como por la izquierda, su tipo de caudal, y recordar el nombre de los embalses de su curso, incluida su capacidad. La otra asignatura era el estudio del *Polifemo*, una de las obras en verso más complejas de Luis de Góngora. Toda una tortura continua para los estudiantes, una pérdida de tiempo. Además, como en el bachillerato, seguían los estudios de la lengua francesa, el inglés no existía.

Poco después, el curso puente de preuniversitario se abolió.

La mayoría de los jóvenes entre dieciséis a veinte y pico de años pasaban los domingos en fiestas domiciliarias. Cada grupo de amigos elegía cada semana el lugar del próximo baile, en la casa de uno de ellos. La música era de vinilos, el ágape y bebidas corrían a cargo del anfitrión de turno. En ocasiones también se desplazaban a las pocas discotecas existentes o a los bailes de entoldado de las fiestas mayores de los pueblos cercanos.

La victoria del pueblo contra Galinsoga, conseguida de una forma más bien espontánea, provocó un estado de ánimo para intentar nuevas metas. La primera consistía en organizar protestas contra el régimen franquista.

El Gobierno del generalísimo conocía esta posibilidad y montó una operación de imagen en Catalunya para conseguir adeptos a su causa. Tenían previsto realizar un Consejo de Ministros en la misma Barcelona, con la participación del propio Franco. A modo de caramelo, se ofrecerían algunas zanahorias para continuar como siempre.

El Orfeó Català preparó un concierto para la ocasión, además se celebraba el centenario del nacimiento del poeta Joan Maragall. Entre las piezas del programa estaba incluida el *Cant de la senyera*. En las disposiciones de la ley en vigor estaba permitida su reproducción

dentro de un programa musical, aunque prohibida su ejecución en solitario. A pesar de cumplir las disposiciones legales, el cántico se denegó. Varios grupos catalanistas prepararon una acción de protesta contra esta supresión arbitraria. En el momento acordado, numerosas personas presentes en el Palau de la Música profirieron gritos a favor de la pieza. La policía realizó varias detenciones. A los presos los trasladaron a la comisaría de Vía Laietana, donde sufrieron malos tratos hasta revelar a los instigadores y organizadores de la protesta.

A Jordi Pujol lo detuvieron el 22 de mayo de 1960. Lo torturaron durante interminables horas —según el rumor que circuló le sumergieron los pies en ácido sulfúrico— hasta su confesión como instigador único de la algarada.

Por primera vez en la dictadura ya no eran solo los obreros y estudiantes los organizadores de actos antifranquistas, ahora los hijos de la burguesía atacaban al régimen. Antes de la llegada de Franco, el propio Jordi Pujol había editado un opúsculo: «Os presentamos al general Franco». Este calificó los hechos de extrema gravedad y al detenido lo entregaron a un consejo de guerra, con la posibilidad de una condena de quince años de cárcel.

Las reuniones semanales de los fabricantes de cintas continuaban celebrándose en la cafetería Oro del Rin. Los más veteranos, como Bárdenas y Cabezas, presentaban la facción enfrentada dialécticamente con los nuevos miembros de menor edad. Incluso estos ya no fumaban verdaderos habanos, sino puritos, algo que los demás consideraban una frivolidad. Por si fuera poco, apoyaban a Jordi Pujol como admiradores o con la participación en algunas protestas.

El propio hijo de Camilo Cabezas, Luis, que casi tenía a su cargo La Imperial, poseía un talante diferente al de su padre. Se inscribió en Ómnium Cultural al año siguiente de su fundación. Una sociedad dedicada a fomentar la actividad cultural catalana. Una de sus principales tareas era la promoción para la edición de libros en catalán, que prácticamente no tenían tirada en aquellos años. Luis Cabezas regalaba ejemplares a su sobrino Óscar Aixelá de autores como Lluís Aimerich y con ilustraciones de Opisso.

Camilo Cabezas tuvo un gran detalle con su hija adoptiva Meritxell al regalarle una casita con jardín en Esplugas, en la misma calle donde

estaba la vivienda veraniega de Jerónimo Aixelá. En la entrada principal tenía una enorme y vistosa palmera, por este motivo solían llamarla como la casita de la palmera. Por una puerta situada en la parte trasera del terreno podía accederse hacia la derecha al jardín bajo de la finca de Jerónimo. Por el mismo lugar, hacia la izquierda, otra cancela permitía pasar a las dos torres de Soledad y Patricia Aixelá. Estas últimas construcciones eran un presente de Jerónimo a sus dos hijas mayores. Las cuatro casas estaban comunicadas entre sí, sin necesidad de salir a la calle.

Con la casita de Esplugas reformada, toda la familia de Raúl Aixelá trasladó sus vacaciones estivales desde Dosrius a la nueva residencia. Allí, donde vivían todo el año sus tíos Eduardo y Rafael Dumas, Óscar y Mariona entraron en contacto con el grupo de amigos del pueblo de la mano de sus primas. Todos eran jóvenes y de la misma edad. En el corrillo estaban los residentes permanentes en Esplugas y los que accedían únicamente durante el verano o algunos fines de semana. Como la distancia desde Barcelona era de unos ocho kilómetros, o media hora larga de autobús, las relaciones se mantenían sin problemas entre los amigos de ambas ciudades.

# CAPÍTULO VII (1961–1970)

## VII.1 Las relaciones entre los Aixelá

Raúl, el hijo de Jerónimo Aixelá, hablaba con su primogénito Óscar:

—Aunque no te lo parezca tu abuelo no es perfecto. En la conducción de coches es un desastre. Cuando yo era joven tuvo un grave accidente. Él culpó a un ciclista temerario como el causante de la tragedia, al perder el control para no embestirle. No es cierto. En una curva cerrada circulaba a más velocidad de la adecuada. Al frenar pisó a la vez los pedales de freno y embrague, estrellándose contra un muro de piedra. Tu abuela se rompió una costilla, el abuelo la tibia y el peroné. Tu tía Enriqueta, con cinco años, rompió el cristal delantero con su cabecita. Los médicos la daban por muerta. Fue un milagro que se pudiera recuperar sin secuelas. —Óscar escuchaba a su padre con atención, por lo visto era el día de las confesiones—. Otro desastre de tu abuelo ocurrió al invitarle un cliente a una partida de caza. Compró una excelente escopeta, canana, municiones y zurrón. Completó el equipo con una cazadora de piel, pantalones verdes y las botas más caras del establecimiento. No se conocen las circunstancias ocurridas durante la cacería. Al día siguiente, sin ningún comentario, todos los pertrechos desaparecieron sin dejar el más mínimo rastro. Nunca más se volvió a mencionar el tema.

Óscar reflexionó sobre estos comentarios. Su padre acataba todos los caprichos y sugerencias del abuelo. Al estar siempre eclipsado por su figura, necesitaba una válvula de escape. La encontró al triunfar donde el abuelo había fracasado. Se convirtió en un excelente conductor y un buen cazador. En la profesión mantenía unos conocimientos sartoriales más elevados, gracias a una mejor educación escolar. Empezó a desarrollar un perfeccionismo en el corte de las telas.

Tanto la conducción de vehículos como el arte cinegético fueron las dos únicas cosas que Raúl enseñó a Óscar. Las carreteras de aquellos años eran estrechas, de un solo carril, con curvas increíbles, con el firme en mal estado. Gracias a las enseñanzas de su padre, Óscar circulaba por ellas a buena velocidad. Calculaba con precisión las distancias, las aceleraciones, los tiempos para efectuar adelantamientos seguros. Usaba con criterio el cambio de marchas, el doble embrague, hasta el punta-tacón en ocasiones.

En la caza también recibió buenas lecciones. No llegó a ser un

buen tirador, pero superó a su maestro. En términos cinegéticos era capaz de interpretar las reacciones de la presa, calcular su futura posición, usar la configuración del terreno para ocultarse, andar ligero para mantener la posición de la línea o pararse.

Óscar necesitaba encontrar con urgencia vestigios de virilidad en su padre. Ambas actividades encajaban a la perfección en sus deseos, por este motivo las absorbió con ansia. Es una pena que en otras cuestiones mucho más importantes no recibiera también una educación parecida. Temas como la vida, la amistad o el sexo, por ejemplo, hubieran sido muy convenientes para él.

### Notas familiares de Óscar Aixelá

Recuerdo con nostalgia los paseos por bosques, montañas y campos mientras la luz del sol se filtraba entre las nubes y el follaje. Sostenía mi escopeta, atento a cualquier movimiento, observando las indicaciones de mi padre para correr, cambiar de dirección o quedarme quieto. Aquellos días te caza son un tesoro en mi memoria. Me unieron mucho a él.

La época más feliz de mi padre transcurrió en Londres, lejos del abuelo Jerónimo. Un tiempo dorado, fuera de la influencia de su progenitor. Cuando hablaba de Londres, sus aventuras, sus amigos, su cara se iluminaba, los ojos le brillaban.

Obtuvo un dominio muy aceptable del idioma, sus conocimientos del corte y confección aumentaron con nuevas técnicas. Se identificó con el espíritu londinense, incluso ya pensaba en inglés. Empezó a practicar el pugilismo, un deporte muy arraigado en Inglaterra.

Quizás yo no hubiera nacido, pero mi padre debió quedarse en Londres.

### 1961

A pesar de todos los intentos del abuelo para incorporar a su nieto mayor al negocio familiar, Óscar no estaba por la labor. Consiguió el apoyo de su padre para optar a otra profesión, la ingeniería. Esta decisión provocó un cambio en los planes familiares de los Aixelá. Era necesario encontrar otro candidato para la continuidad de la sastrería, el más idóneo era el hermano pequeño de Óscar, Joaquín.

Pronto recibió Joaquín los cantos de sirena que ya había escuchado su hermano:

—Si eres sastre ganarás dinero y fama. Cada día podrás comer pollo de corral. Tienes un próspero negocio en marcha. Nuestra sastrería tiene un renombre internacional, por tu probador desfilará la flor y nata de la ciudad.

Joaquín se dejó convencer a las primeras de cambio.

La sastrería Aixelá necesitaba engullir a más miembros de la familia. La siguiente fue la hermana de Óscar, Mariona. Ella estaba destinada desde la cuna a futura gran secretaria del negocio. Mariona presentó un conato de resistencia:

—Papá, es que yo quiero estudiar medicina.

—Hija, no digas tonterías. Tú serás la secretaria que necesitamos. No se hable más del tema.

Óscar tuvo el apoyo de su padre para elegir su profesión, Mariona no recibió el mismo trato. Finalizados los estudios de bachillerato, a Mariona la matricularon, ipso facto, en una escuela de secretariado. Empezó a estudiar en aquella aburrida academia unos temas que odiaba. En ocasiones hablaba con su hermano Óscar de su desgracia.

Jerónimo Aixelá y su hijo Raúl hablaban sobre la marcha del actual secretario de la sastrería, había solicitado la baja por un cambio de residencia.

—Es necesario cubrir la plaza con otra persona. Mariona todavía no ha terminado los estudios, además necesitará una buena práctica antes de asumir todas las responsabilidades del cargo. Es mejor contratar a otra persona. Yo mismo me encargaré del asunto, es un tema delicado.

—Sí, papá —contestó el hijo—, todo lo que tú digas.

Después de entrevistar a varios aspirantes Jerónimo Aixelá escogió una nueva secretaria, la señorita Andrea. Poseía buenas calificaciones profesionales y era de su agrado.

La nueva secretaria pronto cayó en las redes amorosas de su patrón. Elena, entrada en años, perdió su categoría de amante a manos de Andrea.

El patriarca necesitaba carne fresca.

Este cambio significó un problema para el hijo de Jerónimo Aixelá. Raúl apenas se cruzaba con Elena durante la jornada laboral, casi nunca subía a la pajarería del taller de costura. Con Andrea el contacto era constante durante todo el día, el trato con la amante de su padre le provocaba un malestar profundo. Deseaba la terminación de los estudios de su hija Mariona para que pudiera ocupar cuanto antes su puesto. En particular le molestaba la risita conejil de la nueva secretaria.

Con el título de secretariado todavía caliente, Mariona empezó a trabajar en la sastrería de la Rambla. Se encontraba en plan de prácticas y sin ningún sueldo. Las relaciones entre Mariona y Andrea

no fueron buenas, pero se respetaban mutuamente. Mariona era muy lista. Pronto se hizo cargo del funcionamiento oficial, no oficial y de todos los chismorreos dentro de los muros de la sastrería.

A los cuatro meses, con el trabajo diario resuelto y sin más tareas, Mariona estaba en su mesa de secretaría con una quiniela a medio rellenar a su lado. Jerónimo tenía un timbre para llamar a diferentes empleados según el número de toques. Con un timbrazo ponía un 1 en la casilla, dos toques un 2, con tres una X. Con este sistema absurdo conseguía más resultados que las estudiadas apuestas de su padre. Raúl paso por delante de secretaría. Al ver el boleto se puso furioso y le propinó una bronca descomunal a su hija.

Algo se rompió en Mariona.

Quizás las machaconas alusiones a su papel como futura secretaria, la rotura de sus ilusiones profesionales, un cierto miedo a su propio padre, el estricto control de su conducta y actividades durante su pubertad, la injusta riña delante de otros empleados.

Apareció todo su gran carácter, oculto, pero existente. Era la garra heredada de su bisabuela Milagros Montseny, el espíritu forjado en las tierras altas de Tarragona. Con gran sangre fría, mirando de frente a su progenitor, dijo con una voz dura:

—Bueno, ¿qué pasa aquí? Yo no puedo hacer una quiniela y el abuelo hace lo que le da la gana, encima nadie le dice ni pío.

Remarcó con énfasis las palabras relativas al abuelo. Era un torpedo bajo la línea de flotación. Dio en el blanco con efectos fulminantes, su padre se puso lívido y salió a toda prisa.

En este instante dejó la sastrería de la Rambla, no volvió nunca más. Al poco empezó a estudiar en la Facultad de Farmacia, cualquier cosa era mejor.

Mariona había roto el tabú más sagrado de la dinastía Aixelá, el sexo. Había señalado en público a su intocable jefe. Ningún otro miembro del clan hizo tal cosa.

Joaquín Aixelá empezó a cursar los estudios de corte y confección. Con frecuencia visitaba la sastrería de la Rambla por las tardes. Conversaba con su abuelo Jerónimo y su padre Raúl sobre cuestiones de la profesión. También departía con la tía abuela Lorena en el almacén de los materiales. Aprovechaba la estancia para irse a cenar con los abuelos al paseo de Gràcia. En ocasiones, Jerónimo invitaba a Joaquín a las noches de boxeo en su palco del Price. En cambio, nunca fue a una corrida de toros.

En el año 1962, Óscar Aixelá se preparó para estudiar la carrera de Ingeniería Industrial. La estructura de los estudios procedía del llamado Plan del 57, constaba de siete cursos. Los dos primeros, Selectivo e Iniciación, eran unos poderosos filtros para eliminar a los estudiantes poco fuertes. El resto de la carrera contenía cinco cursos más. Los tres primeros eran comunes a todas las especialidades. En los últimos dos años había que escoger una especialidad entre mecánica, electricidad, química, nuclear o administración de empresas. No existían todavía los estudios de informática o telecomunicaciones. Las escuelas de ingeniería sobre Aeronáutica, Minas, Naval o Caminos solo existían en Madrid. Algunos amigos de Óscar tuvieron que marchar a la capital para seguir sus estudios.

Durante los primeros cursos el joven Óscar hizo nuevas amistades entre los estudiantes. Se dio cuenta del gran salto al entrar en la universidad, no solo por las materias, sino por el ambiente intelectual que se respiraba en pasillos, reuniones, mítines, asambleas o en el propio bar. Algunos de sus nuevos compañeros militaban en partidos políticos clandestinos, leían el *Libro rojo* de Mao, estudiaban la Biblia en profundidad o mostraban libros de Karl Marx. Empezó a conocer, a discutir sobre temas que nunca había tratado, como el bien y el mal, el significado de la vida, el destino del hombre, la existencia de Dios o incluso el sentido del amor. La política, desde luego, ocupaba un espacio considerable. La dictadura continuaba imparable pero ya empezaban a verse muestras de descontento, de resistencia activa. Las personas con inquietudes asistían a organizaciones paralelas para canalizar sus ideas. Algunos bajo el amparo grupos religiosos católicos, otros en organizaciones civiles. Quizás las más populares de estas últimas eran las asociaciones de barrio, en general dirigidas clandestinamente por el PSUC, Partido Comunista Unificado de Catalunya.

Óscar siguió en contacto con el grupo de Esplugas, aunque con menor intensidad. Las reuniones o salidas con los universitarios ocupaban la mayor parte de su tiempo. En la época estival la situación cambiaba, entonces volvía con el corrillo del pueblo.

# VII.2 Elena y Daniel

—Señorito, en la puerta hay una chica que pregunta por usted —dijo la criada.

Jerónimo Aixelá interrumpió molesto su cena, mirando incrédulo a la sirvienta. Su hermana Lorena salió disparada hacia la entrada, se barruntaba un problema en ciernes. No se equivocaba, en el recibidor estaba la nueva amante de su adorado hermano con la cara hecha un mapa. La saludó y entró en su habitación por una puerta cubierta por un tapiz, pero dejó la hoja abierta para escuchar sin ser vista. Quería tomar buena nota de todo por si era necesario defender a su hermano. Siempre apoyaba a Jerónimo, sin importar ni cuestionar su conducta. Al fin y al cabo, él las había sacado de la miseria a su madre y a ella. Lorena conocía muchos secretos de su hermano, nunca contó a nadie ni el más mínimo detalle de sus sonados percances.

En la autobiografía de Jerónimo Aixelá no aparece ninguna alusión a su activa vida sexual extramarital, ni una coma. Establecía una doble moralidad. Puertas adentro de su domicilio era un perfecto esposo, padre, patriarca, cristiano católico, apostólico y romano. En su casa el tema sexual no es que estuviera prohibido, simplemente no existía. Está concepción también la trasladó su hijo Raúl a su propio hogar con Meritxell, Óscar y sus hermanos. La política y el sexo eran temas de una galaxia lejana.

De puertas afuera era un dandi ligón a la caza de cualquier pieza vistosa con faldas. Solía tener una amante fija, una empleada de la propia sastrería. También mantenía varias relaciones simultáneas, aunque esporádicas. Todo el mundo lo sabía, todo el mundo hacía la vista gorda, todo el mundo callaba. El más chitón era su hijo Raúl.

Con el paso de los años los gustos de Jerónimo cambiaron. La relación con Elena parecía enfriarse, y se dedicó a asediar a la nueva secretaria del negocio, la señorita Andrea. Óscar, el nieto, no entendía cómo podía gustarle una mujer como Andrea. Delgada, todo hueso, de voz aguda, siempre nerviosa. Sobre todo, despreciaba el peloteo prodigado a todos los miembros de la familia.

Esto sí, era mucho más joven que Elena.

El cambio de favorita no sentó nada bien al equipo perdedor. Averiguaron el domicilio de la usurpadora, y allí se presentaron tanto Elena como su madre. Nada más abrir la puerta, sin mediar palabra, recibió Andrea varios golpes de boxeador propinados por una furiosa

y despechada Elena. La agredida no tuvo mejor idea que acercarse de inmediato en la vivienda de su amante.

Jerónimo se levantó de la mesa con mal talante, enojado. Encontró a su querida dentro de su casa. ¿Qué hacía ella en su hogar a esas horas? Tenía un ojo amoratado, llorando, el rímel resbalando por las mejillas, un moco colgando de las hinchadas narices. Entre sollozos, interrumpidos por crisis del llanto, narró la visita recibida media hora antes.

Andrea se equivocó con la reacción de su amante. No supo calibrar los efectos de una acción poco meditada. Había roto el equilibrio entre los dos mundos de Jerónimo. Ahora estaban chocando en su propio hogar, en su propia familia. Empezó a sentir un cierto odio hacia su querida Andrea, la culpable de romper el aislamiento construido y cimentado con hormigón armado durante años.

Jerónimo tenía que solventar el tema cuanto antes. Llamó al ascensor, mandando a la llorona a toda velocidad hacia su médico particular, después de unas caricias y promesas. Andrea, sin apenas notarlo, ya estaba en la planta baja cuando Jerónimo volvió a sentarse en la mesa para seguir con el segundo plato. Explicó con calma el ataque de un desconocido para robarle el bolso a su secretaria. Nada importante. El aire de su casa era más denso que el famoso puré de guisantes. La noticia, por extraños conductos, se filtró a la sastrería y a toda la familia.

Jerónimo meditó con cuidado que debía hacer para enfrentarse a la situación. Respecto al negocio la solución era no hacer nada, cualquier otra acción sería mal interpretada. Como Andrea no había presentado ninguna denuncia contra Elena, asesorada por el propio Jerónimo, también se abstuvo de cualquier represalia. Elena interpretó correctamente el silencio, no debía hacer más tonterías.

Al cabo de unos días, Andrea se incorporó a su puesto como si hubiera estado de baja por una gripe. Todo seguía igual, como siempre, una balsa de aceite, que a nadie se le ocurriera remover ni la superficie.

El tratamiento en el ámbito familiar era más delicado, podía significar una posible pérdida de su prestigio, de su poder, cualquier solución debería tener en cuenta estas circunstancias.

Faltaba poco para sus bodas de oro matrimoniales. Le pareció una magnífica idea celebrarlo por todo lo alto. Invitó a la torre de Esplugas a toda la familia, a los clientes más amigos, también a su amante. A ver quién era ahora el guapo que soltaba algún comentario.

Nadie dijo ni mu. Su hijo —por supuesto— fue el más discreto. Vicenta tenía un careto de piedra pómez. Cuando recibió como regalo del aniversario un magnífico collar, su rostro sonrió con agradecimiento.

Elena se sintió muy sola, abandonada, cuando Jerónimo Aixelá la sustituyó por una mujer más joven que ella. Hacía años de la pérdida de su otro amor, Justo Martínez, ahora en Francia. Cada día laborable tenía que soportar la presencia de la usurpadora y las apariciones muy esporádicas de su perdido amor. Modificó su horario para entrar más temprano de lo habitual, para así no tener que cruzarse con Andrea. Al menos le quedaba la satisfacción de haberla sacudido a conciencia. Por su parte Andrea le tenía miedo, procurando no tropezar con ella. Jerónimo Aixelá, en cambio, actuaba como si nada hubiera sucedido.

Daniel Rodríguez Martínez había tratado con Elena durante muchos años para mantener el canal de información hacia Salamandra y luego Ruiseñor. En un primer momento no le pareció Elena una mujer interesante, además era la amante de su primo Justo Martínez.

En el transcurso de varios años, Daniel mantuvo unas relaciones duraderas con dos mujeres en diferentes intervalos. Las historias con las distintas parejas fracasaron con el tiempo. Con el continuo trato fue aumentando su aprecio por Elena. Una mujer de ideas muy claras sobre la vida y los hombres y, además, con una buena inteligencia. No tenía apenas estudios, una instrucción básica a lo sumo, pero nunca soltaba una tontería o una inconveniencia.

Un día llegó a Barcelona la noticia de la boda de Justo Martínez con su amor francés, Michelle, en la ciudad de Agen. La policía, en ocasiones, vigilaba a Daniel discretamente por si Justo Martínez volvía a España de incógnito. La boda de Justo significó para Daniel un punto de inflexión. Ahora empezaba a ver a Elena con otros ojos. Los dos tenían ya una edad avanzada, cumplidos los cincuenta. A pesar de sus años, Elena mantenía una buena salud, una figura firme, un buen atractivo. Daniel, como el nieto de Jerónimo Aixelá, opinaba que el cambio de amante era una muestra del declive del eminente sastre.

Elena, por su parte, siempre había tratado con Daniel como un gran amigo. Las conversaciones entre ambos eran fluidas, inteligentes. Analizaban las vicisitudes que sufría Justo, comentaban los chismorreos del sastre, las noticias de actualidad, cualquier otro tema de interés. Elena quizás sentía una cierta atracción hacia Daniel, nunca puesta de manifiesto.

Al quedarse Elena desamparada cayó en una depresión. Su madre

ya se había jubilado de la sastrería y se había marchado a cuidar una hija de menor edad enferma en su pueblo natal. Sus dos primas también habían regresado. El padre de ellas había fallecido, ahora las dos hermanas debían atender a la viuda y al negocio.

Elena estaba sola.

En su puesto de trabajo percibía por el rabillo del ojo las miradas indiscretas de sus compañeras. La actitud de los hombres también había cambiado. Antes nadie, ni por casualidad, la había rozado. Ahora, ya había notado en su propio cuerpo un cambio en esta actitud. Todos hacían leña del árbol caído.

En estas circunstancias el apoyo decidido de Daniel fue suficiente para barrer todos sus prejuicios, todas sus defensas. Se entregó a él en cuerpo y alma. La nueva pareja se encontraba feliz. La vieja situación de Elena para atender a dos hombres, siempre un tema complicado, había desaparecido. Tenía un sentimiento desconocido, una mezcla de tranquilidad y libertad.

Daniel recogía a Elena casi todos los días a la salida del trabajo. A más de un operario tuvo que insinuarle un buen consejo. Al capataz sobón le amenazó con una firmeza que no dejaba dudas. Elena volvió a estar tranquila en el taller.

Los padres de Daniel habían fallecido hacía tiempo. La nueva pareja ocupó la vivienda de la calle Cardenal Tedeschini, en el barrio del Congreso, el piso conseguido por su familia durante el congreso eucarístico del año 1952.

# VII.3 Lluvia y nieve

Josep Rius, exfabricante de cintas y emigrado a París y México, al final de la Segunda Guerra Mundial volvió a Paris. Se trasladó a Múnich junto con varios miembros de la Generalitat en el exilio y amigos intelectuales franceses. Todos para asistir al cuarto congreso del Movimiento Europeo.

Una gran excitación se produjo en Europa con la asistencia de casi ciento veinte congresistas españoles, tanto de España como del exilio. La dirección del evento estaba en manos de Salvador de Madariaga.

Josep Rius conocía la necesidad de pertenecer a la Comunidad Económica Europea, existía la condición de un funcionamiento democrático de las instituciones de cada país miembro. Hacía muy poco tiempo que la Comunidad Económica había rechazado el ingreso de España en la organización por no cumplir el anterior requisito. Por este motivo, los asistentes al congreso propusieron una serie de medidas para acercar España a las instituciones europeas. Entre ellas estaba la garantía de la libertad personal, de expresión, del ejercicio de las libertades sindicales y de la creación de partidos políticos. Los debates, durante tres días, propusieron que los avances para esta nueva situación debían efectuarse con serenidad, con diálogo, sin ningún tipo de violencia.

La agria reacción de Franco a un abanico cada vez mayor de opositores a su régimen fue de tal envergadura que el congreso de Múnich tuvo una difusión mucho mayor de la esperada. La dictadura suspendió por dos años el derecho de libre residencia de los españoles, aprobado en las propias leyes franquistas.

Los engranajes del franquismo se pusieron en marcha, tildando al congreso como *el contubernio de Múnich*. Despreciaban a los organizadores tanto como a los asistentes, con especial dedicación a los españoles. La actitud de Franco causó un hondo malestar en el extranjero, con especial incidencia en Europa. España se alejaba de la Comunidad Europea, un posible ingreso ya no era viable.

Desde Francia, Justo Martínez siguió con avidez las noticias del congreso y sus repercusiones. Volvió a escribir en su diario, bastante olvidado.

8 de junio de 1962

Por fin se mueve algo en *l'Espagne*. Se ha celebrado el congreso del Movimiento Europeo con la participación de numerosos contrarios al nefasto franquismo. Políticos, intelectuales, catedráticos y un sinfín de

personalidades, tanto del país como del extranjero. Todos han exigido las libertades más esenciales.

No sé si algún día podré volver a mi país, a veces pienso que ya soy medio francés, o quizás *plus*.

11 de junio de 1962

La prensa francesa informa de la violenta respuesta de Franco para con los asistentes de Múnich. Con una ira desbordada mandó cárcel o deportación a las personas que retornaban a sus hogares. Algunas de ellas exiliadas al extranjero o a las islas Canarias. El país sigue siendo una *merde*, qué pena perder la guerra a manos de este dictador.

Un primo de Daniel Rodríguez Martínez decidió emigrar también a Catalunya. Pedro Sotomayor Rodríguez era oriundo de La Venta del Tabaquero, en Castilla la Nueva, muy cerca de Siles. Pedro y su mujer Juanita dieron varios tumbos hasta instalarse en la ciudad de Rubí, al norte de Barcelona. Pedro encontró trabajo como peón caminero en la red secundaria de carreteras. Un trabajo muy duro. Al cabo de unos meses pudo ingresar en una empresa tintorera, Tintes Modernos. Ya no estaba a pleno sol o lluvia, ahora tenía que lidiar con líquidos agresivos y malolientes. Con un mejor salario, contando con la ayuda de Daniel para un préstamo de dinero y su apoyo durante los fines de semana, empezó a construir una modesta vivienda en el barrio del Escardívol. La vivienda era una construcción sencilla, casi sin cimientos, de paredes delgadas, con tres habitaciones. Pedro Sotomayor estaba muy satisfecho, se sentía seguro. Tenía un salario fijo, aunque duramente ganado, disponía de una modesta casa en propiedad y Juanita estaba con un embarazo avanzado.

A su tiempo nació el hijo, le puso el nombre de Daniel en honor a su primo. Daniel Rodríguez Martínez no estuvo de acuerdo con el nombre, menos para recordar pequeños favores. Pedro debía tener en la sangre algo de tozudez baturra, consiguiendo su propósito. Mi hijo se llamará Daniel Sotomayor, pese a quien pese.

Daniel Sotomayor tenía ya dos años largos, en ocasiones jugaba en el cercano cauce de la riera de Las Arenas, donde Juanita podía echarle un ojo. La riera estaba casi siempre seca, en pocas ocasiones con algo de barro, donde chapoteaba el niño.

Sin ningún aviso ni predicción meteorológica, el 25 de septiembre de 1962 estalló una enorme tormenta al norte de Barcelona, en el Vallés. Una gota fría de gran virulencia arrojó más de doscientos litros

por metro cuadrado en menos de dos horas. El agua de las montañas se fue acumulando, hasta que comenzó a descender con rapidez hacia Terrassa, Sabadell y otras ciudades del Vallés Occidental. Entrada la noche, en unos pueblos desapercibidos, en calma, la avalancha de agua arrolló sin piedad a barrios enteros, puentes, carreteras, vías de ferrocarril, fábricas, hombres, mujeres y niños.

Todo el barrio del Escardívol desapareció, todas sus ciento veinte viviendas. Pedro Sotomayor Martínez perdió el conocimiento cuando las paredes de su casa reventaron. Al despertar tenía una brecha en la cabeza y un brazo roto. Estaba recostado en la esquina de la semiderrumbada pared de su vecino, que debió salvarle la vida. Al cabo de cuatro días pudo recuperar el destrozado cuerpo de Juanita para enterrarlo. No pudo hacer lo mismo con su hijo Daniel, nunca se encontró su cuerpecito. Tintes Modernos había desaparecido río abajo, cuatro días antes habían renovado la maquinaria.

Pedro Sotomayor estaba solo, sin familia ni trabajo.

La catástrofe meteorológica se alió con una falta de predicción, unas normas urbanísticas inexistentes, unos cauces de ríos estrechos, sucios, sin muros de contención. El total de víctimas oficiales fue de ochocientos once fallecidos. Otros autores cifran en más de mil el anterior dato, muchas personas no estaban empadronadas, pero habitaban en casas de parientes o amigos. Un número incontable de cuerpos no se encontraron, quedaron sepultados por toneladas de barro.

Daniel Rodríguez Martínez se trasladó al día siguiente a Rubí para conocer el estado de sus familiares. Las noticias le abrumaron. Pero no debía perder tiempo. Se integró en los voluntarios que organizaron los propios pueblos para autoayudarse. La primera consigna era el rescate de heridos; la segunda, procurar alojamiento y víveres a los damnificados; la tercera, encontrar a los muertos. Los destrozos en puentes, carreteras y vías férreas retrasaron el envío de las ayudas. La zona se declaró de emergencia nacional e internacional.

España se volcó en la ayuda a Catalunya, gracias a las emisiones maratonianas del locutor de Radio Barcelona Joaquín Soler Serrano. La ayuda oficial tardó en presentarse, pero también empezó a funcionar. El dictador hizo acto de presencia el 2 de octubre, repitiendo la visita el 13 de junio del año siguiente.

La desgracia la aprovecharon algunos buitres. Se desviaron fondos de las ayudas recibidas a lugares ocultos. En el mercado de las Glorias se vendían colchones aportados como ayuda a los damnificados. Los *boy scouts* trabajaron de firme desde el primer momento, sin ningún descanso hasta agotar sus fuerzas. Con la llegada de Franco, varios

gerifaltes del dictador ordenaron a los *boy scouts* cambiarse sus uniformes por los de Falange Española. Se negaron, y los apoyó el alcalde de Rubí, Miguel Rufé. Pasado un tiempo al alcalde lo depuraron.

Daniel Rodríguez Martínez estaba furioso al ver tantos muertos, las chapuzas de la dictadura, la corrupción que empezó a generarse con las desgracias ajenas. Su espíritu revolucionario, siempre dormido pero existente, explotó. Ideó un plan atrevido y audaz, pero necesitaba la ayuda de Ruiseñor. El plan era sencillo, aunque de difícil realización. Se disfrazaría de falangista. Cuando Franco fuera a visitar la zona, cerca de los perjudicados, le dispararía varios tiros.

Expuso con detalle el plan a Ruiseñor. Necesitaba un uniforme falangista y un carnet auténtico, a toda prueba, de Falange Española. A Ruiseñor todo le parecía un disparate, una reacción violenta por las muertes de la familia de Pedro Sotomayor. No creía que la guardia de Franco dejara acercarse a un hombre armado a su jefe, por mucho carnet que exhibiera. Tampoco podría huir, sería abatido o capturado allí mismo. Incluso ponía en peligro su falsa identidad.

Daniel argumentó que el plan era audaz, por este motivo podía funcionar. La muchedumbre de afectados desearía acercarse al dictador. Entonces fingiría que controlaba la avalancha humana, protegiendo al jefe de Estado. Para la huida, después de la sorpresa de los disparos, tenía una bomba de humo. Era difícil, pero practicable.

—Además, no me importa si me matan si consigo eliminar esta basura.

Ruiseñor intento convencer a Daniel del desatino, cada vez le parecía más descabellado todo el plan. La probabilidad de éxito era casi nula. Daniel defendió con sentimiento la acción propuesta:

—La audacia del golpe puede garantizar su ejecución, mucho más que una preparación bien estudiada.

Ruiseñor se negó a facilitarle la indumentaria y el carnet. Era una misión imposible, suicida. No podía poner en peligro a su primer ayudante.

Daniel marchó enfadado. En su opinión, Ruiseñor había perdido el empuje revolucionario. Opinaba que su tapadera, su sueldo de jefe comercial, su nueva vivienda y el coche de vendedor le habían ablandado. Salamandra se había transformado en Lagartija.

Daniel sabía del disfraz de Ruiseñor, donde trabajaba, su nuevo domicilio, su vehículo. Ruiseñor ignoraba estos conocimientos. Suponía que solo su disfraz de falangista era del dominio de Daniel, por los documentos de la casa utilizada durante su transformación de identidad. Él había tenido a su cargo la vivienda cuando estaba

convaleciente en el hospital de San Pablo.

Cada cien años hay una fuerte nevada en Barcelona. La del siglo XX ocurrió en la Navidad de 1962. Durante toda la noche nevó con intensidad en toda Catalunya, dejando en Barcelona una capa de sesenta a ochenta centímetros de espesor. La ciudad quedó paralizada, ningún transporte público funcionaba, salvo el subterráneo. Era imposible la circulación de vehículos, algunos intentos se saldaron con numerosos accidentes. Los atrevidos peatones sufrían continuas caídas, con tantos huesos rotos los hospitales agotaron las existencias de yeso. Los bomberos trasladaban a las embarazadas de parto a las clínicas, los fallecidos al cementerio. Como último recurso se utilizaban carros tirados por caballos. Fuera de la capital, las poblaciones grandes y pequeñas quedaron incomunicadas. Miles de viviendas aisladas estaban sin recursos, y se encargaron los alcaldes del socorro a sus vecinos con escasísimos medios.

Lidia se encontraba en la casita de Vacarisses con sus hijos. Al observar por la tarde un cielo con color de panza de burro, hizo acopio de víveres, mantas y leña para prevenir cualquier eventualidad. Al cabo de tres días pasó un helicóptero con altavoces para preguntarles:

—¡Atención, atención!, ¿están ustedes bien?, ¿necesitan algo?

—¡Váyanse ustedes a otro lado, aquí no falta nada! —contestó Lidia Villarroya rodeada de sus cuatro hijos.

Las autoridades estaban desbordadas, sin ninguna solución ante el caos provocado. El alcalde de Barcelona, José María Porcioles, franquista acérrimo, tomó una decisión atrevida. Telefoneó a su amigo Andreu Claret Casadesús, miembro de ERC, exiliado en Andorra con orden de detención por la policía. Solicitó su ayuda urgente para el auxilio de la ciudad, el Principado disponía de medios para la lucha contra las nevadas.

Partió Casadesús con trece máquinas quitanieves desde Andorra. En una épica carrera logró llegar a la Ciudad Condal en veinticuatro horas y rescató a más de tres mil vehículos atrapados durante su trayecto. Casadesús despejo las principales vías de acceso a los hospitales, al aeropuerto y a los mercados. Empezó la ciudad a recibir víveres, agotados en algunos barrios. Se convirtió en un héroe y se ganó el apodo de Príncipe de las Nieves. Al régimen dictatorial no le hizo ninguna gracia que el salvador de Barcelona fuera un exiliado con orden de captura.

La nieve caída se convirtió en duro hielo en poco tiempo. El caos

persistía, las órdenes transmitidas a la población eran absurdas. La Guardia Urbana exigía a todos los porteros de los inmuebles retirar el hielo de las aceras como fuera, incluso, si era necesario, rascando con las uñas. Otra orden polémica fue la retirada de la nieve acumulada en los terrados de los edificios. Aunque la meteorología no indicaba tal eventualidad, las autoridades temían una nueva nevada que podría acumular un peso extra en los inmuebles que fuera capaz de generar hundimientos. La tarea recaía sobre los inquilinos de los propios edificios. El lanzamiento desde los terrados de innumerables bloques de nieve y hielo provocó un muerto, varios heridos y miles de vehículos con el techo abollado.

Los esquiadores tuvieron unos días fantásticos, bajaban desde la parte alta de la ciudad enfilando la calle Balmes, gritando: «¡Pista, pista!». Volvían a subir en metro. Un chollo esquiar desde casa, con un remonte barato, sin colas.

La ciudad tardó un mes en recuperarse.

Los prebostes de Barcelona, después de tamaño ridículo, dotaron a la ciudad de máquinas quitanieves adquiridas a toda prisa y de ingentes cantidades de sal, distribuidas en almacenes por todos los barrios. En años posteriores, cuando caían cuatro copos, sacaban a toda prisa las quitanieves de paseo y la ciudad parecía un salero.

# VII.4 Evangelio según san Mateo

Otro primo de Daniel Rodríguez Martínez, Pepe Sotomayor Rodríguez, había emigrado al paraíso alemán. La misma decisión de millares de españoles hambrientos, forzados por la necesidad a traspasar los Pirineos. Pepe dejo atrás el pueblo de La Venta del Tabaquero. Su hermano Pedro había hecho lo mismo hasta pueblo de Rubí, unos años antes. Pepe quedó horrorizado por la desgracia de su hermano en las inundaciones del año 62, prefirió emigrar hacia Alemania. Parecía un destino más seguro, próspero, aunque duro por el clima y el idioma.

En la ciudad de Stuttgart encontró trabajo, también a un grupo de españoles intentando mantener un calor mutuo, con la posibilidad de alguna comida más mediterránea. Ahorraba parte de su salario, para transferirlo a su familia de La Venta del Tabaquero.

La otra novedad en España era el inicio de un turismo extranjero de sol y playa, con un crecimiento anual importante. Lo potenció el político Fraga Iribarne, desde el Ministerio de Información y Turismo. Algunos afortunados ya podían contemplar a unas nórdicas esbeltas luciendo bikinis en las playas del país. El bañador de dos piezas fue una revolución que levantó ampollas en la España retrógrada, incluso llegó a prohibirse en bastantes lugares.

La economía española crecía gracias a las divisas de un turismo en auge y a los envíos dinerarios de los emigrados al extranjero.

Franco confió la actividad económica a personas ligadas al Opus Dei, un grupo religioso católico muy conservador, puesto en marcha por José María Escrivá de Balaguer. El Opus Dei tenía un poder inmenso en la alta burguesía y en la Iglesia. La preparación del Plan Nacional de Estabilización Económica supuso un cambio radical para alejarse del desbarajuste de la economía de posguerra hacia una actividad mercantil más moderna.

Las medidas económicas provocaron la aparición del primer vehículo nacional, el Seat 600. Los electrodomésticos conquistaron el mercado, pronto aumentaron sus ventas gracias al desarrollo del sistema de pago a plazos. La clase trabajadora empezó a tener capacidad de compra gracias a las horas extraordinarias. Se buscaban con pasión, incluso en empresas diferentes. Todos los obreros discutían sobre el tema. La pregunta del momento era:

—¿Cuántas horas extra haces tú?

### Notas familiares de Óscar Aixelá

En mi primer trabajo después de terminar los estudios, en la Industrial Magnética, conocí al rey de las horas extraordinarias. Un colaborador

eficaz, siempre preparado, dispuesto a solucionar cualquier problema, a veces rozando la imprudencia, Benigno Castro.

Hablando con el Sr. Castro de las épocas pasadas, por los años sesenta y algo durante el boom económico, me confesó haber trabajado veinte horas al día.

—¿Serán pocos días?

—No, no. De forma continua.

—¡Esto es imposible! Tienes que comer y dormir.

—Verás, te lo cuento. Hacía el turno de mañana, de siete a tres, en el control de calidad de una fábrica de plásticos. Por la tarde, media jornada en la oficina técnica de una empresa de matricería, un curro descansado de cuatro horas. Después otras ocho horas en la Compañía de Tranvías, en el turno de noche, de las diez de la noche a las seis de la mañana.

—¡Imposible!, necesitabas dormir.

—En los tranvías debía manejar un enorme cuadro eléctrico que distribuía la energía a las diferentes líneas y zonas. Sobre las once de la noche la circulación era mínima, no había necesidad de ningún control. Entonces, ponía en horizontal una enorme mesa de dibujo abatible y dormía encima el resto de la noche. Un día hubo una avería grave pasadas las doce de la noche, poco a poco todos los tranvías de la ciudad pararon. Al averiguar qué había pasado, me pillaron durmiendo a pierna suelta. Después de año y medio de trabajo me despidieron.

—Dirás, de año y medio durmiendo.

—No, no. En año y medio solo tuve una incidencia.

## 1963

Con setenta y dos años Jerónimo Aixelá seguía al pie del cañón en su sastrería de la Rambla. Durante la prueba de una americana un cliente empezó a comentar la ingente obra desarrollada por el Opus Dei. Jerónimo no sabía nada del asunto, pero se mostró interesado para no desairar al parroquiano. Este extrajo de un bolsillo del pantalón un librito llamado *El camino* de José María Escrivá de Balaguer. Hablaba de él como si fuera una divinidad, la portada incluía una fotografía del autor. Jerónimo reconoció al instante la faz y la mirada. Recordaba a la perfección aquellos ojos en la calle Sagasta. Habló en tono calmado, como quien no le da importancia:

—Sí, le conozco. Fue hace años, cuando era joven y vivía con sus padres en un piso de la calle Sagasta de Logroño. Era mi vecino puerta por puerta. Una persona muy inteligente, agradable, de ojos profundos.

El cliente estaba asombrado, el sastre conocía personalmente al fundador del Opus Dei, al autor de su libro guía, al mayor santo de la Iglesia después de Pedro el apóstol.

A partir de aquel día aparecieron por la sastrería nuevos clientes para indagar sobre la juventud del maestro y conocer a un sastre que tuvo el privilegio de tratarle.

Justo Martínez, desde su exilio francés en Agen, había leído con pasión y asombro las declaraciones del abad de Montserrat Aureli María Escarré, aparecidas en el periódico *Le Monde*. Eran increíbles, unas verdades como puños contra el régimen dictatorial de Franco. Por fin en España se movía algo, el clero empezaba también a luchar contra la dictadura.

La entrevista causó un maremoto en el Palacio del Pardo, una de las residencias del dictador. Ahora, una parte del sacerdocio se atrevía a criticar su paz y su gobierno salvador. La maquinaria franquista se puso en marcha para denigrar al abad Escarré. Con su poder sobre la Iglesia consiguieron al cabo de dos años la expulsión del benedictino, y le mandaron al exilio.

El viernes 12 de marzo de 1965 partía el abad de Montserrat en avión hacia Italia. Un reportero gráfico tomó una instantánea del clérigo accediendo al avión. La toma no pudo ser publicada, la poderosa censura franquista en los medios de comunicación frenó la noticia. Al cabo de dos días una brevísima gacetilla anunciaba el nuevo destino de Escarré en el monasterio benedictino de Milán.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Recuerdo con nostalgia el día que un grupo de amigos fuimos a ver el film *Evangelio según san Mateo*, de Pier Paolo Pasolini.

Ya las primeras escenas eran impactantes. Aparece María con un rostro sereno, de virgen. Un esposo con la mirada preocupada al contemplar su hinchado vientre, un José del pueblo. El Evangelio de Mateo tiene una descripción mística de la vida de Jesús, el cineasta la explota con habilidad. Es una lección de humanidad, lejos de la iconografía clásica y del estilismo modernista.

Al salir del cine, en la Rambla Catalunya, nos sentamos en unas mesas del centro del paseo para comentar la película. Sobre todo el rostro y las reacciones de un Cristo de carne y hueso, no divinizado. Todos estuvimos de acuerdo en que la película consigue un nivel humano tan profundo que introduce un sentimiento religioso en el espectador superior a todas las otras películas sobre el mismo tema.

Los diálogos, el desespero de María al ser abandonada por su hijo, las frecuentes palabras crípticas de Cristo. Pasamos un montón de horas, nos echaron para cerrar el local. Ninguno de nosotros había mirado el reloj.

**1965**

Óscar Aixelá se apuntó a UC, Universitarios Cristianos, una organización tan religiosa como de política izquierdista. Estaba formada por estudiantes de varias escuelas y facultades, con una buena representación femenina. En la Escuela de Ingenieros, donde estudiaba, había una sola chica en todos los cursos y especialidades.

La organización UC mantenía reuniones, una revista, diversas actividades religiosas y antifranquistas. También sus miembros efectuaban salidas a bares, excursiones, visionado de películas y conferencias. Al final de estas actividades solían reunirse para analizar con detalle todo lo que habían visto y oído. Una integrante del grupo era una chica que pronto llamó la atención de Óscar.

Óscar Aixelá participaba en la mayoría de las manifestaciones contra la dictadura franquista. Las protestas se extendían por todo el país, principalmente en las grandes ciudades. El régimen respondía con dureza contra los disidentes. La policía actuaba con impunidad contra las movilizaciones, a base de botes de humo, mangueras, cargas de caballería y porrazos sin cuentos. Aparte de recibir un buen golpe, el mayor peligro era ser detenido y enviado al TOP, Tribunal de Orden Público. Las sentencias del tribunal condenaban a prisión, pérdida de becas o ser enviado al servicio militar ordinario. La Brigada Político Social era implacable. Torturaba a los detenidos, o amenazaba con castigar los negocios, puestos de trabajo o tiendas de los padres de los interrogados. La policía conocía con exactitud la situación y los negocios de los familiares de los estudiantes fichados. Asistir a una manifestación conllevaba unos riesgos nada despreciables.

El Tribunal de Orden Público se creó por dos razones. El Gobierno deseaba dar una imagen de Estado de Derecho a nivel internacional, sobre todo después de la represión por el contubernio de Múnich. El TOP reconducía algunas actuaciones desde el ámbito de los tribunales militares al civil. Además, la dictadura necesitaba una herramienta rápida y efectiva para atender la avalancha de atestados ante la creciente actividad contra el régimen.

El primer condenado por el TOP fue Timoteo Buendía. Un año de cárcel por gritar en un bar: «¡Me cago en Franco!».

Ruiseñor estaba inquieto. Los comunistas habían puesto en marcha un sindicato clandestino, Comisiones Obreras. Tenían bastante éxito y el número de afiliados crecía día a día. El sistema empleado consistía en introducirse en el interior de los sindicatos verticales del franquismo para ir expandiéndose y accediendo a los puestos clave.

Las órdenes dentro del Partido Comunista eran inflexibles para sus militantes, para ser cumplidas a rajatabla. Esta política provocaba numerosas detenciones o cárcel a sus miembros, pero ganaba adeptos. El sindicato crecía con rapidez entre los trabajadores, las ideas propuestas calaban en los obreros. Uno de sus más destacados miembros en la comarca del Vallés era el viudo Pedro Sotomayor Rodríguez, primo de Daniel Rodríguez Martínez.

Ruiseñor había perdido algunos afiliados en favor del Partido Comunista. Incluso un par de traidores se habían pasado a los socialistas. El sistema de la tríada había funcionado bien, con poquísimas detenciones. Ahora empezaba a mostrarse poco activo, obsoleto, sin contacto con la realidad, ni con las bases ni con la cúpula dirigente. Meditaba si había cometido un error al no apoyar a Daniel en su propósito de eliminar a Franco durante la riada del 62 en Rubí.

Habría sido un golpe de grandísimo efecto.

# VII.5 Bombas y asambleas

Las reservas de Camilo Cabezas cuando se firmó el convenio de cooperación con los Estados Unidos se hicieron patentes el 17 de enero de 1966. Un bombardero estratégico B-52 chocó a gran altura contra un avión cisterna que le proporcionaba combustible. Ocurrió sobre la vertical del pueblo de Palomares, en Almería.

Camilo leía las escasas noticias aparecidas en la censurada prensa del país. Daba la impresión de que tanto el Gobierno de España como el de Estados Unidos minimizaban el accidente y sus consecuencias.

Más adelante salieron a la luz pública datos de importancia. El bombardero transportaba cuatro artefactos nucleares de una potencia unitaria de 1,5 megatones. Es decir, cada uno era unas ochenta veces más potente que la bomba lanzada sobre Hiroshima. Dos de las bombas descendieron con un paracaídas de protección. Las otras dos chocaron violentamente contra el suelo. Por fortuna no se inició la reacción en cadena gracias a un sistema de seguridad que no falló. Ambos impactos abrieron los núcleos de las bombas dejando al descubierto el uranio enriquecido de alta radiactividad, contaminando tanto la tierra como el aire.

El Gobierno franquista minimizó los daños por radiación, aseguraba que los niveles de contaminación eran prácticamente nulos. Los guardias civiles desplazados al lugar no tenían ninguna clase de vestimenta apropiada, a pecho descubierto. Por motivos políticos, a la población de Palomares no se la evacuó.

Hoy en día, todavía hay zonas valladas en los alrededores de Palomares. El Consejo de Seguridad Nuclear Español, CIEMAT, vigila constantemente la zona. Es el típico accidente *Broken Arrow*, flecha rota, que aparece en las películas de Hollywood. Ahora era de verdad.

El Gobierno montó un *show* para demostrar que la zona no tenía ningún peligro. El ministro de turismo y el embajador estadounidense tomaron un baño de mar en las aguas de Palomares.

Al final, los españoles tuvieron que pagar una factura por la contaminación de tierras y personas.

### Notas familiares de Óscar Aixelá

Por motivos profesionales realicé unos estudios técnicos en el depósito de residuos radiactivos de El Cabril, en la provincia de Córdoba, un lugar muy alejado de cualquier población. El almacén depende de la empresa estatal Enresa, Empresa Nacional de Residuos Radiactivos, S. A. Si no recuerdo mal, fue durante el principio de los años 90.

Después de colocarme un dosímetro personal pude desplazarme

con total seguridad por la planta, siempre acompañado de un empleado. El único lugar vedado fue el hangar donde permanecían los restos del accidente de Palomares.

**1966**

La sustitución de Elena por Andrea produjo una interrupción de las noticias recogidas por Daniel Rodríguez Martínez y luego transmitidas a Ruiseñor. La veta de oro, tan fructífera durante muchos años, se había agotado. Ruiseñor sondeó a Daniel para intentar una continuidad de la información con la participación de la nueva querida. Daniel, previsor, había hablado con Andrea en un par de ocasiones haciéndose pasar por cliente de la sastrería. Ruiseñor insistió de nuevo con la cuestión, Daniel le contesto:

—No hay nada que hacer. Es tonta del culo.

Ruiseñor se sintió todavía más aislado, un caudal de informes que tantos éxitos le habían procurado durante años se había fundido. Cada vez le costaba más mantener el contacto con las bases sin poner en riesgo su tapadera. Últimamente, todo les salía torcido.

Óscar Aixelá estaba nervioso, algo se movía en la Escuela de Ingenieros y no conocía el motivo. Decidió preguntarle al delegado de su curso la causa de tantos movimientos entre los diversos dirigentes. Javier Domingo le contestó:

—Nada importante, ni que te interese.

—Bien, si tú eres el delegado, yo soy el subdelegado. Creo que tengo el derecho a saber qué pasa.

Óscar estaba picado por el corte en la respuesta de Javier.

—Perdona mi brusquedad, es algo importante. Tengo órdenes de no comentarlo con nadie. Lo siento, debes estar atento a las noticias, luego reaccionas como si fueras yo mismo.

A las tres de la tarde del 9 de marzo de 1966, en el convento de los capuchinos del barrio de Sarriá, empezaron a llegar delegados de curso de todas las escuelas y facultades, profesores e intelectuales como Oriol Bohigas, María Aurelia Capmany, José Agustín Goytisolo, Salvador Espriu, Antoni Tàpies, entre otros.

El motivo era una asamblea constituyente del primer sindicato democrático de estudiantes de la Universidad de Barcelona, el SDEUB. En plena reunión la policía cercó el edificio y exigió la inmediata salida de los ocupantes, con la entrega de sus DNI. Los asambleístas se negaron a tales órdenes, siguiendo con los debates hasta aprobar la creación del sindicato democrático. El edificio de los capuchinos era

una iglesia-convento, la policía no tenía permiso para entrar en un recinto sagrado.

Óscar era el subdelegado de su curso y, al igual que muchísimos subdelegados, supo reaccionar de inmediato. Convocó una asamblea de los alumnos de su curso para discutir la situación de los encerrados. Después de un debate, la votación a mano alzada confirmó casi por unanimidad una huelga general hasta la liberación de los retenidos en Sarriá.

La asamblea tuvo lugar en una amplia sala anexa a las aulas. Al poco se presentó el catedrático de economía, un reconocido franquista. Anunció que pasaría lista nada más empezar la clase, los alumnos que no estuvieran presentes serían suspendidos en el examen final del mes de junio. Ante la amenaza, algunos compañeros empezaron a entrar en el aula. Óscar intentó pararles con los argumentos discutidos en la reunión. Poco a poco todos los alumnos estaban llenando el aula. Quedaron los amigos de Óscar y él mismo. Estos intentaron convencerle para que también entrara. Óscar se negó en redondo. Había dirigido la asamblea y aceptó la resolución de la mayoría para ir a la huelga, no rompería esta responsabilidad. Habían votado huelga y él haría huelga. Se quedó solo ante la puerta. Los subdelegados organizaron manifestaciones de apoyo a los recluidos por las calles cercanas al convento, disueltas por la policía con vehículos o cargas de caballería.

La constitución de un primer sindicato democrático en la dictadura tuvo una gran repercusión nacional e internacional. Identificaron a todos los asistentes, que sufrieron diferentes penas por parte de la autoridad. A dos amigos de Óscar los enviaron ipso facto a realizar el servicio militar ordinario al Sáhara Español. Otro perdió la beca que tenía.

La mayoría de los delegados de curso recibían con enorme facilidad las excelentes becas Fulbright para completar estudios o investigaciones en Estados Unidos. Eran los futuros dirigentes de una democracia en ciernes, los americanos deseaban exportar sus ideas. El encierro de la de dominada *caputxinada* demostró que los subdelegados podían hacer el mismo papel que los delegados, pero nunca recibieron oportunidades para una beca Fulbright.

Con una gran sorpresa, Óscar aprobó la asignatura de Economía en el mes de junio. Más tarde averiguó que uno de sus amigos había pasado la lista por él, sin llegar a conocer quién fue el valiente.

Al estallar en París el mayo del 68, puede decirse que los estudiantes de Barcelona llevaban dos años de adelanto.

# VII.6 Fallecimiento de Jerónimo Aixelá

La situación de la Sastrería Aixelá en plena Rambla de Canaletas empezó a tener problemas con el tiempo. Aparcar cerca del negocio era una tarea casi imposible, sobre todo por la tarde. El parque automovilístico de Barcelona había crecido, apenas existían plazas de *parking* de pago. Más grave era la permanente convocatoria de huelgas o manifestaciones contra la dictadura en la plaza de Cataluña, a tocar de la puerta del inmueble. La policía intervenía muy a menudo con porras, pelotas de goma, botes de humo. Más de un cliente soportó serios sobresaltos o un porrazo. Jerónimo Aixelá decidió trasladar el negocio a un nuevo emplazamiento, pensó en la Diagonal o el paseo de Gràcia, unos lugares tranquilos y señoriales. Al no encontrase demasiado fuerte para esta gestión, delegó el asunto a su hijo Raúl. Tenía ya setenta y cinco años, por fin encomendó a su sucesor una actividad directiva.

Óscar Aixelá opinaba que la búsqueda iniciada por su padre para el nuevo emplazamiento de la sastrería tenía un inconveniente grave. Óscar habló con su padre para sugerirle buscar una tienda a pie de calle, con escaparate, venta de complementos de vestir, camisas, corbatas, jerséis y cinturones. No era una idea nueva. Las sastrerías de prestigio de Barcelona estaban colocando sus establecimientos a nivel de la acera. Su padre insistía en ubicar el negocio en un primer piso, le contestó:

—La sastrería Aixelá debe conservar su categoría y fama. Los clientes subirán las escaleras al primer piso para hacerse sus trajes en tan importante sastrería.

Óscar estaba perplejo. Su padre no entendía que los tiempos cambian, las soluciones de antaño del abuelo ya no servían. Pero él seguía aplicando los mismos criterios de su dios particular. Seguía anclado en el pasado. El *prêt-à-porter* había mejorado, la sastrería tradicional debía encontrar nuevas vías al negocio.

Al final Raúl eligió un piso principal muy amplio en el paseo de Gràcia, justo por encima de la avenida Diagonal. Para posibilitar el aparcamiento apalabró tres plazas de *parking* para los clientes en un garaje próximo. Las obras de remodelación, incluido un novedoso aire acondicionado, se pusieron en marcha.

Tres semanas más tarde, un sastre amigo de Raúl y Jerónimo visitó el nuevo local en obras. Su consejo fue tajante:

—Raúl, para todo esto y vete a una tienda con escaparate.

Tampoco le hicieron caso.

Los médicos recomendaron a Jerónimo Aixelá una intervención quirúrgica de próstata. El enfermo tenía un miedo cerval a la intervención, retrasando cada año su ingreso en clínica. Llegó un día que no admitía más esperas, a sus setenta y cinco años le esperaba con urgencia el quirófano.

Óscar recibió el encargo paterno de recoger a su abuelo y acompañarlo en un taxi hasta la clínica. Al llegar Óscar al domicilio del paseo de Gràcia fue la última vez que vio sonreír a su abuelo. Le ayudó a preparar una pequeña maleta con todo lo necesario. En el taxi Jerónimo intentaba poner una buena cara sin conseguirlo, su rostro mostraba una mueca de profunda preocupación. El nieto quería animarle con las últimas noticias de las obras, tampoco lograba su propósito. Al llegar el vehículo al Paseo de San Juan tuvo que ayudar a su abuelo a recorrer el corto trecho hasta la puerta de la entrada, nunca había necesitado tal ayuda. Fue una postrera resistencia. Nada más franquear el umbral Jerónimo manifestó con voz queda:

—Saldré de aquí con los pies por delante.

Óscar se incorporó de inmediato al ejército para su segundo verano en las Milicias Universitarias. A los quince días volvió a la clínica durante el permiso de fin de semana. El estado del enfermo le asustó. Tenía el vientre hinchado, purulento, cruzado por venas rojizas y estrías verdosas. Su rostro parecía de cera. La operación practicada tenía el aspecto de un fracaso total. Sin embargo, en el ambiente familiar y clínico se respiraba un cierto optimismo. No entendía nada, su abuelo estaba muriéndose, nadie aceptaba la realidad o bien la ignoraban.

Regresó al campamento militar de Castillejos en la misma tarde del domingo. Al viernes siguiente recibió un escueto telegrama en la tienda de campaña:

«Abuelo fallecido. Stop. Regresa inmediatamente. Stop».

Solicitó un permiso urgente, pero se lo denegaron. El Ejército los concedía únicamente en caso de muerte de un familiar de primer grado. Insistió en su petición, el sábado por la mañana solo se efectuaba el examen semanal de las diferentes materias de estudio. Al final consiguió el permiso. Quizás tuvo influencia la reparación por parte de Óscar del radar de la batería antiaérea de su unidad, que llevaba años inutilizado y dejaba los cañones inservibles para el tiro aéreo.

Después de varias vicisitudes pudo llegar a la finca de Esplugas a las tres de la madrugada, bastante agotado. Nada más entrar en la torre tuvo un triste sentimiento, en aquel viaje en taxi había conducido a su abuelo hacia la muerte.

Al abrir la puerta del comedor, se encontraba Jerónimo de cuerpo presente, al lado de la chimenea. Toda la familia le vio entrar con el uniforme militar, nadie dijo nada. Sin pronunciar palabra se acercó al féretro para darle un último beso a su querido abuelo. El movimiento lo interrumpió su tía Patricia, que le cogió con suavidad por el hombro, susurrando:

—No le beses, te acordarás toda tu vida.

Óscar terminó con cuidado y cariño su propósito. Con el tiempo no recuerda el beso, sí el color amarillento, oscuro, horrible, de la piel de su rostro.

Al día siguiente por la mañana estaba preparado el sepelio en el panteón familiar del cementerio local. Raúl solicitó a su hijo que vistiera el uniforme del ejército para la ceremonia, alegando que hubiera sido el deseo del difunto. La demanda supo a cuernos quemados a Óscar, pero no era el momento de montar un pollo familiar.

La iglesia estaba abarrotada, una vez terminado el oficio la comitiva marchó a pie hasta el cementerio, atravesando buena parte de la villa. A los familiares se habían unido parientes lejanos, clientes, trabajadores de la sastrería, amigos y una multitud de curiosos. Las miradas estaban centradas en Óscar, el heredero. La mañana era muy calurosa, las gotas de sudor salían por debajo de la gorra de plato y resbalaban por las mejillas de Óscar. La gruesa guerrera calentaba su pecho, el cuello blanco postizo se clavaba en la garganta. Lo peor era no sentirse él mismo vestido de militar.

Al día siguiente, domingo, Raúl sufrió un telele delante de su hijo, al pie de la escalera de la torre. En medio de violentas convulsiones consiguieron entre cuatro familiares subirle al primer piso y acostarlo en una cama. El médico no encontró ninguna causa física del incidente. Se atribuyó al estrés de la situación. Le inyectó un potente calmante para que pudiera sosegarse.

Óscar no estaba convencido del diagnóstico, había algo más profundo, recóndito. En aquel momento cruzó su mirada con la de su madre. Por un instante, el semblante de Meritxell pasó de la tristeza a una profunda inquietud. Entonces Óscar comprendió el verdadero motivo del suceso. De súbito, su padre debía afrontar una nueva situación tras la muerte de su progenitor. Ahora él era el jefe, debía tomar las decisiones y coger el timón de la nave. Si Meritxell tenía miedo, algo andaba muy mal, con seguridad no creía a su marido capaz de triunfar en tamaña tarea. En el fondo, Raúl era un empleado más, con su sueldo, sin ninguna responsabilidad. El ego de Jerónimo fue un poderoso paraguas que cubría la profesión, el negocio, la

familia, todo.

En la misma tarde, Óscar tuvo que regresar a sus obligaciones militares.

Dos meses después, terminado el periodo veraniego de la milicia, tuvo conocimiento de todos los problemas anteriores y posteriores al fallecimiento de su abuelo por medio de su hermana Mariona.

Raúl siempre había acatado las órdenes de su padre sin ninguna resistencia, sin protestas, fueran las que fueran. Incluso también las aceptaba si molestaban o perjudicaban a su esposa o a su familia, circunstancia que ocurría a menudo. Como Jerónimo se creía casi inmortal, solo tenía un viejo testamento redactado al poco de casarse. No había redactado un nuevo documento para asegurar la transmisión de los bienes a la línea de progenitores masculinos. En pocas palabras, ni Raúl ni Óscar estaban citados en el testamento, no tenían nada, ni un solo botón de la sastrería. Jerónimo Aixelá empezó a encontrarse muy mal en la clínica, veía la muerte cerca de su cama. Pero estaba lúcido, comprendió la situación, el peligro que podía significar la falta de sus últimas voluntades según el deseo expresado durante años. Ordenó a su hijo traer de inmediato un notario a la clínica. Raúl le contestó:

—No te preocupes, papá, cuando salgas de la clínica podrás ir al notario tú mismo, con toda tranquilidad.

La única vez que ni obedeció, ni acato, ni cumplió fue para cagarla.

Raúl solo pensaba en su progenitor, en nadie más. El negocio familiar, su propio futuro, el de la familia, el de su hijo eran cuestiones secundarias.

Del heredero de «todo esto será un día tuyo», Óscar paso a cero patatero. Puro humo. Su madre Meritxell ya lo había pronosticado desde hacía más de veinte años. Sí, sí, tú serás el heredero de la casa quemada. No llegó a pensar que su esposo sería la persona que arrimó la cerilla.

Las relaciones entre Jerónimo y su hijo Raúl eran incomprensibles para Óscar. Después de trabajar codo con codo todo el santo día, terminada la cena familiar, Raúl llamaba por teléfono a su padre para preguntarle si se encontraba bien, si había cenado a gusto. Cada noche, el mismo ritual, los 365 días del año.

Al morir Jerónimo con el testamento redactado después de su boda, todos los bienes pasaron a su mujer Vicenta. Raúl no tenía absolutamente nada a su nombre. Las hijas de Jerónimo y sus esposos decidieron el siguiente arreglo: la finca de Esplugas con su contenido

se vendería y se repartiría entre todos los hermanos, menos Raúl. La misma disposición con los enseres y bienes del paseo de Gràcia. La sastrería sería respetada para Raúl, si bien vaciaron también la cuenta bancaria de la misma.

La pérdida de la herencia si tuvo una reacción de ira por parte de Óscar Aixelá. No por el dinero, cuestión que su madre había predicho, sino por el papelón de llevar durante años el estigma de heredero.

Cuando su abuelo le representaba a un amigo o un cliente o cualquier persona (el barbero, el limpiabotas, el acomodador del cine, el taxista), siempre decía:

—Es el *hereu*.

Óscar hervía por dentro, él se llamaba Óscar, no otra cosa. Odiaba la frase.

En el Colegio Parroquial de Esplugas todos le miraban de forma extraña, Óscar tenía un sentimiento de bicho raro. Formaba parte de la copla para cantar canciones por las calles del pueblo en el día de Pascua. Los habitantes donaban dinero después de cada tonada, utilizado para hacer una excursión con comida a todos los jóvenes del coro. Jerónimo Aixelá en vez de pesetas regalaba un cordero vivo con un lazo rojo, símbolo pascual. Toda la familia le reía la gracia.

El Orfeó de Esplugas nombró padrino a Jerónimo Aixelá para conseguir unos ingresos económicos capaces de mantener la actividad. Accedió al nombramiento con la condición de colocar en el puesto de padrino a su nieto. Óscar, con once años y todavía con pantalón corto, debió hacer un discurso en el escenario del Ateneo, repleto de la flor y nata del pueblo. El apuro fue tremendo, agobiante, fatal. Al abuelo se le caía la baba.

Las notas escolares de Óscar eran revisadas con lupa, tenía la obligación de mejorarlas semana a semana. Algo fuera de su alcance, estaba en una zona buena respecto a sus compañeros, pero nunca cerca de la cabeza. Su conducta era vigilada asiduamente, tenía que dar ejemplo en todo, ser el más noble, aseado, espejo de virtudes. Tanto control le hastiaba, los demás nietos eran mucho más libres y felices.

Sin testamento, todos aquellos esfuerzos y vicisitudes no sirvieron para nada.

La flor del culo de Óscar empezaba a marchitarse.

# VII.7 Segundo traslado de la sastrería Aixelá

Óscar Aixelá veía a sus padres durante los permisos de fin de semana del Ejército, tras el óbito de Jerónimo Aixelá. Todavía le restaban dos meses del segundo periodo de la milicia. Empezó a encontrar un comportamiento extraño en su progenitor. Preguntó qué estaba haciendo al verle inclinado sobre una mesa llena de papeles, bocetos, los planos de la casita de Esplugas.

—Hijo, he tenido una gran idea. Voy a transformar la torre de Esplugas en un Museo de la Sastrería. Tengo que honrar la memoria de tu abuelo. En la entrada colocaré la puerta de hierro forjado con el dragón y la inscripción Aixelá, la que estaba en la Rambla. Nada más cruzar una puerta tan artística los visitantes encontrarán el cofre de plata labrada con las tijeras del ilustre sastre. Podrán leer la inscripción «Únicas tijeras usadas en su vida profesional por Jerónimo Aixelá». Un hermoso relicario. Al mismo lado situaré el impresionante busto del abuelo, en una peana que todavía estoy estudiando.

Óscar estaba perplejo, la casita era pequeña para un museo, además pertenecía a su madre, Meritxell. Decidió obtener más información:

—Tengo la impresión de que hay poco espacio para un museo.

—Hijo, no te preocupes. Pienso derribar la palmera y la casita para construir un edificio más espacioso. Es la mejor manera de perpetuar la insigne vida de tan gran hombre, un edificio digno de su gloria y su pasado como artesano.

Óscar pensó que su abuelo era como el Cid Campeador, ganaba batallas después de muerto. Quizás existía un inconveniente:

—Papá, ¿mamá está al corriente de tus planes?

—No, pero no hay problema. Estoy seguro de que aprobará este templo de la sastrería en honor a los desvelos que su suegro tuvo con ella.

Meritxell no quiso un choque frontal con su marido, recordaba muy bien todas las situaciones padecidas por la familia gracias a los caprichos del patriarca. Optó por un mutismo total.

El constructor de museos trabajaba en su obra faraónica, aunque fuera a costa otras cuestiones importantes. Finalizar el traslado de la sastrería al nuevo local, comprobar el estado de la tesorería del negocio, ver todos los trajes a medio hacer del difunto. Pasadas unas semanas el proyecto era totalmente inviable desde el punto de vista económico. Bocetos y planos desaparecieron con rapidez.

En el siguiente permiso la situación era similar a la anterior. Un hombre inclinado en una mesa llena de planos, dibujos y nuevos

bocetos. Óscar besó a su padre con cariño, e indagó sobre los nuevos trabajos.

—No he podido con el museo por la falta de dinero, ahora espero tener buenos beneficios con la nueva idea que he tenido. Es genial.

—Se trata de hacer un edificio de pisos de lujo en el terreno de Esplugas. Es un negocio redondo, lo tengo todo planeado. Dispondrá de ascensor con un portero en la entrada uniformado con galones y gorra, incluso tengo diseñado el vestido. Tengo encargado a un estudio de arquitectura el diseño de los planos definitivos. Es algo fabuloso, hijo.

Óscar estaba cada vez más asustado. Era muy difícil que el Ayuntamiento aprobarse el proyecto de unos pisos altos en una calle de chalets. Los estudios de arquitectura eran caros, y daba la impresión de que la familia no andaba muy boyante en recursos económicos.

—¿Mamá ya conoce tu proyecto?

—Todavía no hijo, es una sorpresa que voy a darle.

Al final la realidad se impuso. El negocio no tenía fondos ni para terminar las obras del paseo de Gràcia ni para afrontar el traslado. No hubo más remedio que pedir un préstamo sin intereses a Camilo Cabezas, que procuró la suma sin ninguna pregunta. Con seguridad Camilo sabía mucho más del tema, pero un caballero también lo es con el dinero.

Meritxell insinuó a su marido la conveniencia de no tocar ni un ladrillo ni una hoja de palmera de su casita de Esplugas.

La obra del nuevo local pudo terminarse. La nueva sastrería se inauguró a bombo y platillo, si bien era una sombra de la antigua sastrería. De todas formas, el magnífico salón de la sastrería de la Rambla ya no era necesario. Ningún cliente iba a esperar turno para entrar en el probador.

El personal se recortó, tanto en el taller como en las trabajadoras a domicilio. Algunos se jubilaron, como el anciano jefe del taller de costura o el botones Filipón. También hubo dos bajas importantes. Raúl había soportado con resignación y odio la presencia de las amantes de su padre dentro de la sastrería. Elena, con una buena visión, solicitó una prejubilación. Andrea fue despedida después de un incómodo lloriqueo. La sastrería ya no necesitaba ninguna secretaria.

Una vez terminado el segundo período de las milicias universitarias con el grado de alférez, Óscar Aixelá regresó al hogar familiar. Decidió pasar página del tema de la herencia y de los problemas de la

sastrería. Ya se había incorporado su hermano Joaquín al negocio una vez finalizada su estancia de formación en Inglaterra. Fue una pena la muerte de Jerónimo estando Joaquín en Londres, quizás le hubiera transmitido más conocimientos del negocio a su nieto.

El principal objetivo de Óscar era terminar cuanto antes la carrera de Ingeniería. El temario del último curso tenía cuatro fuertes asignaturas, sobre todo la de servomecanismos. Óscar no era un estudiante brillante, para colocarse sobre el tercio superior de su curso, debía dedicar innumerables horas al estudio y a la resolución de los problemas planteados.

Óscar también retornó a las reuniones y actividades de los Universitarios Cristianos. El grupo hizo una excursión a Menorca y se alojaron en una casa rural con dos habitaciones, una para las chicas y otra para los chicos. Intimó más con la dulce Míriam, manteniendo largas conversaciones. Coincidían en muchas ideas, en formas de ver la vida, cuando estaban juntos los dos se sentían felices. Ambos empezaron a comportarse como novios formales.

Todas estas actividades no impedían a Óscar ver el lento deterioro de la economía familiar. Los ingresos mermaban, Raúl empezó a vender todos los cuadros, esculturas y objetos de valor que habían lucido en la sastrería de la Rambla. La falta de ingresos repercutía en Meritxell. El primer recorte fue prescindir del servicio doméstico que vivía en la casa: pasaron a una asistenta por horas. A este ahorro siguieron muchos más, hasta cancelar la subscripción del periódico. Los quehaceres hogareños de Meritxell aumentaban día a día. Al pasar Óscar junto a su madre, le comentó de sopetón con una ligera irritación:

—En los tiempos de tu abuelo nunca tuve que contar el dinero a final de mes. En la situación actual estoy segura de que él hubiera encontrado una solución.

Dos veces al año, en los cambios de temporada, la sastrería Aixelá enviaba por correo a todos los clientes una circular. Indicaban las tendencias de la moda, los colores o tejidos preferidos en la actualidad. La propaganda estaba impresa en un cartoncillo de calidad, contenía imágenes de trajes o abrigos según la temporada. El padre de Óscar se pasó noches enteras para diseñar el nuevo folleto. Con la tirada de imprenta ya terminada, enseñó con orgullo a su hijo una de las circulares.

Óscar la estudió con detalle. El texto no tenía ningún aliciente para el cliente, se limitaba a indicar la tendencia actual en disminuir el tamaño de las solapas o la forma de los bolsillos. Todo era en blanco y negro, sin nada distintivo que llamara la atención de un

posible lector. No existía ninguna mención para inclinar al posible cliente sobre un traje a medida, contra el creciente auge del *prêt-à-porter*.

—¿Qué te parece, hijo?

Óscar vio por el rabillo del ojo los numerosos paquetes de la imprenta, recién traídos, calentitos.

—Encuentro la circular estupenda, papá.

Tras un buen esfuerzo Óscar Aixelá había finalizado la carrera de Ingeniería Industrial, si bien tenía que presentar aún el proyecto final de carrera.

Solicitó efectuar los cuatro meses de prácticas de alférez cuanto antes. Le asignaron un CIR (Centro de Instrucción de Reclutas) en las afueras de Zaragoza, justo al lado de la Academia de Oficiales del Ejército de Tierra. El CIR era inmenso, contenía catorce compañías con trescientos jóvenes por cada una. Los reclutas eran recién llegados de las quintas correspondientes a los dieciocho años cumplidos.

Óscar encajó en aquel ambiente. Pronto ganó la confianza de su capitán y el respeto de la tropa. Su sección de cien reclutas era la más preparada, la mejor de todas. Estas prácticas militares fueron de gran importancia para su carácter, poco a poco iba superando su timidez. Ejercer el mando le gustaba mucho, sabía hacerlo bien y le proporcionaba confianza en sí mismo.

Antes de desarrollar la clase teórica diaria daba una ojeada al texto para preparar la exposición. Un día el tema era sobre la guerra nuclear. En plena Guerra Fría entre americanos y rusos era una lección interesante. Era conveniente saber cómo protegerse de la radiación, conocer el tiempo necesario antes de la contaminación del agua o los alimentos, la dieta más adecuada en estas circunstancias, cómo sobrevivir y ayudar a los heridos. Las disposiciones eran tres breves instrucciones:

Punto 1. No hay que alarmarse. Una bomba atómica no es más que una bomba normal, pero de mayor potencia.

Punto 2. En caso de explosión, el soldado buscará la protección de un muro, pared o parapeto, de forma que el obstáculo esté entre su cuerpo y el punto de ignición.

Punto 3. Pase lo que pase, el soldado siempre obedecerá a sus mandos.

Directo, sencillo, al alcance de cualquier mente.

Óscar escogió otro tema para la clase del día.

De súbito, Óscar Aixelá tuvo un problema en sus avanzadas

relaciones con Míriam. Tiempo atrás no le había dado demasiada importancia, pero al inicio de las prácticas en Zaragoza el tema volvió con intensidad. Míriam le propuso, con total seriedad, su deserción inmediata del Ejército. No podía permanecer en un cuerpo armado capaz de matar a otra persona.

Óscar estaba abrumado. La deserción en tiempos de la dictadura estaba penada con severidad. Quizás la única solución sería huir del país por muchos años, sin la posibilidad de volver o de estar con su familia.

Cada permiso era una tortura. En vez de disfrutar unas horas durante el fin de semana, hablaba y hablaba con ella. Cada vez estaba más convencida de sus argumentos, la presión sobre el novio aumentaba. La mujer con la que deseaba casarse y tener hijos colocaba a Óscar en un callejón sin salida. Si aceptaba su opinión significaba el exilio, sin terminar el proyecto final de carrera, sin trabajo, en un país extranjero. Si no desertaba tenía la sensación de ser un asesino en potencia, o quedar como un cobarde delante de su novia.

Óscar Aixelá decidió no desertar. No iba a emprender una aventura de dolorosas consecuencias por un ideal que, en el fondo, no compartía.

Terminada la Milicia Universitaria, justo antes de la Navidad de 1968, Óscar Aixelá regresó a la vida civil. Durante las prácticas de quinto curso en el Laboratorio de Máquinas Eléctricas había trabado amistad con el profesor Rafael Mora. Al finalizar la carrera, Rafael le propuso entrar en la empresa donde trabajaba, La Industrial Magnética. Óscar empezó a ganar sus primeros sueldos como ingeniero.

En su hogar el ambiente estaba más calmado, superados los inconvenientes del traslado de la sastrería y su nuevo funcionamiento. Su padre inició un nuevo proyecto. Estaba preocupado por la Guerra Fría, con la posibilidad de convertirse en caliente. Ocurrió durante la crisis de los misiles de Cuba en 1962. El ejército de los Estados Unidos llego al nivel DEFCON 2 *(DEFence CONditions)*. Un nivel previo a DEFCON 1, la guerra nuclear total.

La idea consistía en proponer al Ayuntamiento de la ciudad reconvertir algunos parkings subterráneos para que también pudieran utilizarse como refugios contra un ataque nuclear. Averiguó dónde se habían construido refugios de este tipo y mandó diversas cartas para solicitar datos sobre las construcciones. El Ayuntamiento de Estocolmo, el único en contestar, remitió un grueso paquete de

escritos y planos. Pasaba horas por la noche y fines de semana analizando toda la documentación recibida.

Al entrar en contacto con el Ayuntamiento de Barcelona el tema se enfrió más que la guerra fría. Pasado un tiempo, todos los papeles desaparecieron.

A la vuelta de Zaragoza Óscar Aixelá volvió a reunirse con sus amigos de Cristianos Universitarios. Ahora, todos conocían las relaciones entre Míriam y él. Con sus planes de boda al descubierto surgió un problema inesperado. Míriam tenía fama de mujer provocativa. Sus vestidos eran recatados pero atrevidos. En ocasiones sus movimientos y posturas parecían insinuantes. Todos los amigos de Óscar le aconsejaron con seriedad desistir del casorio. En su opinión, Míriam era una mujer tan completa y ardiente que no podría resistir sus ansias amorosas. Sería incapaz de aguantar su ritmo, le destrozaría. Incluso el sacerdote que a menudo dirigía las reuniones religiosas del grupo era del mismo parecer.

Estos consejos no preocupaban para nada a Óscar. Al contrario, eran un poderoso acicate. Significaban sus deseos más íntimos y ocultos, una hembra capaz de dejarle hecho una piltrafa en la cama.

# VII. 8 La dictadura se agrieta

Óscar Aixelá conversaba con unos amigos de UC sobre los graves sucesos del momento, en enero de 1969. Óscar seguía algo desconectado desde su vuelta de Zaragoza, pregunto:

—Hay rumores bastante confirmados sobre la acción de unos estudiantes en la Universidad Central de Barcelona, con el asalto al Rectorado. ¿Qué hay de cierto?

—Sí —contestó Hermenegildo—, el asalto está confirmado, pero no conoces que un busto de Franco, en la mesa del rector, lo arrojaron por la ventana al patio interior. Esto ocurrió el día 17. Pero lo más grave son las alarmantes noticias desde Madrid. Un día después, el 18, la policía detuvo al estudiante de veintiún años Enrique Ruano. Tras tres días en comisaría lo torturaron y lo trasladaron a un séptimo piso de un inmueble para su registro. No salió vivo de la vivienda. En la versión oficial el estudiante se había suicidado arrojándose al vacío por un patio interior. Ni la familia, ni sus amigos, ni los compañeros de su facultad creen en tamaño engaño.

—Tengo un primo en esta facultad, me llamó por teléfono para darme la noticia. Según la familia, entró en el edificio esposado, acompañado por tres inspectores. En Madrid nadie se traga el suicidio, a pesar de la retórica desplegada por el ministro Fraga Iribarne. ¿Qué haremos ahora? —terció Ignacio José.

—Los compañeros de Madrid están preparando una huelga general de estudiantes, cuentan con un gran apoyo. Nosotros también debemos denunciar tan execrable crimen desde UC.

En Madrid, el ambiente se crispó al conocerse la autopsia, practicada sin la presencia de un médico de la familia. El escrito reportaba un traumatismo contuso en la cabeza, redondeado, producido en la caída contra un clavo.

Las autoridades empezaron una estricta censura de prensa, clausura de las editoriales peligrosas y el cierre de la Universidad con un peregrino argumento: «Evitar el arrastre de nuestra juventud a una orgía de nihilismo e indisciplina».

La magnitud de las protestas provocó una reacción visceral de Franco, decretando el Estado de Excepción. En esta situación las pocas garantías de la población eran eliminadas, algunos delitos pasaban a la justicia militar.

Míriam estaba muy contenta con su novio formal. Dentro de su familia

tenía una acusada tirantez con su madre. En el fondo deseaba abandonar cuanto antes el hogar paterno, una próxima boda era el mejor medio de conseguirlo.

Óscar estaba muy a gusto e ilusionado con Míriam. Hizo caso omiso de todas las advertencias de sus amigos de UC. La encontraba inteligente, divertida, con un pensamiento político de izquierdas a pesar de su familia. Cuando estaban juntos notaba el calor de sus manos, el abrazo de su talle, el frescor de sus labios, la bondad de sus ojos. Estaba seguro de poder satisfacer la fuerte sexualidad de Míriam, aunque su inexperiencia le preocupaba.

El noviazgo entre Míriam y Óscar continuaba adelante, con alguna pequeña discusión de vez en cuando. Fijaron su próxima boda para el mes de abril de 1970. Había que preparar una montaña de tareas. Tenían la intención de alquilar un piso en el barrio del Congreso. El segundo paso era amueblar la casa de forma sencilla y económica. Con el importe donado por Camilo Cabezas para la mesa y las sillas de comedor, consiguieron montar toda la pieza entera, incluido un sofá.

Un amigo de Óscar, también con el servicio de milicias terminado, le comentó la posibilidad de acudir al economato de los oficiales del ejército. Estaba situado en la avenida Diagonal. Los novios fueron a echar un vistazo. Míriam quedó encantada de la calidad, variedad y precios bajísimos de los productos expuestos. En varias visitas adquirió todos los utensilios de cocina, del baño, del resto de la casa y varios electrodomésticos.

Óscar estaba atónito. Meses antes debía desertar a toda costa de aquel ejército asesino y represor. Ahora Míriam casi vaciaba el economato de tan nefasta organización. Ver para creer. Hizo bien en no desertar.

Todos los preparativos estaban terminados y el enlace se realizó en una pequeña capilla del norte de la ciudad.

En el día de la boda Meritxell empezó a intranquilizarse al ver la llegada de los numerosos amigos de la universidad, todos con tejanos y camisas de colores, ninguno con americana y corbata. Todos los invitados habían entrado cuando se presentó un motorista peor vestido y con el cabello revuelto. Meritxell preguntó a su hijo:

—¿No será este otro invitado?

—No, mamá, es el cura que oficia la ceremonia.

Poco faltó para que Meritxell sufriera un desmayo.

Una boda como Dios manda, los dos novios todavía eran vírgenes.

A su debido tiempo nació la primera hija del matrimonio. Una preciosidad rubita de nombre Jana, Óscar pasaba buenos ratos contemplándola mientras dormía en su cuna. Ahora eran tres personas

en la casa, costaba de creer. Era una nueva y gran responsabilidad, pero daba gusto asumirla.

Eulalia Martínez seguía militando en la JOC, llenando parte de sus ansias revolucionarias. Pronto se percató de la poca atención de su organización hacia las inquietudes feministas. Decidió estudiar la evolución del derecho a voto de la mujer. Había recorrido un largo camino: la primera nación importante en conseguirlo fue Nueva Zelanda en 1893, Australia en 1902, en Europa aparecieron las sufragistas, a quienes persiguieron y encarcelaron. Los países de la península escandinava abrieron el voto femenino a partir de 1906, Estados Unidos en 1911, en España ocurrió durante 1933, en la Segunda República.

A pesar de conseguir el derecho a voto las mujeres seguían sometidas, tanto a sus padres como a sus maridos. En los años de la dictadura, una mujer no podía abrir una cuenta bancaria sin autorización del marido. El cónyuge masculino tenía el derecho de leer toda la correspondencia de su mujer.

Las mujeres empezaron a considerar al patriarcado como el principal mecanismo de la oposición a sus anhelos, causa de una opresión injusta. El turismo, el acceso al mundo laboral y a la educación fueron el caldo de cultivo para el movimiento feminista. La entrada de libros como *La mística de la feminidad*, de Betty Friedman, o *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, impulsaron de forma decisiva un resurgir de la mujer.

Eulalia, sin mucho juego feminista dentro de la JOC, pronto recaló en otra organización católica de mujeres progresistas, la Asociación de Amistad Universitaria. Luchaba por un feminismo progresista y católico. El tema del catolicismo era una herramienta secundaria de apoyo para Eulalia, lo importante radicaba en el progresismo.

Eulalia Martínez consiguió estar presente en el encierro de intelectuales en el Monasterio de Montserrat con motivo del Proceso de Burgos. Sus conocimientos lingüísticos y su labor en el obispado de Barcelona no habían pasado desapercibidos en la Abadía.

El abad Cassiá María Just acogió en su claustro el encierro de intelectuales dispuestos a intervenir para evitar las penas de muerte del juicio en curso, aunque tal actividad pudiera causar problemas a la Iglesia. Eulalia fue una voz más de los miles contra las sentencias franquistas.

El llamado Proceso de Burgos juzgaba a dieciséis militantes de ETA acusados de varios asesinatos. La sala del juicio estaba en el

Gobierno Militar de Burgos. La cúpula franquista, con el beneplácito del dictador, decidió afrontar un juicio público con fuertes penas de muerte y cárcel. Un golpe de fuerza para demostrar el poder del régimen y disuadir a cualquier revolucionario del signo que fuera.

Nada más iniciarse el proceso, la reacción de los demócratas fue inmediata y extensa. Obreros, estudiantes, intelectuales y el pueblo alzaron sus voces. Los medios de comunicación de numerosos países daban publicidad a los hechos.

El estado de excepción se proclama de nuevo en todo el país. La sentencia se hace pública hacia finales de año: se condena a quinientos años de cárcel a diez de los encausados y penas de muerte a los seis restantes.

Nada más conocerse la dura sentencia se producen unas reacciones de rechazo unánimes. La presión diplomática del extranjero era abrumadora desde Europa, Sudamérica, el Vaticano y el propio papa. Las protestas consiguen parar las ejecuciones previstas.

Resulta curioso como el régimen dictatorial justificó los indultos, en palabras del propio Franco:

«Las clamorosas muestras de adhesión a mi persona, al Ejército Español y a nuestras instituciones han reforzado nuestra autoridad de tal modo que nos facilita, de acuerdo con el Consejo del Reino, ejercer el uso de la prerrogativa de indulto, pese a la gravedad de los delitos juzgados en Burgos».

La idea de la dictadura para utilizar el proceso como una demostración de poder se transformó en un fiasco considerable. El régimen de Franco se encontraba cada vez más debilitado por todos los frentes. La oposición por parte de la Iglesia católica, del Vaticano, la opinión en contra de la comunidad internacional, la actividad de la universidad, las acciones y huelgas obreras, la aparición de sindicatos clandestinos organizados junto con una población sin libertades, harta de represión, detenciones y torturas.

# CAPÍTULO VIII (1971–1980)

## VIII.1 La esclava sin rostro

El sol había descendido, una suave brisa se deslizaba por la terraza del bar más glamuroso de Luanda, en Angola.

Los vendedores de baratijas y recuerdos se habían retirado poco a poco, los pescadores terminaban de remendar sus redes para el día siguiente, la luz casi había desaparecido, el aire era más refrescante, las gaviotas volaban lentamente.

—Camarero, otra ración de gambas y cervezas.

Desde la mesa podían ver el mar a ambos lados, en la pequeña y estrecha península de la Illa. Se acercó el camarero con una gran bandeja repleta de unas enormes gambas. No tenían el sabor bravío de las Rías Altas, pero las muy condenadas se dejaban comer con gusto y a un precio irrisorio. Terminada la jornada de un duro trabajo a una temperatura sofocante, tres españoles se tomaban un merecido descanso antes de la cena.

Enrique era el jefe del grupito; alto, resolutivo, de mirada firme y con una gran experiencia en la puesta en marcha de instalaciones por todo el mundo. Vicente, de mayor edad y con un rictus permanente de enfado, tenía la misión de formar al personal en el manejo de las máquinas. Óscar Aixelá debía resolver algunos problemas electrónicos en el control de los equipos, en la calandra y en la extrusora de caucho.

A los tres meses de nacer Jana, la hija de Míriam y Óscar, su empresa le mandó al África profunda para revisar las máquinas de un cliente. Óscar adquirió unas buenas gafas de sol, luego visitó a un notario para hacer testamento. Quería dejar bien claras sus disposiciones para proteger a su hija si llegase a faltar. No le iba a ocurrir la misma situación de su abuelo. Se acercó al puerto para inyectarse todas las vacunas para viajar a un país tropical.

Fue un viaje larguísimo en avión, de casi once horas. Los portugueses tenían prohibido sobrevolar ningún país africano, el avión daba la vuelta por Cabo Verde, siempre por encima del mar.

Nada más aterrizar en el aeropuerto de Luanda se percató de llegar a en un país en guerra, modesta pero auténtica. Estas noticias no aparecían en los periódicos de las dictaduras peninsulares. Angola estaba invadida de forma parcial por las guerrillas comunistas del MPLA (Movimiento Popular para la Liberación de Angola), apoyada

por cubanos; el FNL (Frente Nacional por la liberación de Angola), con ayudas de Estados Unidos y Sudáfrica y el UNITA, escisión del FNL, con la colaboración de Zambia e Israel.

Luanda y sus alrededores eran zonas tranquilas, estaban controladas por el ejército portugués. Unos kilómetros selva adentro los cruces de carreteras ya tenían instalados nidos de ametralladoras. Los cazas a reacción cruzaban el cielo en dirección al interior todos los días.

Los trabajos técnicos avanzaban a buen ritmo, aunque las dificultades no eran triviales. La fábrica, por decir un nombre, estaba en las en las afueras de la capital. Trataba el caucho para obtener diferentes piezas. Los trabajadores de color iban descalzos con pantalones cortos, camisas rotas, manchadas. Eran tratados con dureza por los operarios y capataces blancos. Enrique había prohibido pegar a ningún obrero de color delante de un español.

El dueño de las instalaciones, *dom* Lópes, invitó por la noche al terceto a un bar de copas. Aquello era algo más que copas. *Dom* Lópes conocía a todo el mundo, tanto hombres como mujeres. Nos sentamos en una mesa junto una agraciada joven amiga del anfitrión. Un humo denso envolvía el ambiente, ya bastante escaso de luces. La chica era una universitaria de agradable charla a pesar del idioma. En un momento dado, tanto *dom* Lópes como ella, empezaron a recitar los versos de *Os Lusiadas*, de Camões:

*Por mares nunca de antes navegados*

*Passaram ainda além da Taprobana,*
*Em perigos e guerras esforçados*
*Mais do que prometia a força humana,*
*E entre gente remota edificaram*

*Novo Reino, que tanto sublimaram.*

Óscar estaba perplejo. ¿Qué hacía aquella culta y bella chica en un tugurio asfixiante y perdido? ¿Qué circunstancias la llevaron a tan remoto lugar? El nuevo padre tenía ahora una hija, no permitiría que le sucediera algo parecido.

La mujer desapareció entre nubes de humo y *dom* Lópes cuchicheaba con Enrique algo importante. La mirada nerviosa de Vicente parecía indicar que la conversación le afectaba, pero Óscar apenas pudo oír nada al estar en el otro extremo de la mesa.

Al día siguiente continuaron las intrigas. Óscar estaba mosqueado

y preguntó a Enrique la naturaleza de tanto misterio. Estando presente Vicente, Enrique le contestó:

—Verás, es muy duro para Vicente permanecer año y medio en esta ciudad. El contrato de venta estipula esta permanencia para ir resolviendo todos los problemas que pueda haber en la explotación de la maquinaria. Entonces le procuramos una mujer durante este tiempo. No es la primera vez que ocurre, ya en Biafra pasó lo mismo. Entonces le buscamos una esposa de color para dos años.

—¿Qué ocurrió cuando Vicente se marchó? Por aquellos años recuerdo una cruenta guerra en Biafra.

—Pues no lo sé —respondió Vicente—. Con seguridad se la comieron, pues era de la etnia minoritaria.

Óscar quedó impresionado. No solo por las palabras, sino por el tono de Vicente. Hablaba de la mujer como si fuera una vieja maleta perdida, sin ningún valor.

Enrique volvió al presente:

—*Dom* Lópes se ocupa del pago de la muchacha, del alquiler de la casa, y de la manutención. Ha surgido un problema cuando Vicente ha solicitado una joven virgen para la compra.

—¡Para la compra! ¿Es esto legal?

—Por supuesto. Existe una disposición por la cual un hombre blanco puede adoptar a una persona de color con las únicas obligaciones de vestirla, alimentarla y educarla. Por lo demás, es libre de cualquier otra cosa.

La exigencia de la virginidad había complicado el asunto, era necesaria una muchacha muy joven. Enrique llevaba las negociaciones con soltura, a través de un joven mestizo que hacía las veces de traductor del portugués al idioma indígena. Los detalles estaban ultimados, pero era necesario cerrar el trato con el reyezuelo del lugar para cumplir las disposiciones legales.

Al caer la noche los tres españoles y el traductor se desplazaron en el coche de alquiler hasta el poblado indígena, en las afueras de la ciudad. Era un enorme conjunto de miles de chozas rodeadas por una alta y doble alambrada de espino, con una única puerta de entrada custodiada por la policía. Allí residían todos los obreros que atendían a la capital y sus industrias.

La policía denegó la entrada a las personas y al vehículo. Tras arduas negociaciones pudieron acceder al recinto, al firmar un documento según el cual lo hacían por su propia cuenta y sin ningún compromiso para los funcionarios.

La oscuridad era total. Enrique conducía lentamente el vehículo por un itinerario de tierra, dando vueltas y revueltas alrededor de

grupos de chozas silenciosas, sin ninguna presencia humana. El mestizo indicaba el camino a seguir por aquel laberinto. Tardaron más de treinta minutos para llegar a una choza más grande e iluminada.

Después de las protocolarias presentaciones entre los visitantes, el rey del lugar, su consejero y el padre de la chica, tomaron asiento en unos cojines redondos sobre el suelo del exterior. Las mujeres sirvieron una comida de aspecto extraño y gusto indescriptible. Óscar no quiso ni preguntar la naturaleza del manjar, supuso que era de lo mejor que tenían. Masticó, tragó y procuró sonreír. La bebida fermentada sabía a rayos, estaba acorde con la comida.

Terminado el ágape empezaron las negociaciones para la adopción. Discutieron sobre los papeles presentados, las garantías y las condiciones, que el padre analizó con cuidado. No sabía leer, consultaba punto por punto todos los párrafos al traductor y al consejero. El mestizo traducía parte de la conversación, pero no era difícil intuir por los gestos y expresiones el resto del coloquio. El papeleo se ventiló con una relativa presteza.

El segundo trámite fue largo, tedioso, amargo. Había que fijar primero el precio final y, el tema más importante, el reparto del dinero entre el rey, el consejero, el padre y el mestizo. Cada uno aportaba sus méritos a la operación y restaba importancia a los argumentos del contrario. El padre insistía una y otra vez sobre la virginidad de su hija, su corta edad, tenía 16 años. El acuerdo llegó tras casi dos horas de discusiones. El rey se llevaba la parte del león, el padre un buen porcentaje, el resto se dividía entre el consejero y el intermediario. El padre parecía satisfecho, había conseguido una buena cantidad para alimentar a su numerosa familia, además ahora tenía una boca menos en la mesa. Óscar estaba horrorizado, por fortuna en ningún instante apareció el objeto de la transacción.

El coche abandonó el poblado cerca del amanecer. En el puesto de la policía les pareció raro que vehículo y ocupantes salieran sin ningún rasguño.

Era la hora misteriosa del amanecer, cuando los animales nocturnos se han retirado y los diurnos están todavía en los brazos de Morfeo. El sol empezaba a salir titubeante, provocando unas sombras alargadas y fantasmales. Una luz difusa envolvía la aurora. El coche se deslizaba por la carretera de tierra despacio. Sus ocupantes tenían la boca cerrada, pensando en todo lo dejado detrás de ellos. Solo el ronroneo del motor rompía aquel silencio.

Enrique parecía relajado, todo se había solucionado. El traductor intentaba dormir, pero tenía los ojos entornados. Vicente mostraba una ligera sonrisa de lujuria. Óscar había asistido a un drama, su triste

papel en la tragedia fue el de una simple comparsa.

Al día siguiente, finalizado con éxito su trabajo, Óscar Aixelá regresó a su país y a su casa. Estuvo cerca de una hora contemplando el dulce sueño de su hija en la cuna. Estaba en un lugar tranquilo, lejos de extrañas costumbres.

Nunca llegó a ver el rostro de la esclava. Aunque ahora sería capaz de reconocerlo en cualquier lugar, en cualquier momento.

# VIII.2 La sastrería Aixelá mengua

La nueva ubicación de la sastrería Aixelá en el paseo de Gràcia tuvo un inicio aceptable, a pesar de la caída de clientes debido al traslado desde la Rambla y el fallecimiento de su fundador.

Raúl era un excelente sastre, incluso mejor cortador que su padre Jerónimo. Pero era muy meticuloso en su labor, buscaba siempre un gran perfeccionismo. El problema consistía en su comportamiento en el probador, opuesto al utilizado por su progenitor. Daba al cliente un trato profesional, correcto, pero poco comercial. Si durante una prueba descubría una pequeña imperfección, aunque el cliente ni la había notado, para él era un fallo insoportable y le comunicaba este mensaje:

—Mire usted, hay un pequeño error en la hombrera. Deberé corregirlo y hacerle otra prueba.

El parroquiano asimilaba la existencia de una incorrección grave, además le condenaba a una nueva visita. Salía del probador enojado, calculando ya toda una enorme pérdida de tiempo.

De esta forma el negocio iba perdiendo clientela, gota a gota, poco a poco, día a día. El *prêt-à-porter* seguía imponiéndose en el mercado. Para un comprador el tiempo en conseguir un traje era muy pequeño, los precios bastante más económicos que un traje a medida perfecto. La ubicación de la sastrería en un piso no ayudaba en nada.

Raúl seguía los patrones de su padre, no desarrollaba nada nuevo, intentaba aplicar los logros de antaño, aunque sin ningún éxito. Estaba preocupado, con empeño buscaba soluciones, pero sin encontrarlas. Preparó un nuevo folleto de propaganda, tenía los mismos defectos que ya había visto su hijo en el anterior.

Óscar Aixelá, con un segundo hijo en camino, con problemas en el trabajo, no dejaba de notar el declive económico que sufrían sus padres. Todo eran recortes en el domicilio familiar. Recuerda con emoción un regalo de su padre en el día de su cumpleaños. Una lámpara con un pequeño elefante de alabastro, en su interior su padre había montado una bombilla, el cable y el interruptor. La luz se transparentaba a través del cuerpo del animal. Era precioso, hecho con sus propias manos, con un gasto mínimo, todo un detalle en su aniversario. Raúl confeccionaba prendas de vestir con concierta frecuencia a su hijo, nunca quiso cobrarle nada. La vida profesional de Óscar avanzaba a buen ritmo, con viajes por todo el mundo. Su padre deseaba un hijo bien vestido, elegante. Cuando Óscar explicaba sus logros y proyectos, su padre sentía una inmensa alegría, en su fuero interno tenía un sentimiento personal de fracaso y apreciaba

doblemente los triunfos de su hijo.

Durante la toma de medidas o las pruebas de los trajes, Óscar también pasaba por el interior del negocio. La visión era espeluznante. Nunca se veía a un cliente, con escasas prendas a medio confeccionar. En el taller la actividad era mínima, realizada por cuatro o cinco operarios de los viejos tiempos, todos con cara de circunstancias.

Hasta las paredes rezumaban fracaso.

Una verdadera pena.

Eduardo Dumas, entrado en años, decidió vender la fábrica de talco para tener una vida más sosegada. Con el dinero obtenido adquirió una vivienda en Barcelona cerca del ya desaparecido Price.

Deseaba tener otro negocio y adquirió la propiedad de una conocida tienda de animales de la calle Tallers, paralela a la calle Pelayo. El trabajo en la nueva tienda era mucho más llevadero, aunque pronto encontró un inconveniente imprevisto. Algunos animales necesitaban su comida a diario, no era posible acumular el alimento para dos o más jornadas. Eso significaba un desplazamiento constante, incluidos los fines de semana, puentes y vacaciones. El negocio marchaba a buen ritmo, la tienda tenía multitud de clientes fijos. Disponía de toda clase de animales, perros, gatos, monos, aves, peces, reptiles y anfibios.

Las relaciones amorosas entre Míriam y Óscar no funcionaban bien. Durante los primeros tiempos el marido supuso como motivo principal la inexperiencia de ambos. Transcurrieron semanas, meses sin ninguna solución o mejoría.

Óscar seguía pensando que el tiempo resolvería la cuestión, no era así.

Míriam nunca negaba una relación sexual, pero su conducta era siempre de una pasividad total. Sin caricias, sin comentarios, ningún suspiro, ningún gemido, ningún orgasmo.

Durante la época universitaria de Óscar, los entendidos en materia sexual aseguraban que no existían mujeres frígidas, sino hombres inexpertos. Fiel a esta sentencia, Óscar se culpabilizaba del problema. Intentaba intensificar el preludio amoroso antes del coito con toda clase de caricias. Amaba profundamente a Míriam y deseaba resolver la situación y empleaba todos los esfuerzos que fueran necesarios.

De común acuerdo decidieron consultar a un psicólogo experto en

el tema. Tras varias entrevistas, tanto por separado como juntos, el profesional hizo sus últimas recomendaciones:

Durante un mes el marido debía ejecutar caricias a su mujer. Empezando desde las más sencillas, para ir profundizando en intensidad o en otros lugares. En ningún momento habría penetración o eyaculación hasta el último día. Ambos cónyuges siguieron a rajatabla las instrucciones recibidas. El resultado final de tanto esfuerzo fue nulo. Todo seguía igual.

Quizás el estrés del primer trabajo como profesional tuvo alguna influencia añadida, pero la causa principal de la úlcera de duodeno que empezó a tener Óscar era por otra razón más profunda y vital. Un problema por ahora insoluble en su matrimonio.

Para Óscar el sexo era otra cosa, una participación activa de ambos amantes, ver las reacciones de placer a sus caricias, todo esto ahora no existía. A menudo tenía la impresión de que Míriam no deseaba tener relaciones, en caso de efectuarlas prefería la mayor rapidez posible.

La flor en el culo de Óscar estaba convirtiéndose en un cardo.

Eulalia Martínez solía ir andando al obispado, en el día 18 de marzo de 1971 decidió subir a un tranvía. No era para menos, la fecha de la última circulación de este tipo de transporte público en Barcelona.

Los estrategas municipales opinaban que restringían el paso de los coches. Los sustituyeron por autobuses contaminantes. La política del Ayuntamiento seguía siendo franquista e ignoraba las tendencias en casi todas las capitales europeas partidarias de la red de tranvías. El vagón ocupado por Eulalia estaba casi vacío, la mayoría de los usuarios pensaron que hoy ya no circulaban. Todos los viajeros estuvieron de acuerdo en una cuestión, la pérdida de los tranvías no era algo bueno para la ciudad. La actuación del consistorio recordó a Eulalia la reciente obra de teatro *El retablo del flautista* de Jordi Abril Teixidor. Un divertido y satírico sainete antifranquista que la rígida censura del régimen no debió entender. Los diálogos eran excelentes y provocaban las risas del público. En Barcelona aumentó la afición al teatro. Al evocar una de las escenas Eulalia estalló en una sonora carcajada, dejando algo confundidos al resto de ocupantes del último tranvía.

La profesora para los deportes en el colegio de Sara J. G. Villarroya

era una profesional del hockey sobre hierba. Había sido seleccionadora catalana del equipo femenino. Con once años Sara se apuntó a este deporte. Su constancia en aprender fue notoria, pronto destacó en el equipo a pesar de su corta estatura. La instructora le dedicaba tiempo, más por su empuje que por su técnica, que debía mejorar. Pasado un año, ya jugaba como capitana del equipo. Aquella niña sentada en un escalón del patio sin moverse, ahora era una furia. Jugaba en la delantera y marcaba muchos goles. Más sorprendente era la dirección que ejercía sobre el equipo. Animaba a las compañeras, daba órdenes, bajaba a defender, elogiaba las buenas jugadas, en el vestuario establecía las tácticas.

El equipo jugaba una liguilla entre varios colegios, su equipo no iba mal de puntuación, estaba por la parte alta. En una ocasión la portera del equipo no acudió al encuentro. Nadie quiso tomar la responsabilidad bajo los palos, Sara no tuvo más remedio que ocupar el puesto. Fue un desastre. La capitana era mala arquera, no hacía más que encajar goles. Desde la portería era difícil dirigir el juego, la mejor delantera estaba en otro sitio. Sara lloró de rabia por la estrepitosa derrota sufrida.

Ahora, con trece años, Sara era otra persona.

# VIII.3 Aquellos ojos…

Durante un día del mes de junio de 1972, Óscar Aixelá estaba viendo la televisión con las últimas noticias de la guerra de Vietnam. Apareció de súbito la imagen de la niña Kim Phuc, de nueve años, corriendo desnuda con quemaduras de napalm en la espalda y en los brazos. La fotografía que mostró el horror de la guerra en el sudeste asiático.

Óscar quedó impresionado, aquellos ojos de terror ya los conocía…, eran los mismos de Myrka, los mismos de Pepe.

**Myrka**

Al terminar el curso de preuniversitario Óscar Aixelá realizó un intercambio estudiantil entre Francia y España, necesitaba mejorar su desgarrado francés. Viajó hasta cerca de Agen, en el Mediodía francés, para pasar quince días en el hogar de los abuelos de Marius, su compañero de intercambio. Era una casa de campo aislada, rodeada de melocotoneros, a tiro de piedra del río Garona. En la casa vivían los abuelos y pasaban las vacaciones estivales toda la familia parisina de Marius. Myrka era una mujer polaca, entrada en años, trabajaba como *au-pair* para perfeccionar su francés.

Myrka daba la impresión de guardar secretos. Su aspecto parecía el de una campesina a orillas del río Vístula. Un cuerpo grande, robusto, con una cara redonda coronada por una mata de pelo cobrizo, antes precioso, ahora recogido en un moño tan perfecto como horrible. Sus manos eran regordetas, con unos dedos cortos y anchos. Se movía de una manera extraña, no de inseguridad, sino con lentitud. Como si a cada instante meditara su próxima evolución.

A pesar de esta impresión, Myrka era profesora de idiomas en la Universidad de Varsovia. Hablaba polaco, alemán, ruso e inglés. Su francés era bastante superior al de Óscar.

Con la cena terminada, solía hacerse un juego de mesa antes de trasladarse toda la familia a una terraza de la parte trasera. Sentados con comodidad mantenían largas conversaciones, disfrutando de una brisa fresca para aliviar los calores estivales, mientras el aroma de los melocotoneros envolvía a los contertulios.

Una noche, el más pequeño de la familia apareció con un casco antiguo de soldado, de aquellos tan ridículos con una puntita de lanza en la parte superior. Al instante toda la conversación giró sobre los diferentes conceptos de la guerra. Cada uno daba su opinión procurando apoyarla con argumentos bien tejidos. Myrka permanecía silenciosa, cuando siempre participaba con pasión en los debates. La

mayoría deseaba su opinión, pero ella permanecía muda. La insistencia de todos la desarmó, empezando a contar una historia que nadie interrumpió.

—Al invadir Alemania nuestra querida Polonia, en 1939, a mi padre lo movilizaron. Permanecimos en nuestra casa de Varsovia mi madre, mi hermano pequeño y yo. La vida era dura, pero soportábamos con dignidad la derrota de nuestra patria.

»La comandancia alemana dictó una orden para que todos los ciudadanos entregasen sus aparatos de radio, bajo severas penas en caso de no cumplir el mandato. Mi madre recogió nuestro humilde aparato de galena, para arrastrarnos a una interminable cola de ciudadanos en un día frío y ventoso. Después de varias horas de espera llegó nuestro turno. Al ver los soldados nuestra radio la tacharon de porquería, sacándonos a empujones y risotadas con nuestro aparato encima. Algunos hombres de la cola, nuestros vecinos, apoyaron las pullas del enemigo.

»Cinco días más tarde, en plena madrugada, nos despertaron unos furiosos golpes en el portón de la entrada. Mi madre se puso la bata y corrió escaleras abajo para abrir la puerta. Entraron cuatro soldados vociferando por nuestra tardanza en atenderles. Mi hermano y yo nos quedamos en el primer piso atisbando por los huecos de la barandilla. Los militares estaban borrachos y comenzaron a insultar a mi madre y a romper nuestros pequeños tesoros, los recuerdos, la fotografía de papá…; la violencia crecía.

»Pronto descubrieron el viejo aparato de galena. Era la excusa perfecta para poder hacer cualquier cosa. De nada valieron las explicaciones, los cuatro se abalanzaron sobre ella.

Myrka estaba congestionada, su explicación comenzó a tener incoherencias, prosiguió con dificultad.

—Los alaridos atronaron, los golpes aumentaron, el vestido de mi madre estaba roto.

El rostro de Myrka era una máscara de dolor. Su descripción era confusa, mezclaba palabras en polaco o alemán. Dio a entender la violación múltiple de su madre allí mismo, mientras ella y su hermano presenciaban la escena agarrados a los barrotes de madera. Con un enorme esfuerzo prosiguió.

—No sé muy bien qué sucedió, solo recuerdo el sonido gutural de sus risas, sus enormes carcajadas… sus risas, sus risas.

»Todo terminó, se marcharon con mi madre a rastras.

—Al día siguiente no volvió, ni al otro. Empezamos a buscarla en comisarías y cuarteles. Mi hermano y yo siempre íbamos cogidos con fuerza de las manos, para que nadie nos separara. Recorrimos las

calles de la ciudad pisando la fría escarcha, en ocasiones con la ayuda de algún vecino. No la encontramos; entonces visitamos dispensarios y hospitales sin tener ningún resultado. Por último, ya desesperados, visitamos osarios, fosas, cementerios.

»Todo fue inútil, no la encontramos, nunca jamás la volvimos a ver, nunca.

»Esta, señores, es mi humilde opinión sobre la guerra.

El silencio era total, hasta los animales nocturnos habían cesado sus cuchicheos para respetar el dolor de Myrka. Óscar estaba sentado a su vera, pudo ver la profunda expresión de sus ojos. Fue una gran sorpresa, no reflejaban sufrimiento por la pérdida del ser querido, ni tristeza, ni ira contra el cruel invasor. Solo una expresión de terror profundo. Como si en aquel mismo instante pudiera oír de nuevo las botas claveteadas de los soldados para llevarse a sus seres queridos.

En un profundo silencio todos se levantaron respetando el dolor y los pensamientos de Myrka. Sin ninguna palabra, con los corazones encogidos, se retiraron a sus habitaciones.

## Pepe

La historia de Pepe ocurrió también en la fábrica ya comentada de Luanda, capital de Angola, una colonia bajo la bandera de Portugal.

Para comprender mejor la historia de Pepe es necesario retroceder al pasado para conocer los detalles del asesinato de Patricio Lumumba.

Patricio Lumumba fue el presidente electo de la República del Congo Belga. Era un político de gran capacidad que luchaba para obtener la independencia de los países colonizados a través del control de las empresas extranjeras explotadoras de las riquezas africanas. Aunque no era comunista, esta última faceta causó inquietud entre los poderosos. Estados Unidos envió al agente Frank Carlucci para eliminarle.

El Gobierno belga propició la secesión de la rica zona minera de Katanga del Congo Belga. Utilizaron los servicios del cruel militar Moisés Tshombe para esta operación. Perseguido por los belgas, Lumumba cayó en manos del coronel Mobutu, a sueldo de los americanos. Bruselas presionó para que Mobutu entregara el prisionero a su enemigo Moisés Tshombe. Lumumba sucumbió bajo torturas por mercenarios belgas. Su cuerpo lo trocearon, lo quemaron y lo enterraron en un lugar secreto.

La ejecución de Patricio Lumumba en 1961 encendió una ola de violentos disturbios en gran parte de África. Estaba considerado como un héroe por la población indígena. La sublevación de hombres de

color contra blancos fue especialmente cruel en Angola.

Aquella fotografía resumía toda la esencia de la fábrica de Luanda. A Óscar Aixelá le costaba admitir que la mejor instantánea del viaje no era suya, sino del ceñudo Vicente. Quizás debajo de su maraña de defectos escondía alguna habilidad ignota.

La luz entraba en la nave por los laterales, sin paredes, lo que hacía visibles los arcos curvilíneos del techo. La construcción tenía el aire de un inmenso porche, no el de una instalación industrial. Varias cuadrillas de peones de color intentaban mover un artesanal puente grúa formado a base de troncos, moviendo palancas de madera en ambos lados. Debajo de las poleas aparecía la imagen de Óscar con un rictus de desesperación. Intentaba sincronizar los movimientos de los diferentes equipos, era un empeño inútil, cada cual tiraba por donde mejor le parecía. En un primer plano un trabajador negro mostraba su triste condición, que tanto le impacto al llegar a Luanda. Apenas vestido con unos harapos rotos y sucios, mirando con temor a uno de los capataces blancos.

Por estas discrepancias, tanto en la arquitectura como en los trabajadores, los tres españoles bautizaron a la fábrica como *el ingenio*, ¡estaban en pleno siglo XIX!

El principal contacto de Óscar era con el jefe de los electricistas, Fernándes. Un individuo de aspecto desagradable, mal afeitado, sucio, con los cabellos revueltos, en ocasiones una babilla le resbalaba por la comisura de los labios.

Enrique, Vicente y Óscar seguían poniendo en marcha las máquinas para el tratamiento del caucho. El esquema de trabajo existente era simple: un negro para cada máquina, un blanco para vigilarle. Enrique y Vicente empezaron a cambiar esta disposición. Daba gusto ver el agradecimiento de los indígenas para demostrar que no eran tontos, sino tan listos como un blanco. La organización paso a: un operario de color para llevar dos máquinas, ningún blanco para vigilar. Es decir, de cuatro a una sola persona.

El encargado general de la fábrica consideraba estas medidas como una aberración, una traición, un precedente peligroso. Telefoneaba con constancia a su patrón, *dom* Lópes, para informarle de la conducta subversiva de los españoles. Al dueño los cambios le parecían muy adecuados e intentaba calmar al desesperado encargado. Desde su garita de cristal podían ver su cara angustiada, lanzando miradas de odio. Tenía que tragar con la situación, le resultaba insoportable.

Pronto comprobaron los tres españoles la extraña relación entre

Fernándes y su aprendiz, Pepe. Un joven negro como el betún, de unos veinte o veintidós años, guapo, servicial, muy activo. Pepe cumplía cualquier orden del capataz Fernándes sin la menor vacilación ni pregunta, con las piernas tocándole el culo para acatar las órdenes de su jefe. Otra característica inquietante de Pepe era el movimiento de las pupilas de sus ojos, siempre estaban en movimiento, nunca reposaban.

Intentaron averiguar la razón de tanto servilismo. Al preguntar sobre la actitud de Pepe, Fernándes soltaba una risita estúpida. Si hablaban con Pepe, la respuesta era más violenta, sus ojos giraban como locos y salía corriendo. Los tres españoles, tomándose unas gambas y cervezas en el bar de la Illa, decidieron indagar sobre la relación entre encargado y aprendiz. Idearon un plan para conocer la verdad. Cursaron una invitación a un buen restaurante para cenar con Fernándes, tenían la esperanza de despertar su lengua con un buen vino.

Al llegar Fernándes al restaurante casi no se le reconocía. Trajeado, con corbata, bien afeitado, el pelo recogido. Transcurrió la cena con tranquilidad, hablando de diferentes temas. Fernándes había bebido varios vasos de tinto, pero aguantaba bien el alcohol. Terminados los postres decidieron atacar la cuestión. Si empezó a hablar no fue por el caldo ingerido, sido por el gran honor de ser invitado a cenar. Se aflojó el nudo de la corbata, empezando a relatar su historia, él era el protagonista:

—En el año 1961 la población negra se sublevó, después del asesinato de Lumumba. En la selva, en las granjas, en las factorías, mataban a todos los blancos, fueran hombres, mujeres o niños. A los muertos les quitaban la carne para ponerla en barriles de sal y luego comérsela.

—El ejército fue incapaz de controlar la situación. Por fortuna, el Gobierno de España nos mandó ayuda. La rápida llegada de un buque español cargado de armas modernas cambió la situación. Los fusiles automáticos se repartieron a todos los civiles blancos. Nosotros, los colonos, sí que ganamos la guerra. —Ahora mostraba un signo de orgullo—. Salíamos a cazar negros con nuestras nuevas armas. Al encontrar una familia disparábamos ráfagas hasta matarlos a todos, incluidos los niños. Todavía conservo el arma bien engrasada en mi casa por si hace falta volver a utilizarla.

Poco a poco, Fernándes se transformaba en el hombre que ya conocían. Empezó a sudar, el pelo revuelto, los labios húmedos.

—No los matamos a todos, hicimos prisioneros. En aquellos funestos días trabajaba en un ingenio en el interior de la selva para

tratar la caña de azúcar. ¿Conocen ustedes cómo es una azucarera?

Enrique y Óscar conocían el proceso para la obtención del azúcar. Recién cortada la caña es troceada en unas enormes machacadoras, pasando luego a los molinos. La pulpa resultante se conduce hacia los tanques y a los calentadores. El *jugo*, en la jerga del sector, se evapora, extrayendo el agua y los cristales de sacarosa, para su posterior refinado. Los ojos de Fernándes tenían destellos de locura, la transformación de sus facciones seguía imparable, la babilla asomaba de nuevo.

—Capturamos muchos prisioneros, bien amarrados los trasladamos al ingenio. Puestos en fila, uno detrás de otro, empezamos a tirarlos poco a poco dentro de la machacadora de caña.

Los españoles estaban horrorizados. Fernándes estaba iluminado, se creía un héroe, disfrutaba con su relato.

—Los de la hilera lloraban, gritaban, se meaban y cagaban encima. Sus lamentos eran ahogados por los alaridos de los triturados, el ruido de los huesos al romperse imponía.

—Llegó el turno de Pepe, algún amigo o pariente suyo había ya desaparecido. Al pie mismo de la máquina los colonos discutimos un buen rato si lo tirábamos también o no. Decidimos que era un buen chico, no lo tiramos. Tampoco los podíamos matar a todos, necesitamos mano de obra barata para seguir trabajando.

Esta es la historia del pobre Pepe. A partir de aquel día no le gastaron más bromas y lo trataron con el máximo respeto.

Si alguien conseguía fijar sus pupilas de terror por un instante, podía oír los chasquidos de los huesos.

# VIII.4 La dictadura agoniza

En los años 1972 y 1973 era patente la agonía de la dictadura, con un caudillo envejecido, con síntomas de Parkinson. Las fuerzas de la oposición buscaban un camino moderado para el cambio, pero el régimen seguía respondiendo con dureza. Las reacciones policiales y de la extrema derecha eran cada vez más violentas. En las manifestaciones callejeras, las fuerzas del orden dejaban actuar a grupos de falangistas, guerrilleros de Cristo Rey y organizaciones similares con total impunidad. La policía les dejaba hacer su trabajo, con un resultado de mayor brutalidad. La extrema derecha también atacaba librerías u obras culturales, como la *Gran Enciclopedia Catalana*.

Franco deseaba una sucesión de su modelo político en la confianza de un continuador sumiso, de su entera confianza, el almirante Carrero Blanco. La suposición del «todo bien atado» finiquitó el 20 de diciembre de 1973, en la calle madrileña de Claudio Coello. Al vehículo del almirante lo alcanzó una bomba enterrada en el suelo. Un atentado preparado por la organización ETA. Para mucha gente, la desaparición de Carrero Blanco podía representar una baza para frenar la continuidad del franquismo. El camino hacia la democracia parecía más llano.

En este día Eulalia Martínez se encontraba en la capital por motivos relacionados con el obispado. Fue testigo de la reacción de los madrileños. Los padres se amontonaban en los colegios para recoger a sus hijos a toda prisa. Las gentes en calles y bulevares corrían para encerrarse en sus casas. La policía, enloquecida, instalaba ametralladoras en las terrazas de los pisos altos. Nadie sabía qué podría pasar. El régimen dictatorial temía que el atentado fuera solo la punta del iceberg de una revolución.

El Gobierno se reunió con urgencia y la línea dura impuso sus razonamientos. Nombraron nuevo presidente del Gobierno a Arias Salgado. Una decisión extraña. Era el responsable de Interior que había fallado en la protección de su presidente. Ahora le nombraban para el puesto vacante. La dictadura quedó enquistada en los caducos brotes de autoritarismo a ultranza, la falta de diálogo y el constante apoyo a su caudillo.

### Notas familiares de Óscar Aixelá

En el grupo de amigos de Esplugas, el padre de una de las chicas de nombre Feliciano Costado, había servido en submarinos durante la Guerra Civil en el bando sublevado. Las persecuciones republicanas

con cargas de profundidad le habían dejado huella, tenía unos tics constantes en los ojos y ceguera nocturna. Circular de noche en su coche daba grima, su mujer debía indicarle en todo momento hacia dónde dirigir el volante:

—Feliciano, derecha, ¡más a la derecha! Ahora recto, despacio.

Hice migas con Feliciano; solía contarme anécdotas de su servicio en la guerra. En dos ocasiones tres patrulleras republicanas rodearon al submarino, el capitán Carrero Blanco consiguió eludir las cargas durante tres interminables horas. Para no cometer errores provocados por una extenuación física y mental, cedía el mando de la nave a Feliciano mientras se recuperaba. En ambos casos pudieron escapar con diversas averías y regresaron a su base de Sóller en Mallorca.

Terminada la guerra, el capitán Carrero Blanco ofreció su ayuda a cualquier miembro de la tripulación en caso de necesidad. La estrella de Carrero Blanco empezó a destacar al enviar al caudillo un extenso y prolijo informe geopolítico de la situación mundial durante la Segunda Guerra Mundial, justo antes de la entrevista en Hendaya entre Franco y Hitler.

Feliciano Costado obtuvo un contrato comercial muy beneficioso de una empresa extranjera. La ropa se lavaba a mano en los lavaderos existentes en cada vivienda. La empresa había desarrollado una pequeña máquina que encajaba en las paredes de cualquier lavadero, en la parte sumergida disponía de una hélice para remover el agua y las prendas. El producto tenía una excelente salida. Un mafioso franquista se presentó en su despacho para apoderarse del producto y de los contratos comerciales, bajo toda clase de amenazas.

Feliciano llamó por teléfono al ahora almirante Carrero Blanco y presidente del Gobierno. La secretaria le empezó a dar todo tipo de excusas y largas, entonces le dijo:

—Por favor, dígale únicamente mi nombre. Feliciano Costado.

El almirante dejó todos los asuntos de estado para atender al submarinista. La fraternidad entre la tripulación de un submarino es un poderoso vínculo, no una fantasía. Si el sumergible se hunde, desde el capitán al último marinero van todos al fondo en el mismo ataúd.

A las dos horas y media el problema estaba resuelto. El mafioso desapareció a gran velocidad.

Al desguazar el submarino, su antiguo capitán regaló a cada miembro de aquella tripulación un pequeño pedazo del submarino. Estaba colocado encima de una peana con una placa dedicatoria. Feliciano la lucía orgulloso en el centro de la repisa de su chimenea.

**1973**

No existía mucha información, pero Óscar Aixelá decidió poner en práctica tres premisas para mejorar sus relaciones con Míriam. Antes de plantear la relación sexual era conveniente una situación previa agradable y romántica. Cuando llegaba a su casa por la tarde procuraba dedicar un tiempo a su esposa, alababa su vestido, lo guapa que estaba y entablaba una conversación sobre cualquier tema interesante. Más adelante empezaba un preludio amoroso con toda clase de caricias y besos, muy suaves en el inicio. Estaba pendiente de la actitud de su mujer para discernir los arrumacos con mayor efecto. Si la respuesta general era baja, empezaba de nuevo. No importaba el tiempo necesario, quería resultados.

En el tema de los puntos erógenos tampoco encontró nada de particular, ni una zona de especial relevancia. Al final encontró el punto más excitante para su pareja, unos besos repetidos en las sienes. Óscar estaba atónito. Eran besos más de padre que de amante, pero si esto excitaba a Míriam no le importaba hacerlos lo mejor posible.

Después de meses poniendo en práctica el anterior esquema, la situación final seguía igual. Sin embargo, surgió una reacción inesperada qué más adelante tuvo mucha importancia. Con tanto preludio amoroso, caricias, exploraciones, el marido tenía unas excitaciones terribles y la imperiosa necesidad de eyacular. No quería hacer tal cosa, debía esperar el momento oportuno. Comenzó a desarrollar una voluntad mental de hierro para controlar su propia excitación. Con el paso de los años esta habilidad se fortaleció. En ocasiones, frenar la eyaculación requería un esfuerzo mental tan enorme que su pene quedaba flácido. No importaba, poco después volvía a ponerse en tensión.

En 1973 nació una nueva hija del matrimonio entre Míriam y Óscar, una niña preciosa y fuerte con el nombre Nuria.

Óscar aprovecho las vacaciones de verano para desplazarse a Inglaterra, para un curso intensivo de diez días. Necesitaba aumentar sus conocimientos del idioma inglés.

En Londres se juntó con un grupo de españoles de la misma escuela con los que desarrolló actividades fuera del horario de las clases. Asistieron a las primicias de los filmes *Clocwork Orange* y *Cabaret*. En la semana del estreno teatral de *Jesus Christ Superstar* consiguieron unas entradas de pie en la platea. Discutían en pubs y restaurantes baratos el contenido de las obras, cada uno exponía las partes que entendió bien y cuáles no.

Genoveva, una de las chicas del grupo de estudiantes, empezó a despertar el interés de Óscar. Trabajaba en una biblioteca de Madrid, era muy culta, simpática y natural. Pronto se hicieron amigos después

de un viaje en autostop a Windsor. De la amistad se pasó a un ligero enamoramiento. Óscar no oculto en ningún momento su condición de casado y la existencia de dos hijas, una de muy corta edad. Al terminar el curso se separaron. No tuvieron ocasión de intimar, cada uno volvió a su vida anterior.

Eulalia Martínez estaba eufórica, el tres de diciembre de 1973 nombraron obispo de Barcelona a Narcís Jubany, un hecho esperado durante un largo tiempo. Los Universitarios Cristianos, que tanto tiempo habían luchado para tener un obispo catalán, celebraron con entusiasmo la decisión vaticana. Eulalia recordó los amargos tiempos pasados bajo la tutela de Rodrigo Modrego, todavía recordaba el caso de Fidel García Martínez, era una espina clavada en su corazón.

Sara J. G. Villarroya tenía diecisiete años cuando empezó a trabajar en la residencia del generalísimo, en el barrio del Valle Hebrón, donde su hermana Marta llevaba dos años como administrativa del hospital. Sara había madurado bastante, pero a su edad todavía no tenía mucha experiencia de la vida. Era una muchacha alegre y de buen ver. Su hermana vigilaba sus pasos, a veces demasiado cerca o con consejos algo equívocos.

Más tarde, Marta empezó a salir con su novio. Le propuso a su hermana conocer al primo de su prometido. Sara solía seguir los dictados de Marta, al fin y al cabo, era once años mayor que ella.

Tras un noviazgo de un año largo, Sara debía casarse, estaba embarazada. No se encontraba muy predispuesta para la ceremonia, consideraba que todavía era muy joven y tenía ciertas dudas sobre su futuro marido. Su madre, Lidia, intervino con prontitud para ultimar cuanto antes los detalles de la boda.

En 1974 Sara contrajo matrimonio vestida de blanco, por supuesto. Después del viaje de novios la pareja se instaló en la vivienda de la suegra. El piso comprado por los recientes esposos no tenía la célula de habitabilidad según el marido. Esta circunstancia le pareció extraña a Sara. Su hermana Marta vivía en el piso de abajo del mismo inmueble sin ningún problema. Las relaciones entre la suegra viuda y la nuera fueron muy malas desde el inicio de la convivencia.

La argucia sobre la célula de habitabilidad era ya inaguantable, la pareja preparó la mudanza a la vivienda adquirida durante el noviazgo. Un conflicto surgió cuando el marido quería llevarse a su

madre a vivir con ellos. Sara no quería ni hablar del tema, su suegra tenía una excelente casa y una salud envidiable. Propuso visitarla durante los domingos para ir conociéndose mejor. Al final, el marido impuso su voluntad. Poco después nacía el primer hijo, Javier, y más tarde Roberto. Fueron unos años muy oscuros para Sara con el único consuelo de sus preciosos hijos. Ella seguía trabajando en el Valle Hebrón, cerca de su hermana. Sara tuvo un nuevo hijo, una linda niña con el nombre de Antonia.

Tres años más tarde, la situación cambió, la suegra había encontrado un viudo conocido y se casó con él, ambos fueron a vivir a su casa.

Por fin, Sara y su familia estaba a solas en el piso. Todos los domingos comían en casa de la suegra y pasaban la tarde allí. Un día Sara propuso a su marido salir de excursión el próximo domingo. Fue un día muy feliz, se divirtieron todos y regresaron cantando dentro del coche. Nada más llegar llamaron por teléfono, el marido habló con su madre. Al colgar el aparato agredió con furia a su mujer. Sara se defendió con valentía y se refugió en la habitación de los niños.

En aquel instante Sara comprendió que debía separarse.

# VIII.5 Muerte del dictador

Fue el último coletazo del leviatán moribundo.

Con la salud de Franco muy mermada, el consejo de guerra contra miembros del FRAP y ETA dictó diversas sentencias de muerte. El Consejo de Ministros del 26 de septiembre de 1975 conmutó a seis de los condenados a muerte a penas de cárcel, dando el visto bueno para la aplicación de la pena capital a los cinco restantes.

A nivel nacional hubo huelgas, movilizaciones y movimientos de súplica y perdón. En esta ocasión la reacción internacional fue más fuerte que nunca. El papa Pablo VI solicitó clemencia, naciones como Noruega, Reino Unido y Países Bajos llamaron a consulta a sus embajadores en Madrid. La Comunidad Económica Europea pidió un generoso indulto. Las Naciones Unidas también intervinieron a favor de los condenados.

A pesar de la presión internacional el Gobierno se mantuve firme con los dictados del último Consejo de Ministros, presidido por Franco. Los condenados fueron fusilados el día 27 por la mañana.

Eulalia Martínez, ya cerca de la jubilación, quiso satisfacer una petición de su padre Julián solicitada antes de morir, a través de su madre Montserrat. Visitar el pueblo natal de su abuelo y rezar en su tumba. Aprovechó un viaje a Madrid para trasladarse al cercano pueblo de Hoyo de Manzanares.

Localizó el sepulcro donde su padre le había indicado en vida, rezando unas oraciones y depositando unas sencillas flores. Cerca de la tumba, un entierro había terminado, el párroco se acercó a Eulalia con curiosidad. No sabía quién era, pero estaba en el lecho de un viejo amigo suyo durante su juventud. Entablaron una conversación. Al poco rato, con gran sorpresa del clérigo, ambos estaban hablando en latín.

El sacerdote la invitó a su rectoría, para tomar un refrigerio preparado por un seglar del pueblo que hacía las veces de sacristán. Nada más terminar las viandas, empezó de nuevo a conversar en latín.

—Hija mía, hablo ahora así porque no quiero que nadie pueda oír mis palabras. Voy a contarte una experiencia clavada en mi corazón, tengo la necesidad urgente de aliviar la enorme tensión que estoy soportando. La providencia divina te ha puesto en mi camino, no puedo dejar escapar esta oportunidad. Por favor, sigue mi relato con compresión y con la ayuda de Dios.

Las confesiones del capellán de Hoyo de Manzanares las recogió Eulalia. En el destrozado diario de Justo Martínez apareció una carta sujeta con un clip, estaba en buen estado. Era una misiva de Eulalia a

su hermano Justo, enviada desde Barcelona a la ciudad de Agen. Contenía la descripción del relato del cura párroco de Hoyo de Manzanares.

*Once de octubre de 1975*

*Justo Martínez*
*Rue de Chatillon, 27*
*Agen–Francia*

*Queridísimo hermano:*

*Por Barcelona estoy muy bien de salud y trabajo. Daniel te transmite un caluroso abrazo.*

*El único motivo de esta carta es contarte la triste historia de un sacerdote. Quiero dejar constancia escrita de la misma, y que tú la conserves.*

*Revelaciones del párroco de Hoyo de Manzanares:*

*Hija mía, fui el único civil presente en la ejecución de los tres condenados a muerte por el Consejo de Ministros en Hoyo de Manzanares.*

*Más tarde pude saber que varios periodistas quisieron asistir a las ejecuciones, pues el artículo 871 del Código de Justicia Militar permitía esta situación. Tenían toda la razón, pero les negaron la entrada. Igual ocurrió con los familiares, tampoco pudieron pasar hasta la entrega de los cadáveres.*

*Fueron a buscarme a la parroquia para administrar la última ayuda religiosa a los jóvenes a punto de morir. Yo no me esperaba esta situación, se produjo de forma súbita, sin ningún aviso.*

*Hija mía, fueron unas escenas horribles, tanto en la preparación como en la ejecución y el desenlace. Las tengo en la cabeza sin poderlas olvidar. Las postreras voces de los condenados, los gritos, las órdenes, los disparos, la sangre,*

*los cadáveres, los ataúdes.*

*Además de los policías y guardias civiles de los pelotones de fusilamiento también llegaron en autobuses muchos más. Algunos parecían bebidos, todos ellos gritaban y jaleaban las ejecuciones. Cuando fui a dar la extremaunción a uno de ellos, que todavía respiraba, un teniente le dio el tiro de gracia sin darme tiempo a separarme. La sangre me salpicó toda la sotana.*

*Entiendo, hija mía, que tanto los guardias como los policías tengan un odio muy grande a los terroristas. Habían sufrido la muerte de compañeros y familiares en los ataques a las casas cuartel. Pero en mi opinión, los sucesos de Hoyo de Manzanares fueron bochornosos.*

*Besos, salud y muchos recuerdos a Michelle, Jean-Pierre y Ninette.*

*Eulalia Martínez*

Para contestar al clamor internacional en contra de las ejecuciones, el régimen organizó un acto de desagravio en la plaza de Oriente de Madrid. Miles de franquistas se dieron cita para honrar a su caudillo, visiblemente enfermo. El jefe del Estado hizo la siguiente declaración en referencia a los fusilamientos: «Todo lo que en España y Europa se ha armado obedece a una conspiración masónica e izquierdista, en contubernio con la subversión comunista y terrorista en lo social, que, si a nosotros nos honra, a ellos les envilece».

Estas palabras dan una idea del deterioro de la dictadura y de su jefe. Ya no volvió a mostrarse en público.

La salud del dictador empeoró de súbito, siendo operado de urgencia en su residencia de El Pardo. En el botiquín del edificio se improvisó un quirófano, pero el suministro eléctrico falló al poco de iniciarse la intervención. Los médicos continuaron la intervención usando linternas para iluminar el vientre del paciente, debían taponar una hemorragia gastrointestinal.

El 7 de noviembre una caravana de vehículos trasladó al enfermo al hospital de La Paz. Tras un reconocimiento en profundidad los cirujanos localizaron once úlceras sangrantes y otras complicaciones.

Millones de españoles escuchaban el famoso parte médico oficial

que informaba a diario del estado del paciente. No solían decir nada interesante y daban la impresión de que el enfermo mejoraba. Un equipo de treinta médicos atendía al moribundo, taponando hemorragias, entubando su cuerpo asistido por máquinas. El paciente estaba en coma varios días atrás, su muerte se anunció el 20 de noviembre. Este dato parece erróneo, los embalsamadores llegaron al hospital el día anterior, con posterioridad declararon que el cadáver llevaba varias horas muerto.

A partir de este momento la historia de España dio un giro importante.

# VIII.6 La Transición y la Semana Negra

Camilo Cabezas, ya jubilado, leía la prensa del año 1975 con preocupación, procurando entender el desarrollo de todos los acontecimientos. Muerto Franco, se inició el periodo de la transición hasta las elecciones democráticas. Fue un tiempo convulso, con huelgas en todos los sectores, manifestaciones violentas, secuestros y asesinatos.

El recién proclamado rey, Juan Carlos I, eligió a Adolfo Suárez para la reforma de las estructuras de la dictadura hacia la democracia. Camilo no conocía a este político y desconfiaba sobre el desarrollo de los acontecimientos. Tenía claro que los militares deseaban una involución a toda costa, sin conocer cuál sería la mejor solución para el país.

Empezó a valorar la enorme capacidad de Adolfo Suárez. En su opinión sabía dialogar y convencer, ¡hasta incluir a los comunistas en la llamada reforma política!, aunque le parecía un desatino tal decisión.

En septiembre de 1976 Suárez presentó la Ley para la Reforma Política, el mecanismo para pasar de la dictadura a la democracia. Camilo celebró el nombramiento del general Gutiérrez Mellado como vicepresidente del Gobierno, para frenar los intentos del ejército contra el avance democrático. Después de un año de vaivenes, ahora confiaba más en una salida democrática a toda la situación española. El referéndum sobre la anterior ley tuvo una participación cercana al 77 %, con un 94,1 % de votos favorables. Era un claro ejemplo de la voluntad popular.

Camilo, sin ningún trabajo en La Imperial, decidió reseñar los principales sucesos, noticias y sus propios comentarios de aquellos años. Deseaba disponer de una información en profundidad para estudiar la evolución de la política española. Estos apuntes los entregó más tarde Camilo Cabezas a su sobrino Óscar Aixelá, que los incluyó en sus notas familiares en el año 1981. Sin embargo, es necesario conocerlos ahora por ser relativos a los años 1976 y 1977.

**Diario de la Transición por Camilo Cabezas**

20 marzo 76. —En Vitoria mueren cinco trabajadores por disparos de la policía en una huelga. Esperemos no volver a los años del pistolerismo. No quiero ni pensarlo.

8 septiembre 76. —Reunión de Adolfo Suárez con la cúpula militar, para la legalización del PCE (Partido Comunista de España). Con toda franqueza, no creo que lo consiga. Los militares son

profundamente anticomunistas.

11 diciembre 76. —Los GRAPO (Grupo de Resistencia Antifascista Primero de Octubre) secuestran a Antonio María de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado. Una noticia muy mala. Esta nueva organización es muy criminal. He seguido de cerca las actividades delictivas del GRAPO con sus atracos a bancos y furgones de transporte de dinero.

15 diciembre 76. —Referéndum para aprobar la reforma política. El triunfo del sí es aplastante. Después de meditarlo con calma yo también voté a favor. Creo que es la mejor solución para España.

17 diciembre 76. —Cientos de policías y guardias civiles se manifiestan en la calle por cuestiones salariales. Las fuerzas del orden aumentan la tensión política. El Gobierno ha actuado con rapidez, destituyendo a las cúpulas organizadoras.

22 diciembre 76. —Es detenido en Madrid Santiago Carrillo con el famoso disfraz de la peluca. En verdad, no entiendo por qué no le habían apresado antes.

23 enero 77. —El estudiante Arturo Ruiz, de diecinueve años, asistía a una manifestación proamnistía cuando lo asesinaron a sangre fría por un radical de la derecha, al grito de «¡Viva Cristo Rey!».

24 enero 77. —María Luz Nájera, de veinte años, formaba parte de una manifestación contra el asesinato de Arturo Ruiz en la céntrica Gran Vía de Madrid. La alcanzó un bote de humo lanzado por un policía antidisturbios. Murió poco después. Estas muertes me ponen triste. ¿Cuándo acabará todo esto?

24 enero 77. —Un comando del GRAPO secuestra al general Emilio Villaescusa, presidente del Consejo Superior de Justicia Militar. Otro secuestro. Esta acción pone en grave jaque al Gobierno, alentando al estamento militar para un golpe de Estado, que ya está incubando toda la extrema derecha.

24 enero 77. —Doce horas más tarde del secuestro se produce el peor paso por la frágil Transición. Tres pistoleros de la ultraderecha asaltan un despacho de abogados laboralistas en la madrileña calle de Atocha. Colocan a sus nueve ocupantes de cara a la pared y les disparan todas sus armas por la espalda. Murieron tres abogados, un estudiante y un administrativo, las otras cuatro personas resultan heridas de gravedad. Estos escalofriantes asesinatos conmueven a toda España. Una sombra negra invade Madrid ante tamaña atrocidad.

25 enero 1977. —Los líderes sindicales convocan asambleas para calmar a las bases. Hay que impedir a toda costa cualquier acción capaz de ser aprovechada por la extrema derecha con la ayuda del Ejército. Al entierro de los masacrados lo acompañó una enorme masa

de gente. Desfilaron detrás de los féretros en un profundo y emotivo silencio. ¡Caramba!, por una vez los sindicatos han actuado con corrección.

28 enero 77. —Son asesinados en Madrid dos policías. Más tarde, en una Caja Postal del barrio de Villaverde, son ametrallados dos guardias civiles. La tensión es extrema en todo el país, especialmente en Madrid.

29 enero 1977.–En los funerales de los policías y guardias civiles asesinados se escuchan gritos contra los ministros del Gobierno presentes. Los acusan de traidores, con el sonsonete de «¡Franco, Franco, Franco!». El ambiente político alcanza su clímax. Mucho me temo que los próximos días serán decisivos para el país.

11 febrero 1977. —La policía consigue liberar a los dos rehenes del GRAPO, Oriol y Urquijo y el general Villaescusa. Un balón de oxígeno para un Gobierno bajo una presión asfixiante. La policía tenía un marcado interés en resolver estos secuestros. En cambio, parecía estar dormida para resolver los asesinatos de Atocha. El inspector a cargo del caso de Atocha es relevado. El nuevo responsable consigue detener a los tres autores materiales, al inductor y a los suministradores de las armas. Los asesinos ni siquiera huyeron de Madrid. Se creían a salvo entre sus camaradas y dignos de felicitaciones.

Aquí terminan los apuntes de Camilo Cabezas. En la transición hubo muerte, sangre y dolor. La detención del comando de Atocha significó un jarrón de agua fría para la ultraderecha. La policía ya no les amparaba. Después de legalizar al PCE y con la amnistía de los presos políticos en marcha, el camino hacia la democracia quedaba abierto.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Mis relaciones con Genoveva.

Me resulta difícil escribir sobre la segunda mujer de mi vida, Genoveva. Fue un periodo largo con encuentros de poca o ínfima duración, ella reside en Madrid y yo a seiscientos cincuenta kilómetros. Fines de semana, viajes cortos, vacaciones breves, con pausas a veces de varios meses. En estas condiciones las relaciones suelen ser difíciles, pero siempre teníamos un atractivo común.

Todas mis notas familiares las redacto en el mismo momento de recordar una determinada situación concreta o bien como evocación de una conversación reciente. En estas condiciones las relaciones con las personas aparecen fragmentadas en varios lugares distintos. En el

caso de Genoveva prefiero escribir de forma continua nuestras relaciones, a pesar de discurrir durante un tiempo largo.

Fue una época de felicidad y dolor, de encuentros gloriosos y despedidas traumáticas, de aciertos y fallos considerables.

Conocí a Genoveva en el verano del 73, en Londres. Ambos asistíamos a unas clases intensivas de inglés. Pronto congeniamos sin ningún esfuerzo. Hablábamos de política, ¡quién no lo hacía en aquella época!, de nuestro trabajo, sobre la religión, de nuestras historias y anhelos.

Manteníamos largas conversaciones, a veces interminables. Una noche finalizamos de hablar a una hora tan avanzada que ya no circulaba en Londres ni el metro ni el autobús. No tenía mucho dinero para un taxi, ni se veía alguno. Tuve que volver a mi habitación tras un paseo nocturno de hora y media por unas calles desiertas. Nos despedimos en un pequeño jardín perdido de un barrio desconocido. Yo partía en avión de vuelta y a ella todavía le restaban clases.

El segundo encuentro, bastante tiempo después, fue en Madrid. Me invitó junto con Olivia, también conocida en Londres, y su novio Manuel José. Me enseñaron El Escorial, después de la visita cenamos en un restaurante de la misma villa. El novio de Olivia, durante su época estudiantil, fue un activo miembro contra la dictadura. Conversamos largo sobre nuestras experiencias en este tema. En conclusión, aprendí que huelgas o confrontaciones eran mucho más violentas en Madrid respecto a Barcelona. En la capital del país los manifestantes arrojaban toda clase de objetos contra la policía, en la Ciudad Condal nunca he visto cosa igual. La actividad revolucionaria de Manuel José terminó cuando lo detuvieron, la policía le extorsionó a cambio de no meterse con sus padres en Galicia. Sabían con detalle la situación económica del negocio que regentaban. En el viaje de vuelta Genoveva estaba en el asiento trasero junto a mí. No hablamos, empezamos a besarnos y acariciarnos con pasión por primera vez.

Salimos juntos varias veces, aunque no recuerdo muy bien el orden de las mismas. El tema de las fechas no es mi fuerte. El primer encuentro más largo fue un viaje hasta Andorra con vuelta a Barcelona. Montamos la tienda de campaña en una ladera de una montaña del Pirineo, podíamos ver unas pequeñas cascadas deslizándose hacia el río situado a nuestros pies. Un lugar solitario, tranquilo para los nuevos amantes. Disfrutamos de la naturaleza y de nuestros cuerpos, en unos primeros contactos vacilantes.

Al llegar a Barcelona no teníamos hotel, sin ningún problema nos instalamos en mi vivienda. Míriam estaba de vacaciones en la finca de sus padres en Calella de la Costa, junto con las niñas. La portera, la

señora Gertrudis, me puso cara de perro al vernos entrar, pero a estas alturas ya no me importaba nada. Dejamos los bártulos y tuvimos un primer encuentro ardiente en el sofá del comedor. Las manos acariciaban nuestros cuerpos semidesnudos, los besos eran profundos y tiernos a la vez, nuestras lenguas recorrían caminos pocos explorados con una pasión creciente. Sin previo aviso, Genoveva se puso a temblar, gritaba, se estremecía con quejidos entrecortados. Me asusté, con precaución pregunté si se encontraba bien, quizás había hecho algo incorrecto. Genoveva, más recompuesta, me contestó:

—Si serás tonto, ha sido un orgasmo excelente.

Estaba noqueado sobre la lona. Por primera vez había sido testigo del orgasmo de una mujer. Sentí vergüenza por una vida sexual tan pobre, como si fuera un disminuido en cuestiones de amor. Tras años de matrimonio era la primera vez que contemplaba el goce de una mujer.

Por la noche nos acostamos juntos en el lecho matrimonial. No tuve ningún reparo. Una acción de venganza por un profundo sentimiento contra la estafa sexual de mi matrimonio.

Había dado un paso importante. Una mujer me deseaba y respondía a mis caricias.

Recuerdo bastante bien la completa visita a Toledo. Genoveva me enseñó el barrio judío, las principales iglesias, las obras del Greco. Es muy experta en estas cuestiones y realiza un enfoque histórico muy profundo. Pasear cogido del brazo de ella por las antiguas callejuelas de la anterior capital del reino fue un placer para mí.

En otra ocasión, nos desplazamos a Sigüenza para admirar la serenidad del Doncel. Seguimos en dirección norte por varios pueblos encantadores, íntimos, de la vieja Castilla. La ruta nos llevó hasta Soria. En las montañas cercanas visitamos a un ermitaño, con quien mantuvimos una larga y divertida conversación. Terminamos el viaje en Zaragoza donde nos separamos. La despedida fue dura, sobre todo para ella.

Genoveva se interesó por el románico catalán, viajamos un verano por el valle de Boí. Admirando las diferentes iglesias, analizando la forma de sus campanarios y los retablos. Como no íbamos sobrados de dinero nos instalamos en una tienda de campaña, en plan excursionista total.

Al regresar de estos encuentros a mi vida familiar tenía una sensación de incumplir mis obligaciones. La responsabilidad de mis dos hijas era una losa, pero a pesar de mis esfuerzos para mejorar las relaciones con Míriam todo seguía igual o peor.

Los encuentros con Genoveva tenían un importante problema de

fondo. En ocasiones, culminar la relación sexual era difícil, incluso en algunos casos había que utilizar otros recursos. Un escollo insalvable para el que no encontramos una solución.

Seguía pensando que las relaciones sexuales eran otra cosa, algo diferente a todas mis experiencias hasta el momento. Había avanzado, pero la meta estaba lejos. Era mejor cortar mi relación con Genoveva.

Genoveva sufrió en las relaciones conmigo. Nuestra separación no fue buena. Siempre he tenido un sabor amargo, un sentimiento de culpabilidad por ello.

# VIII.7 El Estado democrático

Míriam y su esposo Óscar Aixelá estaban eufóricos, por fin podían votar en la incipiente democracia española. Colocar la papeleta dentro de una urna transparente parecía un acto mágico, después de tanta sangre, cárcel y sinsabores.

El 15 de junio de 1977 se celebraron las elecciones para el Congreso de los Diputados y el Senado. Todo el país estaba pendiente de los resultados. El Ministerio del Interior facilitaba los datos con cuentagotas, a altas horas de la madrugada para evitar disturbios. Era de suma importancia conocer los resultados para afianzar el proyecto en curso y evitar cualquier retroceso democrático.

Al día siguiente, los periódicos se agotaron en muchos kioscos, las ediciones especiales estaban ya en las máquinas. Míriam y Óscar analizaban los resultados, mucho mejores de lo esperado. El primer dato era la alta participación, casi del 79 %. El partido triunfador era el CDS (Centro Democrático y Social), de Adolfo Suárez, motor del cambio. El partido del PSOE consiguió el segundo puesto y el PCE un tercer lugar con apenas 9,33 % de los votos válidos. El Partido Comunista había batallado mucho por la democracia, pero Santiago Carrillo representaba el pasado. La cuarta plaza estaba ocupada por Alianza Popular de Manuel Fraga Iribarne. Fue otro gran fracaso, representaba la herencia franquista. Tampoco en las urnas ningún partido de la extrema derecha o la extrema izquierda consiguió ningún diputado ni senador.

El pueblo español estaba por la democracia, lejos de cualquier extremismo. Ambos cónyuges habían votado por el PSC (Partit Socialista de Catalunya) y celebraron el éxito de su partido y los resultados generales de las urnas.

Una vez terminadas las elecciones, en las que la CNT no quiso participar, la central sindical convocó un mitin en los jardines de Montjuic. Un problema se presentó para Ruiseñor, la ley de amnistía política no estaba aprobada y temía por su seguridad. Para la policía era un delincuente, para la extrema derecha un asesino. Su disfraz había funcionado de maravilla, por lo que en el caso de descubrirse, los falangistas tampoco estarían muy contentos. Ahora, con sesenta y cuatro años, podía perder una buena pensión de jubilación con el descubrimiento de su falsa identidad. Las relaciones entre él y la cúpula de París no eran buenas, aunque la decisión de infiltrarse en

organismos católicos como la HOAC y la JOC había conseguido buenos resultados.

Ruiseñor habló con Daniel sobre su decisión: no se presentaría al Congreso de Montjuic. Daniel esperaba esta respuesta. Consideraba a Ruiseñor muy contento con su puesto, su sueldo, su nuevo Seat 1430 de la empresa, además tenía apalabrada una pronta jubilación. La lagartija agitaba la cola.

El congreso de la CNT fue un éxito, se sobrepasaron las expectativas de asistencia calculadas por el propio sindicato. Asistieron unas ciento cincuenta mil personas con toda la cúpula histórica recién llegada de París. En los altavoces sonaba el canto *A las barricadas*, el gentío agitaba banderas rojas y negras, también ondeaban las catalanas, andaluzas y gallegas. El ambiente era impresionante. El mitin lo convocó el comité de Catalunya, no en vano se había fundado el sindicato en la Ciudad Condal en 1910, dentro del salón de las Bellas Artes.

Tomaron la palabra diferentes oradores: José Peirats de Solidaridad Obrera, con un duro ataque a los nacionalismos. La figura más destacada fue Federica Montseny, exministra de Sanidad durante la Segunda República. Su discurso lo aclamó la muchedumbre, incluyendo el espacio dedicado a una profunda embestida al comunista Santiago Carrillo.

Entre el público se encontraba Eulalia Martínez, quien lamentaba no tener a su hermano Justo al lado. Había esperado ansiosa la intervención de la compañera Federica, había leído un par de sus libros, le entusiasmaron.

El mitin de Montjuic fue el canto del cisne del sindicato CNT. Quizás las personas presentes eran más curiosas que sindicalistas. La línea de actuación era demasiado dura: no participar en las elecciones sindicales, no reconocer a los comités de empresa, no aceptar subvenciones. Además, se sumaba el acoso policial y político contra la central sindical. El caso Scala fue la puntilla.

Tras una manifestación autorizada de la CNT, un grupo de jóvenes lanzaron varios cócteles molotov contra la fachada de la sala de fiestas Scala, provocando un gran incendio. El edificio ardió entero, se derrumbó y provocó la muerte de cuatro trabajadores afiliados a la CNT.

Detuvieron a los autores, todos de la CNT. La defensa apoyó la tesis de una maniobra política para desacreditar al sindicato anarquista. Sospecharon de la colocación de materiales inflamables antes de la manifestación. Era imposible, según la defensa, que unos cócteles lanzados contra la fachada pudieron provocar un incendio tan

pavoroso, cuando solo quedó indemne la propia fachada.

El incidente terminó por enfriar a los sindicalistas menos revolucionarios. La CNT se fue diluyendo, con disidencias en todo el país, y muy significativas en Valencia. Otros miembros optaron por fugarse a Solidaridad Obrera. El sindicato desapareció de la escena política española, salvo un grupo minoritario con poca actividad.

Daniel había intentado contactar con Ruiseñor durante el Congreso, sin éxito. Preocupado, haciéndose pasar por un cliente, incluso llamó a la empresa textil donde trabajaba. Le informaron de un mensaje del día anterior para comunicar que se encontraba enfermo.

Finalizada la reunión en Montjuic tampoco consiguió hablar con su jefe. Daniel Rodríguez Martínez acudió al piso de Ruiseñor, que tanto tiempo empleó en averiguar su dirección. Al llamar a la puerta no contestó nadie. Telefoneó a un camarada cerrajero para abrir la puerta. Una vez franqueada la entrada despidió al ferretero, quería estar solo.

En el dormitorio encontró a Ruiseñor muerto, con su falsa identidad de Bonifacio Pizarro. Era una muerte natural, con seguridad un infarto. El pobre no iba a poder disfrutar de su querida pensión.

Daniel se encontraba en un dilema, no sabía muy bien que hacer. Daba vueltas por el piso hasta tomar una resolución. Registró con cuidado toda la vivienda durante casi cuatro horas, hasta encontrar dos escondrijos con el armamento y todos los documentos relativos a la CNT y a su falsa identidad. Recogió el dinero, las armas y documentos, dejando en el piso las notas comerciales, la agenda y las llaves del coche en un cenicero del recibidor. Se embolsó una cantidad en metálico por los gastos ocasionados.

Trasladó la maleta a las oficinas actuales de la CNT para hablar con los responsables llegados de París. Aprobaron la actuación de Daniel, las armas debían desaparecer de inmediato. En las actuales circunstancias políticas la policía no debía encontrar el material. Discutieron si debían efectuar un entierro solemne al difunto, un mártir más de la causa. Durante los últimos años se había alejado Ruiseñor de la dirección del partido. La decisión final consistió en dejar las cosas como estaban.

Daniel telefoneó a la empresa textil como un amigo de Bonifacio Pizarro, informando de su muerte por enfermedad natural hacía un día y en su propio domicilio. Confirmó la inexistencia de ningún pariente, proponiendo a la empresa la posibilidad de recuperar la agenda de trabajo, los documentos y las llaves del vehículo a cambio de encargarse del entierro. En caso de aceptar, les suministraría la

llave y la dirección actual del finado. Daniel estaba seguro de que Ruiseñor había dado un falso domicilio al empezar a trabajar.

En la tumba del revolucionario Salamandra figuraba la escueta inscripción: «R. I. P. Bonifacio Pizarro, 1 de julio de 1977».

Justo Martínez seguía con pasión la transición democrática española desde Agen. Franco había muerto, nuevos horizontes se habrían. Deseaba volver a España para abrazar a su hermana Eulalia y visitar las tumbas de sus padres. Preparó con sumo cuidado el posible viaje a Barcelona, de él, su mujer Michelle y sus dos hijos.

En julio de 1976 se promulgó una amnistía parcial para unos presos políticos. Justo no deseaba arriesgarse, aún estaba presente en su memoria la actuación de la extrema derecha en el atentado a los abogados de la calle Atocha de Madrid. No quería poner en ningún riesgo su familia. Tenía que esperar, después de tantos años tampoco importaba mucho. El 15 de octubre de 1977 se aprobó la amnistía total para los hechos y delitos políticos ocurridos entre el 18 de junio de 1936 y el 15 de diciembre de 1976. Justo preparó las maletas y compró los billetes de tren.

En la estación de Francia les esperaban Eulalia, el primo Daniel y unos camaradas de los viejos tiempos. Daniel ya había escrito antes de su boda con Elena sus intenciones de noviazgo, Justo estaba al corriente de la situación de la pareja. En su interior Justo temía el reencuentro con Elena, pero no se encontraba en el andén. Daniel también estaba preocupado, no tenía ni la menor idea de la posible reacción de su esposa Elena. Con la edad de Justo, casado y con dos hijos crecidos, no creía Daniel que la cuestión fuera importante. Sin embargo, estaba intranquilo.

De la terminal pasaron al hotel, para dejar las maletas, descansar y asearse. Mientras tanto, Daniel les esperó en la cafetería del establecimiento. Juntos de nuevo, marcharon para cenar en la vivienda de la calle cardenal Tedeschini.

Elena recibió a Justo con un cariño de hermano y pasó a ocuparse de los invitados franceses. Saludó con cariño a Michelle, que parecía mucho más joven que Justo. Ambas mujeres se miraron, sin pronunciar palabra entendieron qué debían hacer. La cena disipó cualquier nube, todo fue alegría por el encuentro. Los hijos de Justo, Jean-Pierre y Ninette no se mostraron cohibidos, todo lo contrario, estuvieron conversando durante la cena y riéndose en ocasiones.

Justo vio en Elena una mujer feliz al lado de su marido. Tenía un aspecto todavía más maduro que sus recuerdos, con un bonito cabello

con algunas canas. Elena estaba entusiasmada con la familia de Justo, era algo necesario para él. Lo encontró envejecido, pero irradiaba una tranquilidad que nunca había visto.

Justo estaba impresionado por el aspecto de la ciudad y sus habitantes. Sus últimos recuerdos eran de destrucción, hambre y derrota. Ahora veía una Barcelona enorme, enérgica, casi irreconocible. Sus habitantes tampoco encajaban en su memoria. Eran gente feliz por sus conquistas democráticas, el futuro se abría delante de ellos. La circulación de vehículos, por ejemplo, no tenía nada que envidiar a una ciudad francesa.

Los recién llegados tenían muchas preguntas por hacer. Los hijos de Justo habían escuchado historias por parte de su padre, ahora querían disipar lagunas y sombras. En ningún momento los jóvenes se sintieron inquietos o curiosos respecto a Elena. Justo sospechó de alguna conversación de su madre con ellos, para explicarles como debían comportarse. Durante la cena ni Justo ni Daniel hablaron de temas políticos, era una conversación para el día siguiente.

Finalizado el ágape y la tertulia, marcharon los visitantes en un taxi a su hotel. En la habitación, Michelle empezó a cuidar con amor a su marido. Una vez desnudos sus labios recorrieron todas las cicatrices de guerra de su hombre. Sus caricias pretendían recompensar la actitud de su esposo y demostrar el amor que sentía por él. Tal vez también deseaba aliviar otras heridas más profundas. Aquella primera noche en la Ciudad Condal fue para recordar durante muchos años.

Al día siguiente, Elena había propuesto a Michelle y a sus hijos un recorrido turístico, mientras tanto Justo quería hablar a solas con Daniel.

La primera pregunta de Justo era saber por qué la CNT no se había presentado a las elecciones. Quedó sorprendido por las respuestas de Daniel, el sindicato estaba casi desaparecido, salvo algunos fanáticos y unos dirigentes desplazados, ajenos a la realidad del momento. Daniel relató con paciencia y rigor todos los movimientos del Salamandra una vez terminada la guerra. Su transformación en Ruiseñor, con su falsa identidad de Bonifacio Pizarro. Bosquejó la construcción de la triada, con sus ventajas e inconvenientes. Explicó el lento deterioro de la capacidad combativa de Ruiseñor hasta su muerte.

Daniel habló de temas actuales, de los deseos de la clase obrera y de la población. Nadie quería revoluciones, una cosa del pasado, ahora lo importante era consolidar la democracia y dejar la dictadura atrás, bien atrás. La extrema derecha seguía activa y presionaba a los militares para un golpe de Estado. No le faltaban argumentos, la organización ETA era cada vez más violenta, Cataluña y el País Vasco

preparaban unos estatutos de autonomía. Como colofón, el partido CDS de Adolfo Suárez era un partido ficticio, propio del momento y sin mucho futuro en su opinión.

Justo quedó muy sorprendido por dos cuestiones. La primera cuando Daniel propuso a Ruiseñor matar a Franco en las riadas del 62. La segunda al conocer las amistades de su primo con dirigentes del Partido Socialista.

El panorama político era espectacular. El próximo paso era la redacción de una nueva Constitución, después de las elecciones de 1977. Una comisión de siete personas tuvo el encargo de preparar el texto, y pronto recibió fuertes presiones de los franquistas y de los militares. Un periódico adelantó parte del escrito preparado, disparando la tensión en el Parlamento y en la calle. La elaboración resultó difícil, pero era una constitución pactada por la mayoría del espectro político del país.

Míriam y Óscar Aixelá votaron la nueva Constitución el 6 de diciembre de 1978. El escrutinio mostró una holgada victoria.

La pareja estaba inmersa en una vorágine democrática. El 3 de abril de 1979 con las elecciones municipales, ganadas en Barcelona por el socialista Narcís Serra, por fin los franquistas abandonaban el Ayuntamiento. Después llegaron las elecciones autonómicas. En esta ocasión no votaron a los socialistas, sino a Convergencia i Unió. Las elecciones de marzo de 1980 significaron el triunfo de Jordi Pujol.

A pesar de alcanzar tantas metas democráticas, la pareja seguía con sus problemas. Óscar había cortado sus relaciones con Genoveva, pero apenas estaba a un paso en el largo camino que debía recorrer.

Con la llegada de la democracia, los padres del estudiante Enrique Ruano deseaban conocer las circunstancias de la muerte de su hijo. Nunca creyeron la versión de las autoridades franquistas acerca de un suicidio desde un octavo piso.

Si la herida en el cráneo era de una bala, tendría una forma redonda, regular y limpia. Por el contrario, si la herida la causó la caída sobre un clavo, según la versión oficial, el impacto provocaría estrías e irregularidades. Consiguieron el permiso para exhumar el cadáver.

Al realizar la nueva autopsia, el hueso afectado del cráneo había desaparecido. No estaba en su lugar y nunca lo encontraron.

# CAPÍTULO IX (1981–1990)

## IX.1 Fracasos y éxitos

Las sesiones de psiquiatría de Óscar Aixelá siguieron adelante sin ningún resultado visible, salvo para su bolsillo. Estuvieron analizando diversos sueños y otras memeces, sin aportar nada nuevo. Las siguientes visitas versaron sobre su comportamiento sexual con Míriam y con Genoveva. Un día, en plena sesión, la doctora soltó la siguiente frase:

—¿Has pensado que a lo mejor eres homosexual?

La psiquiatra casi enloquece a Óscar.

¿Había algo de cierto en su pregunta?, era un torpedo a traición. Había tenido contacto sexual con dos mujeres, con una satisfacción pobre en ambos casos. ¿No residiría el problema en él?

Óscar tenía una pesada losa a su espalda, fue con ella durante muchos meses. Para poder responder a la pregunta solo tenía un medio: analizar su conducta a fondo, sus sentimientos íntimos cuando estaba en compañía de otros hombres, con los amigos, con los bien parecidos a su criterio.

Terminó la sesión hecho polvo. Para más problemas, la psiquiatra cambió el estatus referente al pago de las consultas. Hasta el momento, si por una causa de su trabajo no podía realizar una sesión, con un aviso previo quedaba anulada. En su trabajo diario realizaba frecuentes desplazamientos para la puesta en marcha de equipos industriales complejos o reparaciones. La ausencia a una sesión no era por algún capricho, sino por circunstancias que no podía controlar, además se presentaban de improviso. Ahora la situación cambiaba, debía pagar la hora tanto si estaba presente como ausente. La doctora le daba una gran importancia a la continuidad del tratamiento, además, el tiempo perdido no lo podía dedicar a otro paciente. Estos razonamientos parecían poco sólidos, más bien lucrativos. Óscar estaba enganchado, no tuvo más remedio que pasar por el aro.

Óscar tenía en la cabeza múltiples pensamientos sobre su sexualidad. Meditó en profundidad sobre el tema, la mejor solución sería hacer un exhaustivo análisis de todos sus encuentros con otros hombres. Quería recordar con precisión todas las escenas vividas, intentar evocar cuáles fueron sus reacciones, sus sentimientos, sus deseos, sus pensamientos. Debía empezar desde su infancia hasta el estado actual. Era un esfuerzo titánico, con la mente siempre

sondeando la memoria. Quizás algunos recuerdos no fueran los reales. No importaba, al fin y al cabo, eran los que había retenido. Muy a menudo una situación ya analizada volvía de nuevo a su pensamiento cuando estaba en otro tema. Durante la jornada laboral consiguió olvidarse de estos fantasmas, al concluir volvían de nuevo a su cabeza, mordiendo como perros de presa.

Los recuerdos de su infancia, remotos, difusos no aportaban nada. La excepción fue durante los veranos en Alp. Dos casas más lejos de la habitada por la familia residían un sargento de la Guardia Civil y sus hijos. Óscar jugaba a menudo con el pequeño, dos años mayor que él. El juego siempre terminaba con una feroz lucha cuerpo a cuerpo en el césped del jardín. Siempre perdía, pero después de una tenaz y profunda brega. Quedó preocupado. El recuerdo del primer contacto físico fuerte fue con otro niño, un cuerpo masculino. ¿Tendría razón la maldita terapeuta?

Una y otra vez volvía sobre sus pasos, para tener la seguridad absoluta de no haber pasado por alto ninguna escena.

En los recuerdos de la pubertad tampoco encontró nada que señalar. Todo lo contrario, las chicas empezaron a interesarle. Por primera vez empezó a fijarse en los desnudos femeninos de las esculturas cercanas al palacio real, al final de la avenida Diagonal. Contemplar aquellos cuerpos le daba gusto, en cambio ni se fijaba en los masculinos. Era un buen dato, pero insuficiente, necesitaba más información.

Su padre le apuntó a una escuela de judo a los catorce años. En el año 1958 las artes marciales eran desconocidas en España. Óscar asistía al único tatami del país, en un edificio industrial de la calle Aribau esquina Travesera de Gracia. El director y maestro era Mr. Henri Birnbaum, cinturón negro cuarto Dan. Durante los combates, sobre todo en el suelo, el contacto con el adversario era constante y profundo. Óscar analizó su conducta en estas situaciones. El único pensamiento era aplicar la técnica adecuada para vencer al contrario. Nada más.

Por lógica algunos hombres los encontraba guapos, o bien dignos de admiración por su forma de ser. Óscar desglosó, como cuentas de rosario, todas las relaciones, conversaciones, actitudes, pensamientos que tuvo con ellos. Ninguno despertó un sentimiento sexual.

Con los amigos de Esplugas tampoco halló ningún dato digno de mención. Óscar recordó todas las actividades, las aventuras, las discusiones, pero no encontró nada relevante.

Cambió de táctica, empezando a valorar sus relaciones con las mujeres. Con ellas tenía una timidez exagerada. Tanto en los bailes de

los amigos de Esplugas como en la universidad siempre había tenido excitaciones con las mujeres que más le parecían interesantes o adorables.

En resumen, no encontró ningún vestigio de homosexualidad en su vida, en cambio las chicas le gustaban y excitaban. La realidad, sin embargo, era de una profunda insatisfacción en sus relaciones íntimas.

No conseguía de ninguna manera olvidar el asunto, así que volvía atrás de nuevo para sondear su subconsciente, acaso pudiera tener una experiencia reveladora y todavía oculta.

Su cabeza seguía dando vueltas y vueltas sobre la jodida cuestión.

Los atentados de ETA y el GRAPO, junto con la debilidad del partido CDS en el Gobierno, propiciaron una intentona militar el 23 de febrero de 1981 para retornar al pasado. El Guardia Civil Antonio Tejero Molina secuestró a todo el Congreso de Diputados con las armas en la mano y disparando al techo. El Gobierno y el poder legislativo estaban mudos. La división acorazada Brunete, bajo el mando del coronel San Martín, tomaba diferentes puntos de la capital, entre ellos la televisión y varias emisoras. El capitán general de Valencia, Jaime Milans del Bosch, decretó el estado de excepción, invadiendo con carros blindados las calles de la capital del Turia.

Un cráter de angustia cubrió el país. La noche del 23 de febrero es recordada como «la noche de los transistores». Por el momento, la televisión no retransmitía nada importante, la mayoría del pueblo estaba con el oído pegado al aparato de radio.

Pasada la una de la madrugada apareció el rey vestido de capitán general en la televisión pública, anunciando el fracaso del golpe de estado y la vigencia de las instituciones democráticas.

La intentona militar significó un punto de inflexión para afianzar el Estado democrático, lo que alejaba el pesimismo de finales de 1980. Como daño colateral del fracasado golpe, el Gobierno del PSOE dictó la LOAPA, una ley destinada a frenar las competencias del País Vasco y de Catalunya.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

Me encontraba en la Plaza de Catalunya cuando pude enterarme por la radio de un quiosquero del secuestro del Congreso de los Diputados. Regresé inmediatamente a mi domicilio. Unas nubes negras de incertidumbre cubrían el país y sus habitantes.

Los carros de combate ya corrían por las calles de Valencia. Muchas regiones militares estaban a la espera de los acontecimientos,

sin decantarse a favor de los sublevados ni apoyar al régimen constitucional. Si triunfaban los golpistas la involución sería rápida, la policía actuaría sobre las organizaciones izquierdistas.

Era poco probable una acción contra UC, pero en aquel momento yo era su secretario. Durante la dictadura la policía tenía un gran interés en detener a los secretarios de cualquier asociación sospechosa. Les interesaba apoderarse de los archivos y ficheros, con todos los nombres, direcciones y teléfonos de sus miembros.

Pasadas las once de la noche tomé una decisión drástica: destruir todos los archivos de UC. No por mí inacción iban a detener a nadie.

Tras el discurso del rey quedaba clara la derrota de los sublevados. Recomponer todos los documentos me ocupó varias semanas.

Con el fin de la intentona golpista tuve otro tropiezo con la psiquiatra. Me comentó que marchaba a un congreso de su especialidad a Argentina durante tres semanas. ¿Qué había de la famosa continuidad de las sesiones? O sea, yo no podía fallar y ella sí. Me pareció bien, pero ahora me debía tres sesiones gratis. Puso el grito en el cielo, para mí fue la terapia más divertida de todas.

**1982**

Óscar Aixelá asistió a un congreso científico en las afueras de Barcelona. Allí conoció a Sara J. G. Villarroya, quedó prendado de su simpatía y encanto. Más tarde tuvieron diversos encuentros para comentar temas técnicos o tomarse unas copas. Con frecuencia visitaban bares de estilo hawaiano para disfrutar de bebidas exóticas de nombres sugerentes, como testamento o krakatoa.

La relación entre ambos se fue afianzando, tras un tiempo empezaron a flirtear. Óscar estaba un tanto inseguro, en ningún momento quiso forzar las relaciones entre ambos para no provocar ningún rechazo por parte de Sara. Ella, por su lado, tenía la impresión sobre su nueva amistad de un hombre poco lanzado.

Transcurrieron varios meses hasta tomar la decisión de pasar juntos un fin de semana. Óscar preparó el encuentro con sumo cuidado, seguía casado y ella recién separada. Eligió un hotel lejano, discreto, agradable. Al llegar la hora de la cita en una plaza de la ciudad, Sara no aparecía por ningún lado. El tiempo pasaba con lentitud, Óscar temía un abandono de última hora. Tras una espera angustiosa apareció en la zona del encuentro, su exmarido había insistido en acompañarla hasta cerca del lugar. Sara estaba radiante, alegre, ambos enfilaron la carretera hacia el norte, a un perdido Parador Nacional.

Con la noche en ciernes llegamos al hotel escogido para el primer encuentro entre Sara y yo. En la habitación Sara se mudó de ropa con un elegante y atrevido vestido de noche. Yo también me mudé, con traje, camisa y corbata a juego. La cena era perfecta, la conversación agradable, el vino delicioso, todo parecía ir sobre ruedas.

A medida que el ágape avanzaba en mi cabeza aumentaba la tensión. Apenas conseguía seguir la conversación que manteníamos. En la espera del segundo plato los fantasmas de mis miedos aparecieron. La pregunta de mi psiquiatra, ¿has pensado si eres homosexual?, se repetía en mi mente como la luz intermitente de un brillante neón.

La cena seguía su curso, Sara estaba encantadora, las viandas excelentes, el ambiente agradable. Cerca de los postres mi angustia escalaba montañas, se acercaba el momento decisivo de la relación sexual. ¿Sería capaz de satisfacer a mi pareja?, ¿volvería a fracasar como hasta el momento? Alargué la sobremesa, incluso con la impresión del deseo de Sara para salir del comedor, yo intentaba calmar mi cuerpo. Sentía estar a punto de caer en un abismo insondable.

Nos levantamos para subir a la habitación, en el ascensor mis nervios estaban al máximo.

Nada más llegar al dormitorio me sentí de pronto muy mal. Corrí hacia baño y empecé una vomitona extenuante, larga, como nunca había tenido. Sara me ayudó durante una hora con mi destrozado estómago. Fue muy gentil por su parte, pues el comportamiento de su pareja era desastroso. Agotado por completo, sin fuerzas, con temblores en todo el cuerpo, conseguí caer en la cama. Quedé dormido al instante.

Por la mañana me pareció que Sara también estaba con los ojos abiertos, con voz queda se lo pregunté. Asintió con una sonrisa, pronto empezamos a besarnos con pasión, a reconocer nuestros cuerpos sin prisas, con mucho cariño profundizamos en nuestro amor.

En aquel momento me sentí seguro de mí mismo por completo, relajado, capaz. Poco a poco tanteaba su cuerpo para ver aumentar su excitación mientras mantenía la mía bajo control. Transcurrió un tiempo en esta situación, mi pareja alcanzó cotas de excitación desconocidas para mí.

Al final, tuvimos un fuerte orgasmo al mismo tiempo.

Mi largo camino había llegado al punto correcto. No era una meta,

sino el comienzo de la carrera.

Sentados en la cama empezamos a conversar. Sara tenía la opinión de ser una mujer frígida después de la experiencia de su matrimonio y de alguna aventura fallida. Por mi parte tenía un miedo atroz a no poder satisfacer a ninguna mujer. Ahora todo esto era humo, era nada. Los dos sentimos una felicidad y una tranquilidad completa y nueva.

Esto sí era hacer el amor.

Mi primera decisión fue mandar a la mierda a la psiquiatra, ya no me servía para nada.

Pasamos a la ducha, donde continuamos explorando nuestros cuerpos, dándonos nuevos placeres.

Nos fuimos de excursión el día completo; con un sol brillante contemplamos las montañas con una gran serenidad. A la vuelta, después de la cena, la cama nos recogió con los brazos abiertos para continuar nuestro idilio.

Un fin de semana glorioso, un cambio radical en mi vida.

# IX.2 La izquierda al poder

Tanto Míriam como Óscar estaban exultantes. En las elecciones de octubre de 1982 había triunfado el PSOE con doscientos dos escaños, una mayoría absoluta para gobernar. Ellos votaron al PSC, Partit Socialista de Catalunya, que se presentó como partido independiente ligado al PSOE. En Catalunya barrió, aunque quedó por debajo del PSOE y de Alianza Popular, pero por encima del resto de todos los partidos nacionales, como CDS o PC. Aportó al PSOE veinticinco diputados, pudiendo formar grupo propio dentro del hemiciclo.

El matrimonio discutía sobre la situación política:

—La izquierda vuelve a gobernar después de tantos años, desde la Segunda República. Por cierto, ¿cómo sigue la tos de Jana?

—Parte del éxito, sin embargo, se debe al hundimiento del CDS, el partido de Adolfo Suárez —sentenció Míriam—. La tos era de Nuria, ya está mejor.

—Ha influido, desde luego. A nivel nacional tengo la impresión de una deriva al bipartidismo, es mi opinión. ¿Entonces la fiebre es de Jana?

—Sí, Jana la tuvo ayer. De todas formas, Felipe González lo tiene difícil para gobernar. La crisis económica, la mayoría de los empresarios y la banca en contra, unas estructuras de Estado reacias al cambio, sobre todo en el ejército.

—¿Lo dices por el nombramiento de Narcís Serra, exalcalde de Barcelona, como ministro del Ejército?

—Sí, sí. Narcís Serra ni siquiera hizo el servicio militar obligatorio. Ahora debe afrontar los fuertes coletazos del 23 de febrero, con mucho ruido en los cuarteles. Además, fíjate, tiene que modernizar unas Fuerzas Armadas con una cantidad de mandos superiores a los realmente necesarios.

—No es el único problema. La tasa de desempleo está por el dieciséis por ciento, la inflación alcanza el quince, el terrorismo de ETA sigue implacable. ¿Quieres que vaya a la farmacia?

El Gobierno de Felipe González consiguió afrontar con éxito todos estos problemas. Incluso ganó el referéndum para entrar en la OTAN, a pesar de haberse opuesto a esta cuestión durante el Gobierno de Calvo Sotelo.

La izquierda gobernaba, el mundo no se hundía, las leyes se orientaban a una política de bienestar social, con mayores inversiones en sanidad, enseñanza y cultura.

Su matrimonio, en cambio, zozobraba con importantes vías de agua.

Tras el primer encuentro en el Parador Nacional siguió otro al cabo de un tiempo. Todos los sentimientos iniciados con anterioridad volvieron con mayor intensidad en aquel hotel de la costa. Por la noche Sara se cambió de vestido, un precioso modelo negro capaz de resaltar su figura más allá de la simple belleza, transmitía una sexualidad escondida a punto de estallar. La velada transcurrió con buenos manjares, largas conversaciones, miradas intensas. Óscar deseaba terminar el postre para ir a la cama a toda velocidad. Sara, radiante de simpatía y encanto, retrasaba el momento cumbre.

Terminada la cena fueron a una discoteca a bailar. A continuación de la música dieron un paseo por la playa cogidos de la mano, los pies desnudos acariciando el mar, con un cariño cada vez más íntimo. Al llegar a la habitación, la pasión se desbordó y superó al primer encuentro.

Por la mañana Sara se despertó nerviosa, asustada. Envolvió su cuerpo desnudo con la sábana para dirigirse a pasitos hacia el baño. Óscar estaba preocupado, quizás alguna cosa había molestado a Sara y él era la causa. Al final todo fue una tontería. Sara tuvo la regla de madrugada; había dejado una mancha rojiza en la tela. Estaba intranquila por la reacción que pudiera tener Óscar. Nada importó a su pareja la situación producida, y los dos acabaron riéndose de unos miedos tan absurdos.

Los dos amantes estaban compenetrados, disfrutaban de un sexo compartido, entregado, creativo. Pero ambos tenían hijos, una tremenda responsabilidad que a menudo comentaban. De común acuerdo decidieron interrumpir sus relaciones para tener una mejor perspectiva de sus vidas, de sus familias, un tiempo para meditar con tranquilidad el futuro.

Óscar Aixelá tenía tres trabajos diferentes como *freelance*. En la empresa de cosmética donde trabajaba Lolita, en su anterior empresa de radiotelevisión y en la Politécnica de Cataluña, en el Laboratorio de Tecnologías Avanzadas, el LTA.

Había empezado a desarrollar en el LTA su tesis para obtener el grado de doctor ingeniero, uno de sus objetivos cuando era un joven estudiante. La tesis versaba sobre un tema de bioingeniería, un modelo matemático soportado por un computador híbrido para simular la circulación sanguínea y el corazón. En la década de los 80 los ordenadores digitales tenían una velocidad de proceso baja, por este motivo cuando el número de ecuaciones o integrales era muy elevado la única solución consistía en usar un computador analógico asociado

a un ordenador digital.

Óscar consiguió una beca de dos años en la Fundación Juan March y empezó con decisión su tesis. El trabajo no era lineal, más bien a saltos de su disponibilidad horaria o de su inspiración. La supervisión médica estaba soportada por un doctor en hemodinámica del Hospital de San Pablo, una ayuda necesaria para no cometer ningún error en un área desconocida para él.

Durante el desarrollo del modelo se dio cuenta sobre la necesidad de ampliar los primeros planteamientos para introducir más variables de control, como sucede en la realidad. Así fue incorporando la variación de la frecuencia cardíaca, la fuerza de contracción muscular del miocardio y el efecto del ejercicio físico.

La utilidad del modelo consistía en predecir el funcionamiento del sistema cardiovascular al producirse diferentes patologías, tanto en el sistema circulatorio como en el propio corazón.

Tras más de cuatro años de esfuerzo, la tesis estaba terminada y a punto de ser presentada al tribunal examinador, compuesto por cinco miembros con el título de doctor. La vista era oral y abierta al público. Asistieron familiares, amigos y personal del propio LTA.

La exposición comenzó con el análisis del modelo propuesto, sus consideraciones teóricas, prácticas y todas las ecuaciones manejadas. A continuación, la implementación del modelo sobre el computador, tanto en la vertiente analógica como en la digital.

Como colofón expuso los resultados obtenidos mediante diferentes gráficos, mostrando la bondad del modelo al estudiar diferentes patologías cardíacas, como una estenosis mitral, una válvula aórtica dañada o una perforación entre ventrículos.

Terminada la exposición se pasó a una cascada de preguntas por los miembros del tribunal examinador. Óscar empezó a sudar tinta con la primera cuestión, que no tenía prevista o bien poco preparada de antemano. Por fortuna adquirió confianza, empezando a responder con precisión a todas las cuestiones que le planteaba el tribunal. Al final respondía a todas las interpelaciones, incluso las médicas, con autoridad. Al acabar el turno de preguntas los examinadores se reunieron para evaluar el trabajo desarrollado. De nuevo en la sala, el tribunal le otorgó la máxima calificación.

Óscar, agotado, se retiró a su despachito de inmediato. Nada más sentarse en la silla apareció Sara para una calurosa felicitación, después entro Lolita y luego su esposa Míriam con cara de circunstancias.

Años después Óscar Aixelá comprendió el incidente como una superación sobre su abuelo. Él había invitado a su amante a las bodas

de oro del matrimonio. En la lectura de su tesis Óscar había superado un listón más alto. Ya no era el heredero sumiso, leal, ejemplar y cumplidor. Era todo un carácter.

Míriam se fue de viaje por motivos profesionales a Dinamarca. Allí se enamoró del policía que la Guardia Urbana de Copenhague había puesto a su disposición. Al regresar a Barcelona le dio la noticia a su esposo, en el mismo aeropuerto donde fue a recogerla. Míriam parecía una muchacha de dieciséis años recién enamorada, se pasaba las horas soñando y escribiendo cartas a su amado. Una de ellas estaba colocada, bien visible, encima de la cómoda del dormitorio. El esposo la pudo leer. Contenía la frase: «… yo soy realmente tuya». Estas palabras hirieron a Óscar, eran por completo ciertas. Míriam nunca había sido suya.

Un par de días más tarde, Óscar le preguntó el motivo por el cual le había elegido a él de entre todos los hombres del grupo de Cristianos Universitarios. La respuesta le dejó helado:

—De entre todos los chicos del grupo, eras el que menos asco me daba.

Quizás hay preguntas que no deberían hacerse. Quizás hay respuestas que no deberían darse.

Al llegar el verano empezaron a dormir en camas separadas. Prepararon una separación de común acuerdo. En un papel calcularon la cantidad necesaria que pagar a Míriam por los gastos de las hijas, el reparto de los bienes y el régimen de visitas.

# IX.3 Divorcio de Míriam y Óscar

Con la separación en marcha, Sara y Óscar proyectaron una escapada a Mallorca. No era el encuentro de una noche, sino una semana completa.

El viaje resultó una aventura, una locura. Alquilaron un Citroën descapotable para recorrer la isla. Vivían con intensidad todas las horas del día.

Por las mañanas dejaban la habitación tarde, justo para llegar en el último minuto al desayuno. Salían en coche de excursión para recorrer toda la geografía. Seleccionaban los restaurantes del mediodía con sumo cuidado. Todavía recuerdan unos mejillones con crema de leche hacia Sóller, o unas langostas por un perdido restaurante del interior. Visitaron todas las cuevas, playas y encantos de la ínsula. Bebían bastante alcohol y se lanzaban por aquellas estrechas carreteras a toda velocidad. Incluso visitaron una playa nudista. Cenaban en el hotel, pero se marchaban para conversar o divertirse en bares y discotecas. Siempre mostraban su amor en estos sitios públicos, a veces con bastante atrevimiento. Nada importaba, se querían con locura. Al regresar al hotel hacían el amor durante horas, hasta caer exhaustos.

Ambos opinaban sobre su actitud. Si era pecado, ¡qué gusto daba!

El viaje a Mallorca fue un profundo cambio. Tuvieron tiempo sobrado para charlar de multitud de temas, de sus hijos, de su futuro. La pareja, poco a poco, se encaminaba hacia una relación más estable.

A la vuelta del viaje de Mallorca, Sara y Óscar decidieron alquilar un pequeño apartamento en la zona alta, coqueto, con una enorme cama. Fue el resultado lógico después de la grata experiencia, diversión y conversaciones de la última escapada. Sara ya estaba divorciada. Óscar todavía no, separado y a la espera del tiempo legal para proceder al juicio por divorcio, según la legislación del momento.

Los encuentros de la pareja sucedían por las tardes. Durante dos horas o más practicaban el amor de forma salvaje. Cada uno quería recuperar el tiempo perdido en sus anteriores relaciones. Tras la intensa brega los dos amantes se sumergían en un profundo sueño. Cuerpos, brazos, piernas quedaban estrechamente enlazados.

En la pareja no solo existía un vínculo sexual, también tenían un nexo espiritual. Sara había dejado atrás sus sentimientos de mujer frígida, más bien era todo un volcán. Óscar, era un hombre capaz de

satisfacer plenamente a su pareja.

El amor entre Sara y Óscar era como el choque de dos montañas.

El divorcio entre Míriam y Óscar seguía adelante. Lástima que el primer acuerdo amistoso entre los dos lo dinamitaran ella y su abogada. Solicitaron unas cuotas mensuales que Óscar no podía pagar, incluida la prohibición de visitar la casita de madera instalada en el terreno de sus padres, pagada por el marido con los sudores de tres trabajos simultáneos. Óscar perdió el domicilio conyugal y la vivienda de veraneo. Como los males no vienen solos, poco después le fallaba su principal cliente, al variar súbitamente toda la línea de negocio de la empresa. Quedó atrás toda la inversión y el trabajo sobre los nuevos modelos. Ahora ya no tenían ningún valor. A toda prisa tuvieron que abandonar el apartamento, no había más remedio que instalarse en el pequeño principal donde tenía montada su pequeña empresa de ingeniería. La meta era ahorrar al máximo.

Míriam predispuso a las hijas de ambos en contra de su padre, explicando a las niñas temas que nunca debió comentarles a su edad. El detonante sucedió cuando Nuria, la pequeña, decidió irse a vivir con su padre. Óscar razonó con su hija, no convenía que las hermanas también estuvieran separadas en el divorcio, era mejor que permanecieran juntas. Con el paso del tiempo lamentó esta decisión, quizás había fallado a su hija Nuria. Óscar, en cambio, nunca habló mal sobre su madre. Sus hijas sufrían con el divorcio, no era cuestión de aumentar su angustia.

Otra sorpresa inesperada fue la reacción de los padres de Óscar. Cuando fue a visitarles para hablar de la situación, Míriam se le había adelantado. Desconocía esta circunstancia y el contenido de las conversaciones.

Meritxell y Raúl le hicieron pasar al salón, las caras de sus progenitores eran toda una explicación. La madre miraba a su hijo entre consternada y asustada, parecía imposible que el niño tan tierno de ojos azules se hubiera convertido en un depravado. Su padre le miraba como si fuera un criminal de guerra. Había superado al abuelo. Porque Jerónimo Aixelá tenía amantes, pero siempre había respetado el sagrado vínculo del matrimonio. Raúl había soportado durante toda su vida las infidelidades de su padre, tanto en el ámbito familiar como en el laboral. Ahora su hijo era una reencarnación de todas sus frustraciones. Óscar había cruzado todos los límites de la vida, de la Iglesia, de la familia.

Sentados en el tresillo le miraban sin decir nada. Al momento,

Óscar se sintió un extraño. Entre aquellas paredes había jugado de niño y estudiado de joven, ahora era un intruso.

Óscar estaba dolido, no le hicieron ninguna pregunta. El salón seguía en silencio. Ellos habían aceptado las explicaciones de Míriam. ¿Qué podía responder Óscar si no era hablar de las circunstancias de su matrimonio? ¿Entenderían o querrían saber algo de ello sus padres?

Decidió respetar el tabú familiar sobre el sexo. Se levantó sin pronunciar palabra y escapó de allí. Muchos buenos recuerdos quedaron atrás.

Todas estas hecatombes hicieron mella en Óscar. El hundimiento del negocio, la falta de dinero, la pérdida del apartamento coquetón, la incomodidad de vivir en el despacho profesional, la prohibición de usar la casita de la costa, la incertidumbre del próximo juicio para el divorcio. Las circunstancias personales todavía eran más punzantes, la nueva actitud de Míriam, la situación con sus padres, el rechazo de su hija Jana.

Óscar se precipitó a una honda depresión. Deseaba prender fuego al despacho, sin importarle lo que pudiera pasar en el resto del edificio.

Pudo remontar el pozo gracias a dos mujeres. En un primer momento, la ayuda de Lolita con sus rutas gastronómicas y alcohólicas frenó sus ansias pirotécnicas. Pero fue decisivo el apoyo incondicional de Sara para sobrevivir. Los dos ya tenían casi una vida de pareja. Su amor, poco a poco, se consolidaba con fuerza.

Óscar tuvo que solicitar el concurso de un abogado y un procurador para el próximo juicio. Otro gasto en la interminable lista de su agenda. En el día de la vista Míriam se presentó triunfadora, bien vestida, maquillada, luciendo su collar de perlas, acompañada de su joven y agresiva abogada. Óscar optó por su jersey más raído, aire de víctima, un abogado entrado en años y respetable. El juez paró todas las exigencias económicas de la parte contraria, salvo un ligero incremento de la pensión para sus hijas, respecto a la cantidad pactada con anterioridad por los ahora exesposos.

El único ingreso fijo era la escasa paga de la Politécnica, pero un Óscar Aixelá muy activo empezó a mover sus contactos industriales para obtener cortos contratos o trabajos capaces de ir remontando el temporal. También acrecentó el número de horas de trabajo en el Laboratorio de Técnicas Avanzadas.

El trabajo en la Escuela de Ingenieros de la Politécnica le gustaba a Óscar, no era docente, salvo impartir algunas clases de cursos de doctorado, sino de investigación. Consiguió una plaza de investigador, con un contrato que se renovaba cada año. En la primera asamblea de

la Escuela de Ingenieros obtuvo una plaza para el claustro de la propia escuela. En el siguiente claustro general de toda la politécnica consiguió por votación el nombramiento para formar parte de la Junta de Gobierno de la Universidad Politécnica de Catalunya.

# IX.4 El secreto de Eulalia Martínez

Sara y Óscar tenían en la práctica una vida de pareja. Prepararon un encuentro con sus respectivos hijos para comprobar cómo reaccionarían entre ellos. Tarde o temprano estarían todos juntos, era necesario reconocer el terreno.

En un día soleado de otoño se encontraron por puro azar en un bosque del Montseny. La luz se filtraba entre las hojas, que se mecían con suavidad por una ligera brisa, ofreciendo un tapiz ondulante de ocres. El suelo estaba alfombrado y cambiaba de verdes a marrones indefinidos, con grises de extraño brillo. El murmullo del agua de un próximo riachuelo cerraba la escena.

Los primeros instantes fueron de un desconcierto generalizado, al poco tiempo estaban todos jugando, saltando, riendo. El que fueran con edades escalonadas, en opinión de Sara, resolvió mejor el problema. Jana de quince años, Nuria de trece, ambas hijas de Óscar. Javier de once, Roberto de diez, Antonia de solo ocho años eran los hijos de Sara. Para la pareja fue un alivio comprobar como sus hijos encajaban tan bien.

El entresuelo de Concepción Arenal donde Óscar tenía su negocio-vivienda era prácticamente inhabitable cuando los siete estaban juntos. El comedor se utilizaba como taller de prototipos con una mesa plegable. En una habitación enana dormían sus hijas en una litera con un pequeño armario, otra habitación se utilizaba como despacho con una cama plegable y la de mayor tamaño como dormitorio. El único baño, de escasas dimensiones, era fruto de asaltos y disputas.

Sara propuso buscar un piso más amplio. Óscar no estaba por la labor. El alquiler sería mayor, el traslado y la adaptación requerirían también una inversión. En temas monetarios llegaban a final de mes con una estrechez importante. Además, debía pagar la pensión de sus hijas a su exesposa.

La convivencia en el piso-despacho se puso difícil, por mucho amor que ambos tuvieran. Un día Sara se plantó: «Casa nueva o rompemos».

La pareja encontró un piso antiguo de alquiler bastante grande en la calle Mandri, en la zona noble del noroeste de la ciudad. El precio estaba ajustado, sin tener en el segundo año un incremento. Óscar preparó el traslado a tumba abierta, no sabía si podría pagar la siguiente mensualidad. Tenía cuarenta y dos años, no era fácil encontrar un puesto de trabajo a esta edad. El plan era abandonar la Politécnica y buscar una ocupación fija para tener un ingreso mensual regular y más alto. Sara necesitaba una estabilidad en su vida, Óscar

también. Una empresa de consultoría le consiguió un puesto de no mucha categoría, pero Óscar aceptó de inmediato. No estaba para más probaturas. La familia se trasladó al nuevo piso, disponía de un amplio salón comedor, cinco habitaciones, en una de ellas Óscar montó su taller de electrónica. ¡Ahora disponían de un baño completo y un aseo!

Los hijos de Sara ingresaron en un colegio cercano al paseo de La Bonanova. Las hijas de Óscar vivían con su madre, pero visitaban a su padre muy a menudo. Bien por unas horas o a veces por unos días. Óscar tenía una gran alegría cuando aparecían de improviso sus hijas para decirle que se quedaban con él un tiempo. Al estar juntos los siete, la convivencia era excelente.

El único y pequeño inconveniente eran las malas artes de Míriam. Tanto Jana como Nuria hablaban con Sara cuando estaban a solas con ella. Le advertían con seriedad sobre la maldad de su padre, que vigilara mucho, con toda seguridad le haría daño. Para Míriam su exmarido era peor que el Lute, el enemigo número uno del país. Fue una constante durante años el empeño de Míriam para intentar dañar a Óscar por medio de terceras personas.

Sara escuchaba con cariño a las hijas de Óscar, poco a poco fue ganando su confianza. Les explicaba con frecuencia sobre la bondad de su padre y el amor que tenía por ellas. Al cabo de varios meses, tanto Jana como Nuria, contaban a Sara sus problemas de adolescentes, incluso en la mayoría de los temas preferían los consejos de ella.

La estancia en el hogar de la calle Mandri duró unos tres años. Fue una época de un gran bienestar para la familia. El único escollo era la insatisfacción de Óscar con su puesto de trabajo. Su sueldo era muy justo para cubrir los gastos del piso, añadidos al cuidado de los hijos de Sara y de los propios cuando se presentaban en casa. Sara seguía trabajando en el Valle Hebrón, pero su exmarido no le pasaba ninguna pensión para la manutención de los tres pequeños. Más importante para Óscar era la poca categoría del puesto ocupado en la fábrica de Rubí. Consiguió nuevos méritos cuando la empresa se abrió a nuevos productos que requerían una estructura de fabricación mayor. Sin embargo, esta nueva situación no significó un avance importante para él. Decidió buscar una nueva colocación, comenzó a visitar a diferentes *head hunters* y empresas de empleo. Para redondear los ingresos mensuales empezó a montar placas de circuitos electrónicos de alta tecnología para algunos antiguos clientes, incluso llegó a piratear unos diseños americanos. En los fines de semana Sara gustaba de echarle una mano en los montajes.

Con gran asombro, Óscar Aixelá pudo leer en la prensa el nombramiento por parte de Ronald Reagan del diplomático Frank Carlucci como secretario de Defensa de los Estados Unidos, en el mes de noviembre de 1987. Era el agente encargado por la CIA con la orden de eliminar a Patricio Lumumba en el Congo Belga de 1961. El periódico destacaba su eficaz acción diplomática durante la Revolución de los Claveles en Portugal, donde era el embajador de EE. UU. Según el rotativo, sus intervenciones consiguieron frenar la deriva hacia la izquierda del pronunciamiento militar.

Meritxell, madre de Óscar, estaba ingresada por un derrame cerebral en el Hospital Clínico. Tuvo una primera evolución favorable, incluso recobró la conciencia, entendía y reconocía a todos sus hijos. En la noche siguiente falleció, sin que nadie de la familia estuviera a su lado. Óscar recibió una llamada de su padre pasadas las nueve de la mañana en la oficina de Rubí. No entendió porque le habían avisado tan tarde, pues el óbito se produjo de madrugada. Regresó a Barcelona en coche, a poca velocidad, mientras iba llorando sin trabas hasta al hospital.

Se había perdido una gran mujer. Era inteligente, tenía un enorme sentido común y, además, era madre amantísima y esposa sometida.

Empezaron a llegar los familiares a la capilla del hospital. Mercedes, la esposa de Camilo Cabezas, estaba muy afectada. Meritxell era una hija para ella. Ya no tendría a nadie con quien charlar por las tardes. Óscar percibió de inmediato las caras de miedo de todos sus tíos. Meritxell estaba de cuerpo presente y ellos eran ahora los siguientes de la lista.

Raúl no estaba para ningún trámite administrativo, Óscar se desplazó a un despacho cercano a la puerta de urgencias para recoger los documentos sobre el fallecimiento. En aquel momento entró una camilla a toda prisa, custodiada por numerosos policías. Pudo averiguar la identidad de la persona herida. La mujer de un comando de ETA, los ejecutores del sangriento atentado de Hipercor en Barcelona. El grupo había sido detenido después de un tiroteo. Óscar meditó sobre la injusticia de la vida. Su madre yacía muerta y a su lado la asesina seguía con vida.

Tres días más tarde, Raúl leyó el testamento de Meritxell. La casita de Esplugas con la palmera, regalo de Camilo Cabezas a Meritxell, era para el hijo pequeño, Joaquín. Era una decisión lógica de madre, pues era el más débil. En cambio, Óscar recibió un impacto emocional fuerte cuando ni siquiera se mencionaba su nombre, ni el de su

hermana Mariona. Pudo dejarles algún recuerdo, daba la impresión de que en su testamento no existían más hijos.

Mariona no recibió casi nada. Era lógico que su padre le entregara las joyas de su madre. Varias eran de bastante valor, regalos de Camilo Cabezas o de su esposa Mercedes. Raúl las vendió durante una temporada difícil de su economía.

Eulalia Martínez seguía muy activa a sus sesenta y seis años. Continuaba trabajando en el Obispado de Barcelona como traductora de latín, inglés y francés. Hacía unos ocho años que había obtenido las calificaciones oficiales para la lengua francesa. Mantenía una correspondencia regular con su hermano Justo en Francia. Impartía clases particulares de idiomas en el domicilio de los Martínez, ahora con todo el piso a su entera disposición. Por si fuera poco, también realizaba traducciones para un par de editoriales y un bufete de abogados. Los ingresos de estas últimas actividades apuntalaban su economía con fuerza. El sueldo del Obispado era bastante cicatero, si bien la entrada del nuevo obispo de Barcelona había mejorado su nómina. Con cierta frecuencia quedaba con su primo Daniel Rodríguez Martínez para comer, tomar unas copas o conversar en largas sobremesas.

Aquel día de otoño era lluvioso con rachas de un viento desapacible. Nada más bajar del autobús en la parada cercana a su casa, estaba luchando con el paraguas cuando se desplomó. Varios transeúntes fueron a socorrerla por una caída que parecía accidental. Se acercó un guardia urbano, al comprobar la lividez de su rostro solicitó una ambulancia. El vehículo no tardó en llegar, al poco salía acompañado de una sinfonía de sirenas hacia el Hospital de San Pablo.

Ingresó cadáver. Llamaron al obispado y localizaron a Daniel Rodríguez Martínez como el familiar más próximo.

Daniel identificó el cadáver de su prima, todavía con las ropas empapadas de lluvia. Tuvo el mismo sentimiento de dolor cuando perdió las vidas de sus familiares en la riada de 1962. Los médicos le informaron sobre un infarto agudo de miocardio. Eulalia llevaba una madurez bien controlada, quizás las penalidades sufridas en la cárcel habían marcado su corazón.

Llamó por teléfono a su primo para comunicarle la triste noticia. Michelle habló con Daniel durante un buen rato. Justo tenía una crisis médica; por el momento no parecía peligrosa, pero era imposible desplazarse desde Agen para el entierro. Cuando estuviera en condiciones ella misma le daría la noticia.

Al día siguiente se ofició una misa solemne en la Catedral por varios sacerdotes del obispado, incluso con una oración del propio obispo por su alma.

El entierro tuvo lugar en el cementerio de Montjuic, en un nicho al lado de la tumba de sus padres, Julián Martínez, héroe de las Filipinas, y su esposa Montserrat.

A la ceremonia también acudió el sacerdote del obispado de Girona mosén Pitarch, el autor de su excarcelación antes de cumplir los diez años y un día de condena. Daniel encontró algo exagerado el dolor del cura, no se separaba del ataúd, suspiraba, con cierta frecuencia lanzaba a Daniel miradas de ansiedad. Todos los trámites funerarios los realizaron entre Daniel y un clérigo del obispado, desplazado expresamente para esta tarea. Averiguaron el notario en posesión del testamento de la finada.

En la lectura de las últimas voluntades de Eulalia solo asistió Daniel y el propio notario. Nombraba albacea al propio Daniel Rodríguez Martínez. El piso familiar pasaba a propiedad de los hijos de Justo, Jean-Pierre y Ninette. La hija pequeña tenía el propósito de estudiar filología en la Universidad de Barcelona. Eulalia también tenía dos cuentas bancarias importantes para soportar los gastos y el mantenimiento durante los próximos años del piso. Daba las gracias a su primo por todos los inconvenientes generados, con la consigna de retirar todos sus objetos personales del inmueble como el ajuar, documentos, traducciones en proceso y escritos similares. Eulalia donaba a su primo Daniel todos los muebles y objetos de su despacho. Daniel agradeció esta donación. Tenía previsto montar un bufete para su actividad política, los muebles eran de calidad y encajaban a la perfección en su hogar. Siempre había envidiado el magnífico buró y el reloj de pie de su prima. Para su mujer Elena tenía destinada una apreciada joya del tocador de su dormitorio.

Al salir Daniel del despacho del notario estaba algo asombrado. Su prima tenía mucho más dinero del que pensaba y mantenía contactos frecuentes con la familia francesa de Justo. Era todo un detalle el nombramiento de albacea y las donaciones a él y a su mujer.

Al día siguiente Daniel empezó con los alumnos de Eulalia. Encontró un libro con los pagos de los estudiantes, con nombres, tipo de clase, horarios. En la agenda estaban sus teléfonos, por lo que pudo llamar para anunciarles la triste noticia.

El mismo trabajo tuvo con las traducciones en curso, solo había dos. Recogió los originales y las traducciones a medias para visitar a las editoriales. En la primera, un ejecutivo delgado y chulo reclamó la devolución del adelanto efectuado de un tercio del presupuesto.

Daniel advirtió que la parte traducida era la mitad, un porcentaje mayor. No le pegó un puñetazo de propina por un pelo.

Toda la ropa de la finada en buen estado la enviaron a Cáritas. Retiró el contenido de la nevera y la despensa, recuperando los alimentos en buen estado. Dio de baja el teléfono y el gas, pero decidió mantener los contratos de agua y luz para poder limpiar el piso con cierta frecuencia.

Al revisar el joyero tuvo una nueva sorpresa. Entre una montaña de baratijas encontró la famosa joya del testamento. Era una pieza antigua exquisita, una cruz de oro con diamantes incrustados. Daniel nunca la había visto, no encajaba con los brazaletes que solía llevar Eulalia. Más tarde, un tasador oficial estimó su valor en más de cien mil pesetas. ¿Cómo había obtenido esta cruz Eulalia? ¿Por qué nunca la había lucido?

Pasados tres días atacó el contenido del buró. Destruyó la mayoría de los documentos por inservibles. Retuvo unas fotografías familiares, los diplomas académicos de Eulalia y un reloj que había pertenecido a Julián, quería conservarlo para dárselo a Jean-Pierre.

El último cajón bajo de la izquierda estaba cerrado con llave. Parecía reforzado y con una cerradura de calidad. Buscó y rebuscó en todos los bolsillos de los vestidos, en la mesita de noche, el comedor, el despacho, hasta en la cocina. No apareció la llave en ningún lugar. El mueble era bueno y no quiso forzar la apertura por temor a dañar la madera. Decidió continuar al día siguiente con la ayuda de un cerrajero para resolver el problema. Poco después, llamaron del Obispado para que pudiera pasar a recoger las pertenencias de Eulalia. Daniel se desplazó para retirar las últimas posesiones de su prima. En una caja de cartón encontró un dietario personal, unas fotografías de sus padres y otra de su hermano, una pluma estilográfica, un par de cajas con medicamentos y una llave. Sin duda la que había estado buscando durante toda la mañana.

Volvió al piso con cierta ansiedad, estaba seguro de descubrir otra sorpresa. La llave encajó a la perfección. Al abrir la misteriosa gaveta encontró más de cuarenta cartas, no había nada más. Si estaban tan bien guardadas debieron ser muy importantes para Eulalia. Seguían el orden cronológico de las fechas impresas en los matasellos, no figuraba ningún remitente y cubrían varios años de correspondencia. Empezó a leer las primeras, advirtiendo con asombro y consternación las encendidas frases de un amante. Estaban firmadas con el seudónimo de Aramis.

Tras hojear varias misivas, el misterio quedaba resuelto. Aramis es el nombre del tercer mosquetero de Alejandro Dumas, que era un

clérigo. El dolor y el nerviosismo de mosén Pitarch le delataban. Había perdido a su amor y ahora podían salir a la luz pública las cartas enviadas a Eulalia. Con toda seguridad la cruz de brillantes era una joya de la familia, posiblemente de su madre. Devolverle la cruz al sacerdote no le pareció oportuno a Daniel. El testamento de Eulalia concedía la joya a su mujer Elena de forma clara.

Siguió leyendo diversas cartas más al azar, casi se ruborizó con algunas de las propuestas sexuales del mosén. De súbito Daniel se sintió mal, como si estuviera invadiendo una intimidad que no era suya, sino de otros. Decidió averiguar el final de la aventura, sacando del sobre la última carta. No encontró ninguna pista, el mismo tono y tema que las anteriores. No mencionaba ni un resquicio sobre la finalización de la aventura.

Ambos amantes habían guardado una gran precaución y silencio sobre sus relaciones. Su hermano Justo, con toda seguridad, tampoco conocía nada del tema. Resolvió mantener el secreto de los encuentros de su prima Eulalia, quemó todas las cartas. Esperaba interpretar con corrección su última función como albacea.

# IX.5 Marcha a Madrid

Óscar Aixelá trabajaba en una empresa cercana a Rubí. No estaba muy satisfecho de su puesto de trabajo, conseguido con rapidez cuando Sara lanzó su ultimátum para dejar el piso de Concepción Arenal. La sociedad tenía mucho marketing y poca técnica, se sentía infravalorado. Empezó a visitar a varios *head hunters* para encontrar un nuevo trabajo. No era una cuestión fácil, pues tenía cuarenta y tres años. Parecía increíble, pero el tiempo transcurrido en la universidad no se lo valoraban, aunque fuera de investigación industrial y no docente.

Un día le llamaron para un excelente puesto de trabajo, aunque era en Madrid. Óscar no deseaba marcharse a la capital del reino, para no desairar a la agencia de colocación acudió a la cita. El puesto ofrecido era muy atractivo, una responsabilidad de dirección técnica con un magnífico sueldo.

Sara y Óscar empezaron a estudiar el posible cambio. Para Óscar la oportunidad era muy tentadora, una suerte que quizás no pudiera repetirse. El posible traslado tenía infinidad de inconvenientes. Sara debería estar de acuerdo, habría un corte en las relaciones familiares de ambos, las hijas de Óscar restarían en Barcelona, los hijos de Sara viajarían a Madrid con ella, habría que buscar casa y colegios para los niños, también existía una incertidumbre sobre el futuro del puesto del nuevo trabajo.

Óscar tuvo dos entrevistas de trabajo con el consejero delegado de la empresa. Las perspectivas profesionales eran altas, la empresa parecía solvente y bastante sólida. La química con su futuro jefe fue perfecta. El directivo, por su parte, valoró la experiencia y conocimientos de Óscar como correctos para el puesto.

Sara y Óscar estuvieron cerca de dos meses para decirse a efectuar el cambio. Sara podía solicitar un traspaso de plaza en el Insalud al cambiar de residencia el esposo o pareja. Tras valorar todos los inconvenientes y desventajas, Sara aprobó la aventura. Deseaba lo mejor para su compañero y no iba a dejarle solo.

En un primer momento Sara permanecería en Barcelona a la espera de noticias. Óscar marcharía solo a Madrid hasta confirmar el buen andar en su nueva plaza. Óscar se despidió de su antigua compañía, de sus amigos, de toda la familia y preparó las maletas. Antes de marcharse tuvo un último capricho, asistir al torneo de tenis del Conde de Godó de aquel año.

A primeros de mayo de 1988, Óscar entró en Madrid conduciendo su vehículo desde Barcelona. Al enfilar la avenida de América tenía la

sensación de invadir una tierra hostil, un lugar inexplorado. Cenaba y pernoctaba en una habitación alquilada a una amiga de Sara, ya entrada en años.

El primer día de trabajo fue glorioso. El consejero delegado que había tratado su contratación estaba de viaje. Su secretaria propuso presentarle al director comercial, además, formaba parte del consejo y era accionista de la compañía. Le recibió con amabilidad, pasando a comentarle que en el consejo de administración había votado en contra de su incorporación. Debía andarse con cuidado, pues le estaría vigilando de cerca. Óscar no se lo creía, pero no se arrugó. Cuando tenía un problema solía decirse a sí mismo: «De peores he salido».

Le asignaron una mesa en un lugar más bien apartado y comenzó a trabajar. Pronto advirtió un desbarajuste total entre las diferentes secciones bajo su responsabilidad. La oficina técnica, la de instalaciones y la de mantenimiento. Todos hacían de todo: proyectos, presupuestos, instalaciones, mantenimientos, compras de material, aprobación de facturas. Cuando aparecía un problema la culpa nunca era de nadie, se pasaban la pelota los unos a los otros, se diluía la cuestión. Incluso el responsable de las instalaciones escondía parte del personal a sus órdenes.

Óscar trabajaba con intensidad en aquel ambiente caótico y hostil. Poco a poco empezó a bosquejar una nueva organización. Con el organigrama en estudio las llaves de los cajones de su despacho desaparecieron. Ante esta situación no dijo nada a nadie. Cada día por la tarde recogía en su cartera toda la documentación sensible y la trasladaba a su habitación. Por las noches, después de cenar, compartía un tiempo con Begoña, la amiga de Sara. Ambos tomaban unas copas de *whisky* con hielo mientras se contaban sus penas. Aquellas conversaciones eran una válvula de escape para su mitigar su estrés y soledad.

El sueldo era el doble de su anterior trabajo. Óscar estaba dispuesto a demostrar que lo valía, trabajando de once a doce horas diarias. En el año 1988, el fin de semana empezaba el viernes al mediodía en Madrid, en Barcelona todavía era el viernes por la tarde. Nada más finalizar el horario de fin de semana cogía el puente aéreo, un taxi y entraba en su casa de la calle Mandri. Los encuentros con Sara y los niños eran breves y estaban marcados por el regreso del domingo por la noche. Esta situación era la misma que tuvo su padre cuando él era un niño. No convenía alargarla, ya tenía experiencia sobre los resultados.

El nuevo organigrama del departamento técnico estaba listo y se les comunicó a los empleados. Hubo resistencias, pero Óscar las tenía

ya previstas para rebatirlas con buenos argumentos. Otra de las decisiones fue la necesidad de controlar todas las facturas de los proveedores. En seis casos encontró irregularidades de importancia, la mayor consistió en el intento de cargar un vehículo propiedad de un subcontratista a una obra de su empresa.

Tras tres meses, Sara y Óscar decidieron dar por asegurado el puesto de trabajo en Madrid y se prepararon para realizar un cambio de domicilio. Sara tenía vacaciones y se trasladó a la capital. Óscar ya no estaba en la casa de Begoña, la amiga de Sara. Había alquilado un estudio cercano a su trabajo, cerca de la plaza de la República Dominicana. Empezaron la búsqueda de un domicilio cercano al trabajo de ambos. Sara ya tenía el traslado al hospital Ramón y Cajal. En esta tarea colaboraron los amigos directivos de la empresa de Óscar. Madrid es una ciudad abierta y recibe numerosos recién llegados, los madrileños están acostumbrados a esta situación y ofrecen su ayuda de buen grado. Después de una amplia búsqueda alquilaron un piso cerca de la avenida de la Ilustración. Una vez el piso preparado, el traslado desde la calle Mandri era inminente. Por un lado, los muebles y enseres en un camión enorme. Por otro, la familia repartida en los vehículos de cada uno. Todavía no existían los móviles, los niños diseñaron unos carteles para poder comunicarse entre ambos coches. La operación se realizó solventando los pequeños problemas que iban apareciendo. Al final, quedaron instalados en el nuevo hogar. También ya habían procurado encontrar colegio para los hijos.

En el trabajo Óscar encontró diferencias en ciertas escalas de valores entre Barcelona y Madrid. Al principio tuvo una cierta confusión, luego supo a qué atenerse. En la capital todos alardeaban de su trabajo. Un comercial obtenía un pedido, daba voces a los cuatro vientos, incluso sumando el IVA para darse más importancia. En Barcelona, el jefe de Óscar siempre conocía con rigor la marcha de su trabajo. Un día pudo oír en el pasillo una conversación sin ser visto:

—Oye, ¿qué hace Óscar?

—Nada.

A partir de aquel día Óscar aireaba todos los proyectos, estudios e instalaciones que había conseguido.

La gradación respecto a la amistad con un cliente, colega o amigo no era la misma que en la Ciudad Condal. En opinión de Óscar, en la capital era la siguiente: te han presentado a una persona, ya es un amigo. Vas a comer con otro, un amigo de toda la vida. Cenas una vez con las respectivas parejas, un amigo íntimo. Si Óscar tenía que comprar en Barcelona una partida importante de materiales solicitaba

varias valoraciones y otorgaba el pedido a la mejor relación calidad/precio. En Madrid el cliente siempre se decantaba por la oferta de su amigo, salvo si el coste era alto o la calidad baja.

En una ocasión, Óscar debía viajar al extranjero con urgencia, su pasaporte estaba caducado hacía unas semanas. En aquel tiempo renovarse el pasaporte significaba hacer unas colas de dos o tres horas, para recogerlo al cabo de veinte días. Consultó el problema con el jefe de seguridad de la empresa, un antiguo inspector de policía. Llamó por teléfono a un amigo, de toda la vida, y le dijo a Óscar:

—Mañana las 8.30 te presentas en la comisaría de Chamartín, pregunta por Segismundo. Lleva tres fotografías y el importe exacto de 27,30 pesetas.

A las 8.29 Óscar entró en la comisaría, a las 8.40 salía con un pasaporte nuevo, tomaba un taxi al aeropuerto, un avión, otro taxi, llegando a su cita con veinte minutos de antelación.

En Madrid el tema de la amistad funcionaba a la perfección.

Otras cuestiones resultaban más preocupantes. Cuando el consejero delegado le presentaba a cualquier cliente importante, tanto de la Administración del Estado como de cualquier sociedad, tenía un guion establecido. Terminada una primera descripción de sus cualidades técnicas, decía:

—Es catalán, pero buen chaval.

Óscar estaba alucinado, ni le pasaba por la cabeza contestar a esta frase. Por lo visto los catalanes eran unos impresentables, pero existían algunas excepciones que podían tolerarse.

Más duro de digerir fue cuando un compañero le soltó por primera vez el mote de polaco. No era una broma, era un insulto. No por la palabra, sino por el tono de desprecio.

Barcelona había conseguido las Olimpiadas para el año 1992. Un día estaba con uno de los técnicos de instalaciones y le preguntó su parecer sobre el tema. La contestación fue rotunda:

—Una mierda, ahora el dinero irá a Barcelona y no a Madrid.

Otros directivos de la compañía eran buenos camaradas. Tenían la costumbre de salir todos a desayunar a media mañana en los bares más cercanos. Así podías enterarte de las noticias de otros departamentos. Por ejemplo: la administrativa señorita Berta era intocable, aunque fuese una borde de cuidado, su padre era un importante cliente. El jefe de compras insinuaba que el gasto en ciertos equipos no cuadraba, había que revisar el funcionamiento del almacén. Conocías qué directivos de empresas estatales cobraban sustanciosas comisiones. También se comentaban las noticias recientes y los resultados del fútbol, por supuesto. Pudo resistir los embates de

aquella época gracias al apoyo de aquellos compañeros.

Los hijos de Sara encajaron de diferente forma en Madrid. Javier, el mayor, salió ganando con el cambio. El tutor que tenía en la Ciudad Condal era muy malo, en el nuevo colegio mejoró su actitud y sus estudios. En cambio, Roberto sufrió bastante con los compañeros de su curso. En el colegio de Barcelona, cercano al Paseo de la Bonanova, tuvo unos excelentes amigos. Era un grupo muy activo en juegos y trabajos escolares que perdió. Óscar todavía recuerda cuando tres de ellos se disfrazaron de autobús. En su clase dominaban los aficionados del Real Madrid, cuando él era del Barcelona. En aquellas temporadas el equipo culé dominaba las competiciones de fútbol, una circunstancia que Roberto aprovechaba. Antonia, la pequeña, nunca tenía problemas para hacer amistades. Era como un todoterreno. Al encontrar un grupo de desconocidas las miraba atentamente hasta elegir una de su agrado. Se encaraba a la niña en cuestión diciéndole:

—¿Somos amigas?

Si la futura amiga contestaba con una afirmación, ya eran compañeras sin ningún problema.

Jana y Nuria viajaban a Madrid si había un puente largo, por Navidad, Semana Santa o vacaciones. El traslado de Óscar produjo una mayor separación entre ellas y el resto de la familia, el cálido ambiente del hogar de Mandri había disminuido. Óscar valoraba esta circunstancia como lo peor del traslado a Madrid. La pareja ya había previsto esta circunstancia y se esforzaron para conseguir la mayor armonía posible. Nuria enviaba con regularidad cartas, dibujos divertidos de la familia y unos laberintos infernales de una página entera.

El piso de alquiler tenía un precio bastante alto. Además, el techo de toda la vivienda era más bajo de lo habitual, lo que creaba una sensación de claustrofobia. Sara y Óscar empezaron a buscar una vivienda de compra más amplia en el noroeste de Madrid, donde sus amigos le habían orientado. Rechazaron zonas cercanas a las carreteras de Valencia, Andalucía y Extremadura. Estaban centrados en Madrid capital, los alrededores y en la sierra occidental. Repartían el trabajo de las visitas en solitario para ganar tiempo. Si encontraban algo interesante repetían la inspección los dos juntos.

Pasar las vacaciones con este plan no era muy divertido, pero no

había más remedio. Bastantes esfuerzos fueron necesarios para llegar a una última elección entre tres viviendas, existía una notable fluctuación en los precios. Tuvieron muchas anécdotas en esta labor, la más tópica ocurrió en Tres Cantos. Tras visitar unas viviendas recién construidas vieron al lado un chalet idéntico a los anteriores y de segunda mano. Al preguntar el precio hubo una sorpresa:

—¡Oiga señor, el precio es bastante más alto que los chalets nuevos de al lado!

—Verán, tengo que recuperar el IVA y los gastos del notario.

La decisión final quedó entre un chalet de Villalba, otro de Torrelodones y un tercero de Galapagar. La pareja se decantó por la última de estas poblaciones, estaba cerca de la carretera de El Escorial. La vivienda estaba en construcción, pero solo faltaban dos meses para terminarla. Firmaron el contrato de arras, con una cláusula añadida consistente en la devolución del doble entregado si no estaba finalizada la obra en la fecha fijada.

La compra supuso un desembolso importante.

Los plazos se cumplieron salvo unos remates en el garaje. La familia se mudó al nuevo hogar. Era diferente a un piso. Una torre con garaje y semisótano; planta baja con comedor, cocina y aseo; planta dormitorios con dos baños; buhardilla y un pequeño jardín. Acostumbrados a un piso el espacio era enorme, si te enfadabas podías perderte. Al solicitar a la compañía de teléfonos una línea le informaron que la central de Galapagar estaba saturada, tardarían dos o tres años en poder instalar el aparato. Esta circunstancia aislaba todavía más a los recién llegados. Por las noches iban al único teléfono público de la zona para hablar con Barcelona, después de hacer una cola con otras personas con el mismo problema. Era deprimente.

La empresa donde trabajaba Óscar la vendieron al poco. Había crecido y mantenía delegaciones en bastantes capitales de provincia, algunas de ellas con un escaso negocio. La compañía ofrecía muy buen caché, existían un montón de compradores interesados. Tras varias auditorías la vendieron a una importante empresa madrileña de instalaciones industriales. Los accionistas fundadores recibieron cada uno quinientos millones de pesetas. Al iniciar el negocio, doce años atrás, habían aportado cinco millones por socio. Óscar empezó a tener problemas cuando la empresa compradora reestructuró la compañía. A los pocos meses lo despidieron, después de ensalzar su trabajo y felicitarle por un último estudio realizado para la empresa estatal

Enresa en su instalación en el Cabril.

Al principio la situación fue bastante dramática. La pareja no tenía ningún dinero ahorrado tras los múltiples gastos de la nueva vivienda. Además, la hipoteca era muy alta, de ciento noventa mil pesetas mensuales. Por fortuna el precio del dinero bajó en picado, quedando las cuotas a una cantidad más asumible de cien mil pesetas. La pareja pudo salvar la situación tras una amenaza de desahucio.

Por precaución, Óscar tenía una cláusula de indemnización en su contrato en caso de despido, suficiente para afrontar los gastos de una vuelta a Barcelona si era necesaria una retirada. Con este dinero, más el cobro íntegro de toda la prestación del paro, montó una oficina de ingeniería en la propia vivienda de Galapagar. De asalariado paso a autónomo. Al seguir sin teléfono en el domicilio, no tuvo más remedio que comprar un aparato móvil. Un enorme Motorola, pesado, con solo diez marcaciones programables y una batería de corta duración. En la jerga se conocía como *el ladrillo*, con un coste de noventa mil pesetas.

Pudo recuperar un par de buenos clientes de Barcelona, viajando muy a menudo a la Ciudad Condal. Una de las empresas era la cosmética donde trabajaba Lolita, pudieron saludarse de nuevo, aunque los viejos tiempos ya habían pasado y estaban muy lejanos. Consiguió también varios clientes en Madrid, uno era una importante compañía de instalaciones eléctricas. La desventaja de ser autónomo era con los ingresos mensuales, no había un fijo. Unos meses eran abundantes y otros escasos. Los altibajos de esta situación desazonaban a Sara.

Pasado un tiempo, una de las empresas asesoradas por Ingeniería Aixelá le propuso un contrato como director de sistemas de seguridad. Óscar aceptó, así pasó de nuevo a estar asalariado. Sara celebró la nueva situación de su pareja.

## IX.6 La vida sigue…

La actitud poco comercial de Raúl Aixelá, la falta de visión sobre los cambios en las costumbres de los clientes, el avance del *prêt-à-porter*, el coste de la mano de obra y, sobre todo, la ubicación de la sastrería en un piso principal, fueron hundiendo poco a poco un floreciente negocio hacia la ruina.

No se podían resistir por más tiempo unos costes fijos elevados con los escasos ingresos de los últimos clientes fieles a la empresa. No había más remedio que echar el cierre cuanto antes.

Raúl obtuvo un buen traspaso por el inmueble, capaz de pagar las indemnizaciones del escaso personal que todavía sobrevivía desde la época de la Rambla. Las restantes obras de arte del salón se subastaron y solo se rescató el inmenso cuadro del premio de la Exposición Internacional de 1929 de Barcelona.

Faltaron ideas de renovación, sin que aparecieron por ningún lado. Raúl cayó en un sentimiento de fracaso. Su padre había levantado un negocio próspero en treinta años de trabajo y ambición. Él lo hundió en siete.

Una profesión tan noble empezaba a ser sustituida por máquinas cortadoras de la tela, sin errores, con rapidez, con el mínimo de desperdicio.

Solo los genios viven de la gloria pasada, los demás, del trabajo de hoy.

Una vez liquidada la sastrería del paseo de Gràcia, una mínima parte la trasladaron al domicilio particular de la calle Buenos Aires. Raúl utilizó la habitación de matrimonio para instalar una mesa de corte, el voluminoso armario de las telas, un par de máquinas de coser y planchas. La habitación estaba presidida por el enorme diploma de la Exposición Internacional. Era todo lo recuperado del naufragio, en apenas veinte metros cuadrados quedaron instalados los despojos. Para mayor pomposidad, la habitación la bautizaron como la *minisastrería*. En ella hacían arreglos y alguna prenda Raúl y su hijo Joaquín.

La vivienda de la calle Buenos Aires tenía un alquiler bajísimo. La propietaria, una viuda sin hijos ni familia, deseaba vender todos los pisos a bajo precio antes de morir para patearse el dinero. Raúl consiguió una vivienda en propiedad, sin hipoteca ni gravámenes, a un bajo precio. El gran negocio de su vida.

Ni Raúl ni su hijo Joaquín disponían de ninguna ayuda oficial ni jubilación, nunca habían cotizado en la Seguridad Social. Otro descalabro de la política de Jerónimo Aixelá, basada en la continuidad del gran negocio de la sastrería. Tampoco él había cotizado y le salían los billetes por el bolsillo, no era necesario pagar más al Estado. Además, ni Raúl ni su hijo trabajaban. El padre estaba jubilado; Joaquín tenía dificultades para encontrar una ocupación de su gusto y profesión.

Con el tema de la vivienda resuelto, todos los ingresos procedían del alquiler de la casita de Esplugas. Meritxell había cedido la propiedad a su hijo pequeño, pero el usufructo era del marido. El sistema tenía un punto débil. La marcha de un inquilino significaba un periodo de tiempo sin ingresos, con la generación de costes para pagar los arreglos necesarios antes del próximo alquiler. Algunos baches se sorteaban vendiendo alguna joya de Meritxell o alguna obra de arte superviviente de la Rambla.

Raúl también tenía otra propiedad, el terreno comprado en Viladecans durante los buenos tiempos de su padre. Una parcela guapa que el Ayuntamiento de la villa fue degradando. En un primer paso trazó una calle justo por el medio, cortando el terreno en dos. Luego autorizaron a una compañía la colocación de una enorme estación transformadora de electricidad. El valor del terreno cayó en picado, al final fue mal vendido a un constructor local.

La situación en la vivienda particular continuaba año tras año. Raúl tenía un sentimiento de fracaso, en ocasiones hablaba con Óscar de su angustia. El hijo intentaba consolarle, animarle, antes de partir de nuevo hacia Madrid.

La vida sigue…

Sara y Óscar se empadronaron en el pueblo de Galapagar, donde habían adquirido el chalet. El cambio fue notable, siempre habían vivido en urbes populosas y ahora residían en una villa no muy grande.

La torre estaba algo alejada del centro urbano, cada día pasaba un pastor conduciendo su ganado vacuno por delante de la puerta. Por la noche no se oía ningún ruido, era una situación estresante por insólita. La pareja tardó un par de semanas en acostumbrarse a este silencio.

En la Comunidad de Madrid existía un bipartidismo entre el PP, el centro derecha más o menos, y el PSOE, el centro izquierda más o menos. En Catalunya Óscar tenía más posibilidades de voto, tanto a la derecha con Convergència i Unió, como por la izquierda con Esquerra

Republicana. El Partido Comunista era muy minoritario y no era de su agrado. Ahora solo tenía dos posibilidades de voto.

En las elecciones europeas de 1989 pudo comprobar, con gran sorpresa, que el voto es secreto…, pero no del todo.

No se trataba de si alguien pudo ver su papeleta o espiar sus movimientos. En las elecciones europeas concurren todos los partidos de España. Óscar votó en esta ocasión a otro partido político.

Una vez efectuado el escrutinio en el colegio electoral, los resultados se colocaron en la puerta. ¡Vaya por Dios! Convergència i Unió obtuvo un solo voto, así que toda la gente sabía quién lo había depositado.

Óscar Aixelá se desplazaba a Barcelona con cierta frecuencia por motivos de su trabajo. Podía alojarse en un hotel pagado por su compañía, pero prefería pernoctar en la casa de su padre, en la calle Buenos Aires. Contaba todas las novedades, tanto de la capital como de su trabajo o de él mismo. Sobre su familia, Sara y los niños, comentaba poco. Su padre los consideraba más bien unos desconocidos.

Cuando Óscar partía de nuevo hacia Madrid su padre le acompañaba hasta la puerta del ascensor. Allí le dirigía una última mirada de despedida, con un toque de temor, como si fuera el último adiós y nunca más volvieran a verse. Esta mirada impactaba en Óscar.

Ya no era el hijo crítico de su juventud, ahora las circunstancias habían cambiado. Veía a su padre como un hombre derrotado, sin que él mismo conociera muy bien los motivos. A pesar de todo, seguía siendo una buena persona, un padre atento y servicial. Óscar deseaba abrazarlo en la próxima visita, estaba seguro de ello.

La vida sigue …

España apostó por la energía nuclear para bajar la pesada losa del pago petrolífero necesario para producir electricidad. Las primeras centrales entraron en funcionamiento entre los años 1969 y 1973. Un segundo grupo de reactores más modernos se instalaron entre 1983 y 1988.

En los primeros años la reducción de la factura del petróleo fue esencial para sostener la economía del país. Las centrales nucleares generaban la mitad de la energía eléctrica consumida.

Pronto empezó a cuestionarse la viabilidad de este tipo de energía, por los costes de mantenimiento, por el precio de desmantelar la central al agotar su ciclo, por el tratamiento de los residuos radiactivos. Los grupos ecologistas empezaron a organizar actos contra

las centrales nucleares.

El 26 de octubre de 1986 se produjo el accidente nuclear de Chernóbil, en Ucrania. Afectó a muchas personas con una fuerte contaminación radioactiva, llegando hasta media Europa. Para muchos significó un símbolo contra la energía nuclear, un riesgo imparable. Los ecologistas tenían nuevos y fuertes argumentos para proseguir su lucha contra el uso del átomo.

**Notas familiares de Óscar Aixelá**

El Ayuntamiento de Galapagar, comunidad de Madrid, acogió a unos cincuenta jóvenes de la zona de Chernóbil para una estancia en hogares españoles.

Sara y yo nos presentamos voluntarios para acoger a uno de ellos. Cumplíamos las condiciones impuestas por el consistorio. Más tarde nos dieron la aprobación para mantener en nuestra casa a Larisa, una joven ucraniana de once años.

El choque de Larisa con nuestra forma de vida fue desconcertante para ella. Un mundo muy diferente al suyo, que parecía más bien provenir de una región agrícola pobre. Los tres primeros días se pasó gran parte del tiempo hablando por teléfono con algunas compañeras alojadas en casas de nuestros amigos. La barrera del idioma era importante, nos entendíamos por señas. Poco a poco fuimos entrando en una comprensión mutua.

El mayor placer de Larisa era desplazarse para comprar en el cercano supermercado de Villalba. Contemplar tantos alimentos de calidad, variados, expuestos con esmero, deslumbraba a la niña. Tenía una vista de águila para escoger los más preciosos y económicos. Me cogía de la mano para llevarme, toda orgullosa, hacia el producto que hacía un rato estaba buscando. También jugaba muy a menudo con Antonia, nuestra hija pequeña.

En el penúltimo día de su estancia fuimos al parque ferial de Madrid, nunca había visto una niña tan feliz. La oscuridad empezaba a extenderse, la mayoría de gente se retiraba, Larisa no se cansaba de subir repetidas veces a cualquiera de las atracciones. Al final, nos marchamos cuando apagaron las luces.

La despedida del autocar en dirección al aeropuerto fue sentida. Todos los jóvenes visitantes iban cargados de ropa, zapatos y regalos. Les deseábamos la mayor felicidad y larga vida después del grave accidente que les afectó a ellos y sus familias.

La embajada rusa en Madrid nos cursó una invitación para la asistencia a una recepción en honor a todos los padres que habían acogido a sus jóvenes ciudadanos. El acto fue emotivo y brillante, con

un toque de austeridad.

Dos años más tarde, la presencia de Larisa en nuestro hogar me movió a investigar a fondo el origen del accidente nuclear. Conseguí multitud de informes y datos. En resumen, transcribo las cuestiones más notorias.

Los rusos intentaron esconder el desastre, con el paso del tiempo salió a flote toda la verdad sobre lo ocurrido. El percance tuvo dos causas: un fallo de diseño y unas operaciones incorrectas.

El reactor ruso no disponía de un edificio de contención de cemento, capaz de impedir la propagación de la radioactividad en caso de ruptura del núcleo del reactor atómico. Todas las centrales de Europa del oeste disponen de este edificio.

Más inquietante fue conocer el origen del accidente. Un experimento para conocer unos datos de relativa poca importancia pusieron al reactor en una situación de riesgo imparable. El ensayo requería unas condiciones de funcionamiento muy críticas. Para llevarlas a cabo realizaron una serie de operaciones totalmente prohibidas. Desconectaron de línea el ordenador de seguridad que impedía estas maniobras. Retiraron todas las barras de control de grafito menos nueve de ellas, barras capaces de detener la reacción. El mínimo operativo de barras de control del reactor en funcionamiento era de treinta unidades. Estas operaciones eran una violación gravísima del propio reglamento de seguridad nuclear de la Unión Soviética.

Cuando los operadores de la consola de mando empezaron a sospechar un funcionamiento irregular quisieron introducir de nuevo las barras de control para frenar la reacción atómica. Era demasiado tarde, el excesivo calor generado había deformado la estructura metálica interior, las barras quedaron atascadas sin cumplir su misión.

El reactor estaba incontrolable. Una acumulación de hidrógeno provocó una explosión y un incendio que reventó el corazón del sistema y vertió una elevada radiactividad al exterior.

En mi opinión, después de analizar las operaciones descritas, no puede hablarse de accidente.

Fue una negligencia criminal.

Después del óbito de Ruiseñor, Daniel Rodríguez Martínez se afilió al sindicato UGT, Unión General de Trabajadores, de tendencia

socialista. Pronto lo nombraron enlace sindical de su empresa y escaló puestos de responsabilidad dentro de UGT. Los análisis de las situaciones sindicales y las acciones necesarias eran abordados con una gran claridad por Daniel. Había sacado provecho de todas las enseñanzas de Salamandra y luego de Ruiseñor. Su punto de vista tenía diferencias notables con su maestro. No deseaba la revolución, sino el diálogo entre las diferentes posturas. Esta actitud era muy conveniente en las actuales relaciones democráticas. Daniel también mantenía contactos con algunos miembros de la central sindical comunista CCOO, la mayoría de ellos eran antiguos anarquistas pasados a este sindicato. También mantenía una estrecha relación con su primo Pedro Sotomayor Rodríguez, que ya era un destacado miembro de CCOO en el Vallés Occidental, en Rubí. Usando como palanca la UGT, consiguió amistades dentro del Partido Socialista de Catalunya. Estas relaciones daban a Daniel una idea excelente de la composición de las fuerzas sindicales y políticas dentro de la panorámica del país.

Daniel había empezado a confeccionar un fichero de todas las personas que conocía. Anotaba con método sus datos personales, fecha de nacimiento, opiniones políticas, aficiones. Elena empezó a recoger notas de prensa relativas al mundo sindical, al PSOE o de la política general que podían afectar al sindicato. Guardaba estos recortes por fechas y colocaba a cada uno una referencia numérica relacionada con las fichas de los personajes de Daniel. Trabajar marido y mujer en el buró heredado de Eulalia era todo un disfrute para la pareja.

El momento culminante de Daniel ocurrió entre los años 1986 a 1988, sobre todo en el mes de noviembre del último año mencionado. La dirección de UGT empezó a cambiar su estrategia respecto al PSOE. El triunfo en las urnas del PSOE ya no aportaba nuevos afiliados al sindicato. Por otra parte, el sindicato comunista Comisiones Obreras, CCOO, aguantaba firme el descalabro del Partido Comunista en las elecciones españolas y logró introducirse con éxito en las principales empresas del país.

Poco a poco UGT se desligaba de los intereses políticos del PSOE, aumentando su acción sindical. En el futuro se podía prever algún tipo de pacto con Comisiones Obreras para beneficiar a toda la masa salarial. En este triángulo, PSOE, UGT, CCOO, Daniel Rodríguez Martínez se movía como pez en el agua.

En el año 1988 la situación económica del país mostraba un crecimiento sostenido, era el momento adecuado para reclamar mejoras sociales para los trabajadores. UGT y CCOO prepararon una huelga general para el 12 de noviembre. Daniel participó activamente

en su preparación dando sabias indicaciones a la dirección de su sindicato, a Comisiones Obreras y conversando con dirigentes del PSOE. Estos eran contrarios a la huelga, acusando a los sindicalistas de atacar a la democracia y desgastar al partido en el poder.

La huelga se planteó como una acción sindical y no política. Las reivindicaciones solicitadas no eran exageradas, podían ser asumibles para el país.

El triunfo rotundo de la huelga causó varios cambios en el panorama sindical. UGT ya no era la central sindical del Gobierno. CCOO era un sindicato alejado de las luchas revolucionarias de antaño, ahora eran partidarios de la negociación. La colaboración entre ambos sindicatos quedó sellada.

El presidente del Gobierno, Felipe González, a la vista de los acontecimientos provocó un giro en la dirección de su estrategia. La presión del partido socialista sobre UGT se diluyó con rapidez. Preparó un plan para favorecer a las clases más humildes y trabajadoras, aumentando el gasto social.

Daniel Rodríguez Martínez obtuvo un gran éxito, tanto en UGT como en el propio PSOE. Todos hablaban bien de él, incluso en Comisiones Obreras. Tenía una visión política y sindical muy bien apreciada.

Elena estaba orgullosa de su marido. Ahora el archivo de personas y recortes de prensa ocupaba ya toda la parte superior del buró. Daniel volvió cansado de su última reunión sindical, Elena esperaba su llegada para enseñarle los últimos artículos recién estudiados y catalogados. Los dos esposos eran felices.

La vida sigue…

# EPÍLOGO

## Camilo Cabezas

Retirado por completo de La Imperial, en manos de su hijo Luis, Camilo tenía una jubilación metódica. Levantarse, asearse con cuidado, desayunar despacio, leer el periódico, resolver el crucigrama, marcharse al bar de la esquina para un vermut. Su bebida favorita era el Palo Perelló, un licor espeso de color oscuro, con sabor intenso. En ocasiones coincidía con Pascual Maragall, exalcalde de Barcelona. La salutación de Camilo era correcta pero algo fría, Maragall militaba en el partido socialista.

Por las tardes jugaba al dominó con su mujer y apostaban pequeñas cantidades en céntimos. Casi siempre perdía, Mercedes le hacía trampas cuando se despistaba. Los martes acompañaba a su esposa al mercado, los jueves iban al cine del barrio, a una sesión doble. El hijo de Camilo, Luis, visitaba a sus padres el domingo por la tarde. Mientras charlaba con ellos, trabajaba en la mesa del comedor llena de libros de numismática, las fichas de sus monedas, papeles, apuntes y alguna moneda romana para catalogar. Poseía una de las mejores colecciones de monedas romanas de Europa, era un erudito en este tema. El British Museum pedía con regularidad sus precisas opiniones sobre la materia.

Camilo, después de una vida intensa, gozaba de un tiempo tranquilo.

### Eduardo Dumas

Eduardo estaba retirado después de vender la casa de Esplugas que Jerónimo Aixelá había regalado a su mujer, Soledad. Tiempo atrás había conseguido el grado de capitán del ejército en la reserva, ahora disponía de un ingreso mensual extra.

Se mudó a un piso de Barcelona al lado del desaparecido Price, convertido en otro inmenso bloque de viviendas por el constructor Núñez y Navarro, apodado el Sheriff de las Esquinas. El matrimonio de Eduardo y Soledad se dedicó a viajar, cuando el turismo de cruceros empezaba a despuntar.

En marzo de 1994 falleció Eduardo Dumas a punto de cumplir los ochenta años. Óscar Aixelá, que tanto le había admirado, no pudo asistir al funeral. Seguía en Madrid agobiado de trabajo como autónomo.

## Elena y Daniel Rodríguez Martínez

Daniel Rodríguez Martínez apareció en las listas del PSC durante las elecciones autonómicas del año 1992. Estuvo a un solo escalón de conseguir el acta de diputado. Entrado en años, seguía combativo y tenía una labor reconocida dentro del partido y del sindicato UGT.

La hija de Justo y Michelle, Ninette, vivía en Barcelona en la casa de los Martínez, ahora de su propiedad. Estudiaba en la Universidad Pompeu Fabra. Muchas veces recalaba en el hogar de Daniel y Elena para charlar o comer. Solía preguntar con frecuencia sobre detalles o aventuras de su padre. El matrimonio estaba encantado con estas visitas, cuidando de Ninette como si fuera una hija suya.

La pareja seguía tranquila en una vejez bien llevada y armoniosa. Al prosperar Daniel en política, Elena deseaba que fuera bien vestido y le aconsejaba la ropa que debía llevar. Escogía los trajes, las camisas, las corbatas, los pañuelos. Daniel no se oponía a los desvelos de Elena, pero tenía la impresión de que había adquirido estas habilidades de otro hombre. Ahora, esto ya no importaba.

## Justo Martínez

Justo falleció el 14 de julio de 1991, el mismo día de la Fiesta Nacional Francesa. Tenía ochenta y siete años, estuvo rodeado de su mujer Michelle y sus dos hijos.

Estaba delicado desde hacía tiempo. Cuando murió su hermana Eulalia no pudo desplazarse a Barcelona en medio de una crisis. Michelle decidió quedarse en Agen para cuidar a su marido.

Justo murió antes de llegar el reconocimiento por parte de Francia a los españoles que habían luchado bajo su bandera en la Segunda Guerra Mundial, incluso en la propia liberación de París. En el año 2004 se instaló una placa conmemorativa junto al río Sena, en el muelle de Henri IV. En el 2012 el presidente francés Hollande pronunció un discurso en conmemoración de estas hazañas. Los hijos de Justo asistieron a ambas ceremonias para honrar la memoria de su padre, recordaban muy bien las historias contadas por su progenitor cuando eran niños.

## Lidia Villarroya

La salud de Lidia Villarroya fue empeorando. Una embolia la dejó en una silla de ruedas, el punto de locura que siempre había tenido empezó a crecer de forma imparable. Atendida en el hospital del Valle Hebrón, gritaba con voz potente en medio de sus familiares:

—¡Sáquenme de aquí, mis hijos me quieren matar!

La ingresaron en una residencia geriátrica de Arenys de Mar. Allí

pasó a mejor vida en un día del año 1992, antes de iniciarse las Olimpiadas de Barcelona.

Sara y Óscar se desplazaron desde Madrid a la parroquia del pueblo para asistir al funeral y entierro. Óscar recordó los versos del poeta Salvador Espriu en su obra *Ronda de mort a Synera.*

**Míriam**

Míriam seguía anclada en el pasado, como en la película *Atrapado en el tiempo*. Cada día despertaba en la mañana de la marmota, recién divorciada. Seguía con odio y dolor.

Cuando sus hijas empezaron a tener descendencia, veinticinco años después, los nietos tenían dos cumpleaños. Uno con su abuela Míriam y otro con el abuelo Óscar. Míriam no soportaba su presencia.

**Raúl Aixelá**

El hijo de Jerónimo Aixelá y padre de Óscar tuvo una vida longeva. Padeció un infarto y un aneurisma en la aorta abdominal, dos casos a los que sobrevivió. Dejó el vino, que tomaba en generosos vasos, y el tabaco.

Al romperse la cadera en una caída lo ingresaron en el Hospital Clínico. Óscar le visitó recién llegado de Madrid. Era la hora de la comida, el cuadro en aquella sala le pareció horrible. Casi la totalidad estaba ocupada por gente mayor, la mayoría no podían ni comer, se limitaban a esperar con paciencia que algún auxiliar les ayudara. Óscar socorrió a su padre, tenía las manos atadas a la cama. Su hermana Mariona ya le había informado de esta situación, producida por los intentos del enfermo para escapar. La realidad era mucho peor, una bofetada en el alma. A pesar de estar algo sedado tuvo un momento de lucidez, empezó a moverse con violencia mientras susurraba:

—No puede ser, no puede ser, no puede ser, no puede ser.

Óscar tuvo la impresión de que su padre quería marcharse para hacer algo importante y ahora era consciente de que ya no disponía de tiempo para ello. El hijo acarició al padre mientras le daba palabras de ánimo, consiguió calmarle, al poco empezó a masticar la comida que le acercaba a la boca.

Unas semanas más tarde lo derivaron a una residencia para enfermos terminales, en el hospital no podían hacer más por el paciente. Se fue apagando poco a poco, luchando en un combate perdido. A pesar de los calmantes, Óscar sospechó que debió sufrir hasta abandonar este mundo.

El cadáver lo robó un empleado de la siniestra residencia. Mariona

y su hermano Óscar estaban en la funeraria de Esplugas haciendo los trámites para el entierro en el panteón familiar que tenían en el pueblo. Cuando la funeraria de Esplugas se presentó en la residencia, el cuerpo había desaparecido. Para mover un cadáver es necesaria la firma de un familiar directo, la orden la falsificaron o la omitieron. Las funerarias daban buenas comisiones para oficiar los entierros. Óscar estalló en una furia incontrolada. Por fortuna, se encontraba en aquel instante en Esplugas, si hubiera estado en la residencia barcelonesa hubiera cometido una barbaridad.

Durante el entierro, Óscar recordó los buenos tiempos, cuando aprendía a conducir o a cazar de la mano de su padre. El regalo de aquel avión con la hélice de goma en Ribes de Freser. El diseño de una caja de madera para guardar las piezas del Meccano. Había sido un buen hombre y tuvo un hijo mayor difícil, por usar un adjetivo diplomático.

**Óscar Aixelá**

Con el doloroso traspaso de su padre, Óscar pensó que prefería morir de una forma rápida a quedarse atado a la cama de una residencia terminal.

Al llegar su jubilación ya tenía todos los planes preparados y listos. La torre de Galapagar a punto de vender, el traslado de Sara a una plaza en Catalunya después de un duro concurso, las gestiones para obtener una vivienda cerca de Barcelona, la mudanza preparada, la despedida de clientes y amigos.

El matrimonio, con el acuario provisto de una bomba de agua conectada al encendedor del vehículo, el perro y las últimas pertenencias cargadas en el coche para volver a su tierra natal después de veinte años.

Óscar preparó con meticulosidad su jubilación. Volvería a jugar y ampliar su viejo Meccano; instalaría la estación meteorológica, regalo de su empresa por la jubilación. Desde luego, seguiría jugando al tenis.

Llegada la jubilación, a pesar de sus planes, entró en un periodo de melancolía y desconcierto. El teléfono no sonaba, nadie preguntaba nada, las horas transcurrían con lentitud esperando el regreso de Sara después de terminar su jornada laboral. Tenía tiempo sobrado para pensar en los últimos problemas matrimoniales con Sara antes de abandonar Galapagar. Su mente tenía fallos de memoria absurdos, como olvidarse las llaves dentro de la casa al salir. Su cuerpo físico tenía dudas. Al pasear el perro por la montaña había pendientes que antes afrontaba con resolución, ahora parecían obstáculos insalvables.

Por fortuna esta situación no fue larga, un par de meses. Todo volvió a la normalidad. Su mente y su cuerpo recuperaron el antiguo vigor. Los amores entre Sara y él volvieron a florecer.

Más tarde padeció un infarto, una neumonía doble, un aneurisma aórtico, un cambio de arteria femoral por vena. Las recuperaciones de la salud no eran largas y podía volver al tenis con furia y pasión. A Sara le preocupaba la actividad deportiva de su marido. Este pasaba por completo, si le daba otro infarto en la pista era precisamente donde le gustaría morir.

Los hijos habían crecido demasiado deprisa, todos tenían parejas estables o cónyuges. Con el tiempo empezaron a llegar los primeros nietos, hoy día hay nueve personitas más en la familia.

Óscar estaba satisfecho de su vida. Con esfuerzo, a veces muy duro, había conseguido triunfar en todos los aspectos. Tenía una familia feliz y unida. Todos los hijos de Sara y Óscar crecieron sanos, espiritualmente fuertes, tenían sus profesiones sin problemas laborales, una cuestión de agradecer en los inciertos años actuales.

En el amor había conseguido todas las metas que había soñado.

Había alcanzado en la profesión sus máximas aspiraciones: título de doctor ingeniero industrial, director técnico y director general de una pequeña multinacional. Escribía artículos científicos y técnicos en revistas y congresos. En su sector era una autoridad reconocida.

Plantó un árbol, tenía hijos, le faltaba escribir un libro. Le pareció una última meta muy elevada. Comenzó a rellenar unas notas familiares por si más adelante daba otro paso, él u otra persona.

**Sara J. G. Villarroya**

Sara tiene un don con la pintura desde pequeña. Cuando la familia se trasladó a Galapagar, Sara dedicaba un tiempo a la pintura asistiendo a clases particulares en Torrelodones y frecuentando la Academia de Bellas Artes en Madrid. Dominaba técnicas como el óleo, la acuarela, la fotografía a punta de lápiz. Podía atacar cualquier tipo de tema, realismo, hiperrealismo, abstracto.

Su pareja siempre había apoyado esta faceta artística de Sara. Incluso, de común acuerdo, Sara obtuvo una excedencia para dedicarse exclusivamente a la pintura. Los ingresos familiares disminuyeron a un solo sueldo, pero valía la pena realizar el esfuerzo. Sara creó cuadros de una gran belleza artística, participó en diferentes exposiciones en Toledo, Torrelodones y Madrid. Sin embargo, la dedicación a la pintura fue disminuyendo, hasta regresar a su trabajo habitual de funcionaria del Insalud.

De joven, Sara leía pocos libros, pero al llegar a la Comunidad de

Madrid la situación cambio. De pequeña una pregunta la acuciaba con constancia:

—¿He venido a este mundo para hacer algo?

Empezó a realizar toda clase de estudios para resolver esta cuestión.

El primer contacto con la astrología resultó fugaz. Empezó a leer libros sobre el tema, pronto llenó una balda de la estantería del despacho. Adquirió unos conocimientos profundos sobre la materia. Empezó a trazar cartas astrales, era muy precisa en descubrir la personalidad de la persona analizada. Óscar, en un par de ocasiones, pudo estar presente para comprobar con asombro las deducciones e interpretaciones de Sara.

Pronto abandonó la astrología para adentrarse en el mundo de la medicina alternativa. De la mano de una doctora naturista entró en contacto con la filosofía budista, asistiendo a conferencias del lama Ganchen Rimpoché. La estantería empezó a llenarse de autores como el mencionado, del lama Jeshe, de Bhikkhu Boddhi y otros.

Sara profundizó en temas mucho más filosóficos y espirituales. La librería crecía con obras de Eckhart Tolle, Ramana Maharshi y un montón de Jiddu Krishnamurti.

Tras el traslado desde Galapagar a Catalunya, empezó a formar parte de la rama teosófica de Barcelona. Gran cantidad de libros de Helena Blavatsky, Annie Besant, Hermes Trimegisto, Geoffrey A. Barborka, Mario Javier Sabán, Rabí A. Shlezinger y otros autores reventaron la librería de Ikea.

Sara sigue buscando con ahínco la respuesta a su pregunta de niña. Empieza a sentir cierta felicidad al acercarse con lentitud a la respuesta.

## Sara y Óscar

Transcurrieron unos años en Galapagar hasta que Sara y Óscar decidieron casarse. La ceremonia civil se ofició en El Escorial, con la asistencia íntima y única de sus cinco hijos. El banquete transcurrió en un famoso restaurante de la Sierra, cuyo comedor privado del primer piso lo utilizaron algunos funcionarios para repartirse los fondos reservados del Estado.

Años más tarde el matrimonio pasó por serias dificultades, la mejor solución era separarse. Como no encontraban ningún comprador para la vivienda, decidieron partir la casa en dos. Sara tenía la buhardilla, la segunda planta de los dormitorios y en la primera planta el recibidor y la cocina. Óscar entraba por el garaje y ocupaba el semisótano, el comedor y el pequeño baño con ducha de la

planta baja. En el semisótano montó una pequeña cocina. Solo debieron levantar una corta pared en la planta baja, separando el recibidor del comedor y aseo.

Así funcionaron un buen tiempo, aunque pronto empezaron a tener encuentros mutuos. El primer paso para la reconciliación consistió en hacer un pequeño agujero en la pared divisoria, para poder hablar y tocarse los dedos. Dos meses más tarde se amplió la brecha para besarse. Al final, la pared la derruyeron. El amor volvió a triunfar por encima de todo.

Sara profundizó en sus estudios teosóficos en Barcelona. Óscar los captaba de refilón, sin intervenir para respetar su ámbito personal.

Sara estaba convencida de la reencarnación de las personas tras la muerte. Aunque era diez años más joven que Óscar, opinaba que el tránsito de su alma sería el primero en producirse. Perdería el cuerpo, un soporte físico, su espíritu estaría libre.

Óscar, con un montón de pasos por el quirófano, no estaba muy seguro de esta posibilidad. En caso de producirse, no tendría miedo.

La mano de Sara, donde estuviese, recogería la suya en este trance final.

Volverían a estar juntos de nuevo.

# Índice

ÁRBOLES GENEALÓGICOS

NOTA DEL AUTOR

PRÓLOGO

CAPÍTULO I (1890–1910)

I.1 Viajes a Barcelona

I.2 Los últimos de Filipinas

I.3 Ataque al ¡CU-CUT!

I.4 Viaje a Girona

I.5 La guerra de Marruecos y la Semana Trágica

I.6 Los Villarroya

CAPÍTULO II (1911–1920)

II.1 Viaje a Francia
II.2 La Mancomunidad
II.3 Estancia en Logroño
II.4 La pandemia de 1918
II.5 La huelga de La Canadiense
II.6 El pistolerismo de 1920

CAPÍTULO III (1921–1930)

III.1 La ley de fugas
III.2 El desastre de Annual
III.3 Vuelve el buque Alicante
III.4 Los primeros años de Lidia Villarroya
III.5 Primer traslado de la sastrería Aixelá
III.6 Dictadura de Primo de Rivera
III.7 El desembarco de Alhucemas
III.8 Exposición Internacional de Barcelona de 1929

CAPÍTULO IV (1931–1940)

IV.1 Los problemas de Justo Martínez
IV.2 El Estatuto de Catalunya de 1932
IV.3 Inicio de la Guerra Civil
IV.4 Eduardo Dumas
IV.5 La Guerra Civil en 1938
IV.6 Fin de la Guerra Civil y exilio
IV.7 Inicio de la Segunda Guerra Mundial

CAPÍTULO V (1941–1950)

V.1 La dura posguerra
V.2 La División Azul
V.3 El maquis
V.4 La familia Aixelá crece
V.5 Vida social de Jerónimo Aixelá
V.6 Estancia en Ribes de Freser

CAPÍTULO VI (1951–1960)

VI. 1 La huelga de los tranvías
VI.2 El congreso eucarístico de 1952
VI.3 Los veranos en Alp
VI.4 Llega el Semíramis
VI.5 El robo del coche
VI.6 La lista Falciani
VI.7 Fallecimiento de José María J. G.

CAPÍTULO VII (1961–1970)

VII.1 Las relaciones entre los Aixelá
VII.2 Elena y Daniel
VII.3 Lluvia y nieve
VII.4 Evangelio según san Mateo
VII.5 Bombas y asambleas
VII.6 Fallecimiento de Jerónimo Aixelá
VII.7 Segundo traslado de la sastrería Aixelá
VII. 8 La dictadura se agrieta

CAPÍTULO VIII (1971–1980)

VIII.1 La esclava sin rostro
VIII.2 La sastrería Aixelá mengua
VIII.3 Aquellos ojos…
VIII.4 La dictadura agoniza
VIII.5 Muerte del dictador
VIII.6 La Transición y la Semana Negra
VIII.7 El Estado democrático

CAPÍTULO IX (1981–1990)

IX.1 Fracasos y éxitos
IX.2 La izquierda al poder
IX.3 Divorcio de Míriam y Óscar
IX.4 El secreto de Eulalia Martínez
IX.5 Marcha a Madrid
IX.6 La vida sigue…

EPÍLOGO